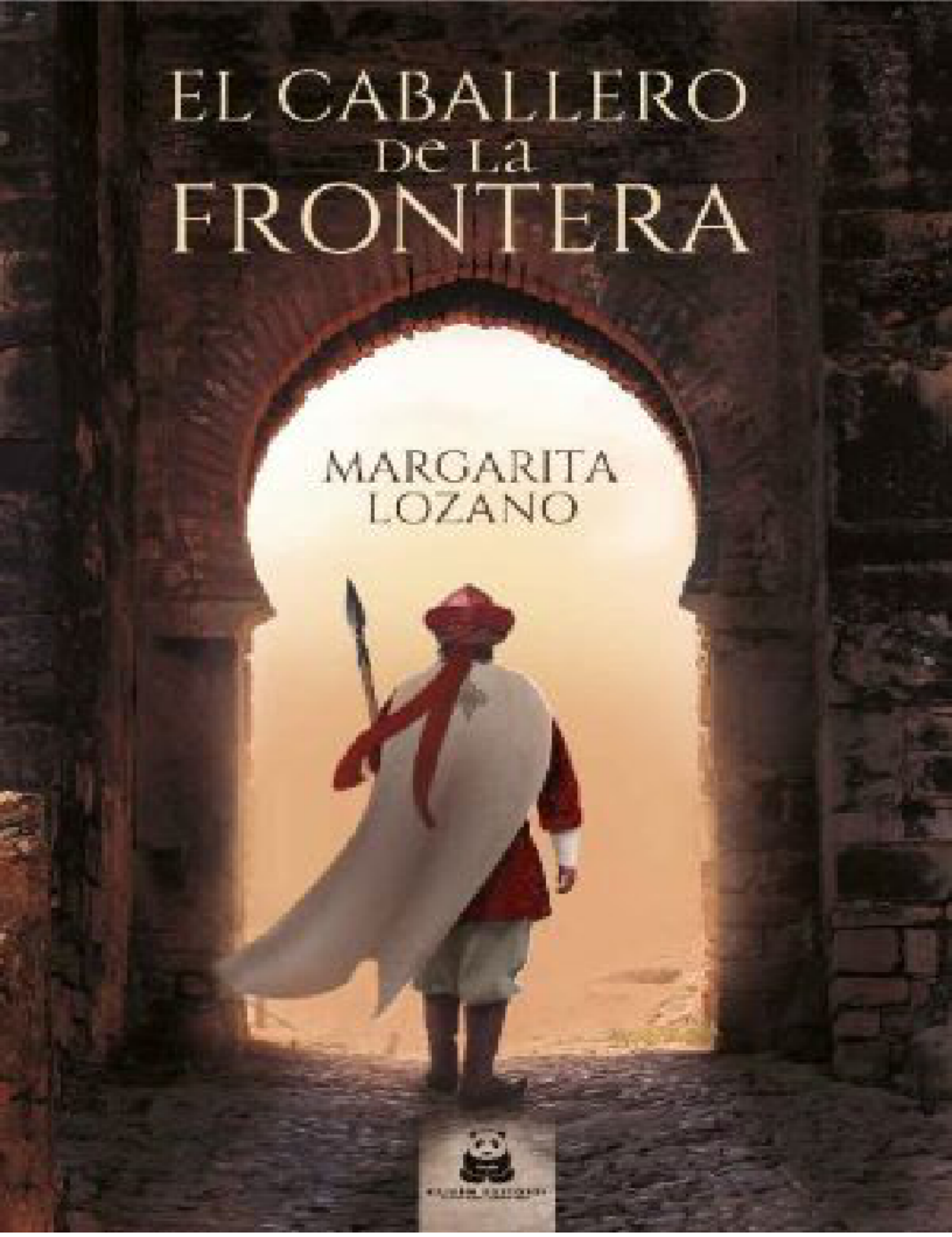
EL CABALLERO DE LA FRONTERA

MARGARITA LOZANO



Annotation

Corre el año 1339 y, en un acto desesperado de poner fin al cerco que sufre la frontera sur de Castilla, bajo asedio benimerín, el caballero Diego Fernández de Herrera se presta voluntario para acabar con la vida del príncipe heredero de Marruecos, que está decidido a hacerse con la plaza de la frontera. Toda la ciudad sabe que puede hacerse pasar por musulmán porque estuvo cautivo durante toda su juventud en tierras magrebíes, aunque Diego jamás contó qué vivió, dónde, cómo ni con quién durante sus casi veinte años allende los mares. Una crónica que solo está dispuesto a narrar al escriba del alcázar. El viaje, que comenzó a sus nueve años a través del reino enemigo, no terminará hasta que no cumpla su venganza contra el sultán, aquel niño junto al que creció en la suntuosa y erudita corte de Fez. Basada en la leyenda anónima de El libro del Alcázar sobre este héroe que sale de la frontera castellana para crecer en Marruecos, esta novela narra un viaje en pleno siglo XIV a través de ambas culturas.

El Caballero de la Frontera

El Caballero
de la Frontera
Margarita Lozano

El Caballero de la Frontera
Edición y Diseño: Kaizen Editores
Diseño de portada: Monica Gallart
@Kaizen Editores, 2021
@Margarita Lozano, 2021
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida, mediante ningún sistema o método, electrónico o mecánico (incluyendo el fotocopiado, la grabación o cualquier sistema de recuperación y almacenamiento de información),

sin consentimiento por escrito de los propietarios de los derechos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y ss. del Codigo Penal)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirigase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o digitalizar parte de esta obra.

A mi padre.
Del que me contaron que solía decir:
"A quien le gusta leer, siempre encuentra el momento"

"Si la historia de Jerez no presentara un cúmulo de nombres y de hechos tan suficientes para enaltecer su memoria y su alta fama, bastaría el de Diego Fernández de Herrera, para poder presentar con él un gran título de gloria."

Ignacio Parada y Barreto

Itinerario por Marruecos de Diego

Itinerario por Castilla de Diego

Prólogo

En apenas un instante, se desvaneció la humildad con la que me había dirigido al alcázar, desatándose la ira que albergaba en mi

interior. Aunque ni mi hermano ni mi prima me habían pedido nada, prefería encontrar una labor y así mantener mis asuntos en privado. Y desde que oí en el mercado que dentro de la fortaleza había un escriba dedicado a recopilar las historias de Xerez para que nada quedase en el olvido, supe que encajaba en aquel oficio. Éramos muy pocos los que sabíamos leer y escribir, pero estaba seguro de ser el único que, además de en castellano, también estaba instruido en árabe. A mi pesar, había vuelto a la ciudad que me vio nacer después de casi veinte años en Berbería.

Leonor había hablado con los Villavicencio para que ocupase el puesto de Nuño, su difunto marido, en el Concejo. Pero no quise darle vueltas al asunto por si los Trece consideraban que un segundón no encajaba entre tan ilustres caballeros. También era cierto que todo lo sucedido a mi padre, y a mí mismo, años atrás, les ocasionaba un compromiso por los daños sufridos en tierra de moros; además, los Villavicencio siempre habían tenido a mi prima en alta consideración tratándola como a una hija. Sin duda, harían todo lo que estuviese en sus manos para contentarla, aún le reconcomía la melancolía cada vez que hablaba de algo relacionado con su primer esposo.

Mientras esperaba para ser atendido en la Puerta de la Ciudad, observé su labrado regio y sillares de piedra bien detallados. Cuando finalmente me invitaron a pasar, parecía que la cabeza me iba a estallar de un momento a otro. En cuanto crucé el pequeño puente de madera y me enfrenté al primer arco de herradura que se alzaba frente a mí, supe que no había sido buena idea volver a aquella ciudadela por la que tanto correteé de niño. Mi respiración se había acelerado, pero mi sentido común estaba dosificando el aire por mí y exteriormente nadie podría decir lo sumamente insultado que me sentía. Sentí que el corazón alcanzó boga inmensa y estaba a punto de desprenderse, desgarrarse él mismo sabiendo que nada volvería a ser lo que fue. Nos habían vendido al mejor postor.

Tal y como avanzaba por la pequeña cámara abovedada que giraba en recodo hacia el patio de armas, cada piedra del suelo, la argamasa de los muros y hasta las ménsulas de mármol del único arco califal que sobrevivió a tantas desavenencias que sufrieron me susurraban en árabe que me alzara contra su mala ventura. Se habían destrozado las vidas de las dieciocho mil almas que habían expulsado de allí. Su desgracia me alentaba a desenvainar mi alfanje, a llevar a cabo la yihad como muestra de sometimiento a mi dios. Me repetía que la cruz que habían instalado en la mezquita quemaba sus cimientos e insistía en que apartase la virgen que habían colocado en el *mihrab* porque aquel no era su lugar; tampoco era lugar para aquella pila con agua que ellos llamaban bendita. Aunque, en ese momento, me di cuenta de que la religión que había acatado

libremente en mi adolescencia no me había ayudado en la vida. De hecho, me lo había quitado todo.

Después de franquear otros dos patios, atravesamos el jardín, regado con agua cristalina, que un día fue diseñado como el paraíso descrito en el Corán, y subimos por una escalera de doble tiro que ascendía hasta la superficie donde se hallaba la alberca, justo delante del pabellón. Su única entrada era un amplio andén porticado con siete arcos decorados con yeserías estucadas en negro y rojo, como la sangre de la guerra y la muerte, de inusitada belleza, pero, sin duda, se trataba de la parte más prominente de aquel palacio que aún dejaba entrever las reminiscencias de lo que un día fue. El interior era indudablemente demasiado fresco para habitarlo en pleno mes de noviembre y el pobre escriba estaba acomodado en una mesa con una espectacular escribanía de bronce dotada de tintero, pluma, salvadera, timbre y estilete, rodeado de arcones mientras se tapaba las piernas con una manta de lana de Grazalema. El sayo de estameña y las calzas de cordetalle color prieto no le abrigaban lo suficiente para que la orientación noroeste del conjunto, que indicaba que era una residencia estival protegida de la canícula y abierta al fresco viento de poniente, no le afectase.

Daba pena el poco cuidado que ofrecía el alguacil a su erudito. Probablemente el mismo que le daba al trabajo que se había ido recopilando gracias a todos los escribanos que allí habían ejercido desde la repoblación, dejando constancia de las historias sucedidas en Xerez. Aunque de forma anónima, sin poder mostrar orígenes fidedignos de aquellos relatos, igual que estaba haciendo él con aquel tocho de pliegos llamado *Libro del Alcázar* y que relataba historias como la de mi propio padre cuando estuvo cautivo. Al menos, la suerte supliría el esfuerzo de quien bien trabajaba. El hombre tenía la tez tan pálida que le resaltaba el oscuro y ridículo cabello con un novedoso corte que cubría parte de las mejillas y frente. Arropaba con la ruana aquel pequeño cuerpo, con esa delgadez que caracteriza a quien se dedica a las letras, bebiendo perada para entrar en calor en una pequeña taza melada con la palabra «prosperidad» escrita en árabe. A pesar de las gélidas inclemencias del tiempo, mostró interés por mi propia vivencia en Marruecos; y yo estaba dispuesto a relatarle mi historia sin miedo alguno a las consecuencias.

—Pues todo empezó cuando estuve cautivo en África, en rehenes de mi padre, que había caído preso luchando junto a Guzmán el Bueno dos años antes…

La falsa tos del lacayo interrumpió mi recién comenzada narración para notificarme que el alguacil mayor había mandado a buscarme. Aunque en parte estaba contrariado por su inoportuna aparición, esperanza sin obra no pasaba de deseo, me sorprendí tanto

de los motivos que tuve que esquivar un ataifor que hacía las veces de escupidera en el que pude leer también del árabe «obra de Fadil». Lo habían colocado torpemente junto al zócalo y casi le di un puntapié cuando salí del pabellón, cual alma que llevaba al diablo, en busca del mensajero que me aguardaba en los llanos del alcázar, vistiendo un saíto mitad verde, mitad berenjena y zapatos de baldés. Se parecía más a un cristobita que a un heraldo.

Su aspecto distaba del empeño que mostró marcándome el diligente paso directo hacia la mezquitilla que mi amigo de la infancia, Francisco, había rentado al Concejo como sede en la empinada y curva calle de las Vacas. Estaba situado junto al solar de Gómez de Çea, al que gustaba alardear de que allí hubo un par de casas moriscas que fueron derribadas por las pocas piedras que lograron sobrevolar la muralla cuando las huestes del rey Alfonso atacaron a discreción con los almajaneques. Aunque mucha palanca tuvieron que hacer para conseguir semejante blanco en el centro de la ciudad.

Un desolador destino para lo que un día se construyó como templo. El patio, que sirvió de abluciones a mis correligionarios, engalanado con almocárabes tintados en oro antaño, pero que habían dejado que se descalicharan, ahora estaba decorado por un brocal de pozo de vedrío y estampillas en verde en las que se leía, entre otras cosas, «el poder». Precedía a la sala principal, un único espacio de planta cuadrada construido a base de sillares de piedra caliza dispuestos a soga y tizón, profusamente decorado con tapices de paño de Brujas. El regio suelo de jaspe rojizo de Cobullos, con venas pardas, debió relucir de manera incomparable ante los ojos que allí se postraban para rezar a Alá. El *mihrab*, hecho de una sola pieza ahuecada de mármol blanco con una pericia digna de los mejores alarifes andalusíes, había sido cubierto con un grueso esparto para evitar la humedad xerezana. Esa que calaba hasta los huesos.

Ni los pavos reales con las colas abiertas junto al árbol de la vida ni los animales con cuerpo de león, alas de ave, garras de arpía y cola en forma de serpiente con cabezas de pantera que adornaban los reposteros me sorprendieron tanto como el hecho de que tuvieran, ni más ni menos, que un bacín de cuerda seca con la leyenda «el poder eterno» como esquinero. El mismo recipiente que sirvió para lavar las manos y cara de los creyentes en aquel desdeñado patio de abluciones, para entrar con el cuerpo limpio y salir con el alma impoluta de la sala de oración. Pero qué se podía esperar de los descendientes de quienes no tuvieron reparos en mostrar su descontento por la celebración de las Cortes en la ciudad debido al gasto que les supuso hospedar a la alta alcurnia administrativa. A fin de cuentas, con dinero se disimulaba la ignorancia de los necios.

Yo, que me había formado en al-Qarawiyyin, tendría que lidiar con el orgullo del ignorante que se respiraba alrededor de sus cabezas, algunas, calvas; otras, híspidas. Un grupo de señores, algunos de mediana edad y otros, aunque estropeados por la excesiva alimentación, tan jóvenes como yo, pero gruesos, barbudos y vistiendo aljubas ricamente bordadas y adornadas con galones en el cuello y las mangas, aguardaban a que tomase asiento en uno de los sitiales de madera cuyos brazos estaban astillados por no haber sido pulidos con esmero. Fui dejando salir y entrar el aire por mi nariz lentamente. Un aire que necesitaba ser renovado con premura.

—Johan Núñez de Villavicencio, alcaide mayor; Fernán Ponce de León, alcaide de la mesta —me presentaron uno a uno mientras iban reverenciando con sus cabezas a modo de bienvenida—; Hernán López de Carrizosa, alcaide de justicia; Martín de Zurita, alcaide de la montaracía; Alonso Riquelme, fieldad del peso; Alfonso Dávila, fieldad de la aduana; Pascual Pérez de Úbeda, Antón de Hinojosa, Felipe de Natera, Francisco de las Casas, Esteban Gutiérrez de Carmona, escribanos; y yo, alguacil mayor, Gonzalo de Estopiñán.

Los apellidos los conocía en su mayoría, aunque otros eran nuevos para mí, probablemente por los matrimonios que se habían dado entre las hijas de los primeros repobladores y los caballeros que a menudo desterraban a mantener la frontera dentro de las inmediaciones cristianas.

—Por ser quienes sois —continuó Gonzalo de Estopiñán—, os nombro el alcaide de Tempul.

Leonor me había contado que muchos de los descendientes de los primeros repobladores habían muerto en las distintas batallas que se habían librado durante mi ausencia. Otros habían renunciado a su heredamiento. Algunos, incluso, los habían vendido porque no encontraron fortuna y, una vez malgastaron todo el valor de su patrimonio, se marcharon a su lugar de origen. También, el hecho de ser territorio hostil, porque los mahometanos habían seguido hostigando para recuperarlo, influía en la marcha de los pobladores. Entonces entendí que no solo me habían aceptado como parte del Concejo, sino que me había instalado para siempre en Xerez, en sus más profundas y rancias raíces, en el lugar donde se hacían y deshacían sus posibilidades de futuro al antojo de un grupo reducido, selecto, avaricioso, en su mayoría corrupto, y que solo velaba por sus propios intereses.

Primera parte

Mayo de 1301

Tenía nueve años cuando las huestes de Abu Yaqub Yusuf an-Nasr, sultán de Marruecos, me secuestraron.

Capítulo I

Aquella tarde me despedí de Francisco tras la más que aburrida lección que fray Beltrán nos había impartido sobre aritmética. El sol se hacía notar con la fuerza que definía el cercano estío y me apresuré hacia mi casa, donde solo encontré a mi aya. Asumí, decepcionado, la ausencia de mi madre, que se encontraba ultimando los preparativos del casamiento de mi prima Leonor, y, con desdén, que mi hermano no apareciese. Desde que había cumplido quince años y se había convertido en un larguirucho con la cara marcada de purulencias, no quería adiestrarse conmigo y me tenía que conformar jugando en solitario a golpear con mi espada de madera el pelele de paja que teníamos colgando de una higuera en el patio. En las últimas semanas se había comportado como un necio, quejándose por doquier de mi incapacidad para cazar debida a mi impaciencia, de mi continua curiosidad por aprender más, e, incluso, se dedicaba a descalificar mi aspecto por tener la piel pálida, el cabello oscuro, ensortijado y los ojos azules. Tampoco le agradaba que las vecinas le dijesen a mi madre que se notaba la hechura de espalda ancha que iba a tener en pocos años, como si yo tuviese la culpa de haber nacido de un modo u otro. Él se había vuelto tedioso y, aun así, yo no le decía nada al respecto.

No había una sola sombra entre las angostas callejuelas que nos separaban desde la plaza de San Mateo hasta la Puerta del Marmolejo, cuando mi aya me llevó sin mediar palabra al cuartel militar que habían instalado en la barbacana del convento de San Francisco. Con sus tracerías de exquisita belleza y filigranas hechas en las piedras de sus arcos, parecía cualquier cosa menos un fortín; con sus dimensiones superiores a la propia plaza del Mercado, lucía imponente a las afueras de la ciudad. Mi pueril inocencia no lograba comprender cómo ni mi madre ni mi hermano se habían dignado a despedirse de mí antes de que me marchase para aprender el arte de la guerra.

Nada que ver con la última vez que vimos a mi padre antes de partir hacia la batalla de Tempul, cuando me dejó claro el significado del deber, el honor y el cristianismo. Hacía dos años ya de aquello. El recuerdo de su marcha, alejándose por la dorada campiña reflejada en su yelmo, portando su escudo esmaltado en campo de gules y al trote sobre su caballo tordo al que había protegido con una armadura formada de testera, capizana, petral, flanquera y barda, aparecía cada vez más borroso en mi memoria. Varios días después, llegó a galope hasta la Puerta del Aceituno uno de los heraldos adscritos a su batallón, causando un gran revuelo. El mensajero notificó que habían capturado el castillo; pero, por más que yo oteaba el horizonte, solo divisaba ante mí leguas de campiña apacible, áurea y solitaria, hasta que se puso el sol por el camino de Bonanza tiñendo el cielo carmesí y

púrpura. Mi padre había caído prisionero y sería enviado a África. Tal vez, aquella misma noche, estuviese ya cruzando la Puerta de la Caridad. Solo supimos de él cuando un alfaqueque vino a negociar su rescate; había acaecido más veces, pero nunca pensé que pasaría en mi familia. Además, mi madre nunca confió en lo que el Concejo le transmitía de su parte.

El acuartelamiento en San Francisco resultó ser bastante liviano para la idea preconcebida que tenía del reglamento, y supuse que me levantarían con la aurora, a toque de corneta, para dar comienzo a mi instrucción. Había comenzado mi aprendizaje al servicio de mi prima Leonor, que me tenía como doncel acarreando sus mensajes. También leía poemas ante sus damas, e, incluso, asistía a festejos en los que trovadores de Colonia venían a cantar su *Ars Nova*, mientras que el resto del pueblo aún disfrutaba de los obsoletos juglares castellanos. A veces traía a su caserón del barrio de Francos, conocido por las piedras negras que decoraban su fachada, a trovadores galaico-portugueses para interpretar las cantigas de escarnio y maldecir que satirizaban la derrota de junio de 1265. El rey Alfonso, enrabietado al verse abandonado a su suerte en la batalla, escribió: «Tuvieron tal pavor, que sus paños de arráeces volvieron de otro color». Y los poetas la entonaban para la risa de las damas que intentaban ocultar tras sus pericones de plumas de pavo real, palma, marfil, oro, papel, seda o raso de todos los colores que existían en los talleres de los tintoreros.

Sentí un pequeño resquemor por estar viviendo el crucial momento en el que un caballero deja la benevolencia de la casa de su padre, y los simulacros de justas sobre caballos de madera con ruedas contra estafermos, para enfrentarse a la cruda realidad. Pero hasta aquello resultaba baladí frente al hecho de que órdenes monacales estuvieran instaladas en antiguas fortificaciones militares. Los mismos edificios que antaño sirvieron de casa fuerte a los adalides que guardaban la tierra y rondaban la ciudad de noche ahora hacían las veces de albergue para viajeros que llegaban una vez las cuatro toscas puertas de la ciudad habían sido cerradas tras el toque de queda. Al menos, los franciscanos eran fieles a los votos de pobreza a los que habían optado libremente, no como los dominicos, que, entre la variedad de enseres de los que disponían en su día a día, tenían ricos fruteros traídos desde la lejana Toscana.

Sin saber decir cuánto tiempo llevaba sumido en el sopor, el retumbar de un galope me alertó. Prendí el candil y salí atrapado aún en ese estado que separa el sueño de la realidad con tal imperiosa necesidad de orinar que aproveché la oscuridad para retirarme de la albergada, aunque encontrar una puerta encajada me espabiló del todo. Pese a que Xerez había sido poblado con cuarenta hijosdalgo para la protección de la frontera, el centinela de turno que protegía el

fuerte había olvidado echar el cerrojo. Fue el último pensamiento lúcido que recordé tener, porque nunca supe determinar el espacio de tiempo que transcurrió después. De pronto, iba a lomos de un caballo, entre dos cuerpos sudorosos, y a duras penas fui consciente de estar alejándome de la protección que la fortaleza debía brindarme. Ya en tierra de nadie, vislumbré las parpadeantes llamas de las teas que alumbraban los adarves de la muralla, apenas distinguibles por las lágrimas que me impedían ver la luna menguante, el cielo estrellado y, en su cénit, la osa mayor.

Al volver en mí, unos tímidos rayos de sol alertaron mi curiosidad y observé una desconocida techumbre de madera que se dejaba apreciar gracias a la luz que se colaba por las rendijas de una celosía, mostrando minúsculas motas de polvo en suspenso. Cuando quise incorporarme, apenas pude contener las náuseas por la hierba santa que pretendía enmascarar el olor a sudor, y por el inestable movimiento del suelo, crujiendo cual compás musical. La debilidad me hizo caer de nuevo sobre el jergón, aunque la mujer que me observaba con ojos de rapaz desde su asiento, en una de las esquinas del pequeño habitáculo revestido de madera, hizo que me sobresaltara. No podía determinar ni su edad ni aspecto porque, celosamente, guardaba aquellos secretos bajo un alquinal azulado como el más apacible de los anocheceres. Parecía sacada de uno de los cuentos que mi aya me contaba sobre la morisma porque las mahometanas que venían a mi ciudad no se cubrían el rostro; como mucho parte del cabello con un alquicel, pero siempre dejando ver sus largas trenzas. Aunque de buena gana hubiera aceptado la leche que me ofrecía, no entendía dónde estaba, qué hacía allí o cuánto tiempo había pasado desde que me robaron de la albergada. Además, la mujer tenía un deje extraño, una especie de chasquido del paladar que caracterizaba sus palabras como el de los mercaderes que venían desde Marruecos a vender las mejores sedas, los más faustos arcones y las más olorosas especias.

Me inquietaba estar en tierra infiel.

A través de la pequeña contraventana de la puerta, pidió mi desayuno en su idioma. Poco después un hombre le brindó una manzana y un cuenco con leche que me hicieron pensar que, por la voracidad con la que los ingerí, bien podía llevar varios días sin alimentarme. Comprendí sus palabras porque había pasado media vida entre los recovecos del alcázar en tenencias de mi padre. Allí donde tanto prisionero de lengua arábiga retenía a pesar de que la ciudad prefiriese el castigo físico al encarcelamiento. ¡Cómo disfrutaban los xerezanos con decapitaciones en el cadalso, ahorcados en el travesaño o cabezas clavadas en la pica junto a la iglesia de San Dionisio!

—Come despacio, hay más —dijo de pronto la mujer sin que

supiese qué hacer ni qué decir. Si hacerle caso porque estaba hambriento; ignorarla como castigo por raptarme; gritarle, imponer mi voluntad, sonsacarle qué hacía yo allí, qué ocurría, por qué nos movíamos, por qué sentía que la leche estaba dando vuelcos en mi panza—. Soy Aisha y tú eres Diego, hijo de Johan.

La miré fijamente, ¿cómo aquella mujer osaba pronunciar el nombre de mi padre? Se me partió el alma pensando en él: si supiera qué estaba pasando y dónde estaba yo. El corazón se me aceleró precipitadamente. No quería llorar. Recordé su esbelta figura, sus ojos causantes de los míos, su cabello de sienes bruñidas, su porte mientras se alejaba por la campiña con su plateada cota de malla; los esplendorosos blasones de nuestra familia bordados en su sobreveste, e, irremediablemente, una lágrima corrió por mi rostro. Se me entrecortó la respiración y tuve que limpiarme los mocos con una de las mangas de la almilla.

—No llores, Diego, pronto desembarcaremos y jugarás con los hijos de Tariq, mi esposo. Nadie te hará daño, te lo prometo.

Su voz sonaba como la de mi prima Leonor, de la misma edad que mi hermano y a punto de desposarse con uno de los hijos de Gonzalo Núñez de Villavicencio. Tampoco quería entablar conversación con aquella extraña, así que, en un afán de encontrar respuestas a mis propias preguntas, me puse de rodillas sobre el catre para alcanzar el pequeño vano circular que había en la pared y descubrí todo azul. No podía creer que estuviese navegando y me giré hacia ella con emoción, debía estar escondiendo una sonrisa tras su alquinal porque tenía los ojos entornados. Eran del color de la aceituna que daban los olivares que crecían en Cerro Fuerte entre los que me gustaba montar a caballo, aquellos tizones retorcidos que en lo más crudo del invierno florecían exuberantes. Apartó sus ojos de mí en cuanto oímos el bullicio en cubierta. Con el ir y venir de gente en el exterior, empezó a recoger, meter ropas, ruanas y otros utensilios en los arcones.

Tocó dos veces la puerta y abrió el mismo hombre que había hecho entrega de mi desayuno con su amplio capellar y almaizar liado alrededor de la cabeza, rematando su atavío con una cimitarra de gavilán y empuñadura profusamente decorada que portaba en su cadera siniestra. Fue tal la impresión que me causó que la seguí de un salto porque en aquel momento no quería separarme de ella. ¿Qué iba a hacer yo en un navío con un hombre que llevaba una espada que medía la mitad de mi cuerpo? Me agarré a su mano fría, grande y firme de dedos anchos. No sabía si ella buscó la mía o yo la suya, pero me sentí protegido por primera vez desde que salí de mi casa. El tintineo de los pinjantes de metal que adornaban su muñeca sonaba cuando chocaban entre sí, sentí en mi cara el roce de la suave seda de sus ropas y, en mi olfato, la fragancia de flores. A rosas.

Unos rudos sirvientes, vestidos con sayas del color de los garbanzos, entraron en el compartimiento para cargar el equipaje. Acataban las órdenes que ella les daba sin mirarlos a la cara siquiera antes de encaramarnos hacia las vertiginosas escaleras de madera que llevaban a cubierta. Un pequeño castillete coronaba la popa de la galera entre dos velas cuadradas. Sin duda, aquella nave era inmensamente más grande que las que yo había visto atracadas en las Aceñas del Rey; al menos veinte remeros se situaban a lo largo de cada banda, cubiertos por paveses que les protegían del sol que empezaba a apretar. El pegajoso sudor me adhería la almilla al cuerpo. Apestaba. Incluso sentí un deseo irresistible de lanzarme a los fríos rompientes del mar, aun a riesgo de perecer. Desde luego no pensaba en escapar, porque desconocía mi paradero, pero cada ola que rompía contra el casco sonaba a un refrescante chapuzón.

Sutilmente miré la mano, que sujetaba la mía sin apenas ejercer fuerza, decorada con unos bosquejos de motivos florales, en un tono perdido entre el pardo y el rojizo, que ascendían desde sus dedos ocultándose por la manga de su ferayé con desconocido paradero. Nunca había visto algo parecido, ni siquiera entre las buhoneras que iban al zarzaín en la plaza del Mercado y, sin esperarlo, oí de su joven voz la palabra «henna», que deduje era el nombre de aquellos dibujos. Me sonrojé, delatándome a mí mismo, pero lejos de hacer leña del árbol caído me explicó con inmensa paciencia que lo había lucido en ambas manos para desposarse y, una vez casada, solo lo lucía en una mano y un pie. Era también usual llevarlo en acontecimientos especiales o cuando se preveía visita en casa.

—¿Os la habéis hecho pintar por mí? —le pregunté sin poder controlar mi impertinencia, pero no pareció molestarle en demasía.

—Sí, señor. Solo por vos —me contestó haciendo una leve inclinación con la cabeza y se disculpó por no saber hablar en castellano de un modo cortés, aguardando mi consentimiento para continuar. Era extraño, como si mis mayores me solicitasen permiso, ni tan siquiera el más miserable de los cautivos de mi padre lo hacía. Sabía que era un invitado forzoso, pero hablaba tan dulcemente que no hubiese sido capaz de discrepar sobre aquel pequeño detalle.

Salí de esa adulación hacia mi propia persona, cuando por fin pisamos tierra firme y fui consciente de haber navegado, algo con lo que llevaba toda mi vida soñando, aunque desde luego no en tales circunstancias. Me sacó de mis cábalas el variopinto grupo compuesto por sirvientes que acarreaban todo tipo de enseres sobre tartanas tiradas por bueyes, incluso había una litera enganchada y escoltada por ocho pajes, dos en cada extremo de sus cuatro varas; fornidos, altos, de piel de ébano con almaizares color grana alrededor de sus cabezas, sayas acordonadas, que poco cubrían sus torsos de colosos,

mostrando sus rodillas, sus albarcas y sin calzas o zaragüelles que tapasen sus vergüenzas. Se trataba, ni más ni menos, que de nuestro séquito, y me sonrojé, apocado, por preguntar a una señora por la casi desnudez de los varones. Además, aunque no me llevaban con ataduras ni enrejado, la rigurosidad de mi situación quedó marcada por la escolta de tres hombres armados que lucían uniformes con la divisa benimerín, dándole al conjunto el aspecto severo que ella le restaba. Vestían de blanco impoluto sendos capellares que se alzaban con la leve brisa marina y no salían volando gracias al broche, una auténtica obra de orfebrería que se les cerraba a la altura del esternón. Las capas cubrían la parte trasera de las ricas aljubas bordadas en oro y con galones en el cuello que les llegaban hasta la mitad de las canillas, dejando solo a la vista los borceguíes de cuero a juego con el tahalí donde portaban su cimitarra. Un *taylasan* enrollado con numerosos pliegues colgaba del hombro siniestro de uno de ellos, marcando claramente quién era el arráez porque además, su espada era jineta. Un artículo exorbitante en mi reino que solo podían obtener los cristianos como regalo de algún emir, sultán o personalidad mahometana. Los dorados yelmos que lucían sobre sus cabezas, con la calva apuntada, estaban casi ocultos por el almaizar que los rodeaban y les caía dándole una vuelta a sus cuellos. El único color sobre toda aquella impecable vestimenta alba era la faja encarnada que les marcaba la cintura donde envainaban sus espectaculares dagas en oreja; y el brazalete con dos cuadrados entrelazados formando una estrella de oro, sobre campo de gules, que llevaban en el brazo diestro.

Para mayor escarnio, parecía que fueran familia, porque los tres estaban cortados por la misma tijera. No solo compartiendo el uniforme, sino también una altura considerable, espaldas anchas, esbeltos y de la misma tez levemente tostada que ella. No tenían nada que ver con la servidumbre, escuálidos, con pocos dientes y sencillas sayas, que se arrumbaba sobre la carreta. Las diferentes cunas se apreciaban en cualquier reino.

La lujosa litera era del doble tamaño que las que se veían transportando a algunos parroquianos a la vasta iglesia de San Mateo, por las sinuosas calles lindantes al mercado principal de mi ciudad; siempre de cuero, con dos varas y sostenidas por los hombros de los siervos. En cambio, la que tenía frente a mí, exageradamente ornamentada, era dorada con cortinas del color de las berenjenas sujetas por áureos cordeles. Nunca había montado en una, pero jamás había imaginado tanto lujo y boato en un espacio tan reducido. Mi pasmo se desvaneció al sufrir la afrenta de ser ignorado cuando presté mi hombro, cual caballero, para evitarle que se ayudase de un cajón. Como único premio, me vi en volandas mientras me subían al interior como si fuese un niño de pecho. Aquellos militares no sabían lo rápido

que desafiábamos a duelo en Xerez.

Me coloqué frente a ella para observar con atención todos sus detalles: un alquinal cubría su cabeza y rostro rematado con cintas doradas que resaltaban sobre la seda azul; calzaba las típicas babuchas apuntadas y guarnecidas del mismo color que su ferayé, bajo el que llevaba unos zaragüelles ajustados a sus delgados tobillos; el diestro estaba rodeado de una banda ancha de metal dorado con inscripciones cúficas que dejaba escapar un poco de aquel tatuaje de henna sobre la piel. No se parecía en nada a las esposas de los moros con carta del rey que venían a comerciar en Xerez. No se parecía a nadie.

En el exterior, como si de otra realidad se tratase, la algarabía del gentío, las celosías, la polvareda, el cascajo contrastado por los coloridos lienzos de las mujeres y disimulado por las neutras sayas de los hombres, los pollos despavoridos ante la presencia de las bestias… me entretenían a través de la ventanilla para evitar el incómodo silencio. No sabía de qué hablar con aquella extraña centinela. Fray Beltrán siempre me advertía de mi imprudencia, pero el impulso de hacer preguntas para saber más salía de mí como una fuerza incontrolable y no acababa de comprender qué había de malo en querer aprender. De hecho, se me escapó preguntarle si nunca enseñaba su rostro, y temí haber hecho gala de mi curiosidad importuna. Me dijo que el alquinal se podía llevar solo para cubrir la cabeza y el pecho, pero que ella le añadía otro velo para el rostro, y solo se lo quitaba en presencia de los varones mayores que fuesen de su familia inmediata o, por supuesto, en el harén. Aquel lugar del que hablaban pestes en Castilla, porque los hombres de la religión mahometana podían tomar hasta cuatro esposas y ellos no, aunque sospechaba que muchos varones se amancebaban con otras mujeres, incluso los ungidos.

Mi prima Leonor, alabada por la gracia de sus tirabuzones dorados como trigales y de sus ojos tímidos de un vivo verde esmeralda, había permanecido interna en un convento en Sevilla hasta alcanzar la edad de merecer. Solo la había oído hablar de ropajes, chapines, su prometido y de lo lejos que iba a llegar porque estaba en tratos con la reina María para crear en Xerez un Concejo notorio, no como el que teníamos. Mi padre decía que para eso ya estaban los Veinticuatro de Sevilla y que formar un trecenazgo con la pequeña nobleza local era ridículo. Todo parecía indicar que ese mismo otoño, a más tardar, el Papa legitimaría el matrimonio de la reina con el difunto rey Sancho. Así, su hijo Fernando subiría al trono sin que nadie pudiese esgrimir su ilegitimidad, aunque por muy rey que fuese, tenía diecisiete años, solo dos más que mi hermano, ¿cómo iba a saber de reinar?

Dejé de divagar, y como se mostraba tan atenta a mí,

interesándose por mi bienestar, comodidad y calma, me valí de su buen humor para preguntar sobre nuestro paradero. Ya existía complicidad para confiarme el nombre de aquella ciudad portuaria en la que nos adentrábamos, pero se le perdió la mirada en el exterior y aproveché para observarla mejor, adivinando el movimiento de sus senos a través de los afuelles de su ropa, potenciado con el zarandeo de la litera, lanzando un suspiro insonoro que, aunque el silencio fue efímero, me pareció eterno.

—Estamos en la ciudad de Tánger. Ahora, nos espera un largo camino hasta que lleguemos a casa.

Mirando por la ventana, para que no notase mi pena, un estremecimiento

que no supe definir me recorrió el cuerpo y delató mi tristeza. Tal vez por eso decidió compartir conmigo que la separaron de su madre cuando apenas tenía trece años para casarla con un hombre al que nunca había visto, ni siquiera a través de las celosías por las que espiaba a los mercaderes que venían al caravasar de su padre a las afueras de Tetuán. Una vez pasó por la medina el séquito de Abu Yaacub Yusuf adquiriendo todo tipo de enseres, joyas, armas y, aunque nadie vio al sultán, ella corrió la desventura de que el visir fuese a parar con su caballo al caravasar y se fijase en ella mientras recogía naranjas en el huerto.

Permaneció en silencio unos instantes y me angustié por ella, aunque sus ojos no mostraron una sola lágrima en toda su confesión. Probablemente ya no tenía ninguna que derramar. Nunca había estado a solas con una mujer así.

Cuando iba con mis amigos a los arroyos, fuera de la ciudad donde durante la estación de lluvias el mar lamía las murallas, dábamos con muchachas refrescándose las piernas, pero no se parecían en nada a la misteriosa mujer que tenía delante. Mi amigo Francisco aseguraba haber visto las rodillas de una de ellas, pero nadie más las vio. A saber si era cierto. Todos conocíamos su fama de embustero, no porque tuviese mala intención, sino porque le gustaba tanto la chufla y las chanzas que era capaz de asegurar haber hecho cosas mientras se moría de la risa porque ni él mismo podía mantener el semblante. De todos modos, apellidándose Martínez de Trujillo, se llevaba menos rapapolvos que yo. Sus dorados bucles y sus ojos claros, aunque fuesen del mismo color que los míos, le daban un carácter angelical con el que conseguía salir ileso de cualquier fechoría. Como cuando salíamos al arenal donde había muchachas emboscadas pregonando su mercancía a los viajeros que guardaban cola para poder entrar por la Puerta del Marmolejo o a los soldados que acudían a los talleres de los lanceros, asteros, ballesteros, arqueros y otros armeros a espalda de la muralla para adquirir mejores defensas. Pero

no solo de armas se nutría la concurrida puerta principal de la ciudad, sino que algún que otro mercader se guarecía en las covachas de la muralla para que la arena no ensuciase los víveres que allí vendían. A nosotros nos gustaba ir allí porque se libraban duelos.

De repente, ella tiró de un cordón haciendo sonar una campanilla que sirvió de aviso para que aminorásemos la marcha mientras las voces de los hombres se fueron relevando, advirtiéndose entre ellos como el eco que sonaba entre los escombros de aquella iglesia goda en Val de Bonaina, sobre la sierra de San Cristóbal. Paramos en una pequeña alquería, junto a un escueto pero caudaloso riachuelo. Un pozo se guarecía del sol bajo unas palmeras de tronco grueso y rugoso, muy diferentes a las flacas que apenas daban sombra en el alcázar, más ornamentales que utilitarias, pero de dulces frutos que mi aya acostumbraba a darme como recompensa a un buen comportamiento. Aquella aldea era tan parecida a Tiros, en la mata del Palmar, que ni siquiera tenía la sensación de estar allende los mares.

—Sígueme, no has probado bocado ni bebido nada desde esta mañana —dijo mientras yo seguía tan embelesado con ella que ni siquiera me había percatado de mi frugal desayuno.

El arráez que nos custodiaba se adelantó para tratar, brevemente, con el convidante cuando salía a nuestro encuentro, seguido de dos mujeres y tres niñas jubilosas. Todos vestían sayas gruesas sobre almejías abiertas con capuchón y mangas cortas de telares sin teñir, usaban abarcas y se guarecían del sol con tocados de paja de ala ancha y muy altos. De seguro, indumentaria típica en el alfoz.

Volví a sentir su mano. Ni siquiera miré, pero sabía que no podía errar el tacto y olor. Me dio un suave apretón y me acerqué aún más a su cuerpo para esconderme entre los velos de su vestido, que ondeaban libremente con la cálida brisa, mientras nos dejábamos guiar por las mujeres al ala opuesta del patio hacia el que se habían dirigido los hombres. La belleza que escondía aquella casa me tenía deslumbrado; una cantarina fuente marcaba el centro de la arquería cuadrada y salpicaba los azulejos amarillos sobre fondo verde. Nada podía preverse desde el exterior y estaba tan encandilado que ni me daba cuenta de que Aisha pretendía llamar mi atención. Me hizo un gesto con los ojos apuntando a mis pies con la barbilla para que me descalzase, y atendí a sus costumbres como si fuese más invitado que prisionero, dejándome invadir por el suave aroma a artemisia que recorría la habitación.

Las niñas, con las caras desveladas pero el pelo cubierto, eran muy parecidas entre sí, de piel clara y ojos claros como cualquiera de mis convecinos. Farfullaban, se reían, hacían y deshacían a su antojo a mi alrededor, haciéndome sentir algo incómodo por lo comprometido de la situación. Era un pusilánime que no sabía si allí se estaba

organizando mi venta o ejecución. Ajeno a mi destino, sujeto a su mano e intentando captar algunas de las palabras sueltas, pero incapaz de entender toda una conversación, me sentía totalmente aislado de todo lo que allí se tramaba. Apreté con más fuerza su mano, mirando de soslayo a ambas mujeres: una llevaba alhareme y la otra, que parecía mayor por su torpeza y forma, iba cubierta además por una almalafa de cabeza a pies, imponiendo enormemente con su sola presencia. Yo evitaba mirarla directamente porque me asustaba, era claramente la que mandaba entre las mujeres, y nos dirigió hacia el patio, nuevamente, donde rodeamos la fuente hasta que Aisha puso la mano sobre mi pecho, a modo de barrera, para que no pudiera acercarme más. Desde mi muro imaginario, retirado unos cinco pasos, las observé recitar al unísono la introducción a su rezo. Se lavaron las manos y antebrazos, pasaron sus manos mojadas por la cabeza sin descubrirla, del mismo modo que se enjuagaron la boca varias veces, y, por último, se acicalaron los pies. La entonación del recital en forma de letanía, acompañado de todos aquellos movimientos, era su particular invocación a Dios.

Tal y como acabaron, nos adentramos en la casa de aquellos extraños, donde, al menos, esperaba poder comer y descansar sentado sobre algo que no estuviese en continuo movimiento. Y aunque aquellos almohadones esparcidos por el suelo no fueran el asiento que esperaba, tampoco era correcto llegar a casa ajena exigiendo. Las niñas se pusieron a mi lado con la misma exaltación que venían mostrando desde nuestra llegada, exceptuando el momento de la oración, que seguía estampado en mi memoria. No era habitual hallar tanta concordia durante las plegarias en la iglesia de San Mateo, donde acostumbraba escuchar misa. Siempre había quien miraba por encima del hombro porque teníamos que sentarnos en orden de relevancia a partir de la segunda bancada. La primera estaba reservada para el alcaide de la collación, otros miembros del Concejo, algunos frailes y otros vecinos ilustres. Al final del todo, se mantenía en pie durante toda la homilía aquel gentío que llevaba a sus chiquillos descalzos por la ciudad. Haber sido testigo de su oración cambió mi modo de ver a los infieles: fue armonioso, respetuoso y mucho más divertido que persignarse antes de comer, aunque todo indicaba que el ágape no iba a ser menos ceremonial que el rezo.

La mujer regañó a las niñas para que dejaran de hablar del color de mis ojos y se cambiaron de sitio rápidamente, dejándome escoltado por la señora mayor. Aisha, ajena a mis cuitas, extendía las manos sobre la zafa para no derramar el agua que la señora vertía sobre ellas como acto simbólico, pues ya venía acicalada de la fuente. Y, por si fuera poco, una serie de normas de comportamiento, que me resultaron ridículas, se interponían entre mi hambruna y las viandas

con las que una delgaducha sirvienta aparecida de la nada nos iba agasajando. La sopa con tropezones de verduras quemaba como el agua que usaban las mujeres para lavar las ropas en los patios. Me achicharré al primer sorbo y no pude evitar soplar, llevándome un rapapolvo por parte de la mujer.

Tampoco le pareció correcto que abriese el pastel de carne con la mano siniestra. Recordé las burlas cuando me llamaban *sinister* en casa de Álvar de Morlans, donde iba fray Beltrán a enseñarnos gramática entre otras cosas. También cómo mi aya me golpeaba la mano zurda cada vez que intentaba agarrar algo o cuando el fraile se propuso convertirme en zurdo contrariado, atándomela a la espalda con una guita. Menos mal que mi prima me encontró de aquella guisa, puso el grito en el cielo y, desde entonces, me dejaron más o menos tranquilo. Pero aquí no les importaba en nada mi zurdera, no podría usar la mano siniestra.

De todos modos, por muy remilgado que me resultase el panorama, aquello era lo mejor que había probado nunca, y devoré la hojaldrada con ayuda de leche recién ordeñada para bajar la comida que se resistía a llegar al estómago. El cerdo estaba bueno, pero siempre tenía el mismo gusto; en cambio, aquello sabía a muchas cosas distintas a cada bocado. Hasta el cinamomo me trajo el recuerdo de las almojábanas que preparaba mi abuela Elvira. La puesta en escena llevada a cabo por la servidumbre, apareciendo tras la cortina con los manjares, convertía aquel almuerzo en una función, como las que se celebraban en la plaza de la Yerba por el día del patrón. Para mi sorpresa, aún quedaba más pitanza por degustar y, cuando llegó aquel puchero al que ellos llamaban tayín, me entregué por completo al pecado de gula. Aquellas comidas las servían también en el mesón de la calle de las Barraganas, pero nunca había ido. Ni mi edad ni mi posición me lo permitían.

Una vez de vuelta en la litera, sacó una pequeña talega de algún compartimento oculto en su ferayé y me tendió una rama que vacilé si coger o no.

—Tranquilo —me dijo—, es *miswak* y sirve para limpiarse los dientes.

—Nosotros usamos la punta de una navaja para sacar los restos de comida. —La cogí entre mis manos y la miré extrañado sin saber qué hacer con ella.

—Debes masticarlo. —Lo hice intentando aguantar la risa sin victoria, esperando que no se ofendiese, pretendiendo conservar la inusitada buena relación entre nosotros.

—Es imposible haber encontrado una aldea al alzar —le dije— y que tuvieran todas aquellas viandas preparadas para comer.

—En nuestra cultura, ser hospitalario con el forastero es un deber.

Lo dijo el Gran Profeta. De todos modos, Ahmad y su familia conocían nuestra llegada.

Tenía muchas dudas y necesitaba respuestas. Quería preguntar por la comida, saber más sobre sus oraciones, por qué se lavaban durante el rezo. En el alcázar había visto cómo los esclavos y prisioneros usaban piedras para pasárselas por encima, nunca agua. Pero ella ahuecó uno de los cojines a la altura de su cabeza, con la clara intención de descansar, por lo que guardé silencio echándome sobre el resto del asiento.

Desde esa posición, podía ver sus manos colocadas una sobre la otra, los bosquejos pintados sobre ellas, sus pulseras con pinjantes, sus muñecas delgadas y huesudas, y un poco del antebrazo que se dejaba entrever de la manga ensanchada de su ferayé. Me amedranté cuando inhaló más profundo de lo habitual, delatando el movimiento de su pecho, y alcé la mirada solo un instante para comprobar que siguiese con los ojos cerrados. Un trazo de color negro pintado sobre sus oscuras pestañas intensificaba el color azabache, a juego con las cejas que formaban un gracioso reviro hacia arriba. La tentación de apartar el alquinal crecía por momentos. Deseaba contemplarla, pero mi condición de caballero me obligaba a respetar a una señora, así que bajé la vista lentamente, siguiendo sus sedas y sumergiéndome en un sueño profundo, tanto que apenas tenía conciencia de estar aún entre los vivos.

Volví en mí gracias al júbilo que venía desde no muy lejos y la encontré recomponiendo las doblas de sus telas y adecuando el alquinal a su cuerpo. Nos iluminaba un oscilante candil que no hacía más que adormilarme, otra vez, sobre el almohadón, hasta que noté que estaba lleno de mis propias babas. Alivié de salivas la comisura de mis labios con la manga y, avergonzado, rehuí sus ojos al mismo tiempo que albergaba una sensación onanista de alivio. La noche caía, pero el leve resplandor del moribundo día se resistía extendiéndose a lo ancho de una gran plaza ocupada por el gentío. Me pareció volver al período de feriales a lo largo de la calle de la Ropavieja, la plaza de la Yerba hasta llegar a la alcaicería de la plaza de Aljaifar por donde transcurrían los buhoneros, juglares, titiriteros, músicos, histriones, volatineros, trúhanes, charlatanes, embaucadores, saltimbanquis, gorgoteros y algún que otro mercader profesional.

Aquí, con tanto mercachifle, no podía determinar si era una muestra, un mercado o lance de toros y cañas, porque veía a gente yendo y viniendo, agolpándose, y dudaba entre formar parte de aquella muchedumbre o refugiarme en la seguridad de la litera que resultaba, además, agradable.

Ya en el ocaso se había esfumado el calor del día. Refrescaba y me inundaba el olor a brisa de la ribera del Leteo, donde dormitaban

bajeles que hollaban costas de Berbería. El pueblo se llamaba Asila, donde la mayoría de sus gentes eran pescadores, y de no ser por los cientos de voces que al unísono se imponían, podría oír el graznido de las aves marinas y el estruendo del oleaje rompiendo contra el arrecife.

Estábamos en la costa de Marruecos. Lástima no estar muy ilustrado en su geografía porque fray Beltrán acostumbraba a moralizar tras cada lección con su juicio de valor sobre tierra de paganos e infieles, la allende a la verdadera fe y, en no pocas ocasiones, me sorprendió ojeando los portulanos que tenía desplegados sobre la labrada mesa de trabajo en los que se asociaba *infiel* con el exotismo de tierras más allá de la cristiandad. A mi preceptor tan solo le interesaban aquellos que reflejaban la tierra cristiana: el imperio de Cristo sobre el orbe. Él hubiese justificado mi cautiverio cual castigo divino por una curiosidad hereje. Pero yo no me sentía tal.

Aisha me cogió de la mano y nos adentramos en un mercado con tantas paradas que no sabía a cuál mirar. Sin duda, el sentido del olfato se hacía con la potestad alertado por el incienso, las pieles o la comida cocinada allí mismo. Absolutamente todo olía con efusividad. Los pequeños montículos de vivos colores impregnaban el aire de aromas exóticos y excitantes, y es que las especias valían su peso en oro, apreciadas hasta el extremo por la concurrencia que no dejaba de interrumpir mi mirada. Del techo de otra parada colgaban hierbas secas y ristras, igual que el tomillo que vendía la vieja tendera desdentada y verrugosa a la que mi aya siempre compraba, tal vez porque le apenaba su estado o le recordase a su propia madre, a saber, desde cuándo no la veía. Apenas llegaba a la veintena y se había ocupado únicamente de criarnos a mi hermano y a mí. Vestía siempre con un pellote de paño de Bolique por encima de la saya y cubría su oscuro cabello con una albanega de lino, que casi solo dejaba ver su pálido rostro. Desconocía por qué nunca se había desposado, pero aquella cándida mujer aragonesa escondía una continua tristeza tras sus ojos pardos que partían el alma de cualquiera.

Pasamos por un bienoliente tenderete de frasquillos y damajuanas que almacenaban ungüentos y afeites de almizcle, alcandor, talco, ámbar, algalia, y se hizo con tres redomas distintas, no sin regatear antes, gesticulando y parloteando afablemente, hasta que la tendera se dio por satisfecha.

—Huele, Diego —propuso volviéndose cargada de enigma hacia mí y abriendo uno de los frascos con afeite. —Vamos, no seas apocado, eres un caballero *sharishi* —dijo Aisha ruborizándome, en parte por el galanteo y, en parte, porque supe que se lo untaba por el cuerpo que desprendía el mismo olor a rosas.

De pronto, nos vimos envueltos en un alboroto donde un grupo de hombres, alzando la voz y con gestos exacerbados, apostaban. En medio del tumulto alguien practicaba el viejo juego de los tres jarros boca abajo moviéndolos con soltura y rapidez, tanto que mis ojos no podían seguirlos mientras los otros intentaban adivinar bajo cuál estaba el garbanzo. En racha, uno de ellos siempre acertaba y, por el contrario, los otros, no muy contentos, no desistían en su empeño. Ella me aseguró que era una vieja treta, que normalmente el que ganaba siempre era amigo del que arrancaba el juego y que los dineros que apostaba eran de ambos, así como el reparto de lucros, por eso nunca había visto ganar a ningún conocido, solo a foráneos. ¿Cómo era eso posible? Cientos de veces lo había visto en feriales y jamás había sospechado algo semejante.

Aún embelesado con los trúhanes, el olor a viandas que bullían con libre albedrío entre las paradas me marcó que debíamos estar entre Vísperas y Completas, aunque me conformé con un cuenco de leche y dos mazapanes de pistacho para no pecar de gula dentro de aquel mercado cuya distribución no era tan enmarañada como había juzgado, sino que estaba perfectamente distribuido en gremios. El aparente caos lo provocaba el gentío que acudía como moscas a la boñiga; de golpe, el aire de la noche fue invadido por un hedor penetrante, gemelo al que se desprendía saliendo por la Puerta del Marmolejo. Pronto nos topamos con una parada de curtidores como los que llevaban sus pieles a los tintoreros del arenal y, por un instante, creí estar allí escondido junto a Francisco, tras las pocas lápidas que quedaban del osario mahometano donde se amancebaban las mujeres que solo habían podido optar por seguir el camino de la mala vida.

La pestilencia surgía de un mejunje de sal de amoníaco y orina fermentada, para alterar el color de los tintes vegetales, y de excremento de paloma y cal que servía para anegar las pieles durante días, suavizarlas y así poder curtirlas. Una vendedora, llamándole la atención para mostrarle unos lienzos, me sacó de la quimera, exhalé y se evaporó mi querida ciudad del pensamiento mientras el bullicio se iba alejando poco a poco. El mismo silencio se había apoderado de mi congoja, y la debió notar, porque incluso se preocupó por mi repentina mudez, soltando mi mano y enredando sus dedos en mis rizos. Le sonreí tristemente.

—Estoy bien, Aisha.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre a pesar de haber pasado todo el día pensando cómo sonaría, pero no me había atrevido a decirlo en voz alta. Sonaba como una melodía. Si fuese el zéjel de una cantiga, sería un cántico precioso.

—Vamos a pasar la noche en los aposentos que han dispuesto

para nosotros —me contestó—. Te pondremos ropas limpias y dormirás en un lecho de plumas recubierto de seda. Mañana nos espera un largo camino.

Encontramos la alcazaba con su portón abierto, muy parecido al de la Puerta de la Ciudad de Xerez, con multitud de adalides alineados en la entrada caminando por los adarves o en el patio, armados con espadas al tahalí, y ni uno solo nos dedicó la mínima atención. Nuestro paso por la arquería nos llevó hasta un segundo patio mucho más grande, con casas carentes de ventanas salvo algún vano al azar, y donde algunos civiles se dejaron ver en las puertas de los pabellones. No había ni una mujer, solo hombres que fueron entrando en sus casas a medida que íbamos avanzando sobre el suelo empedrado, como si se escondieran de algo o alguien. Una gran puerta de metal, también abierta, flanqueaba el pasillo en el que se hallaban nuestros aposentos, separados por una sala de dimensiones tales que la alcoba de mi casa parecía ridícula. No tenía parangón: estaba profusamente decorada hasta la saciedad. Lo peor era que debía aguardarla allí con uno de los castrenses, llamado Adnan, escoltando la puerta. Intentó quitarle hierro al asunto asegurándome que, si necesitaba cualquier cosa, él hablaba mi idioma y no tenía nada que temer.

Llevaba sintiéndome mal desde que olí las pieles en el mercado que me habían trasladado mentalmente a mi casa. Quería estar en el hogar donde nos reuníamos todos hasta tarde mientras los mayores nos contaban historias. De pronto, empezó a dolerme el pecho al respirar hasta que rompí a llorar sentado sobre un lecho de plumas recubierto de seda, tal y como me había prometido que sería. De hecho, no caí en la cuenta de estar dormido hasta que una mano, revolviéndome el pelo, me despertó. Y allí estaba ella, cuidándome como la guardiana más efectiva, más eficaz, aunque solo acerté a incorporarme y abrazarla por la cintura, desconsolado, sin poder reprimirme, rompiendo a gimotear de nuevo.

—Antes de emprender el camino a las lecciones —confesé—, mi madre me despidió con un beso y esa fue la última vez que la vi.

Me invadió el olor a la azucena que se desprendía de las ropas de mi madre; el recuerdo de su prudente rostro que apenas sonreía; su semblante severo de quien nunca tenía suficiente; su ceño fruncido por no estar nunca satisfecha; su gesto adusto por ser excesivamente rígida; y desapacible en el trato. La mirada de Aisha fue mudando a medida que yo iba confesándole mi pena, pero no quiso hablar del tema y se limitó a indicarme, para mi horror, que todo estaba listo para el baño. ¡Pero de qué estaba hablando aquella mujer! Mi aya me había acicalado el día anterior. Además, no entendía el disfrute de remojarse en agua caliente como acostumbraban los mayores, que hasta iban a las salas de baño moras como pasatiempo. Otra cosa era

que se excediera la mugre a causa de los continuos juegos y escaramuzas de la chiquillería.

De todos modos, mi pesar desapareció en cuanto me indicó cuál era su alcoba, asegurándome que tenía el sueño ligero. Me sonrojé sin saber qué me producía aquellas vergüenzas: tal vez la imagen de su cuerpo cubierto levemente por un camisón que crecía sin control en mi mente. Incluso, llegué a pensar que Dios me castigaría por semejantes pensamientos impuros de los que ni siquiera fray Beltrán nos había hablado, aunque todo el goce cayó en pozo vacío en cuanto me mostró el acceso a mi tormento: una pequeña puerta disimulada en el tabique.

—¡Lávate las orejas y frótate bien, Zarqali!

Me desprendí de aquellas ropas apestosas, dejándolas caer por el suelo y pensando en cómo me había llamado. Pero, siendo sincero, no me importaba que me colmase de atenciones, aunque tuviese que pagar el precio de pasar por un baño al día. Y viendo que nada podía hacer para evitarlo, arrimé un cajón a la humeante tina de madera para sumergirme en aquel pequeño lago de agua cálida y vaporosa. El ungüento que me había dejado era líquido, suave, olía muy bien y no hacía falta frotar como con las toscas pastillas de jabón del hogar. Me preocupó haber usado todo el contenido, porque aquel exótico producto, a buen seguro, tendría un coste elevado. Eché un poco de agua dentro del frasco y lo agité. Sin duda fue el baño más largo y menos sufrido que había tomado hasta entonces. Incluso descubrí mis manos tan arrugadas, cuales pasas, como las de aquellos venerables ancianos que habían superado la media centuria. No había muchos en Xerez, probablemente por el oficio de las armas, las enfermedades, las calamidades, la continua guerra… la Frontera.

Una cortina de vapor húmedo me envolvió tapando mi desnudez, surgiendo etéreo de la niebla. El baño, los ungüentos, el aroma y la cálida sensación a humedad me produjeron un extraño placer; diría que me sentí en paz y descansado por primera vez en mucho tiempo. En cierta forma, revitalizado y, a la vez, adormecido. Pero con los sentidos tan intensificados que noté el suelo mojado bajo mis pies; el fresco camisón blanco, como el algodón del que estaba hecho, cayendo sobre mí, ancho; amplificando las sensaciones del baño. Pensé en aquella mujer que me cuidaba, de tacto tan suave como el camisón, de olor tan embriagador como el del baño, y volví a sentir una punzada que no podía controlar. En un alarde de serenar mis más indebidos pensamientos, me calcé aquellas babuchas tan parecidas a las suyas y permanecí esperando la aprobación de mi única amiga en mi reducido mundo. No contenta con el resultado, me obligó de nuevo a mojarme la cabeza, ¡como si no fuera suficiente haber cedido al insistente baño que tan poco me gustaba! Además, en mi casa era mi

aya quien me bañaba y Urraca quien limpiaba después; la muchacha que se dedicaba a las labores del hogar, venida desde Arcos para servirnos hacía ya dos años, y que vivía con nosotros. Realmente dormía en la azotea, donde hacía un terrible calor durante los meses de estío, pero mi madre se empeñaba en marcar las diferencias de alcurnia, relacionándolas con los niveles de la casa, haciendo caso omiso a que teníamos una planta baja más una algorfa, porque la alhanía, hecha de adobe, era un simple palomar.

Cuando me mandó a la cama, le pedí que dejase el candil prendido temiendo que en medio de la noche me volvieran a raptar y me separasen de ella. Tampoco quería abrir los ojos y encontrarme a Adnan, o a los otros, frente a mi cama con sus enormes espadas; ni siquiera me habían dirigido la palabra durante todo el día. ¿Cómo iban a dormir si tenían que escoltar mi puerta? Ni que me fuera a escapar. ¿A dónde iba a ir? ¿Y qué hacían tantos hombres en la entrada de aquella alcazaba compartiendo vecindario con adalides? No era normal.

Mi padre fue repoblador en el Repartimiento y, aunque la mayoría de soldados recibieron similares donaciones, aun siendo ballestero del rey, heredó en los donadíos dos casas medianas y cinco pequeñas en el arrabal de San Marcos. Ya en el de Sevilla, siendo apenas un infante y recompensado por la muerte en combate de mi abuelo, que luchó junto al rey Fernando en la toma, había recibido veinte aranzadas de olivar y cinco yugadas de pan de sembrar. Pero eran los conversos quienes las trabajaban. En Xerez, tenía campesinos que labraban las seis yugadas de tierras de pan, las seis aranzadas de viña, las dos de huerta, las quince de olivar y las seis de majuelo que les fueron otorgadas por participar en la conquista. Por eso, era impensable que los pecheros compartiesen los mismos privilegios que nosotros. Aquí tal vez funcionaba de otra manera. Si tenían otro dios, ¿cómo no iban a tener otras costumbres?

Capítulo 2

Salamaleikum, sayyid. Buenos días, mi señor.

Los ojos color aceituna de Aisha estaban rodeados de rosácea seda con unos pequeños pinjantes de metal, evocando monedas de color plata que caían a la altura de la frente. Lucía muy hermosa, no necesitaba ver más para saberlo. Seguía igual de pesada insistiendo en que me acicalase y yo no terminaba de entender aquel interés por la ablución si íbamos a volver al polvoriento camino.

—La pulcritud es muy importante. Oler mal puede molestar a los que están alrededor. ¿Te has percatado de mi olor? —preguntó con retintín, aunque fue la única parte de su pequeña perorata que me interesó.

—Sí, a rosas —dije sin preámbulos, delatándome a mí mismo y haciéndole soltar una carcajada que sonó a vida dentro de aquella silenciosa fortaleza.

El fornido Adnan nos aguardaba en el exterior sin pinta de haber permanecido toda la noche escoltando la puerta de mi habitación, y nos dispusimos a recorrer juntos, nuevamente, nuestro hospedaje. Los arcos daban forma a una celosía que dejaba ver un patio en el que no había ni soldados ni pecheros, solo una fuente en el centro con pequeñas acequias decorando el espacio visual y acústicamente. La dirección que seguían los pequeños canales se perdía, pasando por otro cuerpo de arquería, en la planta de abajo. El silencio inundaba aquel lugar, solo interrumpido por nuestros pasos y el sonido del agua, a cuyo recorrido seguí la pista por los canales, escalera abajo, donde la misma que salía de la fuente se dividía en cuatro caminos y volvía a unirse en un gran cuadrado hacia el mismo punto de partida. Me sirvió de entretenimiento mientras la esperaba sentado en una bancaleja de nogal tapizada de escarlatín y con galoncillos negros, hasta que la vi rezar. Resplandecía en medio de aquel patio, incluso más que el agua, con tal concentración que parecía danzar orando en su lengua.

Busqué similitudes entre aquella fortaleza y la de mi ciudad. Era otro estilo de vida. Lo sabía de buen grado porque entre las obligaciones de mi padre estaban las tenencias del alcázar. Por estas recibía seis mil maravedíes al año, y por sus labores, otros dos mil maravedíes más los dos mil ciento sesenta de quitación, por lo que era el hombre mejor pagado de la milicia xerezana, muy por encima de las soldadas recibidas por los caballeros de la mesnada. La mezquita de su interior había sido consagrada como capilla a Nuestra Señora María la Real en 1268 por el rey Alfonso, y las otras gentes podían asistir a misa en los aniversarios de la ciudad. Pero no se rezaba con tanta armonía como aquí.

Estaba tan evadido que apareció junto a mí sin percatarme siquiera que había dejado de oírla. Venía rebosando sosiego. Incluso más del que ya transmitía su presencia. Siempre con la cabeza en alto, los hombros hacia atrás y mirando al frente, caminaba hacia el comedor por los pasillos de aquella alcazaba como si fuera la dueña y señora, vistiendo una aljuba blanca bordada con hilos de plata, al ritmo de su particular parsimonia.

—¡Eh! Zarqali, no se te ocurra servirte tú mismo, que te veo muy decidido.

Solo quería observar todos aquellos manjares por si eran una ilusión y se desvanecían. Y es que, además, tanto de la fruta fresca como desecada, había mazapán, hojaldres, frutos secos, turrón, huevos, pan, aceite, leche, queso, mantequilla, requesón y otras

viandas que desconocía, como la pasta de garbanzos llamada *hummus* que se servía rociada con aceite de oliva y que, aseguró, me mantendría fuerte durante todo el día. Hacía bien decidiendo ella misma. Yo no podría elegir porque era ansioso por defecto y no podía hacer nada al respecto. Además, normalmente, comía un bocadillo de tocino con un vaso de leche. Desde luego jamás hubiese sido capaz de imaginar una mesa dispuesta como aquella. ¡Y para un desayuno! Me sentí feliz cuando la sirvienta, que debía ser un par de años mayor que yo, ofreció lacónicamente leche y hummus, con más torpeza que acierto para mí, mientras que ella prefirió queso y un zumo de naranja. Olía tan bien que casi podía olfatear los naranjos que florecían en marzo en la Puerta del Olivillo, sin que nadie sospechase que se alzaban sobre minas subterráneas que albergaban tumbas de otra religión. Toda la ciudad olía a azahar por aquella época, pero preferí no pensar en ello.

Se estaba portando realmente bien conmigo y no quería estar emberrenchinado todo el día. Comimos tranquilamente, como si no tuviésemos prisa ni nos esperasen en otra parte, con tanta paz que incluso se oía el graznido de las gaviotas a través de las ventanas que daban al exterior. Las celosías que las cubrían solo dejaban entrar aquellos rayos de sol que osaban penetrar por sus pequeñas estrellas talladas. Sin pretenderlo, sucumbí en un increíble sosiego oyendo el agua e imaginando su cauce a través de aquel patio.

Para salir tuvimos que recorrer los mismos pasos que la noche anterior, en sentido contrario, y aproveché para hacer un examen visual de aquel corredor, sus arquerías, su patio, su fuente con acequias, la luz que entraba intensamente para destellar en sus rosadas faldas. El silencio volvía a romperse por nuestros pasos, por el sonido de los metales que decoraban sus vestimentas, por el agua, por las gaviotas que se oían de fondo y por el crujido de las charnelas del gran portón de madera que se abrió dos pasos antes de que llegásemos. Del patio de los soldados dimos al de los pecheros, que nos condujo al gran arco de herradura que escondía el luminoso exterior donde nuestra caravana nos aguardaba. A pesar de ser pleno día, no había muchedumbre en las calles de Asila, pero ni la ausencia de ruido o gente le impidió ofrecerme un *miswak*. Iba a tener que masticar aquello cada vez que comiese, a saber cuántos tenía, pero deseaba que se acabasen de una vez por todas.

Me había quedado dormido después de haber visto pasar toda la costa de aquel sultanato preguntándome qué clase de demonios había más allá. Pensé en la superficie llana del orbe, en cómo caería el agua y a dónde en sus confines. Y cómo sabía fray Beltrán que allí, al final de los mares, había criaturas del diablo. Nunca llegué a comprender por qué si Dios creó la Tierra, dejó que el demonio instalara allí a sus

guardianes. Nunca se lo pregunté al fraile, a saber qué castigo me hubiese impuesto. Mientras tanto, ella estaba leyendo un pequeño libro muy colorido con epígrafes en su lengua en la portada, que hice amago de entender inclinando la cabeza como si pudiera interpretar aquellos caracteres, con la única intención de olvidar la tensión causada por los dragones del averno.

—*El libro de los caminos y los reinos*, de al-Bakri. Era de al-Andalus.

Mientras me explicaba amablemente que trataba de geografía, historia, clima y los pueblos de todos los reinos del mundo, aparecieron aquellos demonios delimitadores de mares lejanos en mi mente. Quise conocer su postura sobre los malditos seres del infierno, pero ella soltó tal carcajada que llegó a ser inaudible. Escuchar que el rey Alfonso hubiese sido menos sabio de nacer al-Zarqali en territorio cristiano se me hacía cuesta arriba.

—Por todos es sabido que el rey veneraba la sabiduría islámica hasta la saciedad, incluso fue el monarca que más destacó a los judíos en la Corte.

—Al-Zarqali inventó cosas que hicieron la vida más fácil a los demás; creó el almanaque —Seguía riendo sin sonido a modo de convulsión. Yo había quedado como un idiota por desconocer el creador de tan útil invento—. Sin los avances de al-Andalus, Europa estaría viviendo aún en la oscuridad.

Con lo sabionda que era parecía desconocer que hacía ya un siglo que, con el vidrio dúctil producido en las fábricas de Murano, unos franciscanos habían creado unas lentes esmeriladas convexas para mejorar la vista de quien padecía de presbicia. O que en Flandes llevaban ya tres siglos usando molinos con un mecanismo de molienda propulsado por el viento. ¿De qué oscuridad hablaba? No había nada más alegre que ver a los nobles por el Llano de San Sebastián corriendo alcancías, arrojándose unos a otros la vasija rellena de cenizas, y cubriéndose con las adargas para que no les abriese la mollera. ¿Y qué me diría de la Balteira? ¿Es que había algo más jovial que ser una soldadera en la corte alfonsí contando con el suficiente favor del rey como para tener tratos con los Banu Isqalyula en su nombre en plena rebelión de estos? Además, se le dedicaron al menos diez cantigas de escarnio y fue cruzada. Ya no había dueñas como las de antes.

—¿A que no adivinas qué significa el apodo *al-Zarqali*? —preguntó para que formase parte de su arenga. Vacilé encogiéndome de hombros. Estaba hartándome de tanta sabiduría redicha—. 'El de los ojos azules', por eso te llamo así. —Se agachó un poco, dejando ver que bajo su asiento había una cavidad, un espacio hueco cubierto con una alcatifa para guardar cosas, como el zurrón del que sacó un libro

—. Este está en latín. Es de ibn Rusd, al que conocéis como Averroes. El título se podría traducir como *Refutación de la refutación*. —Me contó que había sido un escritor cordobés que vivió en el siglo XII y que el libro trataba de filosofía defendiendo la postura de Aristóteles, con quien compartía el racionalismo—. Igual que tú te planteas qué hay más allá, él también lo hacía. Los grandes hombres piensan así y son los que llegan lejos en la vida.

Se me escapó un mohín tonto. Había crecido convencido de que sería importante como caballero, pero era la primera vez que oía que se podía vivir laureado como pensador. Pero me preocupaba que la Iglesia volviese a prohibir la obra de Aristóteles, hasta hacía no mucho considerada ajena a las verdades católicas reveladas. Ella siguió con su libro de geografía mientras yo empezaba el mío de filosofía, sin comprender mucho a Averroes, pero sin soltarlo en ningún momento. Al menos me serviría de distracción mientras no ocurriese nada divertido en el camino. Menos mal que, cuando estaba en el momento más intenso de la pugna contra Algazel, me llamó la atención para que me asomase por la ventana y, por un instante, formé parte de una de aquellas historietas sacadas de los cuentos de Oriente; esas que relataban las caravanas de los mercaderes que viajaban sobre camellos. Pasaban por nuestro lado y pareció, cuanto menos, irreal. Casi tanto como cuando sacó un pellejo de debajo del asiento. Empezó a resultarme inquietante todo lo que allí cabía, incluso los bultos que se había traído de la alcazaba, aunque me decepcionó que me ofreciese una manzana y quisiera dejar los mazapanes para después del almuerzo.

Mientras le daba vueltas a mi ágape, sacó un frasquito del zurrón, se mojó la punta de los dedos con el líquido que contenía y comenzó a extenderlo por ambas manos, masajeándose y entrelazando los dedos como si no hubiese cogido suficiente afeite y quisiera que llegase a todas partes. Yo seguía con la manzana en la boca, pero no llegaba a darle el mordisco observando todo aquel ritual. El aroma del argán invadía, poco a poco, la litera, un afeite muy apreciado por las féminas cuando lo traían al mercado y el buhonero, subido a un cajón, vendía a viva voz todas sus propiedades y usos: hidrataba la piel, curaba quemaduras, enlucía el cabello, y hasta se usaba para cocinar. Era realmente costoso, incluso más que el de oliva, y el vendedor de turno se iba siempre con todo el producto agotado.

Yo seguía absorto con la manzana mientras ella me interrogaba sobre mis costumbres, mi día a día o los juegos con los que nos entreteníamos, sin querer decirle que recreábamos las batallas entre moros y cristianos. Probablemente fue ahí cuando reparé en que había crecido sabiendo quién era el enemigo, pero no conocía a ninguno como la estaba conociendo a ella ni entendía si tenía algo en su

contra. Una cosa era saber de reos o militares y, otra, ver a la gente en sus casas o comer con ellos en sus salones. Lo que yo quería era viajar, por eso ser caballero era el oficio idóneo para salir del reducido perímetro amurallado que rodeaba Xerez. Llevaba desde 1267 anexionado ininterrumpidamente a la Corona de Castilla y había pasado toda mi vida oyendo el sonido de cornetas y cajas en voz de alarma. A fin de cuentas, vivíamos en la Frontera, solo cinco leguas nos separaban de otro reino. ¿Sería por batallas…? No podía olvidar que la sociedad premiaba a los primogénitos, así que, como segundón de buena cuna, solo me quedaba ganarme el pan del modo más honorable que me diese mi posición, y las armas podían abrirme los caminos que me estaban vetados por no heredar las tierras de nuestra familia. Otra opción era desposar a una dama acaudalada, pero ¿quién quería semejante destino pudiendo batirse en torneos de castillo en castillo? Yo aspiraba al renombre, al galardón otorgado por el señorío organizador, a los pertrechos y monturas de los adversarios. Era normal que se luchase con semejante furia cuando se deparaba tanta ganancia y, para ello, me habían estado adiestrando desde infante.

Estaba a mis anchas explicándole la importancia de ser fijodalgo, y de nuestra misión de defender la ciudad por el juramento que hicieron nuestros padres o abuelos cuando la repoblaron. Le fui contando todo lo que quería saber. Siempre había sido muy charlatán, aunque había cosas que no lograba comprender, como su curiosidad por nuestra escuela; ni que se tratase de la mismísima Salamanca. Me costó mucho hacerle entender que simplemente íbamos al salón de la casa de Álvar de Morlans, tío de mi prima por parte de padre. Estaba en la collación de San Juan, a la vera de la iglesia, y fray Beltrán llevaba siendo nuestro maestro desde que llegó de Sevilla hacía ya dos años. Pero nada que ver con lo que intentaba explicarme ella sobre las madrasas donde podía acudir a aprender cualquier súbdito de aquel sultanato. Ni siquiera hubo nada igual cuando mi ciudad estuvo bajo dominio de la Ley de Mahoma, jamás había oído hablar de unas escuelas coránicas guardianas de la sabiduría y de las nociones de su religión. En Xerez, los curas enseñaban a los niños en las casas que se prestasen a ello, normalmente porque tenían algún hijo o sobrino en edad de aprender, y las monjas enseñaban a las niñas, que vivían en el convento durante sus años de aprendizaje. Nosotros íbamos a la casona del caballero Morlans porque quería que su sobrino, Sancho, estudiase, aunque preferíamos los días que no había lecciones y nos invitaba a su alquería, en el alfoz, donde tenía todo tipo de cachivaches como macetones, estelas funerarias, puntas de flechas con forma de hoja de a saber cuándo…

Estábamos muy unidos porque, aunque mi hermano y yo habíamos nacido en la collación de San Marcos, cuando yo tenía dos

años, nos mudamos a la casa de San Mateo para estar más cerca de mi tía Mencía, hermana gemela de mi madre. Ambas tenían el cabello blondo, los ojos verdes y, si no fuese porque en aquel rostro de gesto inexorable mi madre tenía un lunar junto al ojo siniestro, casi no se diferenciaban. Tal vez, la salvedad fuese la variedad de joyas que lucían. Mi tía, a pesar de estar mejor posicionada, siempre llevaba los mismos zarcillos de perlas engarzadas y el mismo broche de aurea filigrana. Pasaba lo mismo con las ropas. Solo gustaba lucir dos juegos de gorgueras de angeo de Flandes, mientras que mi madre no escatimaba en gastos para lucir siempre bien avenida con las circunstancias.

Entre las puertas de las Cruces y Marmolejo se encontraba la aljama judía, con su propia muralla, repoblada en el repartimiento con noventa creyentes de Yahveh. Aunque también se hizo entrega de casas a treinta familias mahometanas, no llegó a organizarse una morería como la que había en La Algaba. Desde luego, no porque el rey no lo pretendiese, que incluso les había designado a su propio alcaide, un tal Abdallah Ibn Shakil, porque prefería no alterar sus fueros y costumbres. Por eso, además, les dejó una mezquita para su culto en la collación de San Lucas. Pero siendo una minoría que compartía religión con el enemigo al otro lado de la Frontera, la crispación debía notarse en el día a día hasta el punto de que acabaron vendiendo sus propiedades y marchándose a Granada o África.

Ambas religiones tenían en Castilla vedado vestir igual que los cristianos, no obstante, en las Cortes de Xerez de 1268 se les había prohibido a los escuderos vestir de bruneta, pero sí se les permitía a judíos y mahometanos. A quienes, en cambio, se les había censurado el uso de sedas, pieles, ropas con oro, plata y de vivos colores, ya que eran propios de gentilhombres. Sin embargo, estaban obligados a manifestar su condición luciendo en la siniestra una luna azul si eran mahometanos o una señal en la cabeza si eran judíos. Estos, a su vez, también estaban obligados a pagar 30 dineros a la Iglesia, por la cantidad que cobró Judas cuando les vendió a Jesucristo. Bailaban al son de la Corona porque era una ciudad de realengo, en cambio, los pobladores anteriores se habían sublevado contra Castilla en la revuelta mahometana de 1264 y fueron expulsados tres años más tarde cuando las huestes castellanas recuperaron la ciudad. Ni siquiera se debía a su fe, sino a su despiadada crueldad contra los caballeros castellanos. El rey Fernando les aplicó una capitulación castellana de vasallaje en 1231, a la que se acogió por evitar una repoblación y que a su hijo le costó una sublevación. Incluso, miró para otro lado cuando Ibn Abi Jalid no abandonó la ciudad y se instaló en el barrio de Francos. ¿A dónde iba a ir el último rey? Él era xerezano, creía en otro

dios, pero era de Xerez, incluso más que yo, que era solo la primera generación que nacía allí de mi linaje. Tras la expulsión, la ciudad quedó tan desolada que el rey la repobló con cristianos traídos de los reinos de León, Castilla, Navarra, Aragón, Portugal, de los francos, Génova, Bolonia y hasta un sajón. Había que defender la Frontera para evitar que volviese a ser reconquistada por los mahometanos y, gracias a esto, sobrevivimos en el lado de la frontera en el que aún permanecíamos a pesar del desolador decenio que se vivió entre 1275 y 1285.

Terminé mi perorata cuando la litera dio un tirón. Las bestias pararon en seco en la alquería donde descansaríamos para almorzar.

La calidez y suavidad de su mano rozaba mi piel mientras caminábamos por una aldea incluso más pequeña que la de Ahmad, pero con la grata sorpresa de encontrar dos niños en vez de niñas. Uno, que debía tener mi edad y, el otro, de unos siete años, se acercaron tímidamente con sus sayas de listas pardas y verdes, bastante más despacio que sus padres, para invitarnos a pasar a su morada. Solo un estrecho y fresco zaguán nos separaba de un patio enmarcado por una arquería de yeserías mocárabes que parecían inacabadas, como los tapetes de holanda que tenía mi madre para que colgasen de las mesas. Las pequeñas baldosas de barro cocido, divididas de vez en cuando por una hilera de azulejos de color azul, revestían tanto el suelo del patio como el de la sala. Eran idénticas a las de la iglesia de San Dionís, pero dejé de comparar cerámicas en cuanto me dio permiso para que me acercase a los niños que se habían sentado en otra parte de la sala, no sin advertirme antes que no alborotase. Aunque no pude prometer nada. Estaba deseoso de compartir tiempo con gente de mi edad, además de probar asiento en aquellas grandes bolas de piel curtida que se amoldaban al cuerpo. Estaba harto de verlas en las callejuelas de la alcaicería de la plaza de Aljaifar en las que Francisco y yo siempre nos sentábamos hasta que el tendero nos echaba de allí vociferando mientras corríamos muertos de la risa.

El mayor de ellos me mostró un tablero de alquerque de nueve mientras me miraba expectante con sus grandes ojos marrones a juego con su pelo. Lo lucía tan corto como el de su hermano pequeño, tal vez porque tuviesen piojos. Era la única razón para no lucir cabello sano. Mientras yo dilucidaba sobre su posible infestación, él seguía esperando un gesto de comprensión, así que lo llamé por su nombre en árabe, *qirkat,* señalando el juego, y ambos rieron dejando ver las mellas de sus dentaduras cuales críos traviesos que han conseguido pasar desapercibida una de sus fechorías. Se señaló a sí mismo diciendo Idris, atiné a repetir su gesto mientras le decía mi nombre y me indicó que su hermano se llamaba Bilal. Tampoco hacía falta

mucho más a esa tierna edad para disfrutar de los juegos; un poco de limonada, que nos ofreció la sirvienta para calmar la sed, y allí seguimos enredando sobre aquel tablero, que en Castilla llamábamos juego de los molinos, hasta que ganó Idris por una pieza. Justo a tiempo para realizar la ablución antes de ir a comer. Primero, daban un saludo; luego, se purificaban y, por último, rezaban la *shahada*. La ablución se practicaba a diario, más simple que el *gusl*, que se trataba de un baño completo los viernes antes de ir a la mezquita donde el *jatib* les dirigía la oración.

En cuanto acabaron, pasamos a través de una puerta de madera, tallada con motivos florales, a un salón impregnado de aromas de benjuí con cojines del color de la turquesa y del rubí esparcidos por el suelo dispuestos alrededor de las bajas mesas. La madre nos vertió, uno a uno, agua sobre las manos como ritual habitual en un anfitrión para con sus comensales, mientras Aisha me explicaba los pormenores de aquella costumbre. La zafa sobre la que caía el agua utilizada era muy parecida a la que compró mi madre a un mercader de antiguallas que afirmaba que era de Medina Azahara, pero lo que a mí me encantaba era que estuviese decorada con un ciervo en verde y manganeso, los colores del poder. Mientras tanto, la mesa se iba llenando de viandas que alimentaban solo con el olor. Aunque a Bilal no le gustaba mucho el pescado y su madre tuvo que convencerlo para que se acabase el plato. Idris reprendió a su hermano, que le miró con el ceño fruncido desde la altura del plato donde casi tenía la cabeza metida y, a duras penas, acabó con el último pedazo. Una bandeja de plata llena de hojuelas recubiertas de miel y sésamo coronó el festín. Aisha estaba enzarzada en una conversación con la señora mayor contándole sus cosas, a saber qué. Tras la segunda hojuela de Idris, su madre le regañó para que no comiera más, mientras que Bilal no dejaba de darle vueltas a la suya hasta que se la acabó. A mi parecer, aquel niño debería haber dejado de comer tras el alcuzcuz previo al pescado.

Cuando nos pusimos en marcha, Idris y Bilal salieron corriendo a nuestro paso, gritando *salam,* hasta que se cansaron y permanecieron quietos diciendo adiós con las manos un buen rato más. Volví dentro porque los animales levantaban tanto polvo que empecé a toser, pero me quedé sentado con semblante feliz. El mismo con el que ella me observaba. No solo me lo había pasado bien, era mucho más. Crecer en una plaza fronteriza me había hecho entender, más o menos, el idioma y conocer alguna de sus costumbres, pero jamás sospeché que me servirían para algo. Estaba feliz de haber aprendido un nuevo juego, conocido buena gente y probado a fondo la comida. ¿Estarían tratando igual a mi padre? De todos modos, hasta que no llegase a casa de Tariq no sabría qué clase de prisión me esperaba, pero preferí

no sucumbir en los malos pensamientos y le pedí un *miswak* para su grata sorpresa.

—Con lo lejos que vas a llegar en la vida y con esos ojos color del inmenso mar —me dijo mientras me lo daba—, las muchachas *sharishiyat* van a reñir por ti.

La pesada de Mayor del Corral apestaba. Siempre aparecía acechando cuando iba con Francisco hacia el arroyo, y olía igual que la alhanía donde vivía Urraca. De todos modos, no dije nada porque no quería explicar cómo sabía yo a qué olía la cámara de la muchacha. No podía confesar que merodeaba desde un hueco concreto en la techumbre de su habitáculo que cubría las vigas con una trama de ramas entrelazadas y reforzadas por un hediondo mejunje de paja, barro, estiércol y cerdas de vaca. Urraca apenas tenía la edad de mi hermano, pero yo espiaba cómo se ponía cada día la misma alcándora, directamente sobre la piel tostada que recubría su esbelto cuerpo y dejaba entrever sus oscuros pezones, estremecidos por el frío; se subía desde los pies las calzas blancas por aquellas delgadas piernas que se ataban a su estrecha cintura antes de colocarse la faldeta de blanqueta. Después, se ponía la saya de buriel, que se acordonaba en el escote, haciendo que sus pechos pareciesen más abultados de lo que realmente eran, y se recogía el cabello castaño debajo de una albanega. No, no podía confesar por qué sabía a qué olía la alcoba de Urraca.

Aparté a la muchacha, y su recuerdo, de mi mente y aproveché la coyuntura para preguntarle a Aisha su edad. A esas alturas tenía derecho a saber por qué aquella misteriosa mujer podía mantener conversaciones con un crío, pero saber tanto a la vez, lo que conllevaba una inversión de tiempo estudiando los libros. Por eso me sorprendió que tuviese solo seis años más que yo, igual que Leonor y, a la vez, tan distinta. Se dedicaba por entero a los libros, que tanta dicha le aportaban, a la misión que le habían encomendado de llevarme sano y salvo hasta nuestro destino y a criar al sobrino del sultán. Era el hijo de Abu Said Uthman que, al no estar en la línea directa de sucesión al trono, ya que el sultán tenía dos hijos varones, no seguía una educación tan severa y estricta como la de sus primos. La madre, Anbar, era abisinia, con la piel oscura que tenían los habitantes pasado el desierto y, por eso, los demás pueriles del Majzén ninguneaban al niño, que tenía tan solo cuatro años. Se llamaba Abu al-Hasan Ali ibn Uthman.

A Aisha le apenaba no tener la dicha de ser madre y le importaba mucho aquel crío. Además, yo ya sabía que no soportaba las injusticias. Incluso me había confesado que no apoyaba mi cautiverio. Por eso, no contuve el deseo de que mi madre me cuidase con aquel cariño, dejando que las palabras me salieran del alma y, aunque a ella

se le velaron sus grandes ojos color aceituna de lágrimas, no permitió que cayese ninguna. Levantó la cabeza, miró hacia el horizonte y se quedó observando por la ventana, con la mirada perdida en algún punto de aquel paraje, parpadeando lentamente mientras inspiraba grandes porciones de aire y las espiraba. Cuando tuvo a bien, me dijo que el pequeño Hasan tenía dos hermanos, el mayor, Abu Ali Umar, Mansur y, una hermana, Maymuna. El padre se había quedado con su primogénito mientras que él, y los otros dos, vivían en el Majzén. Era hijo de una esclava cristiana llamada Yila e, injustamente, era su favorito, igual que la madre del niño.

Aunque contestaba a mis preguntas, estaba claro que no le apetecía seguir charlando, así que la dejé en paz. Tanta quietud en el paisaje y tanto silencio en los viajeros me hizo lanzar un bostezo que intenté controlar sin éxito. Como mucho conseguí cubrirme la boca con la mano y me animó a que reposásemos un poco. No estaba seguro de ser capaz de conciliar el sueño con el continuo movimiento causado por los bueyes, pero ambos nos tumbamos, cada uno para un lado en su respectivo asiento, y no tuve tiempo ni de pensar. Cuando me despertó tocándome el brazo, supe que había dormido media tarde.

—Tenemos que bajar. —Estábamos apostados en medio de un puerto—. Ya verás cómo te gusta lo que vamos a hacer ahora.

La miré con emoción y me cogió de la mano para pasear por el zoco. Me llamó la atención la variedad de paradas que había, en las que adquirimos pistachos, almendras y dátiles. La de frutos secos era muy completa y tenía cada tipo apilado formando montículos, y la de encurtidos tenía todos los tipos de aceitunas que podían existir.

—¿De cuántas maneras se puede aliñar una aceituna, por Dios? —exclamé—. Esas tienen el color de tus ojos.

Sentí su mano apretando la mía.

La observé de soslayo, pero en vez de encontrar sus verdosos ojos, me topé con los del arráez que me fulminó con su mirada sin dejar de caminar. Parecía que en aquel lugar las lisonjas no estaban bien vistas, pero, menos mal, nadie mencionó una palabra y seguimos entreteniéndonos en el mercado de paradas alineadas a ambos lados.

Primero, fuimos viendo las que quedaban a nuestra diestra y, una vez llegados al final, pasamos a las que quedaban a nuestra zurda, para volver al punto de partida. En la mayoría vendían pescado ya preparado; en otras, los botilleros ofrecían refrigerios, hasta que volvimos a encontrar una de saladuras donde me propuso comprar mojama. Su voz sonó como un coro celestial en medio de aquel angustioso bullicio y la miré, asintiendo rápidamente. La reina de las salazones era considerada el jamón del mar y no era habitual encontrarla en todas las alhacenas por su elevado coste, por lo que

estuve encantado de que cediera a mi capricho.

Más hacia delante, se situaban las paradas de juguetes infantiles, utensilios de cocina, adornos para el pelo, accesorios de costura, tallas hechas de conchas del mar, piedra, madera, cerámica… Allí se quedó mirando un buen rato. Tanto que incluso llegó a soltarme, pero el arráez puso una mano sobre mi hombro para mantenerme casi pegado a su cuerpo y a la espada que portaba en su tahalí, sujeta con dos latiguillos de cuero. Me costó superar la impresión, pero la divertida práctica del regateo en la que estaba enzarzada me disipó los miedos. Era muy usual en la plaza del Mercado donde los comerciantes, tanto de Granada como de África, llegaban a ofuscarse si uno se limitaba a pagar lo pedido sin más. A los castellanos nos daba igual aquello, pero los mahometanos parecían sentirse insultados si no se les rebatía el precio.

Cuando llegamos a nuestra embarcación, no demasiado grande, las carretas, los animales, la litera y el servicio aguardaban en la cubierta. Vacilé antes de poner un pie en el paso, pero ella iba muy decidida, como si ya hubiese viajado antes en semejante armatoste flotante. Claro que mientras no cayese el burro, no se rompía el odre. El bajel sin vela se movía gracias a los diez remeros que llevaba a cada banda, aunque solo veía los remos, los hombres iban en el interior del casco. Podía oírlos exclamando su esfuerzo a cada bogada, ¿qué tipo de vida debían llevar? Los imaginé con la piel tosca escamada por el salitre, parcos en palabras durante el día y ebrios por los puertos durante las noches.

Inmerso en mi silencio, e inseguro por viajar en aquel trasto, ella me alentó marcándome en un reloj de sol que decoraba la cubierta de la proa cuándo estaríamos en tierra firme, y parecía una trayectoria corta. Me sentí algo más templado por no peligrar durante toda una jornada a la deriva, aunque tenía la atención puesta en tantas cosas alrededor que se me pasaría en un santiamén: las gaviotas que nos sobrevolaron cuales miniaturas sacadas de algún libro de Leonor, el olor a mar, el chirrido de los remos, el vaivén del casco en el leve oleaje… Pronto olvidé la incómoda sensación que suponía estar allí. Además, la mayor parte del tiempo, Aisha conseguía el mismo efecto, especialmente cuando se proponía enseñarme algo nuevo, como que estábamos en la desembocadura del río Lucus o que la masa de agua que se veía a lo lejos era el Mar del Norte. Cada vez que me instruía le brillaban los ojos.

—Sé que te asustaste cuando Utba te miró como si quisiera causar el mismo efecto que un rayo sobre un árbol seco, pero no tienes de qué preocuparte —me dijo metiendo la mano entre sus vestidos—. Tengo algo para ti.

Sacó un pequeño envoltorio adornado con una cinta azul. Me

emocioné tanto que me alejé del candelero preocupado por si caía al mar mientras desenvolvía aquel silbato de cerámica, tallado con la figura de un caballo, que rápidamente me llevé a la boca. Anuló mis intenciones sujetándome el brazo para no asustar a los animales que llevábamos sobre la barcaza, asegurándome que podría silbarlo cuando desembarcásemos.

La travesía fue interminable. Sin duda la impaciencia era mi peor enemiga.

Tampoco me dejó silbar tan pronto como atracamos, sino que bajamos de la mano acompañados por Utba y Adnan dejando a bordo la caravana. El otro castrense se quedó desembarcando los caballos, uno a uno, mientras que los sirvientes aguardaron hasta el final para quedarse a cargo de los bueyes. Nosotros dimos un paseo por el zoco, pero sin entretenernos en demasía mirando las paradas porque sabía lo que buscaba: un tenderete de curtiduría. El basto noquero sacó una bobina de cinta de cuero y la cortó por donde ella le indicó, pasó el cordel por la abertura que tenía la figura del silbato sobre la cabeza, lo anudó y me lo devolvió. Ajeno a cualquier otra cosa mientras me entretenía con mi caballito, tuvieron la debida breve discusión sobre el precio antes de pagar lo acordado.

—Ahora te lo puedes colgar, de modo que, cuando necesites ayuda, podrás silbar con todas tus fuerzas. Así yo te oiré desde donde quiera que esté. —Yo solo pensaba en estrenarlo de una vez por todas.

Hacía buena tarde, por lo que podíamos quedarnos en las calles para respirar aire puro lejos de los ambientes palatinos cargados de sahumerio, así que la convencí para ir caminando hacia la alcazaba. Mi única intención era chiflar el silbato una vez nos adentrásemos en el pueblo, pero tuve que esperar que ella tuviese a bien y avisara a nuestros acompañantes previamente. Entonces, inspiré todo el aire que cabía en mis pulmones y soplé con todas mis fuerzas, a la vez que ella soltaba una carcajada tapándose los oídos con las manos.

—¡Bien hecho, Zarqali! —Nos reímos hasta que oímos toser a Utba—. Ignórale, tú tienes que hacerme caso a mí. Él está aquí para protegernos.

Me guiñó un ojo y me sentí cual pavo real. Ni siquiera había caído en la cuenta de que el zoco había quedado tan atrás que ni se oía el murmullo de la gente de Larache. Según la mitología allí había estado el jardín de las Hespérides, las tres ninfas a cargo de cuidar el jardín, cuyo único árbol daba manzanas doradas que proporcionaban la inmortalidad.

—De vez en cuando las ninfas recolectaban la fruta para su propio consumo, pero como había sido un regalo de Gea, la diosa dejó un dragón de cien cabezas para controlar a las ninfas —fue narrándome la quimera a medida que íbamos caminando.

Interpretaba su papel de cuentacuentos a la perfección, abriendo los ojos exageradamente, haciendo movimientos con sus manos, incluso con su cuerpo, haciéndome sentir que estaba en medio de aquel jardín, delante de aquel dragón. Nadie me había contado historias de ninfas y manzanas doradas, solo de cruentas batallas y osados soldados, y ella hacía que escuchar historias paganas no sonase a blasfemia. Fray Beltrán pretendía que temiese cualquier cosa que no aprobase la Iglesia; pero, a pesar de tener muy claro que mi dios era el verdadero, dentro de mí sabía que no todo lo que se saliese de nuestra horma estaba mal. Por eso, aquella vez que encontré unas estatuillas de Dionisios y Heracles talladas en hueso en Astah no dije nada. A mi tío Per le gustaba llevarme allí, contarme cosas sobre su pasado y, cuando las vi tan hermosas formando parte de una tumba, no dije nada porque me daba lástima que las destrozasen por ser de otro credo.

Un gran arco cerraba el portón de la alcazaba, situada en la parte más alta de la ciudad, y unos soldados, apostados en el paso de ronda con aire bobalicón, saludaron a Utba antes de ordenar la apertura de la compuerta al otro lado del muro. Ni siquiera tenían las teas aún prendidas porque el sol no había terminado de ponerse y su anaranjada luz ayudó a mi naturaleza curiosa para seguir empapándome de cada detalle que diferenciaba aquel reino del mío. Por lo pronto, en aquella alcazaba no había pecheros como en la de Asila. Tener un puerto, tal y como nos pasaba a nosotros con las Aceñas del Rey, necesitaba más protección. Era normal aquel despliegue soldadesco que dejó volar mi imaginación a otros tiempos en los que nuestro alcázar debió de tener aquel aspecto. Debió estar defendido por huestes que portaban *nimchas* en sus tahalíes y vestían aquellos jubones oscuros cubiertos por camisa color grana y con bocacín en el oro de sus divisas, solo apreciado en la vuelta de los puños; y protegidos por brigantinas pardas abrochadas al pecho con remaches dorados. En su caso, el único color alba era el de los zaragüelles ajustados por los borceguíes. Los yelmos eran de metal sencillo e iban rodeados del almaizar, igual que los de nuestra escolta. En sus adargas de cordobán lucían proclamas inscritas y borlas granas, obviamente disertando el poder benimerín. En cambio, lo que yo había conocido eran mesnadas vistiendo lorigas sobre gambesón que escondían las calzas y se embutían en los escarpes. Los yelmos se portaban sobre los almófares y siempre iban armados de espada al cinto, lanza en mano y escudo a la espalda. Los blasones de Castilla, esmaltados en un campo de gules un castillo de oro, almenado de tres almenas y donjonado de tres torres, cada una con tres almenas de lo mismo mazonado de sable y aclarado de azur, decoraban sus defensas.

Una sirvienta nos esperaba en el segundo patio para guiarnos,

rodeando el huerto, y así acceder al pabellón donde nos hospedaríamos. Su distribución era bastante sencilla: una sala central con una puerta a ambos lados, aunque la alcoba parecía sacada de un cuento. La luz tenue, alimentada únicamente por una serie de velas, dejaba apreciar la yesería blanca que revestía las paredes con motivos florales de color azul. La cama, con el cabecero pegado a uno de los muros, era de madera de nogal y estaba cubierta por un dosel. El único contacto con el exterior era una ventana opuesta a la puerta cubierta por una celosía tallada con lunas y estrellas que dejaban traspasar el perfume del orobias que estaría siendo incinerado en algún pebetero en el jardín. En el centro había un lujoso arquibanco con asiento forrado en azul, igual que el dosel, las cortinas y los alifafes. Una bancaleja de antecama se postraba a los pies y, junto a la ventana, había un cofre con la tapadera abierta dejando ver su decoración de paneles tallados de tracería. Ojalá hubiese tenido una habitación así en mi casa, en vez de un triste almadraque sobre estrado con un solemne crucifijo de madera como cabecero. En el mismo muro donde estaba la puerta había un escritorio con varios libros, utensilios para escribir, cajones de madera tallados y una silla de cadira labrada con el asiento revestido de la misma tela azulada que el resto de enseres. Una pequeña puerta en el muro opuesto me hizo temer lo peor: allí estaba la tina. Ya empezaba a hartarme de tanta obsesión por el acicalamiento, por mucho que me asegurase que Samira, que hablaba mi idioma, se quedaría en la sala contigua por si necesitaba algo; o que Adnan se quedase escoltando la maldita puerta.

De vez en cuando, aguantaba la respiración bajo el agua con los ojos abiertos mientras veía los juegos de luces que hacía el pequeño resplandor del candil, pero cesé mi recreo cuando sobrepasé mi propio límite y tuve que salir antes de morir asfixiado. Ni el tamaño de las tinas ni la intimidad de aquellos salones de baño se parecían a nada conocido hasta entonces, por eso, aunque me costase empezar, disfrutaba de la experiencia. El olor del jabón me llevó hasta el oleaje del primer día en que llegué a tierras africanas. Lo vertí sobre sobre el agua y lo mezclé con la otra mano, teniendo en cuenta que debía dejar suficiente para enjabonarme y otro poco dentro. Ya iba adquiriendo experiencia en el tema higiénico, tanto para usar el jabón, para enjuagarme bien, como el tiempo que requería aquel tormento. ¡Qué fácil había sido todo hasta entonces teniendo a mi aya pendiente de todos mis quehaceres!

Afortunadamente, una vez me di por acicalado, Aisha me premió invitándome a sentarme junto a ella en unos cojines alrededor de una pequeña mesa hecha de metal ligero con incrustaciones de hueso. Desconocía su plan, envuelta en un halo misterioso irradiando emoción mientras cogía una de las cajas de madera, decoradas con

piedras de colores, que había en el escritorio y contenía unas figuras, algunas del mismo tamaño que mi silbato, aunque tenían la base plana para poder posarlas. Se trataba de un tablero de ocho por ocho casillas en el que estaba colocando las efigies hechas de alabastro anglosajón que pesaban un quintal. A mi parecer, un material tan noble que merecía ser tallado para formar una escena religiosa que decorase el dintel de algún lugar de recogimiento, en vez de simples formas de aquel juego que tanta fascinación causaba entre los nobles llamado ajedrez. La tipología de fichas eran las mismas para ambos jugadores y consistían en el rey, la alferza, los elefantes, los caballos, las torres y los pequeños, que eran conocidos como los peones.

Samira interrumpió la explicación entrando con una jarra de limonada y dos jícaras sobre una bandeja de plata, aunque ella no le hizo caso. Seguía con la mirada llena de fascinación asegurándome que aquel juego no era tan simple como el alquerque. Eran tantas las posibilidades de combinarlas entre sí que el número excedía las estrellas del firmamento. Pero llegó un momento de la partida en el que todas sus fichas estaban sobre el tablero, salvo un par de peones, y a mí me quedaban en juego solo el rey y un elefante. Mi soberano estaba en la tercera casilla de la octava fila, acorralado por sus dos torres: una se encontraba en la misma fila que el rey, pero en la octava casilla y, la otra, en la séptima casilla de la séptima fila.

—Jaque mate, Zarqali.

Miré el tablero desconfiado, aunque sin saber muy bien qué estaba pasando y por qué estaba perdiendo, hasta que comprendí que mi rey no tenía escapatoria. Lo tumbó dejándolo a él muerto en la tablazón y a mí desasosegado cuando añadió que, tras la cena, iría a darse un baño y rezar. Tragué saliva antes de continuar con la conversación porque necesitaba que la parte que se refería a lo sagrado pesara más que la parte que se refería al pecado. Incluso tosí para aclararme la voz sin querer añadir nada más a la estampa que no me abandonaba; pero, gracias a la delicadeza de Samira tocando la puerta suavemente dos veces antes de abrir, se disipó mi pecaminosa disputa interna. Entró con porte elegante y delicado, era bien parecida y tenía una amable sonrisa dibujada siempre en su gesto; aunque más que reparar en ella, estaba ansioso viendo cómo dejaba sobre la mesa dos panecillos y un plato con la mojama que compramos en el zoco.

Apartó la rebanada de pan que tapaba su bollo, del que se desprendió un hilo humeante de la sopa caliente que lo rellenaba, y abrí el mío con curiosidad para mirar en su interior. Como si fuese a encontrar algo distinto. Nada que ver con los bollos preñados que vendían en feriado rellenos de chorizo, pero no lo mencioné por evitar el tema del puerco en aquellos lares. Y, para ser justo, debía reconocer que la mojama era una exquisitez. Sabía incluso mejor que la vendida

en la pescadería que había entre las calles de los Laneros y Chapinería, y eso que la muchedumbre se agolpaba para conseguir excelentes pedazos porque se consideraba superior a cualquier otra. Claro que se creció en lisonjas a su tierra y aseguró que la sopa que estábamos tomando era típica de una ciudad llamada Esauira, donde se conseguían los mejores pescados y el mejor aceite de argán. Todo el mundo sabía que el atún que se pescaba en nuestras almadrabas durante la primavera era el mejor, pero no dije nada por no contrariar. A fin de cuentas, debía mostrar una deferencia porque, lejos de cómo trataban en Castilla a los cautivos, mi viaje estaba resultando agradable y no quería romper la buena relación. Incluso, había ocasiones en las que dudaba de si estaba allí contra mi voluntad.

Cuando determinó que había llegado mi hora de dormir, me quedé absorto mirando las luces de la habitación mientras masticaba el *miswak*, de sabor dulzón, apoyado sobre cuatro almohadones grandes viendo cómo Samira retiraba con mucho sigilo las sobras que habíamos dejado en la mesita. Antes de salir, apagó todas las velas descontando una, y comprobé que mi silbato seguía en la pequeña mesa junto a la cama. De repente me invadió la curiosidad por saber qué aspecto tendría Aisha. Me había dicho que no iba cubierta en su casa y, el primer día, me aseguró que me trataría como a su familia, de modo que tendría que armarme de paciencia hasta que llegásemos a casa de Tariq para salir de la duda. Tampoco quería que me tratase como a su hijo, sin duda era mi amiga, pero no mi madre.

Capítulo 3

Tenía aún los ojos cerrados cuando oí el graznido de unas gaviotas de fondo. Al abrirlos poco a poco, vi la luz pasar en forma de lunas y estrellas a través de la misma celosía que la noche anterior me impregnó del olor dulzón de la algarroba hecha incienso. La madrugada había pasado y yo ni me había enterado. Acabó de espabilarme el débil sonido de metales que debía desprenderse del roce de sus pulseras, y se me ocurrió toser para aclarar la voz como excusa para ser oído. Efectivamente, apareció su mano abriendo un poco la puerta, hasta que asomó la cabeza para curiosear. Si las ninfas que cuidaban el jardín de las Hespérides tenían aspecto humano, debía ser aquel. Lucía un *quizote* verde aceituní con bordados azulados en el ruedo bajo y delantera sobre unos zaragüelles a juego ajustados en los tobillos.

—*Salamaleikum*, Diego —dijo inclinando levemente la cabeza.

—*Malikumsalam*, Aisha.

Conocía algunas palabras desde siempre, como *bismillah*, que se usaba antes de comenzar una tarea o *alhamdulillah*, una vez finalizada, y aproveché la coyuntura para alardear un poco de mi conocimiento

del arábigo, charlando con ella mientras buscaba ropas para mí. Sospeché que pretendía que pasara desapercibido el resto del viaje porque sacó del arcón unas babuchas color hueso, unos zaragüelles y un albornoz de listas verdes y rojas con caperuza, como si fuera un magrebí más. Tampoco tenía ninguna queja al respecto. Y, mientras me ayudaba a calzarme las babuchas, apoyé la mano sobre su nuca para no caerme y el alquinal cedió un poco dejando ver la piel de su cuello, fino y tenso por la posición que tenía. Incluso vi un poco de su espalda. Por si fuera poco arcano todo lo que acontecía alrededor, iba descubriendo poco a poco a una persona con la que llevaba ya dos jornadas y a la que no le había visto la cara aún.

Afortunadamente no tendría que esperar para desayunar porque hacía tiempo que había rezado. Aprovechó mi profunda dormidera debida al *miswak* de alfeñique que me había dado la noche anterior para ir temprano a la mezquita. Pero todas mis inquietudes se disiparon cuando destapó una bandeja redonda que había en el centro de la mesa con unas tortas esponjosas, humeantes y a las que se les rociaba miel. Desayuné feliz intentando controlar mi voracidad mientras ella ojeaba el libro que se estaba leyendo sobre geografía y, aunque interrumpí su lectura para pedir otra torta, casi sin levantar la cabeza fue paseando su mirada por el libro, por mi plato y por la bandeja donde estaban las demás tortas hasta que cogió una para mí. Yo, en cambio, estaba tan a gusto que no me apetecía emprender el viaje por donde fuera que iba a necesitar un vestido especial para aislar el calor.

El poco ruido que hizo Samira retirando la loza la sacó de su ausencia, no sin antes marcar la página que estaba leyendo con una lámina metálica extremadamente delgada con la punta acabada en Jamsa y de la que colgaba una pequeña borla de color morado. Aprovechó la pausa para salir, siempre llevándome de la mano, siguiendo el mismo recorrido que habíamos hecho la noche anterior, hasta que dimos con nuestro séquito y se dirigió a Samira entregándole un pequeño atadillo. Agradecida, le cogió la mano, la reverenció y volvió a entrar en la alcazaba a la vez que yo iba subiendo a la litera donde, para mi grata sorpresa, habían colocado una banqueta entre ambos asientos haciendo las veces de tarima. Lejos de extrañarse, se descalzó, subió las piernas y las flexionó, poniendo las rodillas a la altura del pecho y dejando ver su dibujo de henna sobre el empeine del pie. Rebuscó en su zurrón y me extendió un *miswak*.

—Espero que no lleve una pócima —le dije con retintín mientras me sonreía con mueca de culpabilidad y lo zamarreaba en el aire para que lo cogiera.

No le iba a hacer un feo, pero lo que estaba deseando era que

acabase ya con el libro de geografía para pedírselo prestado. Al menos, tenía ilustraciones y podría dejar el de Averroes, que me estaba costando horrores. De hecho, cuando volvió a su lectura, me quedé mirando por la ventana cómo nos alejábamos de Larache y cómo disminuía la cantidad de casas en la calzada. Aunque el olor a mar seguía siendo intenso y las gaviotas seguían graznando, cada vez nos adentrábamos más en el incierto camino que tenía por delante atravesando campos yermos. En cambio, más al norte había montañas conocidas como Rif que escondían un pueblo llamado Chefchauen y que había sido fundado por andalusíes. No podía imaginar cuán desolador debía ser el desierto si llevábamos ya varias leguas de camino y seguíamos sin ver población alguna. Me estaba dedicando a ver el paisaje, alejado de la filosofía del sabio andalusí, y solo algún que otro pastorcillo con su rebaño osó pulular por allí, hasta que, después de interrumpirle otras tantas veces para enseñarle los pocos cambios que encontré a nuestra marcha, cerró su libro de un golpe.

—¿Y hoy hacia dónde nos dirigimos, bella Aisha? —pregunté en un alarde de enmendar mi continuo importuno, pero me desafió, porque, desconociendo su rostro, no podía saber de su hermosura—. Eres una bella persona, ¿qué más necesito saber?

Bajó la mirada, ligeramente ruborizada, hasta que confesó que no encontraba argumentos para rebatir semejante respuesta. Era notorio que no se sentía cómoda ante situaciones que no controlaba y decía algo, cualquier cosa, con tal de tomar las riendas nuevamente. Como preguntarme si sabía el origen del nombre de nuestro río Lakka, a lo que negué con la cabeza mientras sonreía por cómo había llamado al río Leteo. Me encantaba su deje, probablemente por eso podía quedarme escuchándola hablar durante todo el día. El mismo tiempo que podía haber estado enzarzada contándome que entre la etimología árabe y griega significaba 'río del olvido' y venía de los tiempos en los que Cádiz estaba habitado por fenicios y Santa María del Puerto por griegos, entre los cuales se iba a librar una batalla cuando al río aún se le conocía como Criso. Pero como no llegaron al enfrentamiento y arreglaron las confrontas con diplomacia, decidieron celebrar una ceremonia de reconciliación y olvido, por eso se le cambió el nombre por Leteo. Una historia realmente hermosa, aunque incruenta, porque yo prefería la idea de que hubiese tenido lugar una batalla entre dos pueblos tan importantes en la ribera de nuestro río. A lo mejor algún día se encontraba algún objeto que demostrase otra versión de los hechos en el fondo de este. Nunca había llovido tanto en Xerez como para que el Leteo se desbordase, pero todo era posible. Bien podía una fuerte lluvia sacar cosas del fondo: una lanza, una armadura, un casco… Soñaba despierto, pero ella no parecía estar por la labor de seguir lanzando conjeturas sobre una ciudad que nunca había

conocido. Volvió a su libro y yo a mi ventana, aunque hacía rato que la sal y las olas habían quedado muy atrás, y con ellas, las gaviotas.

Tan atrás que ni me di cuenta hasta que desperté sobresaltado por el mugido de los bueyes sin hallar nadie alrededor. Ella estaba fuera, vuelta hacia mí, sonriente y con la mano puesta sobre los ojos, protegiéndolos del sol.

—*Salamaleikum*, *sayyid* —gritó con un ojo guiñado y el otro cubierto por una mano para evitar que la luz continuara molestándola.

—*Malikumsalam*, *sayyida*.

Sus verdes vestidos fulguraban con el sol y se ondeaban por el viento por la ligereza de la tela, izándolos cual vela de un navío, y su cuerpo se había arqueado con gracia al ponerse una mano en la cintura. Me quedé mirándola sin más, cual devoto admira un ídolo sin importarme que, en realidad, habíamos parado junto a un abrevadero para que los animales bebiesen, aprovechando que había un pozo justo detrás que nos abastecería a nosotros. Oteé el horizonte sin saber qué buscar, con ambas manos sobre los ojos para evitar tanto el fuerte sol como el polvo que el viento traía. Me invitó a acercarme a los árboles junto a los demás, pero preferí quedarme donde estábamos; el resto de acompañantes nunca se dirigía a mí.

—Son soldados que nos custodian y no deben excederse en sus funciones. ¡Imagínate!, Adnan es mi primo y casi no nos hablamos públicamente.

Decidimos dar un paseo por los alrededores, viendo que el séquito pretendía permanecer descansando en medio de la nada durante un buen rato, aunque no había mucho que ver por allí, de hecho, a lo largo del camino, solo se veía planicie. ¡Cuánto añoraba la campiña! Sus dorados campos de mieses en verano, el radiante verdor en primavera. Mi tierra. Necesitaba hablar de ello, no podía con la congoja y me confesé sin que ella me lo pidiera, contándole los detalles del Tempul, castillo aún de los mahometanos dos años atrás y donde tenían tal ejército con infantería y caballería que muchas veces venían a robar a nuestras tierras, a talar las cosechas y soltar el ganado. Decían que con cuatro hombres era suficiente para custodiar el fuerte, así que los demás podían salir cuales vándalos, y cuando se les juntaban los de Zahara y los de Ronda, venían a las puertas de la ciudad a intimidar. Por eso nos vimos obligados a atacar y mi padre salió con un batallón dirigido por Alfonso Pérez de Guzmán, derrocándolos. En compensación, el rey otorgó verbalmente a la ciudad aquellos terrenos que representaban la frontera con del reino de Granada, al igual que Xerez representaba la del reino de Castilla, aunque aún no gozásemos del privilegio de añadir *de la Frontera* al nombre de la ciudad.

Ella seguía sin inmutarse. Entrecortó un suspiro que no quería

dejar escapar y la miré esperando algún tipo de interés por su parte, pero solo miraba al frente sin mediar palabra. Así que decidí ahondar más en la historia familiar, contándole que mi padre no había sido caballero de feudo en ninguna repoblación; que vivía mi día a día soportando a mi compañero Hernán presumiendo ser nieto del alcaide Fernán Ibáñez de Palomino, el de la Puerta de las Cruces, pero que a mí me daba igual. Muchos de los que guardaban las puertas murieron atacados, como los de la Puerta del Aceituno, que ya en 1271 se había quedado sin caballeros. Llevaban allí desde 1267, no hicieron mucha carrera como defensores de la ciudad, la verdad.

—No voy a pedir tu opinión sobre el cargo de tu padre —dijo Aisha— porque sabrás que el Papa Inocencio declaró en el Concilio de Letrán que la ballesta era un arma detestable para Dios e indigna para los cristianos. Realmente la única contrariedad era que cualquier menesteroso podría vencer a un caballero armado rompiendo así el orden establecido en la sociedad. Pero imagínate que mi padre hubiese custodiado ese castillo y caído muerto en esa batalla. Yo tendría mi pena, tú tendrías la tuya y ambas serían igual de válidas.

Ella tenía la extraña certeza de que en las guerras no había culpables, sino inocentes que morían en el campo de batalla, ya que los únicos que salían ganando eran los reyes, sultanes o cualesquiera que fuese su patronímico. Permanecí en silencio, asimilando lo que me había dicho. Llevaba nueve años soñando con la batalla y en apenas tres jornadas me la estaba quitando de la cabeza. Hasta entonces solo había valorado ser paje, porque tenía edad para ello, y sabía que el siguiente paso era ser escudero, pero para alcanzar ese cargo tenía que combatir o batirme en algún torneo que diese cuenta de mi valor. A mí me habían enseñado que había nacido para formar parte de la casta guerrera y, de buenas a primeras, iba alejándome de todo ejercicio de la escudería marchando a través de la estepa africana rumbo a la aventura desconocida.

Quise saber qué había tras el desierto del que me había hablado, donde los habitantes tenían la piel tan oscura como la madre del pequeño príncipe Hasan, y me contó que el Imperio Abisinio se había originado unos treinta años atrás. Al principio tenía buena relación con los reinos bajo la Ley de Mahoma pero, al final, tuvieron que ceder parte de sus territorios al Califato Ortodoxo. Sus reyes afirmaban ser descendientes de los monarcas de Israel, ni más ni menos que de la dinastía salomónica, concretamente de Menelik, el hijo del rey Salomón y la reina de Saba y, por si fuera poco presuntuoso, el título oficial de sus monarcas era el de rey de reyes. Salomón le hizo a su hijo una copia del arca de la alianza para que se la llevara a su país, pero Menelik sustituyó el regalo por la original. Sin duda, un hijo realmente egoísta.

Aisha aseguraba que también había padres que vendían a sus hijos para sus propios intereses. Se mostró indignada con la historia que ella misma había decidido relatarme, con la barbilla levantada y mirando a través de la ventana. Desde luego yo no conocía a nadie que hubiese hecho algo semejante, pero sabía que el regicidio era muy frecuente. No había nada más habitual en la Corte que hijos que habían asesinado a sus padres para ostentar su cargo y que tenían asumido que serían sus sucesores quienes les asesinarían llegado el momento.

—Es que no tienes maldad ninguna. Cuando supe que te iba a conocer, estuve leyendo sobre tu nombre. Diego es de origen hebreo. Viene de Santiago y efectivamente suelen ser hombres curiosos, ávidos de aprender y leales. En mi idioma, se pronuncia *Diagu*.

Un silencio incómodo se apoderó de la litera y de sus ocupantes. Me habían raptado de un cuartel extramuros donde ni siquiera yo mismo sabía que iba a pasar la noche, ¿cómo demonios sabía mi nombre con anterioridad? El corazón iba a salirse de mi pecho esperando sus réplicas. La miraba fijamente. Los pensamientos se cruzaban entre sí en mi cabeza cuales lanzas en un campo de batalla. Al verse a sí misma acorralada, se aclaró la voz con una leve tos.

—No te raptaron porque te alejaras del campamento. Iban a por ti. —Su voz apenas se diferenciaba de un susurro, no sabía si ella había bajado el tono o mis oídos se habían quedado sordos. Se me erizó la piel y dejé de pensar con claridad—. Por eso estaban las puertas abiertas. Tú solo les allanaste el camino saliendo del maldito fortín, que no era más que una pantomima para sacarte de la seguridad de la ciudad.

—¿Qué tienen contra mi familia? Mi padre no pudo causar tanto daño a alguien tan importante como para secuestrarnos, primero a mi padre y ahora a mí —preguntaba mientras me mandaba a callar moviendo las palmas de sus manos hacia abajo y mirando de soslayo de un lateral a otro.

—Por favor, no levantes la voz. Te estoy confiando esto y tú me vas a causar muchos problemas si se enteran de que te lo he dicho. —Tragué saliva y pegué la espalda contra el asiento. Me rasqué la frente en un intento de sacar a arañazos de mi cabeza el sentido a todo lo que me estaba pasando—. Solo sé que tengo que acompañar a los soldados para cuidarte y hacer más cómodo tu viaje. Tan solo conocía tu nombre y edad.

Quería saber por qué estaban interesados en mí, pero ella no podía hablar con claridad. Tenía las lágrimas saltadas y la voz entrecortada e hizo un gesto muy leve con los ojos, moviéndolos hacia la ventana, que interpreté como que había sobrepasado el límite de lo que podía decirme. Fue entonces cuando entendí que Utba siempre

estuviese alrededor. El maldito arráez no me custodiaba a mí, sino la verdad sobre mi rapto, y aunque tampoco ella tenía la culpa, me daba igual, en aquel momento todos eran cómplices de arrebatarme de mi hogar.

No podía hacer mucho más por mí, así que se sentó a mi lado rodeándome los hombros con su brazo, apoyando su cabeza sobre la mía y apretándome contra su cuerpo. Durante varias leguas más dejé que saliera el llanto desconsolado que había estado escondiendo en mi interior. Dejando que la situación me sobrepasase, lamentándome de mí mismo. Apenado.

Agradecí que no mediase palabra y se limitase a estar a mi lado, con el único sonido de los relinchos, mugidos y demás ecos que causaban los animales a su paso; la escasa conversación de los hombres, el tórrido viento soplando en nuestra misma dirección, la arena que levantaba y rozaba la litera, mi incontrolado llanto casi mudo que brotaba del interior en algunos momentos… Hasta que la caravana fue aminorando poco a poco su marcha devolviéndome a la imparable realidad que seguía su curso y cuyo destino desconocía.

Miraba con desdén por la ventana opuesta para evitar cualquier contacto con todos ellos. No tenía ni ganas de conocer a nadie, ni siquiera tenía hambre. Al bajar me quedé anclado en el suelo, dejando que se adelantara sola hasta que Utba la avisó. Entonces se volvió tendiéndome la mano y tuve que dar al menos diez pasos para alcanzarla. Me pesaban los ojos, no quería mantenerlos abiertos, prefería volver a la litera y echarme a dormir esperando que, al despertar, todo aquello hubiese sido un mal sueño. Pero la realidad era que, por muy bien que se portasen conmigo, era un prisionero y no tenía libre albedrío para decidir. Así que hice lo que se esperaba de mí y no rechisté. Solo observé el panorama con la misma curiosidad con la que había nacido.

La señora de la casa, además de no llevar alquinal que cubriese su rostro, no era de tez dorada como la de Aisha ni tan pálida como la mía. Podría haber dicho que era mi aldeana y la hubiese creído. Iba acompañada de una niña que debía tener mi edad y tampoco llevaba nada que cubriese su cara, aunque no miré demasiado, porque si no se podía mirar a una mujer que llevase la cara tapada, no sabía cómo tratar con las que la llevaban descubierta.

—Me llamo Zahira —dijo la niña presentándose.

No pretendía despertar la ira de nadie por irrespetuoso, así que agarré el vaso de zumo de sandía que me tendía, sin saber por qué estaba ruborizado. Zahira solo me había sonreído, pero era tan bonita que me quedé sin habla, comprobando que llevaba henna en ambas manos. Según la explicación de Aisha sobre aquel afeite, Zahira era soltera. Vestía un capuz morado bordado con hojas rosas del mismo

color que sus zaragüelles y el alhareme que escondía parte de su cabello castaño, tenía los ojos grandes, muy despiertos y ligeramente almendrados, resaltados por sus pestañas oscuras, largas y rizadas. Las cejas, casi rectas, seguían el dibujo de sus ojos, en cambio, los labios eran bien esbozados y sonrosados. Su nariz encajaba a la perfección en el ángulo de su redondeada cara con mejillas que invitaban a pellizcarlas. En la barbilla tenía una pequeña hendidura, igual que la mía, y el color de su piel era algo más suave que el de Aisha, probablemente alterado por la combinación entre la madre y el padre. Aunque lo más sorprendente fue que me preguntase de buenas a primeras si jugaba al ajedrez. No le confesé que solo tenía una partida de experiencia, sino que me apresuré a sorber el zumo tan rápido como pude y aparté el vaso para no derramar el líquido por la emoción. Ni siquiera miré buscando el permiso de mi centinela para levantarme. Estaba dolido por no saber más sobre mi rapto y molesto con todo aquel séquito que me llevaba a mi cárcel, aunque se tratara de la casa del visir.

Seguí a Zahira hasta una pequeña mesa donde dispuso el tablero y la observé con atención. No hablaba demasiado, se tomaba su tiempo para decidir qué jugada poner en práctica y, aunque yo también pensaba en ello, no se me daba demasiado bien. Intenté no mover la misma pieza más de dos veces para ahorrar movimientos y, en cuanto tuve ocasión, coloqué mis caballos en el centro del tablero para atacar a su rey constantemente. Sin duda, sabía cómo mantenerlo protegido mientras atacaba el mío con piezas de poco valor, obligándome a moverlo una y otra vez sin poder hacer uso de las demás fichas. A pesar de tener los pocos peones que me quedaban formando diagonales protegiéndose unos a otros, consiguió penetrar aquella barrera de figuras cabezonas capturando con su caballo el último del pequeño ejército que había formado. Aquellas efigies de marfil parecían matarifes contra las mías.

—Jaque mate, Diagu —dijo Zahira sin respuesta alguna por mi parte, más que un resoplido, mientras me dejaba caer hacia un lateral con mis posaderas sobre el cojín en el que estaba sentado y la cabeza tres almohadillas más allá.

No podía dejar de pensar, intentando encontrar alguna razón de peso que explicase mi cautiverio. Había pasado dos años convencido de que el rapto de mi padre había sido circunstancial. Le podía haber sucedido a cualquier otro caballero, pero le tocó a él. Obviamente, ambos bandos siempre intentaban secuestrar a alguien con buenas armas o ropajes que delataran su posición adinerada para que, si su rescate no significaba una victoria, un cese de armas o entrega de terrenos, al menos supusiese una compensación económica y, precisamente, ese debía haber sido el problema en nuestro caso.

Vivíamos por encima de nuestras posibilidades, no teníamos tanto dinero como a mi madre le gustaba aparentar y todo el mundo se dio cuenta cuando no pudimos permitirnos el rescate de mi padre. Quizá mi futuro primo, Nuño, se comportase como un auténtico caballero y tomara cartas en el asunto. A fin de cuentas, estábamos a punto de ser familia.

Era un absoluto desastre. Sabía cómo funcionaban las cosas en mi reino, pero no tenía ni idea de cómo funcionaban en Marruecos y eso me enervaba, porque necesitaba saber qué demonios conseguían ellos con retenerme. Ya debían conocer la escasez de saldo de mi familia, por lo que no tenía sentido retener a otro miembro más. Quizá mi padre había muerto. ¡Qué horror! Prefería la historia cuando creía que había sido su destino y eran simples soldados los que habían cometido aquel acto de vandalismo. Que fuese una intriga organizada era para echarse a temblar. No sabía cómo iba a proseguir el viaje con más dudas de las que tenía cuando amanecí aquella misma mañana. Estaba tan ensimismado, dándole vueltas a todas mis preguntas y mirando un punto fijo en una de las baldosas del suelo, que ni me había percatado de que había llegado la hora de comer.

La señora nos invitó a tomar asiento a la mesa y di un paso al frente para seguir a Zahira, pero la mano de Aisha sobre mi hombro me lo impidió y no tuve más remedio que sentarme a su lado observando cómo la escuálida sirvienta ponía unas pastas de forma triangular rellenas de pollo, otras cilíndricas rellenas de espinacas con requesón y rectangulares rellenas de marisco. La madre de Zahira descubrió las humeantes tortas que estaban escondidas bajo un paño de cotonía en un cesto hecho de juncos.

—Te recuerdo que es una refacción. Ya sabes cuánta comida ofrecen cuando se trata de tener invitados. —La miré sin mediar palabra dándole un primer mordisco al de requesón del modo más recalcitrante que pude.

—¿Conoces todo lo que estás comiendo, Diagu? —preguntó Zahira.

Yo aún tenía la boca llena del alcuzcuz que intentaba masticar con rapidez para contestar, pero se convirtió en una bola intragable.

—Diego. —La voz de Aisha sonó tajante antes de susurrar algo a la madre, que se dirigió a la niña con notoriedad.

Zahira no volvió a hablar el resto de la comida, simplemente se miraba las manos con los labios apretados, demostrando al mundo que estaba molesta porque le habían regañado, aunque desconocía el porqué. Me hubiese gustado decirle algo más antes de partir, pero me limité a observar cómo se alejaba a lo largo de la arquería, en sentido contrario a la salida, y se metía en una habitación. Suspiré lentamente mientras me calzaba las babuchas y vi la suyas junto al zócalo, de

color cárdeno, mucho más pequeñas que las mías, y, en un alarde de verla de nuevo, acerté a distinguir la silueta de aquella niña a través de su ventana cerrada por celosía. La lumbre de un candil la delataba, pero se apartó rápidamente, y sonreí. Conocer a Zahira me había alegrado uno de los más aciagos días de mis nueve años y medio de vida.

Ya en la litera, el roce de las ropas de Aisha en mi mano y su olor a rosas transportado por la brisa que entraba por su ventana para salir por la mía acrecentó mi indisposición con todos y todo. Me asustaba la incertidumbre en la que llevaba viviendo desde hacía días, me indignaba ser objeto de ardid cual necio. En cambio, tenía un pellizco en el estómago por estar ignorándola. Sabía que me estaba ofreciendo un *miswak*; pero, para que no creyese que estaba enterrando el hacha de guerra, lo cogí sin apartar la mirada de la ventana opuesta a ella sin mediar palabra.

—Creía que habías entendido que yo no soy la responsable de todo esto. Es… —Le corté con la mirada. Las lágrimas volvieron a brotar por la impotencia y rabia que sentía.

Ella permaneció callada e inmóvil, observándome, hasta que también dejó que la pena saliera de sus ojos, exhalando todo el aire que parecía haber inspirado al inicio del trayecto. No quería mostrarme débil, así que volví a mi ventana, dejando que la invariabilidad que me rodeaba me hechizase y, aunque sabía que me miraba de vez en cuando, porque oía los pliegues de sus telas al rozar entre sí, me mantuve en mis trece y no caí en la tentación de comprobarlo.

Solo rompió el silencio para contarme un cuento sobre un príncipe muy aventurero, llamado Sakaye Macina, que se dedicaba a viajar por el mundo hasta que oyó a un viejo en una feria ofreciendo cien monedas de oro a cambio de una jornada de trabajo. Atraído por la aventura, se ofreció voluntario. La labor era en la cúspide de una montaña, a la que subió a lomos de una tórtola gigante que acudía a la llamada del viejo. En la cima, solo encontró una gran cantidad de cráneos humanos esparcidos por doquier y una choza hecha de oro puro, custodiada por un anciano. Según él, pertenecía a los yébem, devoradores de hombres que habían salido a cazar y que, en su día, le hechizaron las piernas para que no escapase. Aprovechando la inmovilidad del anciano, Sayake entró y encontró a niños yébem jugando, quienes, asustados al verle, cogieron sus alas y se escondieron del intruso. Solo una de las hermanas, mocita, no tuvo tiempo de coger las suyas y Sayake aprovechó para llegar a un trato con ella: lo llevaría a su pueblo volando a cambio de sus alas. Una vez allí la retuvo y, al poco tiempo, la desposó. A pesar de que tuvieron tres hijos, ella vivía apenada porque añoraba su casa, así que una

noche robó sus alas y voló con ellos hasta alcanzar las cumbres de su hogar.

—Por mucho que alguien se empeñe en que seas feliz —concluyó Aisha—, si tu corazón se niega a serlo, jamás lo serás.

Su mirada quería transmitirme todo el aliento posible para aguantar aquella situación, a fin de cuentas, ella también querría volar hasta Tetuán. Sonreí tristemente y bajé la mirada, reconciliándome con el mundo camino de Alcazarquivir, ciudad de la que yo jamás había oído hablar, pero me explicó que estaba rodeada de colinas y era de origen romano, como casi todo el norte. Cada vez me gustaban más las similitudes de ambos reinos. Me contó que la zona fue cristiana, incluso que tuvo obispo hasta que siguió la Ley de Mahoma. Alcanzó mucha relevancia por sus rutas comerciales para caravanas, que unían todo aquello con al-Andalus, hasta el punto de convertirse en destino para los andalusíes. Me preguntaba qué aspecto tendrían los andalusíes en general, ya que los mercaderes magrebíes que venían a la ciudad se parecían más a Aisha, pero sabía que la princesa cordobesa Wallada había sido pelirroja.

—Mucha gente se parece a ti, como la madre de Zahira, hija de andalusíes. —Dejé que el rubor se agolpase en mi rostro y soltó una carcajada. —Míralo a él, ha pasado de caballero guerrero al amor cortés.

De Zahira me había impresionado el manejo de mi idioma, su rostro destapado, el color de su piel… Afortunadamente todo se disipó a medida que se oían voces en el exterior, dando órdenes a los animales o hablando entre sí para ir ralentizando el paso, hasta que la caravana se paró frente a un gran arco ceñido por dos torres.

El calor era casi insufrible. Ella se aireaba con la mano mientras nos adentrábamos cuesta arriba, hacia el recinto amurallado, con nuestra escolta, y un sirviente apareció entregándole un pericón. Me apartaba el pelo de la frente, intercalando el aviento para sí misma y para mí, mientras intentábamos guarecernos bajo la poca sombra que daban unas palmeras, muy altas, que resguardaban la calzada del sol y se alineaban por todo el camino hasta llegar al núcleo urbano, casi despoblado. No podía ser muy temprano porque había pasado mucho tiempo desde que almorzamos, aunque el sol calentaba como si fuese mediodía. Tanto que las fachadas encaladas herían de mirarlas sin entornar los ojos por la intensidad de la luz. Solo una vez que llegamos a una plaza, vimos a varios hombres vestidos con sayas claras sentados en banquetas, debajo de los portalillos, y me alegré de no destacar entre los lugareños por mi atuendo. Claramente, en el mismo edificio donde se ubicaba la tienda, también estaba la vivienda del propietario. Exactamente igual que en los barrios de Francos y Algarve, solo que allí todo estaba cerrado porque los viernes

practicaban el *gusl*. En breve, el almuecín llamaría a la oración y me alteraba que ella también tuviese que ausentarse mientras se daba el gran baño de los viernes. Pero mi preocupación se desvaneció tal y como llegamos a nuestro hospedaje.

De la fachada del recinto sobresalía un pequeño andén con tres arcos de herradura precediendo a un gran portón de madera, escoltado por dos militares que no parecían sufrir lo más mínimo el abrasante calor. El último cuerpo del jardín, solo habitado por cantarinas cigarras, estaba repleto de hileras de granados que querían esconder la casa al visitante, aunque era tan alta que sobresalía en su mayor parte, dejándose apreciar una pequeña cúpula con azulejos blancos y cerúleos. La fachada estaba encalada, algo insólito en edificios de tremendo tamaño, y las columnas que sostenían sus grandes arcos hacían juego con los baldosines. La arquería formaba una línea recta antecediéndose a una serie de pequeñas ventanas y puertas repartidas por todo el pasillo revestido de los mismos azulejos que la cúpula. La altura de las ventanas era tal que me impedía averiguar si había espías tras las celosías. Todo el conjunto guardaba un solemne silencio y no pude evitar acordarme de Zahira escondida tras una de ellas. Y me imaginé a Aisha, cuando niña, curioseando a través de aquellos cerramientos con trampa para el vigilado.

—Nuestras pertenencias están llegando, las traerán dentro de un rato, ¿quieres darte un baño ya o prefieres esperar?

¿Por qué me hacía creer que tenía voz en semejante decisión si estaba obligado a bañarme a diario? Al menos, conseguí posponer mi suplicio al no disponer de ropas limpias, pero salió en busca de la sirvienta para que lo fuese preparando. Deseaba con todas mis fuerzas que no diese con ella, mientras me dedicaba a observar el despliegue ornamental con el que los damascos sirios, de color verde y plata, cubrían las ventanas haciendo juego con los azulejos que decoraban la mitad baja de las paredes. Del centro de la sala caía una espiral de pequeñas lámparas cilíndricas hechas cada una con vidrios de distinto color adheridos con masilla blanca. Seguí escudriñando un anaquel con tantos libros que podrían estar escritos en griego, latín, árabe o castellano y, en el extremo del segundo poyo, se apilaban los pergaminos que desprendían aquel perfume tan único y singular que me embriagaba cada vez que entraba en la biblioteca de mi prima Leonor. En el fondo de la alcoba había un hueco ancho, disimulado por dos alhamares a juego con las cortinas, colgados en una barra forjada, y que se recogían ligeramente con cordones plateados cual telón de teatro. Era el mismo sistema utilizado en las funciones cómicas del patio del caballero Morlans, donde venían histriones desde Toledo para celebrar el aniversario de la conquista de Xerez cada octubre. Pero no era más que una especie de asiento incrustado

en la pared lleno de cojines verdes con un tapete plateado que decoraba lo que hacía las veces de respaldo. Sonreí y lo cerré rápidamente al oír sus pasos.

—A saber qué hacías en el escondite del amor.

—¿Cómo que del amor? ¿Es que el amor puede ocultarse en un escondite?

—Es donde irían unos enamorados de entrometidos como tú.

—Yo solo estaba mirando detrás de unos malditos tapices.

—Anda —se rio—, todo pardillo en su espiga, al baño. Hoy te pondremos ropas que hagan juego con tus ojos.

Me sonrojé tanto que caminé hacia ella con mohín furioso, quitándole la almejía y los paños menores que me brindaba sin pararme. Pero tenía razón. Al quitarme las babuchas me di cuenta de que estaba más sucio de lo que parecía, así que me sumergí en el agua tibia y me quedé en remojo olisqueando el jabón, aunque aquella vez fui comedido. En el momento de aclararme, metí un dedo en el cubo de agua caliente, me quemé y mezclé el agua de ambos barreños en un alcadafe antes de enjuagarme. Debía reconocer que, aunque me resultaba excesivo un baño al día, sentía un alivio tan singular cuando me echaba en la cama que tal vez por eso los mayores se bañaban sin que les obligasen, pero tanta relajación no podía ser de buen cristiano. De todos era sabido que había que sufrir como Cristo hizo en vida para alcanzar el Reino de Dios. Por eso algunos incluso se flagelaban a sí mismos con disciplinas hechas de cáñamo con siete cuerdas y tres nudos en cada una, para mortificar su carne. Las siete cuerdas representaban los pecados capitales y, los tres nudos, los días que Jesucristo permaneció en el sepulcro tras cargar con los pecados de la humanidad.

Toda idea de castigo al cuerpo se disipó cuando la encontré echada en mi cama con la espalda apoyada sobre el cabecero y meciendo los pies descalzos, tan inmersa en su lectura que solo el sonido de mis pasos le sacó de su mundo. De todos modos, mi llegada solo sirvió para que se dispusiese a acudir a la llamada a la oración, dejándome el libro de Averroes y un ajedrez para que yo mismo eligiese con qué entretenerme durante su ausencia. La verdad es que agradecí que se preocupase de mi ostracismo y escogí el libro, que me pareció la mejor opción. A fin de cuentas, lo mejor para mejorar en ajedrez era un buen adversario del que aprender.

Justo cuando intentaba comprender cómo las conclusiones falsas no podían destruir las afirmaciones refutadoras, apareció una mujer descalzada de cara descubierta, con el pelo del color de las castañas, que se comían por el Día de Todos los Santos, y vistiendo una almejía de jaspe blanca con ricos bordados dorados. No dijo ni una palabra. Se quedó mirando cómo yo observaba el dibujo de henna de su pie y

subía la mirada de asombro hasta su cara.

—No me digas que no me reconoces —preguntó.

Era inconcebible que, cuando por fin veía su cara, la reconociese por sus pies. No obstante, no podía dejar de sonreírle sin apartar la mirada de la suya mientras se sentaba sobre mi cama entrelazando las piernas entre sí.

—Creo que entre todas las dificultades a las que te estás enfrentando, pedirte que confíes en alguien cuyo rostro no has visto nunca es la mayor. Tarde o temprano me ibas a ver.

No es que fuese hermosa, pero poseía unas características muy personales, como los labios carnosos, la boca pequeña, la sonrisa tan amplia que mostraba toda su dentadura, incluso el diente que tenía ladeado hacia la diestra. Tenía la nariz algo respingada y se pronunciaba en su cara, delgada, casi como un triángulo invertido. Las cejas, en cambio, eran de color azabache, y cada una formaba un dibujo distinto mientras se elevaban hacia la frente y volvían a bajar en la punta. Sus ojos, lo único que había visto hasta entonces, eran lo que más destacaba: grandes, almendrados, con un delgado círculo pardo alrededor de la pupila enmarcado en otro color aceituna. Tenía las ojeras algo oscurecidas, acentuadas porque sus cuencas se hundían, resaltando la quijada en la que se le marcaba un pequeño hoyuelo al hablar. El pelo le caía hasta la mitad de la espalda, alisado, con un par de remolinos en la raíz que le nacían en la frente. No, no podía decir que fuese la más agraciada, pero tenía un halo misterioso y una seguridad en sí misma que la convertía en una belleza exótica. Cual animal que se exhibe, pero no permite que le domen.

—Hoy te llamé bella —le dije— y no me equivoqué.

Sonrió con picardía alzando una de sus cejas y atravesó el cuarto, convirtiéndose en una de las incomprensibles figuras que la luz creaba sobre las paredes, camino de su habitación. Regresó al momento con una baraja de cartas. Me explicó que había múltiples juegos posibles, cada uno con sus respectivas reglas, y que había sido el solaz inventado por las mujeres de los harenes de Catay, hacía ya siglos, para matar su aburrimiento. Como ella pretendía que hiciésemos.

—¡Gané! —dijo—. Tengo sesenta y dos puntos.

Me alegré de que hubiese terminado, no me pareció tan divertido como el ajedrez, aunque no le dije nada porque sabía que se esforzaba en mantenerme ocupado y era de agradecer. De todos modos, como ya me iba conociendo, me dio conversación sobre la alcazaba en la que estábamos albergados y lo bien que se vivía cuando se lograba un cargo importante en una corte. Sabía que pretendía atraer mi atención a asuntos palaciegos para apartarla de la beligerancia, pero la jerarquía castellana se regía de otro modo. En Xerez se tenía una casa así en función a los privilegios otorgados por el monarca y había que

ser, mínimo, caballero ciudadano, o ya por encima los infanzones, fijosdalgo o ricoshombres. Mi padre contaba con el favor del rey y mi casa era la más modesta entre caserones lujosos. De todos modos, allí nadie engalanaba su casa de aquel modo. Si bien era cierto que habíamos ocupado casas que antaño fueron de mahometanos y tenían patios con fuentes, albercas y azulejos…, eran ya muchos los que habían empezado a revestir las paredes con adobe, sillarejos o, incluso, cal. Lo habitual era ornamentar con retratos, en caso de ser de gran linaje, crucifijos que mostraban la riqueza en función al material con que estaban guarnecidos, reposteros o tapices para mantener el frío alejado de los muros en los meses invernales. Tener una arquilla ya era signo de poderío, por muy pequeña o sencilla que fuese, sobre todo si iba sobre taquillón a juego. La letrina era un entalle abierto sobre un escaño que desaguaba en un albañal y se situaba siempre tras un murete al que se accedía a través de un estrecho corredor en recodo. Aunque esto dependía de los recursos de cada uno, porque los que vivían en casas chicas tenían una bacinilla de latón colocada en cámaras que llamaban necesarias. Los que vivían en el alfoz, en cambio, tenían un cuartucho de madera en el patio trasero alejado de la vivienda. Al igual que la tina, que solía estar en una dependencia de la casa, sin vanos, alejada de toda mirada entrometida, y se separaba de la puerta con unos lienzos tendidos a lo largo para mayor intimidad. En cambio, los más humildes tenían que acudir a los baños públicos que había por San Salvador, San Mateo o la calle Baño Viejo. Por el contrario, mi prima tenía en su casa una lujosa alcoba expresamente para darse el baño y otras nimiedades que tanto la embaucaban. Las ventanas se cubrían con espartos, si podían pagarse, y si no, con tejidos muy pesados y tupidos de colores vivos para guarecerse de miradas curiosas. Los vitrales marcaban la distinción, por eso mi madre los había colocado en las ventanas de los aposentos que rodeaban el patio y a mí me encantaba el reflejo que proyectaban sobre las baldosas de barro cocido del suelo del corredor. También teníamos un alifafe de seda florentina sobre la cama de mis padres, que destacaba por la brillantez de los colores y la solidez del fastuoso material con el que estaba hecho. Urraca lo doblaba cada noche y lo extendía cada mañana con la mesura impuesta por mi madre. En cambio, a mí me resultaba que allí todo era suave; las cortinas, los cojines, las camas, las ropas, la piel de sus manos.

Le hablé de mis compañeros de primeros estudios, los nietos de Íñigo López de Carrizosa, cuyo patio estaba repleto de tinajas verdes de la época de los almohades; de Alonso de Estopiñán, que había llegado a la ciudad solo dos años antes y se había instalado en una casa buena frente a los llanos del alcázar, reconocida por el alto relieve de la Visitación que adornaba la fachada. Además, sin pudor

alguno de colocar en la puerta un plato de loza azul y morada, al estilo nazarí, pidiendo limosna para los más necesitados; de Fagut de Zurita y su espectacular palacio en el barrio de los Francos, de arcos decorados con yeserías de imponentes inscripciones en árabe. Sus casas eran de las que tenían escudos de armas sobre el dintel de la puerta, no como la mía, que solo lo teníamos en el salón sobre un triste repostero cuadrado de terciopelo celosamente cuidado como oro en paño.

En la collación de San Dionís, estaba el caserón de Vasco Martínez, natural de Trujillo, que bien podría considerarse un castillo. A saber a quién había pertenecido antes, pero desde 1268 era del abuelo de mis amigos Francisco y Álvar, con los que correteaba por la inmensa casa que tenía dos alturas, un aljibe, un pasadizo que llegaba hasta la iglesia de San Salvador, un patio delantero y una huerta trasera con una alberca que colindaba con una mezquitilla a la que aún no le habían dado uso. Nos adentrábamos a través de su pequeño patio de abluciones y, en la sala que debió ser de oración, nos poníamos a recitar como si estuviésemos en un corral de comedias.

Sonreí echando de menos las nimiedades que no sabía cuándo se volverían a dar y cogí el alquinal entre mis manos. Lo tenía a su lado por si tenía que salir. Al tacto era muy suave y fresco, le puse la mano por detrás para comprobar su transparencia, pero no dejaba ver nada. Lo observé durante un rato, inmerso en mis pensamientos. Aquellos que no me dejaban entender por qué necesitaba vestir su rostro al igual que vestía el resto de su cuerpo, pero tenía claro que ella sabría qué hacía. A fin de cuentas, ni siquiera formaba parte de mi cultura y ella llevaba usándolo toda su vida. ¿Cómo iba a juzgar algo que no tenía nada que ver conmigo? Sería un auténtico farsante si viviera defendiendo el valor de mi cultura y me dedicara a infravalorar otras. No era nadie para juzgar nada que no tuviera que ver con mi propia persona; pero, sobre todo, no podía juzgar algo que se escapaba a mi entendimiento porque ni siquiera pertenecía a mi mundo.

De repente, pasó el dedo de arriba abajo por mi mejilla, la miré y vi lo diferente que éramos. Probablemente solo fue un instante, pero nuestro profundo momento se vio interrumpido por Yasmín, que tocó a la puerta y entró para servirnos un guiso de pescado como cena.

—*Bismillah*.

Agaché la cabeza en muestra de respeto antes de empezar a tomarla. A los pocos sorbos me llevé la mano al vientre porque aquella mezcla no estaba resultando tangible. Al principio, desconfió, pero cuando vio mi cara de sufrimiento me permitió dejarlo a un lado, aunque poco convencida de la veracidad de mi malestar. Poco a poco, empezó a mostrarse más preocupada hasta que me acompañó a la cama, donde tuve que dejarme caer bajo el peso de todo el calor que

había sufrido aquella misma tarde. Me sudaba la frente y el pescado estaba en plena batalla dentro de mi tragadero, subiendo, bajando, haciendo acrobacias, saltando y quejándose. Podía oírlo pelear. Para colmo, apareció con la maldita talega de *miswak* y me quejé, esperando algún remedio de su morería, pero solo se le ocurrió secarme el sudor y enviarme al bacín. Menudo espectáculo. Jamás había visto una letrina situada en la algorfa, ¿a dónde caerían las boñigas? A juzgar por el frío que entraba por ahí, debía desaguar a la intemperie. ¿Qué clase de persona limpiaría los excrementos? En Xerez, los menesterosos recogían las inmundicias para venderlas como abono, pero no me pareció un tema apropiado para tratar con una dama, así que, cuando salí y la encontré reclinada sobre mi cama masticando un *miswak* mientras bailaba la pierna que le colgaba, preferí obviar los pormenores sobre mi tedioso fastidio. A fin de cuentas, ya nada se movía ahí dentro y podría dormir con sosiego. De hecho, retiró la colcha, pero la dejó al lado, asegurándome que refrescaría más tarde, aunque costaba creerla; la canícula menguaba muy poco a poco. Me dio un beso en la frente y me pellizcó el cachete suavemente.

—*Lailah saida*. Buenas noches.

Apagó de un soplido dos de las tres velas que alumbraban la habitación.

Aún con los ojos cerrados, estiré todos los dedos de los pies al son del cantar de algún pajarillo que revoloteaba por el exterior; pero, ante todo, podía distinguir sus apresurados pasos moviéndose con rapidez y soltura de un lado a otro, saliendo de la habitación a la sala y volviendo a entrar. Lancé un bostezo a la par que abría los ojos en medio de la penumbra y me destapé, aunque seguí tumbado un rato más hasta que saqué una pierna de la cama, quedándome bocarriba mirando el artesonado sin pensar en nada.

Capítulo 4

—Mientras se pone la legañosa el velo, el mercado de hilados se ha dispersado —me regañó entreabriendo una de las celosías.

La luz se hizo con tal intensidad que sus ropas parecían el propio sol, ambarino y deslumbrante, aunque, cuando caminó hacia mí, el color menguó algunas tonalidades convirtiéndose en luz tenue, la que alumbra pero jamás molesta, resaltando el color de su piel como nunca. La ensoñación duró lo mismo que tardó en confesar haber pasado una noche malísima. De modo que no había sido mi vientre, sino la cena. Me explicó que cuando cocinaban pescado lo hacían con aloses, que habitaban en el cercano río Sebú; pero, por alguna razón, se les había ocurrido cocinar con pescado del mar la noche anterior. Y entre la distancia y la canícula no llegó tan fresco como debería.

Afortunadamente, la comitiva había comido *shawarma*, así que todos estaban sanos y salvos para proseguir atentos a cualquier peligro que pudiese acecharnos durante el camino. Por último, se había dirigido a la mezquita para orar al alba y no tendría que esperarla, aunque ella ni se imaginaba lo que me alegraba oír aquello. Siempre amanecía con voraz hambruna, ansioso por mi bocadillo de tocino, aunque aquel desayuno se limitó a los alimentos que habíamos ido adquiriendo por el camino como fruta, mazapanes o frutos secos. Lo único que no era de nuestro abasto era la vasija de agua y los jarros. Sin duda, necesitábamos purificarnos.

—La realidad es que ya no te fías de la comida que nos puedan servir —dije con tono socarrón porque sabía que estaba descontenta con el servicio—. Yo enfermo y no le das mayor importancia; tú te ves afectada y entonces tomas cartas en el asunto —le dije con tal de aprovechar la ocasión de ser yo quien se burlase; pero, en vez de contestar, me tendió una manzana mientras me miraba de soslayo.

Nos íbamos adentrando levemente en el continente y me quedé observando la nada tan pronto como salimos de la ciudad. Ella me iba relatando cosas tan dispares como la cantidad de leguas que recorreríamos ese día o que almorzaríamos en El Makhazine. No tenía ni idea de dónde estaba, pero sonaba caluroso. Después, pasaríamos por una aldeílla muy significativa por los enterramientos de los morabitos, que eran como los santos para los cristianos, y acabaríamos la jornada en una zona conocida como Uezán; un lugar misterioso cuyo nombre le venía de un habitante de antaño que negociaba pesando los productos que llevaban las caravanas de Fez a al-Andalus, bien fuese para vender lo correcto o para saber si habían comprado lo que creían. Un alamín de toda la vida. Se le iluminaban los ojos cuando me contaba algún relato, como si desease volver atrás y poder presenciar todo aquello desde lo alto cual espectador admirando una función. Parecía un pozo inagotable de sabiduría. Aseveraba que cuando gusta leer, siempre se encuentra el momento de hacerlo, y tenía razón. Yo siempre acababa dando con libros, escritos y mapas, y eso que vivía en la Frontera, donde muy pocos, pero muy pocos, sabíamos leer.

Una molestia en el cuello me despertó y la hallé ausente. Ni siquiera la oía respirar, aunque su pecho subía y bajaba indicando que sus órganos estaban en pleno rendimiento. Después de comprobar unas diez veces que seguía dormida, ensimismado en el aburrimiento, bebí agua del pellejo y me quedé un rato asomado por la ventana con la esperanza de ver otra caravana con camellos, pero solo avisté estepa de tierra árida. De vez en cuando, se apreciaba vegetación, aunque no en exceso, como si aquellos árboles se hubiesen extraviado de su camino hacia el bosque sin que los acompañase ninguna

edificación o riachuelo ni hacia los lados ni hacia el frente. Saqué un poco más la cabeza por la ventana para que el viento me diese en la cara, pero era demasiado cálido para soportarlo, así que volví al frescor que la litera mantenía en su interior, dejándome inundar por la calma en la que el suave movimiento nos mecía; con el sonido de los animales avanzando, que a veces se quejaban por el excesivo peso o el tórrido calor; el viento al pasar por nuestro lado retándonos a hacer una carrera mientras llevaba consigo un par de rodamundos. La mayor señal de soledad en un lugar. La tierra rojiza resaltaba entre las piedras y matorrales que la cubrían escasamente, cuales bizmas, aquí y allá.

El lejano gañido de un halcón me hizo volver a sacar la cabeza por la ventana. Podía soportar la canícula con tal de ver a semejante ejemplar allá en lo alto, volando libremente sobre aquella sabana, con sus largas alas, tan majestuoso que ni siquiera podía percibir que las moviera ni un ápice. Conocía su método de caza, lo letal que resultaba cuando combinaba las garras y el pico, pero, aun así, verlo atravesar aquel cielo resultaba casi poético, alejándose hasta que dejó de ser, incluso, un punto en las alturas. El embelesamiento me estaba haciendo caer en la somnolencia, pero el balido de unas ovejas me espabiló justo cuando pasábamos junto a un rebaño, y el pastor, sentado debajo de un árbol con una saya parda demasiado gruesa para el calor que hacía y unas abarcas que me daban la razón, permanecía atónito ante nuestra suntuosa caravana. Tanto como los dos ancianos que nos observaban desde sus respectivas puertas cuando pasamos por una pequeña alquería de casas salteadas a lo largo del camino y me saludaron con la mano educadamente; les devolví el gesto, como si fuese el mismísimo infante don Pedro cumpliendo con su pueblo. Era sorprendente cómo todos los habitantes de las zonas rurales vestían prácticamente iguales.

Afortunadamente, Aisha volvió a la vida emitiendo un minúsculo gemido mientras se estiraba, ignorando de lleno la sonrisa que le dediqué. Permaneció quieta durante unos instantes más, ausente, cabeceando con los ojos abiertos, que le pesaban cada vez que parpadeaba. Intentaba mediar palabra, pero tenía la voz rota y la mirada se le volvía a perder entre el paisaje exterior, hasta que atinó a extender la mano señalando el pellejo con parsimonia. Parecía acabada.

—Me siento como Heracles tras acabar los doce trabajos –dijo quedándose tan tranquila.

Valiente comparación acababa de hacer. Me desternillé de risa, pero no quise entrar mucho en detalles. Estaba convencido de que nunca se sabría si realmente fue el fundador de Cádiz.

—No seas fementido. Todo se sabe tarde o temprano. Imagina que

dentro de seiscientos ochenta años encuentran ese caballito enterrado en el suelo de un patio y a alguien le da por averiguar a quién perteneció.

Siempre tendríamos problemas más graves que solucionar en Xerez que ponernos a desenterrar el pasado. Además, nosotros mismos habíamos acomodado nuestras viviendas sobre casas, tiendas, alhóndigas, hornos, almacenes, molinos aceiteros, atahonas, tenerías, mezquitas… ¿De verdad alguien estaría interesado en conocer qué fueron esos edificios antes de pertenecer a los cristianos?

Estábamos llegando, la calma se inhalaba en el ambiente e inspiré profundamente cerrando los ojos al expulsar todo el aire. Los ecos del gentío se oían de fondo, los niños correteaban de acá para allá anunciándose unos a otros la llegada de la caravana, las mujeres se asomaban y desaparecían cuales rayos, como si una fuerza mayor las hubiera obligado a curiosear, aunque supieran que no debían. Ella, en cambio, suspiró sin emitir ningún sonido y llenó el pecho de aire, como si necesitara acopio en caso de asedio. La caravana daba tirones, tal vez los animales no quisieran parar y por eso volvían a retomar la marcha por su propia iniciativa; pero, finalmente, pudieron apañárselas para aplacar aquel vaivén. Ella seguía ausente. Era la primera vez que la veía dudar. Siendo la persona más segura de sí misma que había conocido jamás, o temía algo o, simplemente, no le gustaba aquel lugar.

Me cogió de la mano mientras se aventaba con rapidez haciendo que las varillas del pericón sonaran al golpear su pecho. Incluso podrían llegar a romperse por la fuerza con que estaban siendo maltratadas.

Afortunadamente, la humilde casa mantenía un frescor inconcebible en el patio, pero me pidió que me quedase en una alcoba porque resultaba demasiado mayor para permanecer con ellas mientras realizaban la ablución y no querían que estuviese presente. Claro que me fui directamente hacia la ventana para espiar a la mujer de ceño fruncido y a las dos muchachas que bien podían ser de la edad de Aisha. Sabía que sin luz interior no podían adivinar que yo estaba tras la celosía intentando averiguar qué estaba pasando. Aunque mi poco conocimiento del arábigo me hacía creer que discutían por su tono de voz o su modo de gesticular hasta que las oía reír y me alegraba que aquello no fuese una contienda. El problema era que yo estaba encerrado en una sala solo, en la casa de alguien que consideraba que yo era demasiado mayor para verla rezar y, además, nadie se reía. Es más, Aisha elevaba su tono de voz cada vez con mayor intensidad, señalando hacia mi posición, por lo que me eché a un lado asustado creyendo que me veían. Entonces, las muchachas entraron en la conversación, claramente de parte de la que suponía

era su madre, y tampoco parecían muy contentas. Confiaba en su buen hacer, pero la entrada repentina de Utba en la disputa no podía significar nada bueno. De hecho, las muchachas se echaron hacia atrás como si el cuerpo de su madre las pudiera proteger de la presencia masculina, vueltas de espalda por orden de su progenitora, que parecía tener más galones que aquel militar. Mientras tanto, él, intentando no mirarla demasiado, casi de perfil, le hablaba señalando hacia la sala donde yo me situaba. Era notorio que yo era un problema y el cuerpo de Aisha me contaba lo enfadada que estaba al respecto, con sus brazos cruzados, el pecho hinchado, el pie que le sobresalía de las faldas, marcando algún ritmo contra el suelo, y sin mirar a la mujer porque no era digna de que sus ojos se posaran en ella.

—¡Diego, abre la puerta!

Me la encontré sujetando una bandeja con un tayín, un cuenco tapado, una vasija y dos jarros muy parecidos a los que usábamos mi hermano y yo en el alcázar cuando mi padre nos daba hidromiel. No lo mencioné porque estaba completamente ofuscada. Tal y como entró, cerró la puerta a modo de coz sin dejar de refunfuñar maldiciendo en su idioma, incluso cuando tocaron a la puerta y recogió una zafa. No sabía si debía decir algo por no empeorar la situación, así que me senté junto a ella sin mediar palabra mientras se desabrochaba el alquinal, dejando su cara destapada y blasfemando contra los prejuicios de una religión mal interpretada. Yo no tenía ni idea de qué estaba hablando porque ni había comprendido la disputa del patio ni sabía que yo suponía un problema por venir de donde venía. Al menos, cuando destapó el tayín y la nube de vapor invadió el espacio entre ambos, su tono de voz se fue normalizando poco a poco. Comenzamos a comer en silencio hasta que no hubo más viandas que rebañar en la olla. Solo rompió aquella incómoda situación para expresar su deseo de retomar el viaje antes de lo previsto.

Aunque agradecía el clima de aquella casa, no me gustaba verla a disgusto, así que me encogí de hombros a modo de confirmación y le recordé que se colocase el alquinal antes de salir. Fue tal sorpresa para los pobres hombres que se encontraban apoyados sobre la carreta bajo unos árboles comiendo un *shawarma* que casi se atoraron cuando nos vieron. Utba se apresuró hacia nosotros y se le quedó cogido un nervio por la premura con la que quería caminar para abrirnos paso hacia la litera. Nos costó contener la risa, aunque guardamos la compostura y subimos sin mediar palabra. De hecho, le extendí la mano sin decir nada, sonrió y me dio un *miswak*. Durante el resto del camino solo interrumpió el plácido silencio para señalarme algo de la vía, como que hacia el oriente se ubicaba el huerto del Edén. Ya ni siquiera le corregía el castellano, me resultaba entrañable su modo de expresarse.

Me despertó un cercano eco de júbilo infantil y la encontré

asomada por la ventana que quedaba a mi lado, observando a las gentes que se guarecían en unas grandes tiendas rectangulares hechas de pelo de camello que se alzaban junto al camino. Se acomodó para vigilar con mayor molicie mientras yo aún tenía la voz ronca y los ojos a medio abrir, sin comprender qué estaban haciendo aquellas personas en medio de la nada, hasta que me explicó que era, ni más ni menos, un campamento beduino. Eran originalmente de Arabia. Fueron los primeros mahometanos y se les conocía como los moradores del desierto. Sus palabras revelaban que le resultaba apasionante, como si formasen parte de alguna de sus historias de pueblos nómadas, pastores y comerciantes. Me miró emocionada mientras me contaba que vivían separados hombres en una parte, y mujeres y niños en otra. Ellos vestían albornoces blancos con capuchón y mangas anchas que cubrían del cuello a los pies y se holgaban con el viento, aunque algunos llevaban también unos jubones amarrados con cinturones de cuero o mantones por encima de estos. Las tiendas estaban abiertas por los laterales y, en caso de lluvia, las desplegaban, cerrándolas por completo.

Ni siquiera se oían las voces cuando todavía permanecía mirando la nada con los pensamientos a leguas de donde alcanzaba su vista. Era obvio que todo lo trashumante y nómada le evocaba una libertad que dentro de sí misma anhelaba. Se refería a ellos con un romanticismo propio de trobairitz hablando de su fuerza, de la agresividad de sus guerreros, de sus tácticas de combate que fueron la clave para que la Ley de Mahoma se expandiese tan rápidamente como lo hizo. Se quedó observando el paisaje, soñando despierta, y reparé en que tenía razón cuando me auguró que encontraríamos más humildad por aquella zona. Visualicé el panorama a través de la ventana y allí no había nada. En cambio, las ciudades estaban abastecidas de todo, al igual que su zurrón, en el que había cabida para todo tipo de enseres. En Castilla estaban más centrados en unificar tanto territorio peninsular como pudieran, con amor y guerra, para evitar el poder de los nobles. Nada como matrimonios entre herederos y declaraciones de guerra al resto de reinos para hacerse grande y fuerte como la antigua Hispania: un solo reino que abarcaba casi toda la Península. Dividir y vencer fue la lección aprendida tras la muerte del califa Hisham, aunque no había que olvidar Granada, el último resquicio de al-Andalus, porque no parecía que la Frontera fuese a moverse de donde estaba. De todos modos, lo importante era que se mantuviese la paz entre los reinos. Tampoco era normal unificar el mundo entero bajo un mismo soberano. Ya había fracasado el sueño del *dominium mundi* en Occidente. No entendía qué tenía el poder que corrompía hasta al mismísimo papa, el sucesor de San Pedro, el santo padre, el vicario de Cristo ni más ni menos; pero, por

muchas vueltas que le diese, no iba a esclarecer nada.

Aprovechando que nuestra atención se había extraviado en asuntos reales, me lancé a preguntarle cuestiones sobre su cultura porque, entre otras cosas, siempre me había preguntado cómo se convertía un neonato en mahometano. Aquello de sumergir a recién nacidos en pilas llenas de agua dentro de una iglesia era una práctica un tanto atroz para alguien con tan pocos días de vida.

—Al alcanzar la pubertad —me explicó Aisha—, libremente y ante dos testigos, los jóvenes recitan dos frases: «No hay más dios que Alá. Mahoma es el mensajero de Alá».

Estaba aprendiendo tanto, y tan rápido, que no me daba ni tiempo de asimilar todo aquello. Siempre había asumido cuál era *la verdad* y que todo lo demás era mentira. Descubrir que fuese tan personal aceptar las obligaciones de la ley mahometana hacía que los que siempre había llamado infieles me pareciesen menos bárbaros de lo que había imaginado hasta entonces. En definitiva, a nosotros nos bautizaban sin consultarnos, sin opción a decidir qué queríamos ser. Me repateaba descubrir de repente que llevaba toda la vida siendo un esclavo del mundo que me rodeaba. Estaba tan ofuscado que quiso quitarle hierro al asunto asegurándome que en la casa donde nos hospedaríamos aquella noche había una biblioteca muy interesante de la que me regalaría un libro que trataba sobre los madjus, aunque estaba escrito en árabe; pero, al menos, tenía dibujos y mapas. Por fin iba a librarme de la lectura profunda.

—Lo leeremos juntos y te iré traduciendo mientras tú miras las ilustraciones. —Aisha miró por la ventana—. No queda mucho para que lleguemos. Los árboles empiezan a aparecer.

Señaló al frente, asegurándome que al fondo estaba la aldea, la misma que yo no lograba distinguir y, en vista de que tuvo que ponerse la mano sobre los ojos para evitar que el sol la cegase, ella tampoco. Me esmeré en visualizarla y comprendí por qué era ardua tarea diferenciar en la lejanía un pueblecito construido con materiales del mismo color que la tierra, pero ella ya contaba con la pronta llegada y comenzó a guardar los enseres en su talega. Era capaz de organizar su zurrón tres veces con tal de estar preparando algo, pero yo preferí esperar que el camino me mostrase la aldea nítidamente. Cuando apareció, parecía deshabitada. Al menos, en Alcazarquivir la gente estaba en sus casas debido a la oración de los viernes y al calor; pero, allí, no se sabía qué sucedía para que la soledad lo inundase todo.

—Saben que venimos y son bastante reservados —me dijo adelantándose a mis pensamientos—. En las ciudades portuarias la gente va y viene, hay más movimiento, pero en el interior todo el mundo se conoce, por eso se impresionan fácilmente con los

forasteros.

La caravana se adentró en las callejuelas que se formaban entre las pequeñas casas y que dejaban paso a aquellos viajeros que se aventuraban a atravesar la desoladora estepa. Por fin dimos con nuestro hospedaje. Efectivamente, Aisha estaba en lo cierto. No tenía nada que ver con un alcázar.

Habíamos llegado a una casa de piedra como todas las demás, con la puerta de color azul, como la gran mayoría. No encontramos prueba alguna de vida humana hasta que, tras adentrarnos por el patio, nos topamos con una sirvienta que nos llamó desde la penumbra de un salón. Apenas entraba más luz que la que los dibujos de la celosía dejaban pasar y, por si me chocaba con algo, permanecí sujeto a la mano de Aisha, dejándome guiar por ella, que tuvo que pedir hasta dos veces que encendieran unas velas. La primera, desde el centro de la habitación educadamente y, ante la negativa de la sirvienta que permanecía en la opacidad, lo volvió a decir con el tono de voz tajante que usaba cuando daba una orden. Sospeché que me encontraba en la misma situación que durante el almuerzo, aunque finalmente la muchacha obedeció sin temor a mostrar su descontento.

Estábamos en una sala decorada por unos alfanjes sin panoplia y un péndulo humeante sujeto a una de las escasas vigas del techo por tres cadenas. Debajo se guarecían varios cojines y una mesa de chambranas como lugar de entretenimiento, aunque resultaba bastante inseguro. Dos pesadas cortinas encarnadas a cada extremo ocultaban las habitaciones rectangulares, bastante estrechas y sobrias, con un jergón sobre cañizo en el suelo precedido de un arcón que hacía las veces de mesa, una silla de cadira de cuero repujado, demasiado lujoso para el lugar donde se ubicaba y, al fondo, un peinador con un lino colgando de su brazo. La miré y suspiré. Me devolvió la mirada, el suspiro y nos echamos a reír antes de cruzarnos con nuestros sirvientes, que aún estaban portando el equipaje por aquel pasillo en penumbras. Aisha les indicó dónde estaban nuestros aposentos mientras nos adentrábamos en otra habitación en la que la sirvienta tuvo que prender unos cuantos candiles para que me percatase de que se trataba de la biblioteca de la que me había hablado. El olor a las hojas secas de otoño se apreciaba desde el exterior y ella debió de notarlo también, porque inspiró.

—Huele a libros, a historias.

Dijo Aisha antes de soltar mi mano y empezar a pasear su templanza junto a los anaqueles. Sin embargo, yo me quedé de pie, embrujado, admirando aquel sitio repleto de libros y pergaminos con todas aquellas historias que ella me contaba, que tenían las respuestas a todas las preguntas que me hacía. Llevaba un par de días queriendo leer a Aristóteles, también estaba interesado en el Corán, pero ¿cómo iba a decidirme por un par sin saber antes qué más había? Era mucho más grande que la de mi prima, donde pasaba las horas muertas. Tenía poyos que rodeaban toda la habitación desde el suelo hasta el techo, dejando libre tan solo el espacio para la puerta y las dos ventanas. Un par de escaleras de caña servían de ayuda para alcanzar los ejemplares que estaban más arriba, donde la descubrí sujetando un

libro con una mano mientras se aferraba a la escalera con la otra.

—¡Aquí está! El libro de Ahmad ibn Fadlan sobre los madjus, ¡es este!

Ahmad ibn Fadlan ibn al-Abbas ibn Rasid ibn Hammad era el tremendo nombre completo del viajero que escribió sobre los madjus y me sorprendió que lo hubiese encontrado tan rápidamente, hasta que me explicó que los pergaminos desenrollados y sujetos a los anaqueles eran listados con el título del libro y el anaquel en el que se encontraban. Yo veía unas hojas muy grandes con escritura arábiga, pero no podía imaginar que fuese una guía. Musité rascándome la barbilla mientras rotaba sobre mí mismo, echando un vistazo a aquel fascinante sistema de sabiduría, a aquella habitación repleta de tradiciones, de letras, de gentes, mientras ella me iba enumerando todo lo que iba encontrando: libros sobre Historia de Egipto, Mesopotamia, poesía andalusí como Abu Amir ibn Suhayd, Ibn Zaydun y su gran obra *El collar de la paloma*, al-Saqundi…

—«Granada es el Damasco de al-Andalus, pasto de los ojos, elevación de las almas. Tiene una alcazaba inexpugnable, de altos muros y edificios espléndidos» —recitó a al-Saqundi—. ¿Ves? ¡Esto es una maravilla!

Iba de acá para allá sacando libros de sus poyos, leyendo sus portadas, volviendo a colocarlos en su sitio, pletórica, feliz, despreocupada. Y yo la seguía sonriendo con el libro de los madjus en mano. Acababa de descubrir cuál era su lugar en el mundo. El modo en que observaba aquellos libros, los escogía, los sopesaba e, incluso, cómo los olía dejaba constancia de que ser bibliotecaria la hubiese hecho más feliz que ser la esposa de un visir. De hecho, se tuvo que obligar a sí misma a dar por finalizada la visita a su pequeño paraíso terrenal porque si pasaba más tiempo en aquel habitáculo cargado de letras, se las querría llevar todas consigo.

Caminaba hacia mí mirando extasiada los cuatro libros que había escogido y me giré hacia la puerta para cederle el paso, aunque ella ni se fijó. Las obras acaparaban toda su atención y no levantó la vista hasta llegar a la puerta de la habitación buscando la aldaba. Se dirigió hacia los cojines que estaban contra la pared, se dejó caer, ocupándolos casi todos con sus piernas, mientras abría uno de los libros y apartaba los demás a un lado. Sin retirar sus ojos del texto que estaba ojeando, se desabrochó el alquinal para dejarlo sobre la mesa y, en vista de que mi presencia le daba igual, me dediqué a ojear el libro de madjus que, aunque estaba escrito en árabe, tenía dibujos y mapas de lo más reveladores, especialmente los bosquejos de los navíos que eran, sin duda, lo mejor de la obra: la forma y decoración tan peculiar que tenían para asustar con su sola presencia, las velas… Seguí el dibujo con el dedo como si pudiera oír los baladros de los normandos

en cubierta mientras navegaban por las gélidas aguas del norte, cubriéndose las sayas con pieles para guarecerse del frío, sorteando las gotas de agua que osaban salpicarles los pálidos rostros, surcando los mares entre tormentas bajo las órdenes del capitán que vociferaba bajo una máscara hecha de hierro, en parte para protegerse de los enemigos y en parte para causar temor. Encontré un mapa muy rudimentario con caracteres cúficos y unas flechas de color rojo que salían desde Noruega hacia distintas partes del mundo como Bizancio. Podía reconocer toda Europa en aquel mapa además de África, aunque la flecha roja pasaba por la Puerta de la Caridad y se dirigía hacia el oeste, rodeaba Britania, dibujaba la glacial Tierra Verde y seguía a través del Mar del Norte hasta llegar a otra tierra desconocida para mí, bajaba levemente por su costa y ahí se quedaba. ¿Qué pasaba con el dibujante? ¿Es que no sabía qué camino tomaron? Me estaba poniendo nervioso por momentos porque no había ningún nombre escrito sobre aquel pedazo de tierra y permanecía allí, dibujado, pero olvidado por todos los navegantes del mundo.

—¡Aisha! Necesito urgentemente que me ayudes a traducir este mapa.

Me arrodillé junto a ella mostrándole el libro antes de que contestara. Lo cogió y le echó un vistazo con desinterés explicándome que se trataba de un mapa de las tierras por las que se expandieron los madjus. Pretendía devolverme el libro así, sin más, pero mantuve las manos posadas sobre mis rodillas para que siguiera con el libro entre las suyas. Incluso tuve que insistirle con impaciencia para que se fijase bien mientras le señalaba la tierra desconocida en medio del Mar del Norte y donde no aparecía nada escrito. Dibujé con el dedo la dirección de la flecha roja, pero no supo contestar porque no ponía nada sobre aquellos dominios que estaban allende de donde se suponía que no había nada aparte de criaturas satánicas. Para mayor escarnio, se limitó a decirme que, de existir los dragones, los madjus serían los idóneos para combatirlos.

—No te rías de mí. ¿Los dragones existen?

Se desternilló de risa hastiándome en demasía. No solo me había alzado en honor de caballero haciéndome un presente de tal importancia, sino que me arrojaba al más ruin de los pozos burlándose de mi cristianizado desconcierto; pero, llegados a aquel punto, quería tener las cosas claras. Menos mal que le quitó hierro al asunto poniéndome como ejemplo la Tierra Verde, cuya existencia se conocía gracias a los madjus, aunque nadie quisiera ir a aquel páramo helado porque engañar a los colonos con el sugerente nombre no había sido muy inteligente. Podía seguir sucediendo con otras zonas, tierras que simplemente hubiesen caído en el olvido. Pero todo aquello se escapaba a mi entendimiento, ¿cómo iba a existir tierra sin más,

desconocida, aislada? Y, por otra parte, si dejaron de lado aquellos dominios, sería porque no eran buenos. Necesitaba respuestas coherentes, saber más sobre aquello, y me tumbé en el suelo panza arriba, apoyando la cabeza sobre uno de los cojines, pensativo, mientras ella pasaba las páginas del libro como si le fuera a dar más información, hasta que se aburrió.

De nuevo me había golpeado el conocimiento. A mi prima le encantaba contarme la historia de la princesa Cristina de Noruega cuando viajó desde Tonsberg para contraer matrimonio con el infante Felipe, pero la pobre acabó muriendo de pena por alejarse tantísimo de su tierra. Entonces Leonor se llevaba la mano al pecho suspirando por el desmesurado toque de melancolía. Le encantaban las historias que no tenían finales felices. Lo más probable es que la majdu, como tantas otras dueñas, hubiese muerto de un mal alumbramiento.

Visualicé el mapa sobre el techo con sus flechas, sus barcos, y decidí que me llevaría el libro de vuelta a Xerez para pedirle explicaciones a fray Beltrán. Al igual que él nos enseñaba mapas con dragones y abismos, yo podría enseñarle aquella carta con tierra avistada por hombres. ¿Qué clase de enseñanza pretendía que adquiriera? La persona que supuestamente debía ilustrarme me había estado mintiendo. ¿Qué tenía de malo conocer la existencia de más tierra? Refunfuñé que eran unos cuentacuentos embusteros y quiso levantarme el ánimo poniendo nuevamente el libro entre ambos y ofreciéndose a traducir todo el texto.

—Dice que a los muchachos se les obligaba a salir fuera a buscar fortuna y que condenaban a los criminales al exilio. Esto explica que destacaran en la navegación y exploración fuera de sus fronteras. ¿Reconoces este dibujo? —me preguntó sobre el bosquejo donde yo solo veía una villa costera—. ¡Es Cádiz, Zarqali! Aquí cuenta toda aquella acometida en la que Sharish fue una de las fortalezas que hicieron frente al ataque normando del año 844 de vuestra era. Hay otro autor llamado Ibn Idhari que relató cómo el mar parecía estar cubierto de pájaros de color sangre e hicieron beber al pueblo el cáliz de la amargura.

Resultaba emocionante que los madjus fueran los causantes del declive de Shiduna, ya que muchos de sus habitantes se mudaron a Xerez, que primero había sido una alquería y ya en aquel tiempo se había convertido en una ciudad controlada por el Estado cordobés.

—Aquí habla de la expedición que te interesa. Fue Leifr, el hijo de Erik el Rojo, quien navegó hacia el oeste desde la Tierra Verde junto a treinta y cinco hombres. Allí pasaron el invierno y regresaron. El otro hijo de Erik, Thorvald, partió hacia esas tierras donde encontró unos hombres feos.

No podía imaginar cuán feos tenían que ser para que lo reflejaran

en un diario de navegación. Me estaba reconociendo que había tierra aparte de la conocida que estaba poblada, y yo apenas podía asimilarlo. Necesitaba aquel libro en mi poder, alguien habría en Castilla que supiese traducirlo del árabe. Pensaba guardarlo toda mi vida como prueba irrefutable de que los cristianos mentían, pero no me dejó ensimismarme lo suficiente en mi desagravio notificándome que, en un rato, nos traerían una tina. Menudo empeño en partirme en dos aquel emocionante momento. Me daba igual que la rodeasen con unos paneles inventados en Cipango, que se usaban para separar espacios o evitar el viento, aunque me evadí durante un instante soñando con kimonos, flores de loto y guerreros samuráis... Con otro mundo. Entonces recordé que ya estaba en otro mundo y lo había tenido siempre justo al lado. Dos suaves golpes en la puerta nos sacaron de nuestros viajes mentales en los que casi podía percibir los olores de los mercados que quería visitar, los sabores de las comidas que quería probar, los colores de las telas que quería ver… Todo se esfumó por culpa de los sirvientes que traían la tina rodando sobre el canto, con bastante torpeza, mientras otros dos portaban un par de cántaros de agua cada uno, dos de ellos humeantes. Salieron seguidos de la muchacha sin cerrar la puerta e hizo un chasquido con la lengua dirigiéndose hacia al patio para comprobar que volvían todos con el resto de enseres.

Mientras hurgaba en el arcón, se colgó en el antebrazo la almejía blanca y dorada de la noche anterior. Siguió buscando una de menor tamaño hasta que dio con ella y colgó las ropas en la parte superior de uno de los paneles: en un lado la que ella vestiría y en otro la que vestiría yo. Se giró hacia mí quitándose el alquinal y me anunció felizmente que ella se bañaría primero. ¿Por qué me hacía aquello? Solo atiné a tragar saliva, inspirar y echar los hombros hacia atrás mientras miraba cómo movía uno de los compartimientos, cual puerta, y se encerraba dentro. Intenté dosificar todo el aire que había en mi interior, expulsándolo poco a poco por la nariz, parecía un toro bravo, y clavé los ojos en el espacio que quedaba abierto entre el suelo y el larguero inferior del cachivache oriental por donde veía sus pies, adivinando qué hacía, oyendo cómo se movía, imaginando qué estaba pasando. Echó agua de uno de los cántaros cerámicos y lo volvió a dejar en el suelo, cogió otro e hizo lo mismo, mezclando el agua para conseguir el calor adecuado. Abrió uno de los tarros y movió el agua con su mano, seguramente haciendo espuma. Sonreí. Vi cómo caían unas gotas sobre el suelo de piedra y la imaginé sacudiendo la mano para quitar el exceso de agua. Durante un instante, solo vi un pie hasta que apareció el otro, pero sin la tobillera dorada que le adornaba. Se la había quitado. El metal sonó contra la madera cuando la depositó sobre el cajón. La almejía amarilla asomó sobre el panel,

colgada junto a la ropa que se pondría tras el baño, y el eco de la seda contra la madera sonó como un latigazo que sin duda me merecía por todo lo que mi mente albergaba. Volví a tragar saliva y el ligero roce de la seda cayó por su cuerpo hasta el suelo. Levantó primero un pie y luego el otro para quitarse los zaragüelles que también vapulearon la madera. La misma azotaina que yo merecía. Respiraba en pequeñas dosis, aunque el corazón se iba a salir de su sitio cuando el agua se abrió ante el peso de un cuerpo, incluso tenía la garganta seca por respirar con la boca abierta.

—¿Puedo salir al patio? —le pregunté a viva voz, desesperado, recibiendo el permiso siempre y cuando me quedase en la puerta para que nadie pasara.

Salí de allí como alma que lleva el diablo, cerrando de un portazo. Apoyé la espalda contra la pared y me dejé caer hasta sentarme en el suelo con la vista fija en el centro del patio sin fuente. Solo. Sin nadie en aquella arquería que pudiera juzgarme por mis pecados. Permanecí cual guardián escoltando el castillo de una doncella, inamovible junto a aquella puerta hasta que me llamó a través de la celosía. Allí estaba ella con las puntas del cabello mojadas cayéndole sobre la almejía blanca y humedeciendo su espalda, extendiéndose el aceite de argán sobre las manos como si nada, mirándome sonriente sin tener la más mínima idea de por qué había salido huyendo de aquel cuarto. Me recomendó que comprobase si el agua seguía tibia para mi gusto y caminé hacia la bañera cual flecha sin mirarla. Oía sus pasos en el exterior de aquella alcoba improvisada, yendo de aquí para allá, abriendo y cerrando arcones. En un alarde de relajarme, me recliné todo lo que pude hasta dejar el cuello en el borde echando la cabeza hacia atrás, intentando no pensar en nada, pero todo aparecía en mi mente. Maldita sea, estaba usando la misma agua que había empapado su cuerpo.

—Ahora vengo, voy a buscar a esta muchacha buena para nada. Cuando encuentre a la remilgada esa, iré a rezar. Es más inútil que un candil al sol.

Había abierto la puerta, pero no la cerraba, y la imaginé en el umbral, vigilante, altanera, exigente, estricta, y me eché a reír. La iba conociendo y sabía que no estaba contenta con la sirvienta. Al menos, saber que se estaba ocupando de otros asuntos me ayudó a entrar en un estado de descanso mental absoluto hasta tal punto que me sobresalté cuando volvió a entrar en la alcoba. Asumí que era Aisha porque nadie más osaría irrumpir de aquel modo; pero, aun así, decidí dar por finalizado el baño y comprobar que no volvían a raptarme.

—Ahora vendrán a retirar todo esto y nos servirán la cena. Por fin vas a probar la comida favorita de todos los muchachos: el *shawarma*. —Se había vuelto a colocar el *hiyab*—. He ido a rezar y a ver qué

estaba haciendo la remilgada esa. —Volví a reír—. Cuéntame qué te parece la idea de acampar como los beduinos

—A decir verdad, prefería vivir en un cochitril antes que en una tienda de campaña.

—Pues vamos a acampar durante dos noches. —Vacilé un momento.

—Por lo que he visto se necesita material especial.

—Vamos preparados, Diego. ¿Por qué crees que cargamos con semejantes arcones? Además, no hay poblaciones en el camino que tenemos que seguir en las próximas dos jornadas. A la tercera, llegaremos a nuestro destino.

—¡Qué lejos estoy de Xerez!

En cuanto salió la sirvienta tras servirnos la cena, Aisha se quitó el alquinal que supuestamente no solía llevar delante de mujeres, pero aquella era una total desconocida. Además, no se trababa la lengua reconociendo que no le gustaba, ¡como si no me hubiese dado cuenta ya! Pero al menos, por muy melindrosa que fuese, no nos estaba causando problemas ni por mi edad ni por mi procedencia, así que por esa parte estábamos tranquilos. Ella se preparó ávidamente para dar el primer mordisco mientras yo rellenaba los jarros con agua y engullí aquel *shawarma* como si fuese mi última cena, sin preocuparme de que me sentase mal una comida copiosa justo antes de ir a dormir. Además, con aquellos cuidados que me profería, nada podía caerme mal. Caí rendido cuando la vi indagando cómo iluminar la sala tenuemente para que siguiese alumbrada sin que nos molestase la luz mientras dormíamos. Me aterraba la idea de despertar en plena noche y no saber dónde estaba, así que fue extinguiendo velas mientras yo comprobaba la lumbre a través de la cortina hasta que la luz me resultó apropiada para dormir y suficiente para estar tranquilo.

—Menos mal, solo quedaba una —dijo mientras yo salía de la alcoba riendo por su comentario—. Que tengas dulces sueños, *lailah saida*.

La oí caminar por la sala, correr la cortina y echarla de nuevo, el ruido de la cobija al destapar la cama, el sonido de las plumas del jergón hundiéndose, el casi silbido del alifafe tapando su cuerpo. Incluso la oí decir *subhanallah* entre susurros, orando en el silencio de la noche que se había vuelto fresca, por lo que agradecí la suave tela sobre las piernas.

Capítulo 5

S*alamaleikum, sayyida* —le dije para desearle los buenos días.

—*Malikumsalam, sayyid* —contestó sonriendo feliz.

Llevaba puesta una aljuba de cetí morada con los zaragüelles a juego, un tejido fresco y suelto para mayor comodidad en el camino,

con tantos frunces que no dejaba ver ni una muestra de la piel que escondía. Los ribetes estaban orillados con unos cordoncillos trenzados de color plata y, como cada día, tenía más que decidida mi indumentaria, que me dio para que me la pusiera mientras ella iba a rezar. Claro que, una vez estuve acicalado, la espié a través de la celosía viendo cómo, arrodillada sobre una alcatifa en medio del patio, sostenía una piedra en la mano y hacía los mismos movimientos que cuando tenía agua. Puse una mano sobre la rejuela, simulando que pudiese cogerla por el reducido tamaño que parecía tener en la distancia, pero no era posible. Estaba ahí, delante de mí, pero era inalcanzable. Aunque me dedicase toda su atención, todo su tiempo; aunque me llevase de la mano por aquellos lares explicándome todo lo que veíamos, lo que íbamos a ver, incluso lo que hubo en mi propio reino, ella era una quimera.

Un rato más tarde, cuando dejábamos el patio para salir hacia la calle, corroboré mi percepción del día anterior en cuanto a la austeridad del lugar. Aun así, la biblioteca me había aportado el documento más interesante que jamás imaginé tener en mi poder. Hasta el momento había leído libros y códices; pero, sobre todo, me gustaba que me contasen las historias. Me merecía haber sido engañado por vago. Fue aquel día, en Uezán, donde me propuse leer todo lo que me fuese posible.

Nos encontramos a los militares aguardando en la salida con un aspecto distinto: aplomados, cansados y castigados, cuando normalmente estaban firmes y listos para el combate. Pero no aquella mañana. Además, la diferencia entre viajar sentado con posibilidad de movimiento y hacerlo a lomo de un caballo, o amontonado sobre una carreta con otros tantos pasajeros más el equipaje, debía ser abismal. Por no mencionar que el lugar donde pernoctaban no se parecería en nada al nuestro. Al mismo tiempo, nosotros llevábamos el zurrón donde iba todo lo necesario para no sucumbir al aburrimiento, al hambre o la sed, que Aisha colocó en el centro de la tarima, supuse que para que me sirviera yo mismo. Se plegó como los paneles del baño del día anterior, con las piernas flexionadas contra el pecho y los brazos alrededor, sosteniendo el libro, colocó la barbilla sobre las rodillas y se puso a leer. Eché un último vistazo a aquel pueblo fantasma cuyos habitantes no había conseguido ver, aunque sabía que ellos a mí, sí. Lo hice antes de proseguir el camino que seguía esperándonos donde lo habíamos dejado una noche antes, polvoriento, seco y caluroso, encauzando su trayecto hacia el sur y dejando atrás la simplicidad que tanto me había dado.

Cuántas veces me había preguntado en la soledad de mis noches por qué mi padre no escapaba, y yo mismo encontré la respuesta observando un paisaje en el que ningún hombre podría sobrevivir sin

llevar una caravana tan bien surtida como la nuestra. Eran leguas y leguas de nada. ¿Cómo sería el desierto? No me lo podía ni imaginar si lo que estábamos atravesando era campo. Campo era la campiña que rodeaba Xerez, verde en primavera y dorada en verano; frondosa en invierno y clara en otoño; con leves relieves en el horizonte y suaves valles en las cercanías, no aquello donde solo los halcones se atrevían a atravesarlo preguntándose qué demonios estábamos haciendo nosotros. Había que ser magrebí para sobrevivir a aquella tierra de pequeños arbustos silvestres que crecían desordenados anunciando que quedaban solo dos noches para llegar a nuestro destino. Entonces, deseé parar el tiempo para seguir viajando cual adicción de las que tenían algunos maestros de alquimia al espíritu del vino. Sentía nostalgia por la seguridad del hogar; pero, a su vez, quería conocer qué había tras los muros de cada ciudad en la que entraba. Por cada puerta de acceso, iba pensando por la que saldría y, para ser sincero, lo que me traía por la calle de la amargura era la acampada. No confiaba en las mesnadas ni en pernoctar fuera de las murallas, aunque era obvio que ellos habían tenido que acampar para venir a mi encuentro. Además, ella no temía nada salvo a que la vieran sin el alquinal y, desde luego, me sentía orgulloso de que me hubiese dejado verla sin él. Su seguridad me aportaba algo de confianza en que no iba a pasar nada malo.

Las pocas veces que se dirigió a mí durante el trayecto, lo hizo mirándome por encima del libro, con la cabeza agachada para no cambiar la postura y continuar leyendo en el mismo sitio donde se había quedado. Me ofreció algo de lectura, pero yo prefería seguir absorto en mis pensamientos mientras esperaba que me sorprendiese el paisaje, que no parecía estar por la labor. Pero, entonces, el suelo comenzó a temblar a la par que sonaba un estruendo que se acercaba a la velocidad de un rayo creando una polvareda descomunal. Temí por las tormentas de arena, pero ella no parecía preocupada y se limitó a echar la cortina de su ventana, aconsejándome hacer lo mismo sin levantar la mirada del libro. Se acercaba una manada de gacelas en estampida y yo no quería echar la cortina, quería verlas correr. Los caballos relinchaban descontrolados. Uno de ellos, incluso, se levantó rampante haciendo que su jinete maniobrase con las riendas. Lo hubiese controlado con mayor facilidad de llevar los estribos largos que usábamos en Castilla.

—¡Diego! Echa la cortina de una vez y asómate por una rendija.

Debían ser mil gacelas corriendo campo a través, pero no pasaron tan cerca como pensaba, aunque la nube de polvo invadió todo el ambiente, provocando la tos a algunos de nuestros acompañantes. Incluso cuando ya habían desaparecido de mi vista, era tal el polvo que se levantaba alrededor que solo cuando ya ni se oían corrió su

cortinilla. Todo había vuelto a la aburrida normalidad, aunque me mantuve alerta durante un rato por si la naturaleza del paraje decidía volver a mostrarme algo de su fauna y, una vez había visto todos los tipos de piedras, todos los tonos de tierra y toda clase de vegetación, cogí el libro de Averroes del zurrón.

El sol se había desplazado ligeramente hacia el oeste, pero la cubierta de la litera dejaba pasar todo su calor, incluso el lejano sonido de algún instrumento de cuerda acompañado de unas palmas. No era una alucinación de las que vivían las gentes de los lugares desérticos causadas por el exceso de calor; sin duda la leve brisa que corría era la que traía aquel eco. A saber de dónde procedía, tal vez de alguna aldea perdida por las llanuras que se salía de nuestra ruta mientras nos adentrábamos cada vez más en la nada. Incluso me preguntaba si íbamos bien encaminados, porque el lujo de las ciudades había mermado a medida que atravesábamos aquel reino y ella me hablaba del alcázar, de caballos, de habitaciones de ensueño… Resultaba impensable toparnos con todo aquello en apenas dos jornadas y no podía quitarme la música de la cabeza. Cerré los ojos intentando afinar mi oído por si la vista lo distraía, y la fiesta no acababa. La brisa venía del sur, por lo que podía traer consigo la música ulterior a nuestro destino. Pero, entonces, ella levantó la cabeza para mirar a través de su ventanilla y, por su mirada perdida, supe que también intentaba averiguar algo sobre la jubilosa melodía. Inclinó la cabeza levemente y siguió leyendo mientras movía la punta del pie al ritmo de las palmas que marcaban el tiempo de aquellas lejanas notas musicales. Solo el balado de unas cabras se interpuso entre la bella melodía, el viento y mis oídos, por lo que la aldea no podía distar mucho de nuestro punto. Apoyé la cabeza sobre el quicio de la ventana para tener mayor visibilidad del camino que nos aguardaba, deseando que aquella fiesta estuviera en alguna alcaicería, algún zoco perdido o que fuesen los viajeros de alguna caravana camino de Granada. Estaba listo para encontrármelos de cara, pero descubrí que el suave movimiento de su pie se había convertido en un contoneo de toda su pierna hasta subir a sus hombros y me eché a reír. De un momento a otro, iba a salir por la ventana con tanto meneo. A veces, incluso, ponía la mano con la palma hacia arriba juntando dos dedos cuando quería pronunciar aún más el ritmo de sus hombros, balanceándose, inmersa en su lectura, pero siguiendo la que pronto dejó de ser una lejana melodía para transformarse en una multitud de notas musicales difíciles de asimilar. Los compases revoloteaban por el cielo azul sobre la estepa más homogénea que había imaginado nunca, incluso podía distinguir los acordes de algunos instrumentos de cuerda y los golpes de la percusión acompañados siempre de las palmas.

Me miraba con recelo, pero no podía dejar de reírme de ella hasta que, por fin, fuimos aminorando la marcha a medida que nos íbamos acercando al grupo de tiendas. Había al menos tres, y pude distinguir que las pequeñas figuras que se movían frente a ellas eran personas en plena fiesta. Llevaba casi medio camino oyéndolos, y ver niños corriendo por allí alentó mis ganas de echar una carrera, de jugar a lo más simple, sin tácticas, fichas ni tableros. Simplemente a dar carreras de un lado a otro.

Más por timidez que por temor, me abalancé sobre su mano y dejé que su alquinal me velase el rostro, escondiéndome de aquel peculiar panorama que veía del color del malvalisco a través de la seda. La gente se giró hacia nuestra pequeña caravana para ayudar a desenganchar los animales. Mientras, los músicos seguían tocando y los cuchicheos sonaban como si se tratase de una princesa que se dejaba ver por su pueblo. Eran claramente más humildes que Aisha, pero menos que los beduinos. Un punto intermedio entre la elegancia de habitar en un alcázar y la aventura de ser transeúntes. Eran, ni más ni menos, que zenatas, el origen de la dinastía que regía Marruecos. No obstante, lo más curioso era que ninguna mujer de aquella tribu beréber llevaba alquinal, aunque apenas se les veía el cabello por la ostentosa ornamentación que lucían sobre sus cabezas. Bajo la sombra de una de las tiendas, se guarecía toda una orquesta tocando crótalos, laúdes, panderos y atabales. Cuando quise darme cuenta estaba moviendo el pie al ritmo de la música, inconscientemente, examinando todo aquel jolgorio. Y en algún punto de aquella realidad, estaba yo, viajero elegante, educado y callado vistiendo almejía grana con listas pardas; y, en otro, aquella tribu feliz cuyos miembros vivían en tiendas, alegres y ociosos, vistiendo como si fueran a unos esponsales con albornoces, ferayés, aljubas y almalafas. Uno frente a los otros. Tan cerca y tan lejos. Me alegró ver que los hombres y las mujeres no estaban revueltos, pero sí juntos, así no volvería a vivir un incidente como el de El Makhazine.

Cuatro jóvenes, probablemente de la edad de Aisha, vistiendo aljubas blancas margomadas en azul sobre zaragüelles ajustados por sus borceguíes, destacaban en el paisaje formando un corro amplio ligeramente alejado del campamento. Sus almaizares eran del mismo azul intenso, los cuatro iguales, cual uniforme, y miraban al horizonte de vez en cuando parloteando, riendo mientras uno de ellos mantenía el antebrazo en alto luciendo un guante de cuero que le llegaba al codo. Casi no me dio tiempo a reaccionar al gañido de un halcón que volaba en picado hacia él y se posó en su codo.

—¿Quieres ir a jugar? —preguntó como si me leyese la mente.

Me marcó el camino que debía seguir con la barbilla y no dejé de correr hasta que los demás lo hicieron. Ni siquiera me había dado

cuenta de que la música había cesado y que nos llamaban para sentarnos a la mesa. Ella estaba muy involucrada en las faenas e irradiaba felicidad, llamando la atención entre todas las demás por la ralea que desprendía. Era galana, no abusaba de los ornamentos y, aun siendo la única que ocultaba su rostro, era la más gallarda. Para colmo cuidaba de mí, solo de mí. Cuando me acerqué a ella me fue apartando los rizos de la frente, que se me habían pegado por el sudor, mientras me acompañaba hasta un lebrillo lleno de agua que se me hacía apetitosa. Se mojó las manos y me humedeció cara y pelo, aconsejándome que, cuando me sentara, bebiese despacio. Claro que me bebí dos jarros de agua casi sin respirar, sentí una fuerte punzada en el costado e intenté disimular el dolor para que no me regañara si me veía. Me alegré de encontrarla ajena a todo lo que me sucediese. De todos modos, estábamos en medio de la nada, pero eso no restó importancia al avituallamiento que se parecía a los que preparaban los Morlans en su alquería cuando no había riesgo de escaramuzas. Un tayín en cada extremo para que todos pudiésemos alcanzar a servirnos y dos grandes platos colmados de tortas de maíz hacían la mesa puesta.

—*Fakkas*, *ghribas* —me señalaba mi nuevo amigo Amr, pero el exceso de agua me había llenado el buche y no me apetecía comer mucho más.

Lejos de comprenderme, se quedó con el gesto del maestro que espera que el estudiante asienta confirmando que lo ha comprendido y cogí uno de cada por cumplir. Debía tener mi edad, porque era de mi estatura, aunque vivir en medio de la estepa africana les oscurecía la piel más que a los habitantes de las ciudades y les enrudecía el ceño por la continua luz del sol. De todos modos, pronto los demás muchachos empezaron a levantarse de la mesa y la busqué por si lo aprobaba, pero hablaba y reía con las demás mujeres por lo que me aventuré a levantarme y salir corriendo para unirme a los demás, que ya estaban fuera de la tienda.

Me llevaron hasta una línea marcada en la tierra mientras Amr buscaba piedras por el suelo, como cuando mi hermano y yo marcábamos el territorio que nos salvaba de ser pillados en el patio del castillo de Torrecera con unos ídolos cilíndricos de ojos con forma de sol. Pero aquel juego consistía en golpear la piedra que hubiese tirado el contrario previamente; aunque, tras haber golpeado la piedra de Amr, otros dos muchachos, algo mayores que nosotros, alborotaron estrepitosamente mientras que Amr permanecía agachado delante de mí. Yo miraba a los otros dos que no paraban de reír y no me ayudaban a comprender qué estaba haciendo aquel niño allí abajo hasta que entendí que el castigo consistía en llevarme a caballito hasta mi piedra. Jugamos tantas partidas como el tiempo nos permitió,

hasta que rescaté mi nombre pronunciado por Aisha entre todo el júbilo, toda la música, todos los juegos y toda la diversión que estaba viviendo. Mi oído estaba especialmente preparado para reconocer su voz, aunque viniera envuelta entre todos los sonidos del mundo. Me giré y allí estaba de pie con su aljuba morada en medio de toda aquella gente a la que apenas entendía, pero que me habían hecho pasar el mejor día de mi vida.

Fue echándome el pelo hacia atrás con su mano mientras caminábamos felizmente. Especialmente yo, porque llevaba su brazo alrededor de mis hombros, y me agarré a su aljuba a la altura de la espalda. Se sentía muy cómoda entre aquellas personas, no temía malentendidos o habladurías como había pasado previamente, y además se percibía en el ambiente que no había razón alguna para ello. Cuando todo estuvo listo, la pequeña caravana se puso en marcha conmigo diciendo adiós con la mano, asomado a la ventana hasta que el campamento bereber casi no se distinguía en el paisaje. Tan pequeño que, entre el cansancio y el vaivén, me fui durmiendo, y no volví en mí hasta que noté que aquello no se movía. Habíamos llegado al destino y los sirvientes estaban montando el acantonamiento bajo las órdenes de Utba mientras ella permanecía sola, sentada sobre un arcón cual espectadora de aquella función, burlándose de él. Estaba claro que mandar era mejor que obedecer, y, de repente, tiró de mí hacia ella. Me dio un beso en la cabeza y me aseguró con un mohín de rechazo que yo necesitaba un baño más que nunca. Yo solo pensaba que el agua del río debía estar helada, pero le daba igual. Abrió el arcón sobre el que habíamos estado sentados y rebuscó hasta dar con la almejía leonada que más le gustó para mí, asegurándome que era fresca y ligera, y que así estaría más cómodo. Claro que aún no confiaba en mi madurez para ir solo e hizo que Adnan me acompañase para que no me pasara nada.

La miré mientras se alejaba sorteando las piedras que resultaban bastante incómodas bajo las babuchas, con las faldas levemente remangadas, dejando ver los bajos de sus zaragüelles. Hasta que no la perdí de vista, no me fijé en el río, tranquilo e impasible, sin importarle todas las trifulcas en las que me metía, nada le enervaba y, probablemente, nada lo haría jamás. La paz y quietud reinaban en aquellas llanuras. ¿Quién iba a venir a provocarlas? Me preguntaba de dónde venían aquellas aguas y dónde desembocaban mientras avanzaba dando pequeños pasos. Busqué a Adnan con la mirada y le encontré sentado sobre una roca, mascando un *miswak*. ¡Qué manía tenía todo el mundo en aquel reino con los dientes! Al rato, me puse a rotar sobre mí mismo buscando qué era lo que se zambullía constantemente, hasta que me topé con los ojos de Adnan y me sentí obligado a dar por finalizado mi baño y mi juego. El hombre debía

estar aburrido de esperar y cansado del viaje. Justo entonces di con un par de nutrias sobre una de las rocas que sobresalían, metiéndose en el agua por separado, turnándose para alimentarse, y me sentí más tranquilo encontrando una razón para el continuo zambullido achacándoselo a dos inocentes mamíferos en vez de a otro tipo de predador.

En el campamento ya habían encendido una fogata, no demasiado grande, pero lo suficiente para que ningún animal salvaje se acercara. Al menos quise creerlo con firmeza y permanecí titubeante frente a la tienda donde estaban mis cosas porque no sabía si podía pasar, esperar a que ella apareciese, pronunciar su nombre para que me oyese a través del lienzo o correr la piel que hacía las veces de puerta. Ante mi incertidumbre, decidí sentarme en el suelo, cerca de la tienda, y lanzarle pequeñas piedras a la pira, hasta que di con una acabada en pico y tallada en sus tres caras, muy parecida a las muchas que lanzábamos mi hermano y yo a la Laguna de Medina. No regresé a la realidad hasta oír la voz de Aisha enfadada, reprimiendo a los hombres mientras me señalaba. Hicieron un intento de dirigirse hacia mí, pero ella les paró con un simple gesto. Seguro que se había dado un baño en otra zona del río aprovechando la oscuridad del crepúsculo, tan sigilosa que podría haber estado cerca de mí sin que me diese cuenta. ¿Sería ella la que se zambullía? Maldita sea, me había conformado con la idea de las nutrias en vez de seguir investigando. No podía estar otra vez pensando en su cuerpo desnudo bajo el agua cuando ella intentaba mostrarme el sistema de apertura y cierre de la tienda, que consistía en unos pequeños fragmentos de hueso que se colaban por unos ojales.

Sonreí porque, ni utilizando toda la imaginación que me caracterizaba, podría haberme hecho una idea de lo que aquella tienda escondía: la silueta de una vaca como puerta, una alfombra de catalufa más grande que mi alcoba con un complejo entramado de hilos como suelo, las sedas más lujosas y finas de color azafranado colgadas en pliegues como paredes; un par de candiles de pies altos hechos con cerámica vidriada en dos esquinas, una de ellas protegida por un alhamar que caía desde el techo del que estaba enganchado formando un pequeño cuarto rectangular y corrido hasta la mitad, dejando ver una cama compuesta de dos bancos que actuaban de largueros con el almadraque sobe ellos y un pequeño baúl. En el lateral opuesto había otra cama de menor tamaño y sin intimidad, y, a los pies, una pequeña pila de cojines. Rotaba sobre mi propio eje mirando aquella habitación que había salido de la nada, de arriba abajo, intentando asimilar tanta belleza. Incluso tenía ganas de volver a salir para comprobar que realmente estaba en medio del campo, a las orillas de un río y que estaba hecha de piel animal.

Me animó a echar una partida de ajedrez, aunque tuvimos que preparar el juego sobre el suelo porque no teníamos mesa; con todo lo que habían cargado, no se les ocurrió echar una. Entre la morriña tras semejante jornada y lo mal que se me daba, ni siquiera sabía qué movimientos había hecho mal para acabar acorralado de muerte. No estaba yo para mucha más jarana nocturna. Hasta se me caían los párpados del sueño que tenía, pero ni eso me libró de masticar el maldito *miswak*, aunque fuese solo un poco. Para una manzana y un vaso de leche que había cenado, tampoco me pareció esencial limpiarme los dientes, pero era incapaz de contrariarla. Lo último que sentí fue que iba soplando las velas mientras se alejaba.

Capítulo 6

Me senté sobre la cama con las piernas entrecruzadas y suspiré, no de pena, sino de sueño, mientras me ponía ella misma la almejía de la noche anterior, unos zaragüelles a juego y albornoz de lana. Ella llevaba puesto incluso un tabardo de terciopelo violáceo con los anchos puños orillados sobre su aljuba de alfolla decorada con brocados de color púrpura y bordada en oro. Todo suficientemente cálido para guarecernos del fresco, y aún demasiado azulado, exterior que humedecía de rocío la litera.

—Vamos, Zarqali. Ya está todo preparado, solo quedas tú y desmontar esta tienda.

Una vez en la litera, me arropó con un alifafe con la intención de que siguiera durmiendo, hasta que desperté sobresaltado por el continuo relinchar de los caballos en medio del campo a causa del fuerte sol. El mismo que pegaba en la cubierta de nuestro transporte y que estaba molestando a los pobres rocines. Habíamos aminorado la marcha porque en breve pararíamos; los animales estaban sufriendo por el calor que, lejos de alcanzar su cénit, estaba justo sobre nuestras cabezas. Había dormido media jornada. Aún traspuesto, fijé la vista en el horizonte que se perdía, evanescente y tembloroso, a causa de la canícula, uniéndose al cielo añil.

—Incluso hemos cruzado el río Uarga en una barcaza.

La miré incrédulo. ¡Había navegado otra vez y yo sin enterarme! Aunque la emoción perduró lo que tardó en recordarme que aquella misma noche acamparíamos alrededor de Sidi Chahed. Sería nuestra última noche fuera y, sin duda, de algún modo le afectaba. Entornó los ojos, mirando hacia la nada como si pudiera darle forma a los arbustos, piedras y caminos convirtiéndolos en sedas, murallas, gentes y su alcázar. En un alarde de respetar su melancolía, abrí el libro de Averroes en silencio, era interminable, y tras cada cabezazo en el aire, alternaba mirar fijamente el libro con mirar el paisaje. Bien podía tratarse de un esbozo al fresco, como los que adornaban los patios de

aquellas casas abandonadas en Astah, porque permanecía inalterable. Incluso la saqué de su lectura, como de costumbre, hablándole de aquellas casas en ruinas de Sidueña pintadas con figuras humanas que nunca me habían gustado.

—Hay una pintura mural muy importante en el Qusair Amra que representa al rey Ludriq.

La historia que me contó describía a don Rodrigo como un grosero y me habló de que representaba escenas de mujeres en el baño. Para mí esas imágenes resultaban obscenas y me sonrojé. No quería que notase cuántas veces, a lo largo de aquel viaje, la había imaginado tal cual. Menos mal que hicimos una parada corta para almorzar algo ligero antes de proseguir el viaje y se disipó toda imagen de desnudez en mi mente. Los sirvientes clavaron unas cañas en el suelo, justo delante de la litera, que yacía sobre sus soportes, anudando una tela de seda a cada extremo de las cañas y a dos de los extremos de la techumbre del palanquín, de modo que, en un soplo, nos habían fabricado una tienda para descansar fuera del alcance de los pujantes rayos del sol. Una pequeña alcatifa, unos pocos cojines sobre ella y un arcón formaban un perfecto estrado en plena sabana que ojalá hubiese podido dibujar, porque parecía tan irreal como la tienda que montaron la noche anterior.

Mientras yo admiraba la creatividad de aquella servidumbre, que en absoluto se había dirigido a mí en todo el viaje, ella iba sacando fardos de un baúl y los iba apilando sobre los firmes antebrazos de uno de los pajes, que permanecía inmóvil con las palmas de las manos abiertas hacia arriba. Escogió dos y le hizo un gesto para que él mismo los volviese a guardar. Los militares se habían alejado hacia los árboles, cargando pequeños bultos y pellejos, mientras que los sirvientes se limitaron a sentarse en el suelo formando tres claros grupos, pero siendo yo el único privilegiado de estar con la señora.

Desló los envoltorios con queso curado y mojama sin haber rezado antes y me explicó que, al igual que no practicar el Ramadán, estaba justificado no rezar cuando se viajaba. Los otros días, lo había hecho porque estaba en alguna vivienda y le resultaba cómodo, pero estaba eximida. Lo estábamos todos. Siguió con su natural parsimonia cortando algunos pedazos, y me ofreció agua. Apenas tardamos un abrir y cerrar de ojos en comer y, aun así, todos los hombres estaban ya de vuelta a sus tareas.

En un santiamén, estábamos de nuevo en el camino. El almuerzo había sido tan escueto que ni siquiera estaba aplomado para dormir la siesta. Me recordó a las degustaciones que daban en el mercado para que el cliente adquiriese grandes cantidades de lo ofrecido, pero solo a quienes sabían que tenían dinero para comprar, de lo contrario, todos los desvergonzados estarían allí agolpados para comer sin pagar.

¡Cómo me gustaba el queso frito sobre chusco que me compraba de vez en cuando mi aya! En un alarde de evitar que la melancolía me reconcomiese, le pedí el libro de los madjus para ver sus dibujos y mapas. Prefería interpretar imágenes a perderme entre refutaciones, mientras que ella, en cambio, no cogió el suyo. Se limitó a contemplar el paisaje y supe que buscaba el sueño. Era su particular modo de quedarse dormida.

Después de varias leguas, me había hecho con el zurrón, bebido agua, ojeado su libro, el mío, el de los madjus, había encontrado la bolsita de *miswak* y tuve la tentación de lanzar su contenido por la ventana. También di con un frasco de aceite de argán que había abierto, olido y vuelto a cerrar. Más tarde, lo abrí otra vez, metí un dedo, me arrepentí y usé la almejía para limpiarlo. Comprobé que seguía dormida rozando su pierna con el dedo gordo del pie levemente y, como no se inmutó, me sentí a salvo. De todos modos, a saber si le había llegado a rozar. Con tanto trapo de por medio lo dudaba, pero como tampoco me regañó, di por hecho que estaba en otro lugar del submundo. Ni siquiera oía hablar al séquito al que, después de tantos días, se les había acabado la conversación. De pronto las carretas cargadas de baúles y sirvientes nos adelantaron, cambiando algo en aquel desolador panorama visual, pasándonos de largo y perdiéndose por el camino que, unas leguas atrás, había comenzado a curvarse y a subir y bajar de nivel. En un tramo tuvimos que aminorar por las numerosas piedras que se agolpaban en plena travesía dificultando la marcha de los animales, que se mantenían impasibles y sumisos.

Poco a poco empezaron a aparecer por el lateral del camino encinas de copas densas y cortezas negruzcas, rebosantes de bellotas que, de repente, empezaron a caer como si de lluvia se tratara a causa de varios macacos que iban saltando de un árbol a otro jugando a perseguirse. No tardamos demasiado en reencontrarnos con la otra mitad de nuestra caravana, que se había adelantado para descargar el equipaje y volver a montar las tiendas como la noche anterior. Lástima que aún siguiese durmiendo. Aunque tuve la tentación de despertarla para ser yo el que le anunciase algo por una vez, preferí esperar a que despabilase por sí misma y disfrutar viendo cómo estiraba su cuerpo, poco a poco, casi sin abrir los ojos hasta darse cuenta de que la luz iba a desaparecer en cuestión de momentos, pintando el horizonte con franjas de tonos rosáceos. El sol parecía medio albérchigo.

El efímero refugio parecía sacado de alguna historia de Sherezade en las *Mil y una noches*. Estaba cerca del lago, mucho más de lo que estaba el río la noche anterior, y cómo no, me vi obligado a darme el maldito baño diario. No me preocupé por si ella reparaba en mi desnudez ni me importó que aún quedasen destellos del sol que no se

veía, pero desde donde fuera que estuviera su escondite nocturno, aún alumbraba el horizonte jugando con la luz sobre el agua, que menguaba de cobalto a esmeralda y, en zonas más sombrías, a zafiro. Simplemente disfruté del agua tibia, que había pasado todo el día expuesta al penetrante calor, y resultaba fácil sumergirse en ella, tanto para mí como para las cuatro garzas que se remojaban a un lado de la orilla sin parecer sorprendidas de verme allí. Ni que estuvieran habituadas a ver otras especies y, si así fuese, ¿qué tipo de fauna habitaría por aquel lago?

Presté atención al paisaje con cautela, por si había algún animal más peligroso acechando, y me topé con Adnan sentado en el suelo, mirándose los borceguíes con atención. Probablemente quisiera encargar unos nuevos tan pronto como llegase a su cuartel. Seguro que ya estaba pensando en su día a día, en el fin del tremendo viaje que habían iniciado todos para venir en mi búsqueda tantas jornadas atrás, el doble de las que había pasado yo. Tal vez por eso, aquella noche, la incertidumbre se palpaba en el ambiente. Casi nadie charlaba, ni siquiera yo. Era una sensación agridulce, pues, por un lado, se acababa el periplo y podríamos descansar como personas civilizadas que éramos; pero, por otro, no sabía exactamente qué me esperaba. Ni siquiera ella se sentía cómoda. Estaba totalmente evadida de la realidad. No se concentraba en leer, no quería jugar, apenas dio dos bocados a una naranja… Tal vez solo fuese una reacción al fin de la libertad que viajar le producía y, para mí, era una continua desazón que cada vez se iba haciendo más notoria en mi interior. Caímos rendidos por la simple razón de estar cansados física y mentalmente.

Capítulo 7

Estuve tentado de decirle cuán hermosa lucía con el lujoso vestido rojo de cinturón y alamares color dorado. Las babuchas, en cambio, eran doradas orilladas en rojo. La almalafa era de un espectacular ciclatón de seda y oro que, aunque no lo pregunté, seguro que era de las que confeccionaban en Almería.

—Esta vestimenta se llama caftán. A ti te pondremos una aljuba brocada del color del cielo, como esos ojos que tienes.

Me senté en el cajón a esperar porque quedaba aún mucho día por delante dentro de aquel medio de transporte tan peculiar. Además, el sol pegaba tan fuerte que incluso los animales se quejaban, y me preocupaba que salieran en estampida conmigo dentro de aquel trasto. Tampoco quería ser impertinente preguntando cuánto quedaba para que tuviesen todo recogido, pero no hizo falta cuando la vi preparada para partir. Hubiese jurado que avanzaba hacia mí lentamente. Su alquinal era igual que el vestido, cerrado por un broche de oro de mayor tamaño que todos los que había lucido hasta entonces. Entendí

que íbamos vestidos de gala porque, por fin, llegábamos al lujo y ostentosidad que formaban parte de su vida cotidiana y, cuales invitados al estrado de unas justas, nos pusimos en marcha hacia el desenlace de tan insólita aventura.

Miré con atención el zurrón para ver qué salía de allí. Me daba igual lo que fuera. Tenía el hambre más voraz que había experimentado desde que amanecí en la galera. Cuando sacó solamente manzanas y pistachos, me miró esperando clemencia. De todos modos, más valía tostón que hambre y nos comimos todos los pistachos como si de una competición se tratase. Eso sí, llevábamos tantas leguas bajo el sol que solo nos quedaba agua para paliar la sed mientras atravesábamos un paisaje que había cambiado notablemente. Las llanuras solitarias que nos precedieron hasta aquel lago se habían convertido en terrenos ligeramente elevados con vegetación y el ambiente era más fresco que los dos días anteriores. Alguna que otra montaña se apreciaba en la lejanía, no demasiado altas, pero invitaban a imaginar asentamientos de tribus beréberes con alma salvaje y leyes independientes. Incluso me trajo el gañido de un halcón que nos sobrevolaba en el inmenso cielo azul, dándole vida a aquella estepa. No podía apartar la vista de él. Me había quedado muy impresionado con el que vi en el campamento obedeciendo al muchacho.

—Es un halcón peregrino. Cazando, es el animal más rápido del mundo —dijo Aisha—. Suelen vivir en las montañas, pero algunos se adaptan a la vida en los valles, cerca de los ríos. La cetrería es un deporte antiquísimo que practican los muchachos pudientes. Precisamente, mi primo es quien enseña a los jóvenes que quieren iniciarse en el alcázar —dijo para mi asombro, porque me extrañaba que Adnan pudiese enseñar algo cuando apenas hablaba—. Eso debe ser Douar Garzime. Vamos a seguir la ruta entre Mulay Yaqub y Sidi Chahed, así que encontraremos algunas aldeas y pueblos por el camino.

El horizonte comenzó a dibujar pequeñas edificaciones en la distancia, y me emocioné de encontrar algo construido por hombres después de haber pasado dos largos días al raso. Se agradecía volver a ver más almas que la que viajaban con nosotros y, al poco, una pequeña granja, que olía a corrales, se alzó en el camino. Hasta tuve que encoger la nariz de cómo apestaba, pero a ella no parecía afectarle el hedor. Sonrió, asomándose para comprobar que se trataba de una alquería llamada Douar Ghorma, donde cultivaban hortalizas y criaban vacas, distinguida de la calzada por una pequeña agrupación de alcornoques que limitaba el camino que debía haberse hecho por el continuo paso de caravanas. Dos ardillas casi inmóviles nos miraban con atención, seguramente evitando el calor e intentando averiguar qué era tanto cachivache que llevábamos en lo alto. Ni siquiera

hicieron el amago de moverse cuando paramos junto a los árboles, que también daban cobijo a un abrevadero próximo a unas casas encaladas con puertas y ventanas pintadas de añil, según ella porque aquel color espantaba a los mosquitos. Debo confesar que había llegado a dudar de su palabra con respecto a grandes ciudades más al sur. Era lógico después de haber acampado en pleno campo y estar prácticamente sin abastos, lo que no ayudaba a corroborar su versión.

Avanzando entre las casas, oía susurrar a las mujeres que estaban escondidas tras las celosías de madera, seguramente resentidas con Aisha, que parecía una divinidad. Deslumbraba con su esbelta figura vestida de aquella manera, caminando cadenciosa hasta que llegamos a un patio habitado por un burro, que debió nacer blanco antes de que la mugre lo volviese gris, amarrado a un poste y resguardándose del sol pegado al único árbol que había. Era un lugar inmundo y, aun así, ella charlaba amistosamente con la señora. Me dediqué a observar aquel extraño lugar, ya que todo apuntaba que sería donde comeríamos. Me llamó escandalosamente la atención el sonido de un chorro enérgico y caudaloso cayendo sobre la arena del patio y, al girarme sin soltar su mano, vi al burro orinando allí mismo con todas sus fuerzas, desinhibiéndose precisamente junto a la ventana que precedía a la única mesa de aquel salón. Me había dicho aquella misma mañana que íbamos a comer tayín y me temía lo peor. A saber con qué animal estaba hecho el guiso. Usaban uno u otro dependiendo de su poderío, y allí el lujo brillaba por su ausencia.

La ruginosa cancela que separaba el corral donde se apostaban los animales de carga sonaba cual carillón desacompasado por las coces que le atestaban las pobres acémilas frustradas por no poder patear a sus dueños, que les habían encerrado allí mientras ellos se albergaban en semejante fonda. Siempre había pensado que las hospederías serían lugares algo más limpios. A fin de cuentas, la gente pagaba por pernoctar allí.

—Tú mira el camino que hemos traído e imagínate quiénes paran por aquí —me dijo con sorna.

Hizo un gesto con la mano por encima de su cabeza para indicar el susodicho camino y vi una cucaracha subir por los grumos de la pared. Necesitaba racionar el aire que inspiraba porque el hedor se volvía cada vez más insoportable. Menos mal que la señora de mugrientas manos apareció con unas varillas de hierbas prensadas que se iban consumiendo poco a poco, las clavó en una base de cera y la habitación se impregnó de un aroma a bosque que agradecí interiormente. Se conseguía lo mismo que quemando hierba santa pero, al estar prensado, no hacía falta pebetero. Otra modernidad. Nos interrumpió la sirvienta para ofrecernos una pastela y un tayín de ternera que desprendió su vapor en mi cara, inspiré como si me

alimentase del aroma culinario, pero un gato maulló a mis espaldas y di un respingo a pesar de ser consciente de que aquella tierra estaba poblada de ellos. Aquel lugar no necesitaba más variedad de fauna precisamente, aunque debía reconocer que, pese a mis prejuicios, salí de aquella fonda maloliente convencido de que tenía la comida más exquisita que podía imaginar. Quedaba patente que, para recoger el fruto de la paciencia, había que probar antes su amargor. Caminamos de nuevo por las callejuelas encaladas hasta llegar a la vía principal, donde aguardaba la caravana para proseguir nuestra ruta.

—Enebros —susurró en árabe—. Los enebros son la señal de que Douar al Adam está cerca, un pueblo muy cercano a Fez, la capital de Marruecos. La fundó el primero de los Idrises a un lado del río y su hijo se estableció al otro. En aquella época vinieron muchos andalusíes y, desde que los benimerines están en el poder, está creciendo en todos los sentidos. Es una ciudad que da mucho trabajo a su gente y a los que han venido de fuera buscando una vida mejor. Hay cerca de tres mil telares, noventa baños, doce fundiciones y unas diez fábricas de vidrio. Aparte de las mezquitas, hay unas setenta salas de abluciones y ochenta fuentes públicas. Lo más importante de todo es la mezquita y madrasa al-Qarawiyyin, fundada por mujeres. Se están tomando muy en serio convertir la ciudad en el centro religioso del reino, incluso hay una diócesis cristiana con su obispo y todo.

¡Ni siquiera en Xerez teníamos obispo!

Se quedó pensativa tras contarme los entresijos del desarrollo de Fez y no le pregunté nada más porque sabía que tenía sentimientos encontrados. Por muy contenta que ella estuviese con los benimerines, en Xerez no olvidábamos que habían estado atrincherados tres años en nuestro alcázar desde 1264.

Finalmente, las casas fueron apareciendo poco a poco, salteadas entre los enebros y algún que otro cedro que se alzaba perdido por allí. Aunque a mí me interesaba ver alguna gran mezquita, porque nunca había visto ninguna en su apogeo, ya que las habíamos convertido a otros usos como iglesias o casas particulares. Cuando pasamos de largo Douar al Adam y a sus gentes, que, de cuando en cuando, aparecían sentadas sobre algún tronco o alzapié mirando hacia el camino que seguíamos, un hedor que superaba con creces el que había en la fonda se hizo con todo el aire. Ni tapándome la nariz y la boca lograba balbucear alguna palabra a causa de las aguas termales de Mulay Yaqub. Hasta donde yo sabía, las aguas termales debían tener propiedades salubres, pero aquellas parecían matar directamente.

—La gente acude desde todos los rincones por sus poderes curativos —me sacó del error con total templanza y sin inmutarse por la pestilencia—, incluso los berébéres.

Huyendo de un león feroz, se metió en el cubil de otro peor. Aquello olía a un mejunje de leche cortada con huevos podridos. No podía apartar las manos de la nariz. Prefería morir asfixiado que permitir que semejante hedor entrase en mi cuerpo. Incluso después de haber avanzado un gran trecho, no conseguía olvidarlo. A saber cómo olía allí mismo. Al menos me distraje un poco cuando reconocí la pequeña aldea de la que me había hablado. Fue apareciendo poco a poco a nuestro paso, pero seguía sin ver Fez en la lejanía. Tampoco oía nada y, si era tan grande como ella decía, debería tener mercados y fiestas, y música como la del campamento zenata, pero el viento no traía ninguna nota a mis oídos. El maldito se había limitado a traerme lo peor de los alrededores que aún me provocaba arcadas.

Nadie se asomaba a vernos pasar. No había niños jugando ni campesinos arando la tierra, no había abuelos vigilando el paso de los forasteros ni mujeres chismeando para tener algo nuevo que contar. Justo cuando llegamos al punto más alto de la colina, antes de comenzar la bajada, divisé aquel lienzo de muralla que precedía a un complicado entramado de tortuosas calles formadas por casas bajas, altas, grandes, pequeñas, anchas, estrechas con todo tipo de tejados y colores. Estaban amontonadas, sin seguir ninguna regla simétrica para su edificación ni dejar un atisbo de espacio libre dentro de aquel recinto amurallado. Se echaba sobre una ladera no demasiado alta, pero dejando ver perfectamente todo su interior desde nuestra posición. Admiré la fortificación de la ciudad mientras que ella, sin asomarse siquiera, me apuntó que eran doce entradas con sus fosos, torres y barbacanas a medida que la caravana iba aminorando su marcha hasta pararse delante de la puerta de la ciudad. Todos hablaban entre sí sin ponerse de acuerdo. Mientras ella guardaba sus cosas en el zurrón, Utba se acercó a conversar con las milicias que guardaban aquella gran puerta.

Un persistente aroma a cinamomo mezclado con hinojo, cardamomo, hierbabuena y naranja se apoderó del ambiente justo al pasar por un pequeño mercado donde vendían frutas y verduras. No quería perderme nada de lo que allí sucediese, así que mantuve la cabeza fuera de la ventana observando aquella medina donde las calles comerciales no cesaban de entrelazarse unas con otras. Incluso dimos con un gran silo que se alzaba junto a la plaza, donde se estaba desmontando el mercado, posiblemente, hasta el día siguiente. Pero, a pesar de ser tarde, la gente aún estaba en la calle, yendo de un lado a otro, vestida de todos los colores que existían en el mundo. Los olores volvieron a aparecer, las especias, las flores, las hierbas. Quería hacerme con todos para que el mal recuerdo de los hedores que había sufrido en un solo día desapareciera para siempre. Un viandante reclamó al azacán, que llevaba su mula con angarillas cargada de

cántaros, y le ofreció unas semillas de anís estrellado antes de servirle el agua en un jarrito, así tendría la sensación de estar bebiendo agua muy fresca. Me despisté un momento y me topé con un dromedario en el corral de la casa de un mercader. Tuve que girar la cabeza para no perderle la pista mientras la caravana seguía avanzando, adentrándose por una arboleda de enebros carente de inmuebles.

Estaba convencido de que nos íbamos a encontrar con otro zoco o alcaicería, porque se oía un bullicio no demasiado lejano; incluso pude captar notas musicales, exactamente igual que antes de llegar al campamento zenata. Mi sentido auditivo no me fallaba, porque comenzó a recomponerse y supe que estábamos llegando al temido destino. Dejamos de lado un pequeño estanque con flamencos refrescándose en él y, un poco más adelante, el pasillo de enebros se abrió dejando ver la austera pero imponente fachada de lo que no podía ser otra cosa más que un alcázar. Tomó aire y enderezó su espalda. No había duda: era la casa de Tariq.

Empezó el continuo ir y venir de voces entre el personal mientras bajábamos. Me dio un pequeño apretón en la mano, arqueó las cejas como quien se arranca a recitar un poema y nos pusimos en marcha. No mediamos palabra. Ella, tal vez, por el agridulce reencuentro, y yo, porque estaba impresionado. Llegamos a una galería sostenida por parejas de arcos cuyos muros estaban decorados con caligrafía árabe pintada de color dorado con el fondo verde, haciendo que cada letra que decía «el poder» resaltase sobre todo lo demás. Un estanque rectangular de tamaño considerable decoraba el centro del patio y estaba habitado por un par de ranas que croaban con parsimonia mientras se daban algún que otro chapuzón. Reinaba una calma totalmente ajena al bullicio y la música de fondo, que seguían presentes. Hasta el momento no nos habíamos encontrado con nadie que no estuviese escoltando el lugar en el más imperioso silencio. Un ventanal cerrado por celosías de madera, decoradas con fantasías geométricas, era la única apertura hacia el patio. Las habitaciones tenían ventanas hacia el jardín y no se comunicaban unas con otras.

—Esta es la alcoba de Hasan —dijo señalando a su diestra—. Aquello de allí es la biblioteca, donde hago mi vida. Esos son mis aposentos —dijo señalando a la siniestra—. Y esta alcoba que está enfrente será la tuya.

Adnan nos había escoltado por toda la casa, pero le echó de allí con un gesto y se quedó en el pasillo. Yo la miré emocionado sin poder pronunciar ni una mísera palabra de gratitud, solo atiné a caminar de un lado para otro, nervioso, porque me gustaba; aliviado de que no fuese una cárcel como había imaginado; tranquilo porque mis temores se habían disipado e, incluso, una parte de mí estaba feliz. Era la sensación más extraña que había tenido jamás. Me

gustaba mucho y el añil siempre había sido mi color predilecto. Apenas podía hablar por la impresión. Varias alfombras formaban distintos espacios; el lugar para dormir estaba centrado con un inmenso y alto lecho de jergón muy grueso, protegido por finas mosquiteras y con una antecama a los pies hecha de madera de nogal, asegurada con gozones en los extremos; para estudiar tenía un conjunto de arquilla, profusamente decorada con taracea, sobre un taquillón, un sillón a juego con el resto de telares, un diván y una librería; para jugar distinguí claramente dos baúles abiertos que dejaban ver una multitud de cacharros. La ilusión se había apoderado de mí en aquel momento y no podía borrar la felicidad de mi rostro. Di una carrera hacia ella para abrazarla con fuerza.

—Me alegra que todo sea de tu agrado. Ahora, ven conmigo; voy a presentarte a Hasan. Así damos tiempo al servicio para que arreglen esto un poco.

Intercambió una mirada con Adnan hablándose entre sí sin mediar palabra y Aisha tocó la puerta del pequeño príncipe. Mientras tanto, en el patio, por fin se oyó movimiento y tuve la sensación de oír mi lengua. Mi oído se había acostumbrado al nuevo idioma que me rodeaba. Incluso me las había apañado para poder entenderme con los lugareños, pero yo sabía que allí se estaba hablando castellano y cerré los ojos intentando impregnarme de aquel leve susurro latinizado que me traía el silencio de la noche. Adnan por fin habló con su prima, que parecía desesperarse porque allí no hubiese nadie a pesar de tratarse de un niño de cuatro años. No debía estar muy lejos. Las conversaciones en el patio se hacían cada vez más claras. Reconocí la voz de Utba hablando en mi idioma y me sentí invitado por mi propia curiosidad a asomarme a aquella ventana, pese a estar cerrada, aunque jamás pudiese haber imaginado encontrarme al viejo militar junto a aquel hombre que tan familiar me resultaba.

—Padre. ¿Padre? ¡Padre! ¡Padre!

Golpeé aquella celosía con ambas manos en el que sin duda estaba siendo el momento más angustioso de mis nueve años de vida. Adnan corrió para sujetarme por la cintura mientras ella se ponía delante de mí intentando sujetarme la cara cariñosamente, pero ni siquiera oí lo que me estaba diciendo. Pataleé, grité, di puñetazos, arañé, seguí llamando a mi padre, empujé, me revolví, lloré, babeé, dejé de respirar, me dieron manotazos en la espalda para hacerme reaccionar, seguí gritando… Pero ya no tenía voz.

Tanto ella como yo acabamos en el suelo. Se había caído hacia atrás en el forcejeo y le colgaba el alquinal de un lado con el broche arrancado de cuajo que rebotó en el suelo, tintineó y rodó hasta dar con el zócalo alicatado.

Volví a llamarle, le dije quién era y vi cómo se alejaba, cual

desconocido, como si no le importara lo que me sucediera. Me había visto. Había mirado hacia arriba la primera vez que le llamé y siguió hacia delante caminando sin inmutarse por mi dolor, como si no se acordase de mí.

Me oriné encima.

Había gritado tanto que me dolía la garganta y el estómago. Ya no tenía fuerzas para seguir intentándolo. Ella seguía en el suelo delante de mí, llorando. No se había vuelto a colocar el alquinal.

Adnan me echó a su hombro como si de un saco de trigo se tratara y me llevó hasta aquella habitación que tanto me había fascinado instantes antes: mi cárcel. Aisha entró detrás y le ordenó salir.

Me había dejado tumbado en la cama bocarriba con los ojos abiertos. Las lágrimas no me dejaban ver absolutamente nada porque caían a borbotones mientras que la respiración iba y venía a su antojo. Empecé a balbucear y el llanto volvió. Ni siquiera podía gimotear en condiciones. Era como el mugido de un ternero que acabasen de separar de su madre y me llevé la mano al vientre porque me dolía todo, desde los órganos vitales hasta el alma.

Aisha hizo un intento de acariciarme y le di un manotazo.

—¿Recuerdas cuando te expliqué que tu secuestro no fue casual? —preguntó mientras yo seguía sollozando y le daba la espalda—. Después de dos años de cautiverio, tu padre tuvo la idea de pagar su propio rescate. Dijo que iría escoltado hasta Xerez y entregaría el dinero a quienes le acompañaban para conseguir la libertad —añadió y dejé de sollozar girando la cabeza hacia ella—. Tu padre ofreció que te quedases tú en prenda, como si de un depósito se tratase, para que confiasen en su palabra de que entregaría el dinero a quienes fueran con él. Algo aterrador. Por eso no he querido hablar de él en todo este tiempo.

Un pitido se hizo con mi oído. Las últimas palabras sonaron con eco. No creí haber entendido lo que me había dicho, pero no quería pedirle que lo repitiese porque no quería volver a oír semejante barbaridad.

—¿Y mi madre estaba de acuerdo?

No logré pronunciar nada más con el agudo hilo de voz que pude entonar y el llanto volvió a apoderarse de mí. Su expresión fue la respuesta afirmativa a mi pregunta y solo atiné a deslizarme por la cama, con la boca abierta, intentando emitir algún sonido que expresara que estaba llorando. Pero no salió nada. Me zamarreó, volvió a pegarme en la espalda hasta que todo el aire salió con sonido de llanto mientras hacía un gurruño con mi cuerpo cual esfera. No quería su compasión, ni siquiera la quería allí. Me giré hacia el lado opuesto sin mirarla, aunque sabía que seguía a mi lado. Oí cómo

acercaba el sillón a la cama. Supe cuando se asomó a la puerta a pedir algo que le trajeron más tarde, y que dejó sobre la mesa. Me arropó, como medianamente pudo, con el resto de alifafe sobre el que no estaba acostado.

Me despertó del breve y ligero sueño cuando apagó todas las velas excepto una. Ya entonces mi corazón había conseguido latir con normalidad. Cuando solo se oían grillos y agua corriendo por los estanques, aunque, de vez en cuando, sentía como si alguien me pellizcase las vísceras desde el interior y el corazón me daba un vuelco. Suspiraba y la pena se apropiaba de mí porque había pasado toda mi vida admirando, respetando y valorando a la persona equivocada.

Nada de lo que me había enseñado tenía el más mínimo valor para mí. Todo era mentira.

Era mayo de 1301: en la ciudad de Fez, mi familia había muerto para mí.

Segunda parte

Agosto de 1320

Tenía veintiocho años cuando Tariq ibn Hashim at-Tuyibí,
visir del sultán de Marruecos, falleció.

Capítulo 8

La viudez le llegó a Aisha a sus treinta y cuatro años, cuando aún despertaba la envidia del resto de esposas, quienes, a pesar de no diferir mucho en edad, jamás hubiesen podido compararse con ella. Irradiaba un halo de misterio y seguridad, aunque sus ojos expresaban todo el estoicismo que había adquirido desde tan joven convirtiendo su aislamiento en independencia; sirviéndome de claro ejemplo a seguir desde muy temprana edad para no pensar en los malabares a los que había jugado mi vida. Al principio, porque me dolía; más tarde, porque me enervaba, hasta que por fin los recuerdos dejaron de aparecer en mi memoria. Había pasado tanto tiempo ya que ni me acordaba de sus caras, como si fueran retratos que alguna vez vi colgados de una pared.

A pesar de la esmerada educación que habíamos recibido en al-Qarawiyyin, Aisha nunca consiguió evitar que Hasan y yo nos escapásemos en busca de los más codiciados harenes de la ciudad. Aunque el destino era tan enrevesadamente caprichoso que había acabado con la vida de tres sultanes en tres años: el tío y los dos primos de Hasan. Aquello le convirtió en heredero al trono en el mismo instante que su padre, Abu Said Uthman, fue coronado como sultán de Marruecos. De hecho, solíamos bromear con que sería un monarca azabache y se llamaba a sí mismo el sultán negro, aunque el crisol resuelto entre la piel de ébano de su madre y la palidez de su

padre le había dado un punto intermedio. Tal vez, por esa razón, su tío había empezado a engrosar las filas de la Guardia Real con magrebíes, aunque los soldados procedentes de otros lugares de África seguían siendo el groso porque eran más fanáticos y luchaban hasta el final. Se contaban mil historias sobre ellos, como que sobrevivían a base de leche de camella, que solo les alimentaban si salían victoriosos, incluso que se les encadenaba entre sí a un poste para que fueran el primer flanco. Pero a saber qué había de cierto en todo aquello. Tal vez cuando el emir Yusuf ibn Tashfín fundó esa guardia como personal fuese así, pero, desde luego, yo no había visto nada de eso. Además, el hecho de que la madre de Hasan fuese abisinia podía ser una de las razones de peso por la que su padre había proseguido con la tarea de reclutar tantos magrebíes como pudiese para su escolta privada.

En sus últimos años de escuela, Hasan se había acercado a algunos maestros del *sufiyya*, disgustando a Aisha enormemente porque ella nos había inculcado la religión sin fundamentalismos. Le acusaba de ser un farsante por predicar la pureza de la religión sin practicarla, y tenía razón. Pasar todas las semanas por el lujoso harén de Fez el-Bali no nos convertía en los mejores mahometanos del mundo, pero yo asumía mis culpas. Él no. Eso ella no lo soportaba, así que, harto de oír tantas verdades, acabó marchándose del alcázar, donde habíamos crecido como hermanos, para mudarse a Dar el-Makhzen, el palacio real.

Yo había abrazado la Ley de Mahoma al cumplir los catorce años, un año después de que cambiasen mi ubicación en el alcázar y me impidiesen ir al hamman con ella. Aunque fue la primera en conocer mis intenciones de convertirme cuando llevaba solo cuatro días en Fez, no me dejó. Me dijo que no tomase decisiones bajo enojo, aconsejándome que actuase como un cazador. Comprendí que debía armarme de paciencia esperando la oportunidad de vengarme de mi familia, a la que nunca quise volver. Además, tardaron cinco años en pagar el rescate y, aunque Tariq me mandó a llamar para explicarme la situación, me comunicó que esperaba de mí que me convirtiese en uno de sus numerosos clientes, así que le pedí permanecer en su casa como tal. Se quiso mostrar justo pero contundente.

Sentado sobre su cojín favorito con las piernas flexionadas, me ofreció *sharab* mientras se servía para sí mismo, y asumí su gesto como muestra de hospitalidad. Tenía la tez tostada, ojos rasgados y oscuros como mis temidas noches, y dientes que nunca distinguí porque jamás sonrió. Hasta entonces nunca había visto una marlota de suria igual, morada y turquesa margomada con roleos vegetales y sogueados que le daba, si cabía, mayor solemnidad. Incluso compartí con él mi intención de convertirme a su religión y, así, el 13 de

octubre de 1306, con Adnan y Du-l-Faqar como testigos, pronuncié la *shahada* «No hay más divinidad que Alá. Mahoma es el mensajero de Alá». Entoné aquella oración desde lo más profundo de mi corazón.

Había aprendido la lengua en cuestión de meses, la escritura en un año y había estudiado la historia de aquel reino como si fuese mi tierra, sin sentir ningún tipo de remordimiento o nostalgia. Sin considerarme un farsante, ya que, al nacer, me habían impuesto un credo; pero, al viajar, conocí otro, y sentí que pertenecía a él. Además, mi destino cambió el mismo año que el sultán subió al trono porque Hasan se las apañó para que me concedieran los derechos como súbdito. Sin duda, el hecho de que fuera su padre jugó a mi favor y, aunque no había vivido en cautiverio, socialmente era un prisionero y no estaba bien visto. Así, de la noche a la mañana, se me abrió todo un crisol de posibilidades. Aparte de poder acceder a al-Qarawiyyin para ampliar mis estudios, que hasta entonces había realizado en el alcázar, empecé a acudir a reuniones, juegos, fiestas, juicios… Incluso podía haber optado al matrimonio.

Propuestas no me faltaron, pero no quise, porque, al igual que Hasan siempre fue su niño, yo nunca lo fui. Lo intentó desde el principio; pero, cuanto más tiempo pasaba, menos niño era y, desde luego, jamás la vi como una madre ni una hermana, ni siquiera una prima. Nada que implicase lazos familiares que me llevasen al incesto. Aisha era la mujer. Así, sin más. Aunque tuve una centena de amantes, todas con las que me topé en el camino, jamás amé a ninguna. Si no era ella, no sería nadie.

De todos modos, lo peor de aquella casa era una de las hijas de Tariq, la peor persona que había conocido en toda mi vida: Maryam. Era envidiosa, entrometida, desconfiada, desagradable, antipática, falsa y, para colmo, todo se reflejaba en su rostro. Era tan grotesca como un macaco en celo. Se me había insinuado varias veces y me las deseé para deshacerme de ella sin incitar su cólera ni la de su padre y acabar en la calle. Incluso llegó a meterse en mi alcoba en una ocasión, de la que salí horrorizado porque no quería cuitas. Estaba en sus manos, podría haber dicho que la rocé y hubiese bastado para caer preso, ser expulsado o, aún peor, que me hubiesen obligado a casarme con ella. Tenía que medir mis palabras y gestos para que no creyese que me interesaba, así como para no provocar su ira, peor que la de un titán griego. No entendía por qué Hasan estaba enamorado de ella cuando era notorio que solo se interesaba en él por su posición. Aunque era cierto que tenía buena figura, eso no valía para nada cuando se trataba de un ser tan despreciable. Él me acusó de traición por insultar a un miembro de la familia real y fue la última discusión que tuvimos. A pesar de que tanto Aisha como yo acudimos a los tres días de celebración de su casamiento con Fátima, la hija del jefe Hafsí

de Ifriquiya, no mantuvimos la relación tras las nupcias. Más que una fiesta, parecía una intriga palaciega con tanto cliente aquí y allá. Además, no soportaba a su favorito: el eunuco Ibar que incluso viajó en la delegación que concretó el matrimonio con la hija de Abu Bakr.

Se había vuelto casi inalcanzable ejerciendo como príncipe y, dos meses después de su desposorio, tomó a Maryam como segunda esposa. Por si fuera poco, nombró heredero en la línea sucesoria al trono al príncipe Abd al-Malik Abd al-Wahid, el hijo de Maryam. Que no eligiese al hijo de Fátima nos pareció un despropósito, así que preferimos alejarnos del Majzén y sus intrigas mudándonos a Tetuán antes que tener que postrarnos a semejante falsedad y fachenda en Fez. Además, simplemente había tenido buena ventura convirtiéndose en el heredero al trono porque su hermano menor, Abu Ali, se había levantado contra su padre, un hombre pacífico y bueno que renegaba de las confrontaciones, y, al ser destituido de la línea de sucesión, Hasan ocupó el primer puesto en el año 1315.

Lo primero que hizo fue fracasar intentando conquistar Gibraltar en su algarada personal dos años más tarde. Ni siquiera la ayuda de los nazaríes le sirvió, y es que, aunque su padre le había delegado los asuntos castrenses de la Península, estaba claro que le venía grande el puesto. Aun así, su padre le nombró heredero a él en vez de a su otro hijo, Mansur, que no debió parecerle apto para el cargo al sultán, pero no entendíamos de dónde le venía tanta furia, tanto odio hacia el mundo. Solo se rodeaba de advenedizos con ansias de alto estrato social como el Sultancito que, por las tornadas de la vida, había acabado en el Majzén de Fez gracias a su buena posición y linaje. Su nombre real era Abu Abd Allah Ibn Abi Jalid, ni más ni menos que el nieto del último rey mahometano de Xerez que había emigrado a Marrakech tras la ocupación cristiana de la ciudad.

Por eso, también, tan pronto como enviudó, Aisha solicitó volver a su tierra natal y quise estar con ella. Solo podía alegar una función en concreto y ella se encargaría de presentarla, aunque que fuese aceptada o no se escapaba de nuestro control. En Fez había ejercido como bibliotecario de al-Qarawiyyin una vez que dejé de ser maestro de dibujo, porque lo mío no era enseñar, sino aprender. Y la biblioteca era el lugar idóneo para ello. Leía en latín, griego y árabe; catalogaba los libros, legajos y pergaminos; había traducido textos de unas lenguas a otras, desde luego no al castellano, porque solo lo hablaba con Aisha, limitándose al que aprendí hasta los nueve años y que practicaba con alguien que nunca había pisado Castilla. Por eso me recomendó solicitar un puesto en la madrasa de Tetuán. Yo soñaba con convertirla en una universidad donde se estudiase no solo el Corán, sino también Filosofía, Lexicografía, ciencias... Donde hubiese grupos de ajedrez, poesía, caligrafía, música, aunque primero

necesitaba instalarme y ver cómo evolucionaba nuestra llegada a la ciudad. Afortunadamente, las mujeres viudas obtenían total independencia, incluso podían volver a casarse, y yo deseaba que me eligiese a mí como esposo. Llevaba tanto tiempo esperando pacientemente que el viejo Tariq fuese llamado por Alá…

Me había adelantado a caballo junto al viejo Adnan y otros tres amigos a través de aquellas angostas tierras hasta llegar a la cordillera del Rif y, allí abajo, en la vega del río Martil, encontramos Tetuán. Bajamos cabalgando con cuidado de no perder los almaizares y con nuestras blancas capas luchando contra el viento, porque nos gustaba dejarlas abiertas hasta la cintura atándolas con una faja por encima de los capellares. Mi caballo, Banu Marin, castaño, esbelto y rápido como el rayo, alcanzaba una velocidad casi vertiginosa y no se asustaba ante mi continuo silbido para que mi halcón favorito no perdiera nuestro rumbo. Aún conservaba el silbato que me regaló Aisha cuando atravesamos el río Lucus casi veinte años atrás.

Una vez en el puerto, paramos en el zoco para comer algo y dimos con una tartana que vendía bocadillos de pavo, aceitunas, mantequilla, huevo cocido, aceite de argán, sal y comino. Nada que ver con mi alimentación cotidiana, que se basaba en platos más refinados, incluso teníamos azúcar en nuestra mesa. Pero no había nada como comer de pie con los amigos en alguna parada cochambrosa de un mercado portuario hasta el anochecer. Además, habría luna llena, así que sería una noche espectacular. Entre nuestros alborotos vimos cómo arribaba un barco cargado de enseres procedente de Grecia y los mercaderes se iban preparando para ofertar todo tipo de productos, usuales e impensables.

Las muchachas de algún harén cercano también aguardaban y bromeamos al respecto, incluso me alentaron a acercarme, pero todo quedó en risas. La mayoría de aquellas mujeres eran extranjeras, nada que ver con las de Fez, que estaban impolutas y no tenían un solo rastro de salvajismo en ellas, de piel tan suave como las telas que vestían, no como las foráneas que no se cuidaban y eran tan velludas como los hombres. Aisha, en cambio, era suave como la seda. Jamás le había puesto un dedo encima, aunque acostumbraba a espiarla cuando iba a nadar al estanque. Era una auténtica tentación para mí ver cómo se acercaba con lentitud, casi deslizándose, cómo se plantaba frente al depósito, se descalzaba, se quitaba la almejía abriendo los cordones del escote dejándola caer hasta los pies y se arrodillaba para introducirse en el agua poco a poco. Aquel lento ritual me permitía estudiar todo su cuerpo: un sinfín de curvas voluptuosas, de tobillos delgados, muslos gruesos rodeando sus anchas caderas, senos grandes muy separados entre sí, que a veces tapaba con su larga melena; otras, el pelo le resbalaba por aquella espalda recta y huesuda, flotando

levemente sobre sus nalgas, y, en todos aquellos detalles de piel y carne, no había un solo vello que mancillara su cuerpo. El mismo que yo ansiaba rozar, atraer contra mí con fuerza para morderle la boca, el cuello, la oreja; sujetar su larga melena que le alcanzaba el talle entre una de mis manos y tirar un poco hacia atrás para besarla con avidez.

La primera vez que la encontré así fue el día que cumplí los dieciséis años, cuando ella contaba con veintidós. Yo ya había sobrepasado en altura a todos los hombres que conocía y mi espalda había ensanchado como la de los robustos mercaderes de ganado que procedían del reino de Aragón. Aunque siempre estaba al tanto de lo que sucedía por allí, desconocía si el baño en el estanque era una práctica usual en ella. Los primeros días me conformé viendo aquello que quería tener entre mis brazos con la luna como única deponente de mis deseos más primitivos. Imaginando que recorría con mis manos sus zonas más privativas hasta hacerle perder el control sobre su cordura. No podría decir qué me llenó de arrojo para atreverme, pero, en un momento de irreverente desobediencia y tentando el hado, decidí cambiar las tornas. Necesitaba saber si ella también sentía lo mismo y, al no poder hablarle de ello, zanjé imitar su ritual solo unos instantes antes de que ella apareciese. No se presentó aquella noche y supe que me estaba observando. Desde aquel día nos repartimos el estanque a partes iguales: una noche se bañaba ella, y otra, me bañaba yo. Nos veíamos cada día, pero jamás hablamos del tema.

Tenía al menos un centenar de alarifes trabajando día y noche en el alcázar, procurando que todo estuviera listo a tiempo para la llegada de Aisha junto a su séquito. Dirigía las operaciones desde la sala que había elegido como biblioteca y donde me encontraba catalogando los ejemplares que ya habían llegado, haciendo espacio para los que pretendía adquirir. Aunque, sin duda, lo mejor del dominio era el *hamman*, donde seis pequeños y estrechos escalones servían de acceso a las tres salas con techos decorados por estrellas de seis puntas cubiertas en el exterior con vidrios de colores. Eran un original sistema de apertura para dejar salir el vapor en caso de excesivo calor dentro del recinto. Además, un pebetero de roca de jabón roja con decoraciones vegetales en surcos dejaba escapar los olores del benjuí, inundando las estancias de fragancias herbales. Las paredes se habían estucado de color teja, invitando a la relajación de la mente, porque no se alcanzaba una calma completa si solo se desahogaba el cuerpo.

Dos semanas de duro trabajo me había costado dejarlo todo listo. Cuando gran parte de su séquito llegó, adelantándose para empezar a descargar sus pertenencias, fui consciente de la magnitud del designio que traía entre manos. Estaba nervioso porque deseaba con todas mis fuerzas que el alcázar fuera de su agrado y comenzar una nueva vida

alejados de la que había sido una cárcel para ambos. Como no podía presentarme ante ella así sin más, aproveché que era viernes para realizar la ablución mayor en la tina y poder evadirme de toda preocupación retirándome a la mezquita para orar.

—*Bismillah*, *Er-Rahman*, *Er-Rahim*. —Con mucho cuidado de no desperdiciar ni una gota de agua, me lavé las manos tres veces—. *Niyyah*. *Bismillah*.

Vertiendo el agua con la mano diestra y frotando con la siniestra, me lavé primero las partes íntimas. Luego me enjuagué la boca con cuidado tres veces, usando un cuenco, y me froté los dientes con el dedo. Aspiré agua por la nariz hasta en tres ocasiones para desprender cualquier suciedad que hubiese en ella y me lavé la cara, tres veces también, esparciendo el agua por todo el rostro con sumo cuidado. Pasé las manos de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante por la cabeza otras tres veces para que el agua penetrase en la raíz de los cabellos, pero una sola vez en el cuello y las orejas, tanto por fuera como por dentro. Inmediatamente, froté el lado diestro del cuerpo desde los hombros hasta el tobillo, así como el siniestro, evitando rozar las mancillas nuevamente para no anularlo todo. Me lavé el ombligo siete veces, humedeciendo el dedo en el cuenco cada vez antes de acicalarlo. Repetí por última vez la limpieza del pecho y espalda. Me acicalé los pies hasta los tobillos, primero el diestro y, luego, el siniestro, insistiendo entre los dedos. Me enjuagué las manos para finalizar.

—*La ilaha illa-llahu Muhammadun rasulu-llah*.

Cuando salí de la mezquita perdido en mis cábalas, pero en paz con Alá y conmigo mismo, me comunicaron que había llegado y se estaba dando un baño en el *hamman*, así que salí directo hacia allí como las flechas que clavaba en las alpacas cuando practicaba tiro con arco. Los seis escalones que me separaban del interior me parecieron eternos para solo atinar a quedarme plantado en la sala fría, pasmado, mientras ella permanecía de pie apoyada sobre una de las columnas que sujetaba la sala templada, despojada de sus ropas de viaje, con solo una *gilala* de seda blanca pegada al cuerpo por el vapor. No me habló ni me sonrió, simplemente me miró. Inspiré más vapor que aire antes de deshacerme de la camisa, quedándome en zaragüelles, descalzándome, ávido de deseo. Nuestros ojos decían mucho más que cualquier palabra que hubiésemos logrado pronunciar. El corazón se me iba a salir por la boca. Ni siquiera sentí algo igual la primera vez que tuve amoríos con una mujer: una bailarina de danza del vientre que amenizaba una reunión masculina del Majzén a mis quince años.

Esta era la primera vez que no había absolutamente nada ni nadie que se interpusiera entre Aisha y yo. Nada ni nadie. Llevaba desde niño deseando su libertad, la mía y que libremente nos quisiéramos.

Ser consciente de que estaba sucediendo, por fin, parecía una ensoñación.

Se fue echando hacia atrás hasta apoyarse en la pared y avancé lentamente, arrastrando los pies sin levantarlos del suelo, hasta que mis dedos rozaron los suyos. Su pecho aumentaba y disminuía bajo la *gilala*. Agachó la mirada para ver dónde posaba su mano, a la altura de mi vientre, casi sin rozarme la piel, y buscó mis ojos otra vez. Estaba tan cerca de ella que inhalaba su respiración. Seguí avanzando hasta que su cuerpo me lo impidió. Incluso, tuve que encorvar la espalda para llegar hasta su boca, mientras me mojaba los labios con mi propia saliva, sintiendo su aliento contra el mío. Cuando no hubo espacio entre los dos, la besé lentamente. Fui remangando las faldas de su *gilala* sin mover las manos de sus caderas, hasta que los bajos quedaron a ambos lados de estas. Y la hice mía allí mismo. Mía y de nadie más. Nunca más. Aunque tuviese que desobedecer todas las leyes de mi dios, de mi casa y de mi propio honor. No me importaba. Por fin era mía y siempre lo sería.

Por más que me acerqué a su cuerpo, nunca tuve la sensación de estar lo suficientemente cerca. Oír, entre el sonido de los caños de agua, su voz rota pidiendo más de mí, me instigó hasta que dejó de ser ella y yo dejé de ser yo.

Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que era casi de noche y seguíamos tumbados sobre el escaso fondo de agua de la sala templada sin mediar palabra. Yo, recostado sobre el antebrazo; ella, bocarriba aún con la *gilala* mojada por el agua y el sudor. Recorrí su cuerpo con el dedo sin querer rozarla en exceso para que no se desvaneciera, como si fuera uno de mis dibujos hechos con carbón que podían emborronarse. Sonreímos. Había querido decirle tantas cosas durante tantísimo tiempo que supe que no era necesario y le besé una mano con cariño mientras ella pasaba la otra por mi cara, mirando cada uno de los puntos que tocaba, estudiándola y aprendiéndosela de memoria.

Llegó un momento en el que el calor pudo más que nuestro deseo de quedarnos allí para el resto de nuestras vidas y, como si parte del agua que discurría por las canalejas se tratase, su voz susurró que nos diésemos un baño. Sonó por debajo del eco de la corriente, como si no quisiera cambiar nada en aquel lugar. Lejos de decirle lo que pensaba, me incorporé y la miré sin mediar palabra a pesar de llevar toda la vida esperando aquel momento. Entendí que no le iba a revelar nada que no supiera ya y, tan pronto como se levantó para dirigirse a la sala caliente, caminé tras ella para poder mirarla de arriba abajo, sin reparos.

Hacía rato que se había deshecho de su escueta vestimenta y se había quedado exactamente tal cual se bañaba en el estanque, con el

añadido de que podía tocarla. Puse el dedo sobre aquel antojo materno que tenía en la nalga diestra, según ella, un pescado, que tantas ganas tenía de morder. Pegué mi cuerpo contra el suyo camino de la terma, donde se zambulló, y volvió a salir a flote con el pelo pegado a la cabeza cual sirena de los cuentos asirios. Y como si realmente lo fuera, sucumbí a besarla con más pasión que cariño sabiendo cómo íbamos a acabar. No quería evitarlo, quería su piel, su aire, su calor; que continuara besándome como si no hubiera un mañana; que los efluvios del agua facilitasen el movimiento de mi cadera contra la suya; su peso casi inexistente, sus piernas alrededor de mi cintura, pero entre el calor que emanaba del agua y el que irradiaba mi cuerpo, se me hacía imposible permanecer allí mucho más tiempo. No quedaba suficiente aire para los dos.

Me puse bajo el caño de agua fría, cuando por fin recuperamos el aliento. Necesitaba guardar las distancias por nuestro propio bien, ya que parecíamos dos cuerpos atraídos entre sí. Escapaba a nuestro control y era mejor dejarse llevar de lleno que luchar contra ello. Cuando por fin fuimos capaces de pensar como personas sensatas y salir del *hamman*, caminamos con serenidad paseando sin ningún tipo de preocupación en dirección a la casa mientras le contaba la remodelación que había hecho, hasta que llegamos al pasillo de la planta superior. Le dije, con la boca pequeña, que había elegido mi alcoba contigua a sus aposentos.

—No quiero irme a dormir hoy —me dijo mientras me rodeaba el cuello con sus brazos— ni quiero bajar a cenar ni ver a otra gente. Solo quiero que esto no se acabe nunca.

Tomé la ocasión como la idónea para pedirle que me permitiese desposarla, pero tocaron a la puerta y maldije a todos las personas que habitaban en la casa por no haber desaparecido aquella tarde. Además, sin mantener la conversación sobre nuestro futuro, sin saber qué esperaba ella de mí, tendría que ocultar mi presencia dentro de sus aposentos, así que me eché hacia un lado para esconderme. Resultó ser Raísa, la más fiel de todas sus sirvientas. La consideraba la hermana que nunca tuvo, incluso se asimilaban en tez, ojos y complexión, exceptuando que el trajín de su trabajo la mantenía algo más escuchimizada y la piel menos cuidada. Confiaba tanto en ella que cuando le hizo pasar le fue difícil controlar la sonrisa al percatarse de mi presencia.

Aunque trabajásemos para Aisha, todos éramos amigos que compartíamos aficiones, ideales, filosofía y enfoque religioso, y hacíamos tanta vida en común como nos fuese posible. Las mujeres no llevaban alquinal si así lo deseaban y los hombres no se escandalizaban ni por eso ni por nada más. De hecho, en la entrada del alcázar, se había tallado sobre un dintel de mármol la sura del

Corán «Los creyentes son aliados unos de otros». Por eso había colocado el armario de los aceros en una zona común, para disfrutar de la compañía de Hudhayfa mientras limpiaba sus innumerables hojas con cariño y esmero; todo el que puse yo como discípulo de aquel gruñón gran hombre de pelo rizado color azabache y piel curtida por el ejército. Fue él quien me regaló mi primera espada, con mi nombre grabado en la empuñadura de oro y con la hoja decorada con pasajes del Corán, en mi duodécimo aniversario. A Aisha no le hizo ninguna gracia y la puso sobre un ropero hasta que él consiguió convencerla para que me la devolviese.

—El príncipe Hasan ha mandado todo un séquito a la ciudad buscando físicos —dijo Raísa para mi horror. Parecía que nunca nos íbamos a librar del Majzén—. El príncipe Abd al-Malik ha tenido un accidente jugando y ha perdido mucha sangre en un ojo.

Aisha se entristeció y lamentó el percance. Aunque Hasan hubiese sido un necio los últimos años, no podía evitar preocuparse por él. Lo había criado como si fuese su hijo y, aunque cualquier desgracia siempre resultase triste, era indignante cuando le tocaba a un niño. Abu Malik tenía solo un año de edad, por eso no dejaba de darle vueltas a qué clase de cacharro le habían dado al niño para que se saltase un ojo. Mientras tanto, Umayr había salido a preguntar por físicos capaces en la medina. Aunque fuera hermano de Maryam, no tenía absolutamente nada que ver con ella. Era alto y fuerte, con la sangre yemení dibujada en su rostro de piel morena, profunda mirada de ojos pardos y cabello oscuro ensortijado. Se había convertido en uno de mis pilares en aquellas tierras. Su preocupación era de esperar: se trataba de su sobrino, aunque ni soportaba a su hermana ni le caía bien Hasan por su misticismo de fachenda. Pero el niño era otro asunto. Por eso, cuando entró galopando por el paseo que llevaba hasta el jardín, nos notificó que había dado con el que decían ser el mejor oculista de todo el norte del Magreb, Khaled ibn al-Walid, si bien entre nosotros hubo opiniones de todo tipo al respecto.

Mientras tanto, Farah salió para preparar la cena; era sin duda la mejor cocinera del mundo, aunque su aspecto de muchacha joven endeblilla, de grandes curiosos ojos marrones, no hiciese sospechar de la gran mano que tenía en la cocina. Siempre iba ataviada con su cernedero y llevaba su castaño pelo recogido en un perfecto moño que no dejaba fuera ni un solo cabello. Debía levantarse antes del alborear para hacerse aquel peinado y tener las tortas amasadas y horneadas cuando los demás nos despertábamos. Además, era de naturaleza inquieta y me sorprendió gratamente cuando me pidió incluir algún prontuario alimenticio entre los volúmenes que ocuparían los anaqueles de nuestra nueva morada, así que me encargué de conseguirle *El Libro de los platos*, un recetario de cocina árabe escrito

por Ibn al-Warraq Sayyar.

Entre tanto, para mi asombro, Umayr me invitó a salir a la terraza a fumar. No podía creer que se hubiese traído un pipa, aunque cada uno era libre de considerar cuáles eran los enseres útiles en su mudanza. Casi no podía aguantar su sonrisa socarrona cada vez que me miraba.

—Bueno, qué, ¿tengo que llamarte padre ya? —preguntó mientras se desternillaba de risa tan exageradamente que le faltó poco para volcar el cachimbo—. Llevabas esperando su libertad desde chico.

Le tendí la mano. La chocó con la suya en señal de aprobación y permanecimos sentados sobre unos cojines de piel hasta que acabamos la pipa. De pronto, nos sorprendió Aisha desde la puerta de vidrio que daba a la terraza, avisándonos para ir a cenar. La miré y sonreí. Quise guardar aquella imagen en mi mente para siempre, con medio cuerpo asomado, el brazo apoyado sobre la puerta para dejarse caer sobre esta, casi jugando al esconder. Feliz. Sonriente. Preciosa. Libre.

Como no podía ser de otro modo, estando Farah a cargo de los fogones, cenamos de maravilla con una gran sobremesa cargada de historias y chismes, risas y buenos recuerdos. Nadie que nos hubiese visto desde fuera hubiese podido adivinar que una acababa de enviudar y otro había quedado huérfano y con un sobrino tuerto.

Poco a poco, el personal fue retirándose a sus habitaciones, dando las buenas noches y haciendo planes para el día siguiente. Hudhayfa y Umayr se habían quedado atrapados en su partida de ajedrez; Raísa y Farah, en la de alquerque. De vez en cuando, yo miraba a Aisha y ella me miraba a mí. No nos decíamos nada, pero no queríamos ir a dormir temiendo despertar al día siguiente y que todo se hubiese desvanecido.

Cuando Musa se dio cuenta que era el único que quedaba en el salón, aparte de nosotros y el somnoliento Adnan, se apresuró a dar explicaciones de por qué se retiraba y a juntar las palmas de las manos. Es lo que hacía cuando estaba nervioso porque tendían a sudarle.

—Anda, calla. Ayúdame a levantar a este hombre —le dije poniéndome junto a Adnan.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Estoy despierto —dijo Adnan mirando hacia todos lados y los tres soltamos una carcajada.

—Sí, primo, sí. Estás de un espabilado… —se burló Aisha mientras se ponía en pie y salía del salón—. Caballeros, buenas noches —dijo volviéndose y dando un pequeño suspiro.

Musa y yo salimos tras ella, que se retiró a su alcoba, para llevar a Adnan a su cuarto.

—Hay que ver cómo está el pobre, ¿eh? —me dijo Musa tras salir de la alcoba de Adnan.

—Tampoco es tan mayor, Hudhayfa tiene su misma edad —dije —. El ejército es lo que tiene.

—Pero sigue siendo un hacha como jinete —añadió Musa.

—El mejor. Te lo aseguro —concluí.

—Hasta mañana, Diagu.

Musa se despidió de mí y continué mi paseo, camino de mis aposentos, sin apartar la vista de aquella puerta donde se escondía el anhelo de mi deseo y que se entreabrió sorprendiéndome.

—No serás capaz de pasar de largo por esta puerta, ¿verdad? —La voz de Aisha sonó cual canto de sirena.

Desde luego, no era mi intención. Y por el modo en que agarró mi camisa con el puño cerrado y tiró de mí hacia sus aposentos, parecía que la suya era acabar conmigo aquella misma noche. Ni siquiera me dejó recoger mi camisón.

—Estás loco si crees que voy a dejar que te tapes ese cuerpo.

Se despojó allí mismo de su almejía y atravesó la habitación a la luz de las velas cual halo casi fantasmagórico. Cada vez me resultaba más inverosímil que aquella mujer existiese de verdad, era de una sensualidad casi insultante. Una vez tumbados, recorrió todas las partes de mi cuerpo que alcanzaba con su mano. Subió su dedo por mi espalda, marcando el camino con un leve roce hasta que enredó sus dedos en mi pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás, susurrándome al oído sus más profundos deseos. Mordiéndome la oreja. Queriéndolo todo de mí. Como si acaso yo no fuese completamente de ella. ¿Para qué iba a luchar en una batalla que tenía perdida con anterioridad?

—Parece que te hubieran esculpido el cuerpo como el de un dios griego —murmuró antes de sentarse sobre mí para tomar las riendas de la situación.

Si ponía mis manos en sus caderas, las llevaba hasta sus senos. Si le acariciaba con suavidad, ponía sus manos sobre las mías para apretarlas contra su cuerpo. Estaba a su entera disposición. A su capricho. A sus órdenes. No cesó de mecerse hasta que dio por válido mi último aliento de súplica para que parase. Solo entonces se arrió de mí echándose a mi lado. Satisfecha de comprobar que, entre jadeos, solo atinaba a balbucir su nombre. Me quedé un buen rato mirando al alfarje e intentando hacerme con todo el aire que había en la habitación.

La tentación de mirarla mientras se dirigía hacia la ventana para abrirla superaba con creces la necesidad de acompasar mi respiración, y la observé caminar desnuda hasta la celosía que dejaba traspasar la luz de la luna enfocándola desde el firmamento como la había visto tantas noches en el silencio del jardín.

Apagó todas las velas excepto una y volvió hacia mí sonriendo.

Capítulo 9

Solo se oían los cientos de cigarras que habitaban escondidas por el jardín y, aún con los ojos cerrados, fui consciente de estar despierto, de tener un cuerpo femenino sobre mi pecho, con su pierna enredada en la mía, suave como los pétalos de las rosas a las que olía. En aquel instante supe que jamás había sido tan sumamente feliz. Incluso antes de abrir los ojos y verla dormida plácidamente, como si no existiese nada más en el mundo que aquel lugar y aquel momento. Pero, por mucho que desease para el tiempo allí mismo, no podía olvidar que aquella mañana me enfrentaba a la ardua tarea que me traía entre manos.

Conseguir un empleo como bibliotecario, siendo extranjero y mahometano converso, era peliagudo. Ni siquiera aunque mi baza viniese escrita por el propio Du-l-Faqar, el imán de al-Qarawiyyin ni más ni menos, recomendándome encarecidamente para el puesto.

Me vestí propiamente y dejé a Banu Marin descansando. No había nada más estimulante que un paseo matutino a pie por la medina, tan leonina que ayudaba a no pensar en otras cosas. En el barrio judío se hallaba la tienda del tintorero donde podía adquirir el material que necesitaba; aunque, siendo sábado por la mañana, encontré todo cerrado. Los viernes al atardecer echaban las cortinas, se sentaban alrededor de sus mesas preparadas con la copa de *kidush*, la olla con adafina y las velas para celebrar el Sabbat, y no se les volvía a ver hasta al anochecer del sábado. Fui mordisqueando una manzana, que compré en una parada del zoco, hasta que llegué a la madrasa. Du-l-Faqar me había dado una nota con el nombre de quien debía buscar: Khuzayma Abd al-Haqq, el imán que esperaba que me valorase y me pusiera a prueba varios días, como era usual.

Tal y como llegué, me hicieron esperar en una pequeña sala revestida en su totalidad de madera de nogal con el mobiliario a juego, tallados, taraceados, incrustados, ornamentados a más no poder. No pude contener un gesto de desagrado aun sabiendo que me estaban observando por las rendijas de la pared, porque la madera crujía de vez en cuando. Después de tantos años limitando mi historia de amor a la vigilancia nocturna, conocía aquella sensación de estar en la mira. Al poco, un señor vestido de blanco impoluto entró luciendo un imponente *qaraqul* y una barba tan espesa que le cubría casi toda la cara, llegándole hasta el pecho, donde disminuía hacia la redonda panza, que parecía la de una mujer en estado de buena esperanza. Se acercó a mí con cara de no tener muchos amigos y me puse en pie para saludarle respetuosamente quedándose más o menos a la altura de mi pecho. Nunca había conocido a nadie de mayor tamaño que yo, pero aquel hombre era tan pequeño como un muchacho, y, raudo, tomó asiento. Posiblemente para sostener su

posición de mando mientras me observaba con el mentón en alza y rascándose la barba. Me sobresaltó tanto su aspecto que tardé un instante en reaccionar y darle la carta de Du-l-Faqar. Él se limitó a cogerla y avizorar, sin mediar palabra ni mostrar impresión alguna, aunque no me quitaba ojo de encima intentando averiguar mis orígenes. Lo sabía por cómo me observaba, mirándome de arriba abajo, volviendo a mirar la carta que enrolló tal y como le había entregado, antes de notificarme que comenzaba a trabajar el lunes. Fue tal mi desconcierto que le reverencié tantas veces que podría haberme desmembrado agradeciéndole la oportunidad y asegurándole que no le decepcionaría.

—Espero que la humildad con la que has venido se refleje en tu trabajo. Sé quién eres, de dónde vienes, y que no hayas hecho ninguna mención a tu relación con la familia real o con los cargos más altos del Majzén dice mucho de ti.

Yo seguía cabizbajo, con los ojos puestos en los pergaminos que había sobre la mesa, sin poder creer lo que estaba oyendo, y, en cuanto salí, fui directo a la casa para dar la nueva. No solo la de haber conseguido el cargo que deseaba, sino de que había sido pan comido y todo gracias a que no fui yo quien escribió la carta. La modestia nunca fue una de mis virtudes, precisamente, pero, por una vez en la vida, no me había adelantado a decir lo que pasase por mi mente malogrando el percal antes de que siquiera empezase. Ella se desternilló de risa cuando se lo conté y, tras pasar toda la tarde sentados en el almadraque de la pequeña jaima que había montado en la terraza de su alcoba, apareció Raísa disculpándose por haber osado entrar sin permiso. Aseguró haber tocado la puerta, pero con el estado de ensoñación en el que nos encontrábamos, era lógico que ni siquiera nos hubiésemos percatado.

—Pues no sé, ¿qué prefieres hacer tú, mi amor? —me preguntó Aisha de repente sacándome los colores del todo. Raísa sonrió disimuladamente y agachó la cabeza. Yo me quedé en blanco.

—No sé, como tú quieras —logré balbucear.

—En ese caso nos quedaremos en la jaima. Más tarde bajaremos y pasaremos más tiempo con vosotros —le dijo a Raísa.

—Como queráis. Ahora mismo os subo el almuerzo —concluyó saliendo de la terraza.

Miré cómo salía Raísa de la habitación y, cuando me incorporé, tenía a Aisha a mi lado, muy cerca de mí, mordiéndose el labio inferior y apoyada sobre sus rodillas.

—Diego, te quiero con toda mi alma y deseo con todas mis fuerzas ser tu esposa. Eso significa que hay que esperar. Un poco, pero hay que esperar. Por ahora tenemos que conformarnos con vivir como amantes, pero piensa que, al menos, en la práctica, soy tu esposa. Soy

tuya. Toda tuya —me dijo mientras se acercaba hasta pegarse a mi cuerpo—. Me desmoronas todo recato, Diego. Eres mi pecado.

Aquello era una declaración de intenciones y una tentación imposible de vencer. Además, teníamos que recuperar muchos, muchísimos, años de deseo ardiente del uno por el otro. Incluso llevar a cabo las más privadas fantasías con las que nos habíamos tenido que conformar. Por eso, me dejé llevar por su vehemencia, porque mientras exploraba cada parte de mi cuerpo, me elevaba a un grado de agonía de la que solo ella tenía el antídoto. En vez de suplicarle que acabase con mi estado febril, deseé que me arrastrase con ella al más recóndito de los pliegues de su piel.

Habría podido quedarme abrazado a ella toda la vida, era una diosa para mí; pero, después de haber sudado a caños, tenía la imperiosa necesidad de darme un baño. Me decanté por una zambullida rápida en el estanque y un baño en condiciones en el *hamman*, donde casi me quedé dormido mientras me daban un masaje en la espalda. Tampoco ayudó a espabilarme ir por el jardín embadurnado de afeites. Caminaba pensando si el lunes debía presentarme con algunos de mis trabajos de traducción o ir con las manos vacías.

—Menudo rastro vas dejando, muchacho —me dijo Musa extendiéndome un *miswak*.

Estaba sentado en un rincón como si se dedicara a la vida contemplativa. Para ser magrebí de pura cepa, aquel aspecto de hombrecillo de los bosques del norte de Europa, cuya piel se había tostado por el sol africano, le daba un carácter muy peculiar. Su mediana estatura, vestida siempre de saya blanca con caperuza, la delgadez típica de quien solo come vegetales, su prominente nariz sobre una boca tan pequeña y sus toscas manos que no parecían de alguien que mimaba las flores de un jardín formaban el completo puzle de aquel amante de la flora. No era inusual dar con él observando el medio para ver cómo podía mejorar el vergel. Tenía una almáciga preparada para trasplantar cada especie en su debido momento del año, bien fuese en el jardín o en la almunia que había preparado en el muro sur de la finca, junto a la noria que nos suministraba el agua del aljibe gracias al arcaduz que había mandado a reparar justo cuando llegué a Tetuán.

Dentro de la casa, me encontré con Hudhayfa, que estaba colocando las defensas en el armario que casi tapaba con la anchura de su espalda de militar retirado. Me saludó sin volverse siquiera. De niño siempre le acusaba de tener ojos en la espalda porque tardé muchos años en descubrir que se valía del reflejo en las espadas para ver qué había tras él. Había perdido la cuenta del número de veces que me castigó a frotar las empuñaduras por no hacer bien los

ejercicios. Por muy buen espadachín que fuese, a fin de cuentas, yo no era un hombre de batalla.

—Si tuvieras que luchar, sin duda, lo tuyo sería la pica. Incluso a caballo —añadió Hudhayfa que, junto a Adnan, había sido un gran maestro para mí.

Musa entró en la sala, resoplando por el calor sufrido en el vergel, interesándose por *El libro de la agricultura* de Ibn al-Awwam, que le había conseguido dos años atrás. Le invité a que me acompañase a la biblioteca en la que tanto trabajo me quedaba por hacer: los anaqueles estaban vacíos casi en su totalidad; mi mesa era una escalera de volúmenes desordenados; y los baúles rebosaban libros y pergaminos, recordándome la poca atención que les había prestado. Musa salió y cerró la puerta tras de sí, tal vez por la falta de hospitalidad que emanaba de la sala. Me dejó solo ante la literatura universal, roté sobre mi propio eje y sentí las ganas suficientes de enfrentarme a todo aquello. Prendí el delicado incienso de Java y Sumatra del pebetero de cerámica que dosificaba su olor, exhalé su exquisito aroma y me sentí preparado para ordenar el que debía ser mi refugio hasta el fin de mis días.

No reparé en que estaba atardeciendo hasta que empezaron a picarme los ojos. Ni siquiera había advertido cuánto tiempo llevaba allí metido, porque un baúl con ejemplares muy antiguos me mantuvo entretenido hasta que se me escapó una sonrisa melancólica con aquel libro de Ahmad ibn Fadlan. Lo ojeé con nostalgia: ¡me había enseñado tanto y visitó tantos sitios conmigo!

—No se encuentran pájaros sino en sembrados —dijo Aisha, sorprendiéndome, mientras se acercaba a mí.

Estaba sentado sobre uno de los baúles, que ya había cerrado en son de finalizado, y le mostré el libro rodeando su cintura con mi brazo. Miré alrededor, comprobando que había adelantado bastante trabajo. No iba a tardar mucho en acabar de organizarme, así que acepté su invitación para salir al jardín donde la leve caída del sol refrescaba el ambiente, regalándonos un agradable paseo. Caminábamos lentamente, con las manos unidas, charlando de las cosas que queríamos llevar a cabo, de las dudas que le surgían sobre cómo enfrentarse a su nueva situación, fluctuando sobre si estaba o no capacitada para regir el alcázar. Le asustaba que la gente no la respetase. Pronto descubrí su verdadera intención cuando me mostró una jaima en el centro del paseo de setos preparada con viandas y refrigerios: zumo de remolacha con naranja, almíbares de albaricoque y ciruelas, nueces, tortas de maíz, queso... Hasta un almadraque y varias velas dispuestas por distintos puntos por si nos caía la noche en aquel pequeño escondite donde me hizo entrega de un pequeño y delicado envoltorio.

—A ver si va a ser espada mellada en vaina labrada —bromeé.

Deshice el lazo con ambas manos y me emocioné al recibir un tintero de cerámica vidriada en verde. Siempre encontraba el modo de hacerme regalos escogidos con sumo esmero y que me resultaban muy útiles para mi día a día, ¿había mayor muestra de amor que prestar interés en alguien, saber lo que precisaba y tener en cuenta sus deleites? No hay mayor misterio: el amor es tan simple y llano como conocer al otro y aceptarlo tal cual es. Por eso, podía pasar horas a solas con ella; riendo, charlando, bromeando o, a veces, enzarzados en profundas conversaciones sobre filosofía y religión. Conservaba la tutela que siempre había tenido sobre mí. Cuidaba de los comentarios que hacía públicamente respecto a mis ideas, como la de seguir con la intención de dar con el escrito que explicase algo más sobre la tierra al otro lado del Mar del Norte.

De todos modos, ya poca vida social teníamos más allá de nuestro grupo de amigos. De hecho, invitamos una vez a cenar al físico y a su esposa por petición de Umayr, que quería aprender un poco más sobre el tratamiento que aplicaría a su sobrino, y nos pareció una buena idea que nos diera una clase magistral a todos. Raísa necesitó dos jornadas para convencer a Aisha de que debía vestir luto ante la presencia de invitados. Yo no formé parte de aquella conversación porque entendía que era asunto suyo, no mío, y, para ser sincero, no tenía ningún interés en ver a mi prometida guardando duelo por su primer esposo.

Cuando Khaled ibn al-Walid y su esposa, Shala, llegaron, nos sorprendió que no fuese una joven, sino una mujer de mi edad que había enviudado un año antes en Tánger, donde conoció al físico en uno de sus viajes. Él era tan afable como atento, siempre mostrando una sonrisa en sus labios y dispuesto a contestar cualquier duda que se le plantease. Cuando respondía entornaba siempre los ojos, necesidad, probablemente, causada por la cantidad de tiempo empleado en el estudio de la medicina. Sus despobladas cejas se reunían cada vez que quería prestar atención a algo o alguien, dándole un carácter incluso más cercano. Ella, risueña, despierta e inteligente, no mostraba ni un solo rastro de inseguridad sentada a una mesa en la que acababa de conocer a todos los comensales. Su caftán de tiraz índigo insinuaba su esbelta figura, por eso nos sorprendió a todos que estuviese esperando su primer hijo. No logró concebir con su primer marido durante los doce años que estuvieron casados. Incluso los físicos le llegaron a decir que estaba seca; pero, cuando se casó en segundas nupcias convencida de que jamás sería madre, engendró al primer mes. El propio Walid aseguraba que algunas mujeres no eran compatibles con algunos hombres; pero, por separado, tanto unas como otros sí podían fecundar. ¡Qué interesantes me resultaban ambos! Estaba convencido

de que podrían llegar a ser amigas porque congeniaban perfectamente. Además, el hecho de que Shala solo llevase cubierto el cabello hacía que Walid me cayese bien a mí.

Mi primer día de trabajo, amanecí nervioso y tan pronto como cantó el gallo. La propia Aisha había preparado mis ropas más pulcras; casi estaba más alterada que yo y no dejaba de repetirme que tenía que causar buena impresión desde el principio. Mi zurrón iba repleto de enseres que, probablemente, me serían necesarios, incluido mi nuevo tintero, aunque vacío, y un par de manzanas. Aquella sensación de empezar de nuevo adentrándome de lleno en la vida que siempre había deseado me hizo sentir la necesidad de purificar mis pecados en la pequeña fuente de abluciones para agradecerle a Alá, en la sala de oración, todo lo que me estaba sucediendo. Le pedí paciencia. No quería más de lo que tenía en la vida, solo mantenerlo. Era cuestión de tiempo que las cosas mejorasen por sí solas, de poco tiempo, y volví a pedir fuerza para soportar la espera. También pedí perdón. Sabía que estaba pecando y sería un farsante si me defendiera usando los sentimientos como excusa. Era consciente de que no estábamos actuando bien y quería ser sincero con Alá y conmigo mismo. Alegué que seguiría con la misma mujer hasta el día que Él me llamase, que no se trataba del comportamiento lujurioso que había seguido desde joven. Pedí por ella, para que la guiase en la gran incertidumbre que la inundaba, para que le diera sabiduría para tomar buenas decisiones, fuerza para mantenerse en pie ante las miradas indiscretas que tanto temía, y para que le diese tanto amor hacia mí como me había dado a mí para ella. Y allí, arrodillado, expiando mis culpas bajo la atenta mirada de Él, me sentí en paz con el mundo. Quería ser capaz de demostrar cuán arrepentido estaba por actuar indecorosamente. Podría decirse que seguía por el mismo camino, pero sentía el más puro amor por Aisha y, con el amor por delante, yacía con ella.

Me sentí un hombre nuevo y cargado de energía. Salí del alcázar con la mente despejada, comiéndome una de las manzanas, respirando el aire fresco de una mañana iluminada por los tímidos rayos del sol que se asomaban por encima de las tejas de barro cocido que techaban las casas de la judería. Sus habitantes empezaban a darle vida, yendo de acá para allá, colocando los productos perfectamente ordenados en sus escaparates para que resultasen más atractivos a los ojos del interesado. Entre todo el tejemaneje, encontré dónde comprar tinta a pesar de que el viejo tendero aún estaba quitando el polvo de los pergaminos que vendía entre toses producida por la carcoma y el leve olor a alcanfor. Me sentí invitado a pasar por sus educados buenos días y, mientras buscaba la redoma, me entretuve tocando la cubierta encuerada de tafilete teñido en azul de un pequeño cuaderno. El tendero me aseguró que podía grabar el nombre o mensaje que

prefiriese, así que le pedí una pluma y plasmé una pequeña dedicatoria para ella sobre el trozo de papel que me dio. A fin de cuentas, siempre estaba escribiendo cualquier cosa que le viniera a la mente: poemas, pensamientos, nombres, relatos, traducciones… Salí de la tienda entusiasmado y seguí admirando la puesta en escena de lo que parecía una función aprendida de memoria.

Un arco flanqueado por dos torres indicaba que dejaba el arrabal judío y me adentraba en la zona de nuestro credo. Además, el alminar de planta cuadrada entre las casuchas de la medina no dejaba lugar a dudas y di a parar a la plaza donde se encontraba la madrasa, de mármol blanco y sencilla en ornamentación. Un arco de herradura, con el grosor de un muro, marcaba la entrada cuyo alfiz estaba decorado con pequeñas teselas de color verde. Las dovelas se turnaban para lucir el color de la Ley de Mahoma dejando una en blanco entre cada dos de color verde. Tan solo un tranquilo estanque animaba mínimamente el patio: una vieja técnica de concentración para el estudio de los discípulos que allí acudían. El imán me dio la bienvenida y me hizo seguirle a través de los anchos pasillos hasta la biblioteca, empecinado en que conociese todo el edificio antes de comenzar mi labor. Además, el antiguo bibliotecario había fallecido solo una semana antes y necesitaba con urgencia que aprendiese mis funciones. Me mostró las salas de lectura, la mezquita y la puerta del alminar por donde subía el almuecín para cuya llamada había que dejar las tareas y acudir en el segundo turno. El primero era para los pupilos que venían del norte para estudiar y de los niños recogidos. Algunos de ellos eran huérfanos y otros de familias sin recursos a los que se les proporcionaba una educación y, si eran lo bastante aplicados como para ser ulemas, podrían llegar a convertirse en imán.

La biblioteca era tan simple como se veía desde fuera: un rectángulo sin ninguna otra alteración más que los anaqueles en los que se apilaban los libros. Pero una vez en mi asiento tuve otra perspectiva de aquello. Supe que estaba en el lugar correcto. Donde debía estar y, lo más importante, donde quería estar.

El murmullo de los muchachos en el pasillo me devolvió a la realidad. Había pasado media mañana apuntando los títulos sobre el papel para luego relacionarlos, y sus pasos ligeros, con las babuchas golpeando el suelo de piedra apresurándose a la mezquita, me transportaron atrás en el tiempo, cuando yo mismo era uno de ellos en Qarawiyyin junto a Hasan y Umayr. El recuerdo de mi juventud hizo que me evadiese momentáneamente de una complicada rinconera que me había mantenido un largo rato ocupado. La mayoría de sus compendios, epítomes, obras y manuales no tenían cubiertas y estaban algo deshojados, así que dejé las cosas sobre la mesa para no perder tiempo cuando el almuecín volviese a llamar para el segundo turno de

oración, que debía estar al caer porque el bullicio juvenil se había hecho con el exterior nuevamente. Como si de un uniforme se tratase, encontré a todos los maestros vistiendo de blanco, igual que hacíamos en la madrasa de Fez. Algunos ya estaban rezando incluso antes de que ni siquiera me descalzase, así que asumí que no hacía falta esperar la llamada. Me podía acercar yo mismo si calculaba bien la vez.

Tras pasar otra tanda del día encerrado en la biblioteca, un cuervo posado sobre el alféizar me sacó de mi ensimismamiento. El pajarraco movía su cola acuñada sacudiéndose las gotas de agua que, probablemente, había mojado en la fuente y, aunque sin lugar a dudas era negro, el sol se reflejaba en él de tal manera que parecía de color azulado en algunas partes de su plumaje. Miraba con curiosidad la calma que nos rodeaba y yo le miraba a él. Su pico guardaba un libero parecido a un gancho, intimidante y prominente y, para colmo, movió sus robustas patas hasta el borde, enganchó sus garras y se impulsó para seguir su viaje. En aquel instante deseé tener el mismo ímpetu para ponerme a trabajar de una vez por todas; pero, cuando finalmente conseguí alcanzar la concentración, tuve que parar porque no podía soportar el picor causado por el polvo.

Salí con la esperanza de poder lavarme las manos y parte de los brazos en la fuente y, allí agachado, la almejía no parecía tan blanca como la traía. Me sentí avergonzado por estar sucio en un lugar de suma importancia para nuestra religión. Por si fuera poco, el imán me observaba. Le reverencié con la cabeza y se echó a caminar por la galería hacia mí.

—Puedes poner en la biblioteca todo lo que necesites, tal vez un lebrillo con agua y lino. Así, evitas ensuciarte —dijo afablemente y le describí los guardapolvos que usábamos en Fez, atados con un pequeño cordel a la altura del vientre—. Si eres capaz de convertir esta biblioteca en un ápice remotamente inspirado en la madrasa de al-Qarawiyyin, puedes ponerte lo que quieras. —Se rio de su propio comentario, dejando ver su desdentada sonrisa a la que le faltaba las dos paletas que, cuanto menos, resultaba muy inquietante, casi escalofriante. Hubiese preferido que no le hiciera gracia el comentario.

Acabé la jornada sintiéndome orgulloso de mí mismo y me dirigí a la casa pensando que había hecho un buen trabajo. Podría conseguir grandes cosas en aquel lugar, aunque la melancolía me inundó tal y como salí a la plaza donde algunos maestros se encontraban con sus familiares. Ella no quería aparecer en público durante su período de luto, le estaba prohibido engalanarse, incluso usar *kohl* era considerado pecaminoso, aunque se sufriera de irritación ocular, y eso que solo era un cosmético hecho a base, principalmente, de galena molida. La tradición marcaba que una mujer recién enviudada no

debía parecer atractiva a los ojos de los demás hombres, porque podría considerarse que pensaba encontrar marido, y era estrictamente necesario guardar los cuatro meses y diez días de respeto hacia el difunto. Lo malo era que ella se negaba a guardar luto por quien nunca amó. Por eso no quería salir. Seguía vistiendo las sedas más exquisitas, perfumándose con los bálsamos más exóticos, embelleciéndose cual reina mora. A mí me resultaba tan sumamente deliciosa en su total desnudez que de nada me servía todo su atuendo.

Con semejante imagen en la cabeza, caminaba feliz por el barrio judío para recoger la encuadernación que había encargado aquella misma mañana antes de dirigirme al alcázar para sorprenderle con el regalo.

—Tengo la luz de tu amor aquí, para guiarme. Diego —leyó la dedicatoria escrita.

Recorrió cada letra con un dedo sobre el tafilete azul, color que había elegido como símbolo de mi fidelidad, porque ella era lo mejor que me había pasado en la vida y no existían palabras que pudieran expresarlo. La abracé tan fuerte como pude; aunque, temiendo dañarla, aflojé y seguí rodeándola con mis brazos durante un largo rato, dejando que me pasara su respingada nariz por el pómulo; que me hiciese sentir que yo era su hogar, así como ella era el mío. Donde ella estuviera, era el lugar en el que me sentía más seguro del mundo. Y así paseábamos por el jardín, casi entorpeciéndonos el uno al otro por lo cerca que caminábamos, agarrada con ambas manos a mi brazo, charlando de todo lo que había acontecido durante el día, cada uno en ausencia del otro. Finalmente, pidió a Raísa que subiera las viandas a la pequeña jaima de la terraza.

—Diagu, te coloqué toda la ropa limpia dentro del arcón —dijo Raísa mirándome de arriba abajo.

Necesitaba un baño y cambiarme de atuendo, así que subimos, dejando que nos adelantara, y entramos en mi habitación para que me pusiera una sencilla almejía para ir más tarde al *hamman*. Mientras tanto, ella no dejaba de releer la cubierta de su nuevo cuaderno. Le resplandecía la cara de un modo especial cuando lo miraba. Solo lo soltó cuando regresó Raísa con pollo marinado, alcuzcuz y tortas de maíz que Aisha se dedicó a repartir mientras me tomaba dos vasos de agua. Siempre llenaba mi plato más que el suyo y, si había más gente, más que el de los demás. Lo llevaba haciendo toda la vida. Incluso de muchacho, a Umayr y Hasan les servía dos cazos, a mí, tres y, a sí misma, solo uno, y lo hacía sin mirar a nadie, con rapidez y disimulo.

Mientras comíamos, le conté el duro trabajo que me quedaba por delante. Debía partir de un archivo inexistente que tendría que crear yo mismo para hacer más fácil su uso. Era consciente de la cantidad de pesquisas que podrían llevarse a cabo en un futuro si hacía bien mi

cometido. Estornudé un par de veces y los mocos tenían el mismo color que la pelusilla que cubría los rollos de papiro. Incluso me picaba la garganta por respirar aire corrompido. Le dije lo sumamente sucio que estaba el lugar y lo poco viable que era ir vestido de blanco, aunque fuese lo correcto, y se ofreció a coser ella misma el guardapolvo que me reservase un poco de la mugre, negándose en rotundo a que fuese un alfayate de la medina quien se ocupase.

Una vez dentro del *hamman*, agradecí haber ido. Los cambios de frío a calor del agua me ayudaron a relajarme; las hojas secas de lavanda, quemándose por las esquinas, me adentraron en un trance difícil de abatir; los distintos colores de los vidrios del techo eran el punto clave para ausentarse y convertirse en aire escapando por aquellas aperturas con forma estrellada, impulsado por el vapor del ambiente. El ritmo del agua corriendo por debajo del suelo se metía por los oídos y no dejaba percibir ningún otro sonido que pudiera distraer del suyo propio. El exterior me resultaba incoloro, insonoro y zurumbático a la vez. Nada más lejos de la realidad, pero el *hamman* envolvía en una fantasía viva. Era como soñar despierto preso de una irrealidad, por eso, cuando salí, iba cual cuerpo movido por una fuerza divina.

Ni siquiera reaccioné cuando Adnan me paró extrañado de verme de aquella guisa. El rancio delirante pretendía que probase unos caballos que había traído, pero esperaba demasiado de mí; estaba molido.

—Parece que haya sido el primer día de trabajo en toda tu vida —me recriminó el viejo cascarrabias—. Eres un niño malcriado. Te lo han dado todo hecho —siguió reprendiéndome el muy mezquino. Él y sus cosas, hasta la fosa—. Llevo una semana buscando estos caballos para ti y te pones a lloriquear porque los libros te cansan.

La voz de Aisha irrumpió preocupada porque me estaba defendiendo cual energúmeno de las baldías acusaciones, y culpé a su primo de llamarme zascandil, como si acaso el movimiento no se demostrase andando. Ella, poniéndose de mi parte, intentó intermediar restándole importancia a la tarea equina para mayor cólera del grandullón, que me acusó de esconderme tras sus faldas como cuando era niño. Adnan se encaminó hacia las cuadras dándonos la espalda, para no enfrentarse a mis réplicas, y dando el asunto por zanjado.

—¿Dónde crees que vas? ¡Vuelve aquí ahora mismo! —Aisha gritaba encendida cual hoguera en llamas, señalando con un dedo castigador el punto en el que nos encontrábamos de pie—. No le puedes hablar así —vociferaba mientras que Adnan solo refunfuñaba–. No le puedes hablar así. ¡Discúlpate!

Yo no quería que Adnan se disculpara. Le conocía lo

suficientemente bien como para entender que era parco en palabras, sobre todo en las que reconocían las culpas y los errores.

Miró a su prima a los pies y, luego, a los ojos, completamente enfurecido. Toda aquella rabia atravesó mi cuerpo con su mirada mientras reverenciaba, levemente, con la cabeza hacia el frente, sin agacharla, con los ojos apuntando a un lateral ofreciendo sus falsas apologías. Pero yo sabía que no lo sentía en absoluto y que haberse visto a sí mismo ninguneado le había hecho enfadar incluso más. Ella se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que le siguiera hacia la casa mientras el más absoluto silencio se había hecho en el jardín. Ni siquiera los pajarillos se atrevían a cantar. Musa permanecía inmóvil junto a un arbusto; Raísa, en la casapuerta aguardando a su señora, sin dar fe a lo que acababa de presenciar; y Farah, asomada a la celosía que abría de la cocina al jardín trasero. A mí me daba vergüenza mirarlos. Ella había tenido que venir en mi rescate y solucionar la algarabía, aunque yo conocía bien a mi maestro y sabía que aquello no había acabado aún. No podían negar que eran familia. Eran igual de cerriles. La ira de aquel mastodonte enfurecido caminaba de nuevo hacia mí como si su alma la llevara el diablo, dando pasos de gigantón y apuntándome con un dedo. Me puse de cara a él para recibirle alzando la barbilla.

—Esto no va contigo, Diagu —gruñó Adnan apartándome de su camino—. ¡Aisha! —gritó encontrándose a su prima de frente, que no tenía problema alguno por plantarse ante un hombre. A cien si hiciera falta—. Estás tan ciega que vas a menoscabarlo todo. Si aparece alguien y te encuentra vestida de escarlata, con los párpados pintados, como… —gritaba poseído con los ojos a punto de salirse de sus cuencas y le paré la retahíla, encarándome de nuevo, mientras le apuntaba con un dedo casi rozándole la cara—. ¡Como si no fueras viuda! Estás jugando con fuego —le recriminó, consiguiendo que se quedase tan impresionada del argumento de su primo que no encontró respuesta—. Si resulta que ahora hay que tratarte como al señor de la casa —dijo volviéndose hacia mí—, actúa como tal y lleva adelante los asuntos que te conciernen en vez de pasarte el día metido entre sus muslos.

Le golpeé la cara con el puño cerrado. Las exclamaciones de los demás, las súplicas de Aisha para que lo dejara, los repetidos insultos de Adnan… No eran nada. Él me golpeó en el estómago, me dio patadas en las espinillas, rodillazos en mis partes más íntimas. Numerosas manos intentaron sujetarme por la espalda, pero me golpeé contra el suelo y el peso de Adnan cayó sobre mi cuerpo. Rodamos, enganchados el uno con el otro por nuestros brazos y piernas. Nadie pudo pararnos. Peleamos hasta que el cansancio nos venció. Después de bajar rodando los cuatro escalones de la terraza,

clavándonos cada voladizo en los riñones, acabamos empotrados en uno de los bancos de forja que el pobre Musa había colocado para admirar su bonito jardín, nuestro campo de batalla.

Allí permanecimos tumbados bocarriba, jadeando e intentando coger más aire que el otro para no desfallecer bajo la asustada mirada de todos los demás. Habían aparecido de todas partes, pero nadie se acercaba a nosotros. Probablemente por miedo a que se avivara la furia.

—Ya estoy mayor para esto —decía Adnan resoplando, mientras, yo le reconocía su buen hacer tan asfixiado como él, poniéndome en pie, tragando saliva y tendiéndole la mano—. Tú sabes que insisto por tu bien, ¿verdad? —dijo adoptando un tono paternal, pero me estaba abrumando, exigiéndome mayor esfuerzo, como si yo pudiera dar más de mí—. ¡Patrañas! Lo que pasa es que encuentras tu límite con demasiada premura.

—A partir de este mismo instante —dijo Aisha sorprendida de que mantuviésemos una conversación más o menos normal tras la tunda —, lo que pase entre vosotros, lo arregláis vosotros mismos.

—¡Pues claro! Que te metes en todo —increpó a su prima tendiéndome la mano y nos encaminamos hacia las cuadras.

Adnan tenía un sentido especial para advertir el potencial de los potros. Los caballos que había traído eran magníficos, y ya a simple vista se notaba su valor. Eran ágiles, nobles, rápidos, dóciles y jóvenes, de cuatro años, de modo que aún teníamos dos años más para amoldarnos a nuestro propio criterio. Además, había contado con un par de albéitares para reconocerlos antes de adquirirlos y no había duda de que eran de lo mejor que podíamos conseguir. Umayr los montó y quedó embriagado, pero se emocionó demasiado y se le ocurrió que fuésemos al zoco.

Aquello nunca acababa bien y, además, yo quería cambiarme de ropa. Ellos siempre se quejaban de que fuese tan petimetre, aunque sabían que, si decía de ponerme otra vestimenta, no había modo de convencerme de lo contrario. Llevaba puesta la misma almejía con la que había ido al *hamman* aquella tarde y siempre que salía de casa vestía, mínimo, una aljuba por muy sencilla que fuese. Me acompañaron a mi alcoba para asegurarse de que no tardaba más de lo que ellos consideraban necesario. ¡Ni que fuese un crío! Al menos no les hice sufrir demasiado eligiendo atuendo y bajamos rápido mientras yo liaba un *kufiyya*, que me habían traído de Arabia, para enrollármelo alrededor de la cabeza. Nos encontramos a las mujeres haciendo distintas tareas y charlando a la vez. Siempre me había fascinado aquella destreza para no perder el hilo de la conversación ni del quehacer que estuvieran desempeñando, pero nuestra presencia les dejó inmóviles.

—Parecéis un desfile —dijo Farah—. ¿Por qué llevas un pañuelo de campesino árabe?

Aisha le contó que me lo mandaron cuando se lo vi al criado de un emir que vino a Fez años atrás. Lo pedí porque me pareció el tocado masculino más exótico que había visto hasta entonces. La burla no se hizo esperar, pero, acostumbrado ya a su incomprensión, les pregunté si necesitaban algún recado aprovechando que íbamos al zoco. La lista de mejunjes parecía interminable; ni que fuéramos expresamente para hacer la compra del día. La única que no dijo nada fue Aisha, que estaba sentada cerca de la puerta del jardín cosiendo el guardapolvo que tendría preparado para el día siguiente. No parecía feliz en absoluto y recordé el vergonzoso incidente del jardín.

—No estoy molesta por eso —dijo casi susurrando, preocupada—, sois dos zoquetes y no puedo hacer nada para remediarlo. Es que cuando salís todos, siempre acabáis en el harén.

Le prometí que ya nada era igual que antes. Yo la quería y ella no tenía nada que temer. En el umbral, seguí el impulso de volverme, caminar flechado hacia ella, agacharme apoyando las manos sobre la banqueta donde estaba sentada, y darle un beso en los labios que dejó sin aliento a todos los allí presentes. Me sentí como un histrión que acababa de realizar una función. Absolutamente todo el mundo nos estaba mirando, atónitos, casi sonrientes, pero solo casi. Ella tenía media sonrisa dibujada en la cara, ruborizada pero contenta. Estaba feliz y yo marché tranquilo, aun sabiendo que tenía que ganarme su confianza. Podía ir con los amigos a donde quisiera, pero me merecía su desconfianza porque mi comportamiento en Fez había sido indecente. Por eso, no me molestaba su actitud. A partir de ahora mi conducta sería impecable, aunque en el zoco siempre hubiese algún que otro padre de la mancebía local ofreciendo los servicios del negocio que regentaba.

Al menos, aquella noche, simplemente nos convertimos en un codiciado grupo para los mercaderes que se fijaban en las vestimentas de los viandantes buscando seguridad sobre cuánto dinero podían gastar. Musa compró algunas especias que Farah le había pedido después de discutir para que se decidiera por algo sin demasiado peso. La clientela nos miraba desconfiada, como si nos considerasen crapulosos salidos de algún palacio. En eso se parecía al zoco de Fez, pero nosotros seguimos trasteando por las callejuelas y comprando las sandeces que se nos antojaban. En la guarnicionería vimos algunas riendas de cordel para los potros y el maestro quiso cerrar el trato para encargarse de las demás guarniciones, pero Adnan se negó. Prefería ir sobre la marcha. Al pasar por una orfebrería, compré una tobillera a pesar de la advertencia de Umayr. Mi amigo me alertó sobre la estricta norma de no lucir, durante el luto, joyas de casada

que no hubiesen sido entregadas por el difunto, pero así la tendría para el casorio. Sin darnos por satisfechos, seguimos en busca de más tiendas donde gastar dirhams para la preocupación de Musa, que se lamentaba de no haber traído una espuerta mirándonos las manos repletas de bultos que no teníamos dónde meter. Íbamos tan cargados que paramos en una botillería para tomar un refrigerio y hacer recuento para asegurarnos que lo llevábamos todo, aprovechando que el tendero ya conocía a Adnan y a Musa de verlos por allí casi a diario.

—Aquí todos tenemos funciones, hasta el Zarqali hace algo por la vida. Pero no acabo de entender cómo lograste colarte en el séquito, Umayr. —Musa no podía hablar de la risa.

—Yo soy su protector —contestó sin creerse él mismo lo que decía, porque se había inventado un puesto para salir del Majzén.

—Pues no has ayudado mucho. Deberías mantener a este alejado —sentenció Musa señalándome.

Nos desternillamos a carcajadas. Alguno incluso escupió el *sharab* que estaba sorbiendo en aquel momento. Umayr quiso añadir que su aportación era el narguile y la materia buena para fumar, pero no lograba acabar las frases sin reírse de sus propias ocurrencias.

—Es nuestro físico. Nos hace felices a todos —intervine para defender a mi amigo de las chanzas.

—Piensa que ella se las apañó para traernos a todos: a sus amigas y a tus amigos —dijo Umayr arrojando algo de luz al asunto. Aisha lo había conseguido cual maestra tejedora entrelazando los hilos de lo que resultaría un tapete perfecto—. Mira qué cara: cualquiera diría que estás enamorado —volvió a burlarse de mí.

Aún quedaba mucho zoco por recorrer y, en una de las vueltas, vimos el alminar de la madrasa y corrimos en otra dirección para no acabar en la plaza.

—Como te vean vestido de labrador, perderás toda tu reputación —dijo Adnan sin entender que mi vestimenta era exótica. Ellos no estaban preparados para aquello—. Ni nosotros ni nadie —contestó Adnan, muerto de risa, cuando se lo dije—. Que te vea el imán, verás cuánto duras ahí dentro.

Empezamos a resultar onerosos al resto de compradores, a juzgar por cómo nos miraban, y decidimos marcharnos. Dimos por finalizado el recorrido la tercera vez que nos dijimos a nosotros mismos haber pasado por el mismo lugar. Incluso pregunté a un tendero si nos había visto pasar, para su desconcierto, aunque afirmó mientras seguía sacando brillo a una redoma con cara de pocos amigos.

A pesar de estar cansado por el día de trabajo, la tunda con Adnan y la caminata por el zoco, mereció la pena volver a entrar por el jardín, porque nos encontramos a las tres asomadas a la terraza.

Cada una apoyada sobre algo de un modo distinto: una preciosa estampa para dibujar. Dijeron haber salido al oír nuestras voces y no evité la tentación, dejando los remilgos a un lado y los bultos en el suelo, de acercarme para besarla allí mismo. El silencio volvió a inundarlo todo. Estaba feliz de volver a ella y ella se mostró tranquila de tenerme allí. Ni siquiera nos inmutamos mientras todos pasaban por nuestro lado hacia la sala.

Nosotros preferimos aislarnos del resto y quedarnos paseando por el jardín, donde le brindé la tobillera, sosteniendo en un suspiro la esperanza de que accediera a desposarme de un modo formal. La cogió entre sus manos y la miró, dándole vueltas, hasta que compartí mi idea de que la luciese en la ceremonia. En un principio me asustó el cambio del gesto de su cara, pero se acercó para besarme asegurándome que se sentía impaciente porque llegase el momento. Todas mis dudas se disiparon, desde las de mayor envergadura hasta las más ínfimas. Incluso quería estrenarla en aquel mismo instante. Parecía una niña con babuchas nuevas y, a fin de cuentas, no salía y no la iba a ver nadie, así que la ayudé a ponérsela mientras se alzaba un poco los zaragüelles. Estaba preciosa.

—Ahora sí me siento una mujer casada.

Estuvimos sentados en la banqueta que encontramos más oculta entre los arbustos, hablando de nuestras cosas y besándonos en momentos de arrebato pasional hasta que empezó a oscurecer. Estaba tan cansado como hambriento, pero no esperaba hacer una gran sobremesa, aunque bien era cierto que era imposible planear algo cuando había tanta gente de por medio. Además, ni ella ni yo éramos poco habladores, y al final siempre éramos los últimos en irnos. Cada cena que hacíamos juntos parecía una fiesta. Pero aquella noche no podía más con mi alma y necesitaba retirarme porque, además, tenía que madrugar a la mañana siguiente.

Se despidieron de mí a medida que me iba alejando en busca de las escaleras que me llevarían a mi merecido descanso. Antes de ir a su alcoba, pasé por mi habitación para cambiarme de ropa y preparar el zurrón para el día siguiente con mis enseres y la almejía nueva que estaba doblada sobre la cama. Desde luego, no tenía ninguna intención de dormir separado de ella. Simplemente guardábamos la distancia por mera apariencia, y cuando me fui a su alcoba, la encontré poniéndose un camisón blanco. Yo, en cambio, preferí meterme en la cama desnudo mientras ella apagaba casi todas las velas. No necesitaba proponerse nada para provocarme. Su sola persona, presencia y olor eran más que suficiente para tenerme postrado a sus pies.

Capítulo 10

Cuando el gallo estaba tan espabilado como para ponerse a cantar, me despertó mostrándome la estampa de la noche que habíamos pasado: la vela consumida en su totalidad, las sábanas de seda florentina por el suelo, uno de los almohadones en los pies, su camisón colgando de la bancaleja… Los primeros rayos del sol me daban la claridad suficiente, con su tenue luz, para no tropezar con nada camino a mis aposentos y poder ver, desde el umbral de la puerta, cómo dormía plácidamente, bocabajo, sin preocupaciones, sin que nada pudiera alterar aquella paz que la invadía. Fui feliz de verla así. Durante más de un mes seguimos las mismas rutinas, intentando afianzarnos en aquella ciudad, acabando de instalarnos completamente, despreocupados de todo lo que sucedía fuera de Tetuán, incluso de lo que acontecía fuera del alcázar. Salía de casa solo lo preciso: para ir a trabajar cada día, acompañar de vez en cuando a Musa al zoco, para comprar algo que nos hiciera falta, y hacer acto de presencia ante ciertos mercaderes que le insistían a Adnan con sus preguntas. Lo más difícil fue acatar la obligación de ir a trabajar sabiendo que Aisha había caído enferma. Guardó cama durante toda una semana porque aseguraba estar sufriendo una indigestión, lo que hirió los sentimientos de Farah, que se profesaba responsable de haber cocinado algo en mal estado. Como se negaba a que un físico la atendiese, tuvimos que creer en la valoración que ella misma se dio. Las náuseas desaparecieron a los ocho días, aunque siguió mareándose de vez en cuando cada vez que se ponía en pie, pero supe que estaba recuperada del todo en cuanto sus ganas de mí se apoderaron de ella. Parecía que la enfermedad la había hecho insaciable, me acechaba cuando llegaba del trabajo, se metía conmigo en el *hamman* y no me dejaba dormir por las noches hasta no darse por satisfecha.

Entrado el noveno mes de nuestro calendario, Musa y Farah hicieron acopio en la alhacena con los víveres que devoraríamos una vez se pusiera el sol. Conocía de sobra los pilares del ayuno, pero tenía la sensación de que aquella vez me iba a resultar más complicado llevar a cabo la abstinencia y los cambios de humor exagerados. Estaba a mitad de camino de verla convertida en mi esposa, no podía evitar estar exaltado. Sin ir más lejos, el segundo día de Ramadán, que aún se hacía muy difícil, me la encontré a la salida del *hamman* devorando a escondidas una naranja que había recolectado ella misma en el jardín. Hacerse al ayuno era muy complicado al principio, pero era necesario y, en cuestión de días, el cuerpo se habituaba a ello. Me miró asustada con el jugo de la naranja cayéndole por la comisura de los labios y me hizo un gesto con la mano para que me calmara tragándose el gajo en vez de escupirlo.

—Subamos a la alcoba y hablemos —dijo mirando hacia los lados

asegurándose de que no hubiese testigos de vista.

La demostración eximía a las mujeres de practicar el Ramadán durante ese período, podían posponerlo una vez se les retirase, y entendía que no quisiera gritarlo a los cuatro vientos. De niño, la vi retorcida de dolor en su cama en un despiste de su sirvienta que dejó la puerta entreabierta cuando fue a rellenar un lebrillo con agua. Se quejaba y se abrazaba el vientre a sí misma mientras rodaba de un lado para el otro sobre el jergón con varios paños ensangrentados a los pies. Me asusté y me quedé inmóvil frente a aquella pequeña ranura, observándola, sabiendo que no podía pasar, pero queriendo ayudarla, hasta que me pilló la sirvienta y me gritó que me fuera. Ella me miró y volvió a tumbarse sin hacerme caso. Aquella misma tarde vino a buscarme pálida, con las ojeras más marcadas que de costumbre, y me explicó, con toda la sinceridad que siempre había usado para enseñarme todo lo que sabía, que se trataba de algo que les pasaba a las mujeres, por qué sucedía y para qué servía. Entonces no entendí por qué le sobrevenía a ella si no podía tener hijos, razón por la que estaba aislada del harén, pero luego supe que la demostración era algo que acaecía, sirviera o no.

En los meses que llevábamos aquí nunca la había tenido. Bien podía ser el cese que acechaba a las mujeres a partir de los treinta y cinco años o una interrupción que algunas mujeres sufrían cuando llevaban una mala alimentación. Pero no era en absoluto su caso. De hecho, antes del Ramadán me pareció que estaba comiendo más para curarse en salud.

Embebido en mis cábalas, iba un paso por detrás de ella subiendo las escaleras. Me dio la mano sin mirar hacia atrás, llevándome a sus aposentos con alto secretismo, cerró la puerta y se abrazó a mí un instante. Se separó y puso ambas manos en mis brazos, respirando casi con dificultad, aunque su cara expresaba felicidad, desconcierto, emoción, miedo, ilusión, desasosiego y quietud. Todo a la vez. Me llevó de la mano hasta la terraza y me disculpé por haberle gritado sin reparar en la demostración, pero tragó saliva y negó con la cabeza. La última vez que sangró fue en Fez, por eso había aplazado el viaje.

—Estoy esperando un hijo tuyo —sonrió poniendo mi mano sobre su vientre.

No pude mediar palabra, me limité a mirar mi mano, aún sobre su cuerpo. Y, aunque necesitaba algún tipo de reacción por mi parte, no podía salir de mi asombro ni pensar con claridad para formar una frase. Ella seguía mirándome con los ojos abiertos de la emoción y yo, en cambio, solo atiné a ponerle ambas manos sobre el vientre y fijar la vista en él, como si pudiera atravesarlo con la mirada, ver el interior y encontrar a un pequeño dormido.

—Mi amor… —atiné a decir antes de besarla con toda la dulzura

que pude.

Me contó que jamás hubiese achacado aquella razón a la retirada de su ciclo hasta que oyó la historia de Shala. No podía sospechar lo inmensamente feliz que me había hecho. El corazón se me iba a salir por la boca y quise levantarla del suelo para que se tumbase en la cama porque estábamos en medio de la jaima. La sujeté por las axilas para ayudarle a ponerse en pie, pero rechistó por tratarla como una enferma, molestándose en demasía por mi actitud. Era cierto que desconocía la situación, pero llevaba a mi hijo dentro. La mujer que amaba iba a pasar por toda una serie de cambios contundentes hasta dar a luz y traer a la vida un pedazo de mí. No podía actuar como si nada, así que llegamos a una serie de acuerdos y nos quedamos hablando largo y tendido sobre todo lo que nos deparaba el futuro. Aquello cambiaba la percepción de todo y no sabíamos cómo nos las apañaríamos para ocultarlo.

Creía haberse quedado encinta la primera semana de su llegada a Tetuán y eso explicaba sus fuertes vómitos y mareos. Incluso hablamos de posibles nombres. Mi impaciencia quería que saliera ya. No podía esperar más de siete meses a verle y tenerle en mis brazos. Era sorprendente cómo, de repente, de un momento a otro, mi visión de las cosas había cambiado. Nunca había pensado en tener hijos y ya le quería, cuando aún ni se notaba su presencia en el cuerpo de su madre.

Tras una larga siesta, quiso bajar a la sala para recoger su costura y hacer algunos encargos a Raísa. Farah ya estaba en la cocina y tan solo el olor nos abría el apetito, por eso, tan pronto como se puso el sol y no hubo un solo rayo de luz en el cielo, apareció el desfile de bandejas que todos quisimos traer para empezar a comer antes. Me hice con un trozo de zanahoria de la guarnición del tayín que yo portaba y me quemé el cielo de la boca ante la regañina de Farah que, además, se alegró de mi castigo por impaciente. Dispusimos el tayín, las pastelas, el hummus, el pan, la *harira*, los dátiles, el *zaaluk* de berenjenas y el agua formando una hilera centrando la mesa para que cada uno se sirviese a su antojo; aunque, por costumbre, la sopa *harira* era el plato con el que rompíamos el ayuno. De pronto, Aisha se quedó mirando el tayín asqueada, encogiendo la nariz, a pesar de que siempre le había encantado el cordero. El desconcierto de Farah se hizo notar por cómo medía sus palabras, pero Aisha frunció el ceño y se llevó la mano a la boca para no vomitar allí mismo. Solo logré exclamar, cual energúmeno, que se lo quitaran de delante porque no me daba tiempo a ponerme en pie para apartarlo yo mismo.

—Tú… ¡tú estás esperando! —gritó Farah.

Estaba eufórica, señalándola sin pararse a pensar en lo que estaba diciendo, y el silencio inundó la habitación, solo corrompido por el

sonido de la loza y jarros que poco a poco fueron depositados sobre la mesa mientras todos nos miraban atónitos. Cogí aire, pero no lo solté. Ni el aire ni las palabras. Ella también permaneció en silencio mientras miraba con pena su plato vacío por no poder devorar las viandas a pesar de estar hambrienta, y asustada por no saber qué decir ante aquel público que moría por una explicación.

—Dentro de poco habrá un pequeño Zarqali —dije arrojando algo de luz.

Me era más fácil confesar a mí, ya que nadie me estaba observando. Ella me miró aguantando la sonrisa mientras le tendía la mano desde el lado opuesto de la mesa. Poco a poco, la alegría también empezó a dibujarse en las caras de los demás; después, las risas empezaron a sonar, aunque muy poco a poco, hasta que incluso alguno aplaudió como si hubiese rematado un juego de alcancías.

—Yo rezaba porque fuera esto. Oh, hermana —dijo Raísa levantándose para abrazarse a ella.

Farah comenzó a despotricar, quejándose de que no podía guardar ayuno en su estado, y Adnan levantó su vaso con zumo de uvas dándonos la enhorabuena. Ella y yo nos miramos y supimos que habíamos hecho lo correcto: no se merecían vivir engañados. Todos sabían la situación en la que estábamos, pero nadie quiso recordarlo en voz alta. Como si se hubieran puesto de acuerdo en salvaguardar la felicidad de aquella celebración, un acuerdo sin palabras que duró hasta pasada la media noche cuando, exhaustos por tanta fiesta y comida, nos retiramos satisfechos de cómo había salido todo.

Cedí ante su insistencia para que durmiese con ella, a pesar de mis reticencias sabiendo el estado en el que se encontraba, pero no fui capaz de convencerla de lo contrario. Además, debía dormirme para ir a trabajar al día siguiente descansado, aunque estaba completamente espabilado. Le di un beso de buenas noches y me tumbé bocarriba intentando concentrarme en conciliar el sueño, aunque ni siquiera podía mantener los ojos cerrados. Giré de un lado a otro, cambié de postura, articulé brazos y piernas, saqué un pie de la cama y me mecí hasta que me la encontré reclinada sobre un brazo, observándome. Era cierto que no podía dormir y no la dejaba dormir a ella; un claro ejemplo de por qué debíamos reposar separados. Ella debía descansar, pero era terca como ella sola.

—No pienso dormir sin ti nunca más —dijo haciendo un gesto con la mano, como si pudiera seguir la línea de la vida.

Le acaricié el pelo. En realidad, yo tampoco quería dormir sin ella. Solo quería protegerla de algún movimiento brusco durante el sueño, pero se echó un poco hacia mí y me besó cogiéndome la cara con una mano. Yo conocía las intenciones de aquellos besos, así que puse mi frente contra la suya intentando dejar espacio suficiente para

la cordura. Sabía que seguía en mis trece y se tumbó dándome la espalda, enfadada, sin hablarme, y la miré durante un rato sin saber muy bien qué hacer hasta que me tumbé a su lado, abrazándola. No rodeó mi brazo con el suyo como de costumbre, pero yo sabía que había que darle tiempo para que recapacitase. Olí su pelo, que desprendía su sempiterno perfume a rosas, y su hombro, en el que sentí la suavidad de su piel, y la besé. Ella seguía inmóvil. Le aparté el pelo del cuello para poder besarlo, le acaricié el brazo mientras seguía besándole el cuello y, por fin, su cuerpo empezó a volver a la vida. Pese a todo, no iba dar mi brazo a torcer, solo pretendía que se le pasase el enfado. Nunca había estado en aquella situación, y ella, aunque siempre iba varios pasos agigantados por delante, también era novel.

—¿Y piensas abstenerte durante varios meses? —me reprochó irónicamente.

Me tumbé bocarriba, como si hubiera caído desplomado desde gran altura, y supe que sonreía. La conocía tan bien que sabía que se tomaría mi reacción como una primera batalla ganada dentro de aquella guerra.

Los siguientes días fueron muy desconcertantes porque no había nada que me mantuviese centrado y, muchísimo menos, que me ayudase a entrar en un estado de paz. La biblioteca se me caía encima, los libros me mareaban y sentía que me faltaba el aire por no estar en mi casa. A veces, el imán me miraba y me repetía que los primeros días del Ramadán eran los peores, todo el mundo lo sabía. Pero el ayuno no tenía nada que ver. La comida no me importaba, solo quería estar con ella. El maldito tiempo parecía haberse detenido en algún punto del camino y no quería avanzar. El tiempo, al que yo no nunca había soportado y que todo se lo llevaba, el que iba por la vida con una guadaña en la mano llevándose a todo el que se le pusiera por delante, había desaparecido. Se había propuesto que mi jornal durase eternamente. Yo miraba el tremendo reloj que se alzaba en una de las esquinas más vistosas de la sala y el escriba nunca giraba. Se trataba de una clepsidra camuflada que hacía girar la tarima sobre la que estaba sentada la figura, sosteniendo una vara que mostraba la hora. Pero parecía que siempre indicaba el mismo punto. A veces sospechaba que le faltaba agua en su interior para que el flotador funcionase correctamente, o que al-Jazari no terminó de perfilar bien su invento. A fin de cuentas, qué iba a saber alguien que vivió fabricando autómatas para gentes pudientes hacía ya dos centurias. El astro rey tampoco se movía de su sitio y, cada vez que me asomaba por la ventana, le quedaba aún mucha distancia por recorrer para situarse sobre el tejado.

Cuando por fin llegaba la hora de salir, corría cual poseído por

aquellas sinuosas calles de la medina que me resultaban interminables, como si no hubiese suficiente espacio para apresurarme a lo largo y ancho de ellas. La gente me molestaba, se interponían entre mi casa y mi persona. La distancia me mataba. Era un castigo que tenía que pagar a diario. El ansia se apoderaba de mí y no me dejaba suficiente aire para calmar mi pecho, que gritaba acelerado que les diese más corriente. Llegaba a la casa jadeando, sulfurado, emocionado, expectante y ansioso, directo a buscarla. Unas veces la encontraba en la habitación y otras, en la sala. En todo caso, siempre estaba tumbada en la cama o en el sillón. Conociéndola, estaba casi seguro de que se tumbaba a la hora de mi llegada para que no le insistiera en que tenía que descansar, y yo tampoco quería abrumarla con interrogatorios cargados de desconfianza. A fin de cuentas, el niño era tan suyo como mío, con el añadido de que ella lo llevaba dentro de su cuerpo.

Podía pasarme horas sentado a sus pies con la oreja pegada a su vientre. Sabía que no le molestaba porque se entretenía jugando con mis rizos, dándoles forma, a veces, incluso, seguía inmersa en su lectura mientras yo me quedaba ahí, esperando a que mi hijo me hablase. Nuestra particular realidad nos envolvía y nos aislaba del resto de habitantes de aquella casa, que ya ni se inmutaban por vernos así. Se habían hecho a la imagen de encontrarme sentado en el suelo, con la cabeza pegada a su cuerpo, mientras ella estaba echada en el sillón. Al principio, les hacía gracia; pero, poco a poco, se fueron haciendo a ello. Umayr bromeaba con que yo era la última persona del mundo que podía imaginarse convirtiéndose en padre, y menos en un padre tan sumamente expectante. Ella empezó a coser faldones para el niño con los materiales que Raísa le traía del mercado y me los mostraba cuando llegaba a casa, orgullosa de sus bordados, sus cintas para el cierre y sus bolillos. Yo daba por hecho que iba a ser un pequeño Rashid, ‘el que tiene buen juicio’; aunque, si al final era niña, se llamaría Zahara, ‘flor’.

Los demás esperábamos cada día el ocaso con ansia para poder probar bocado, convirtiendo la sala en una auténtica fiesta durante la noche, donde, a veces, ella tocaba el laúd y cantaba acompañada de Musa, que tocaba muy bien el argul. Entonces, Umayr aparecía con el cachimbo y se desmadraba todo. Al principio solo traía fruta seca para aderezarlo; pero, poco a poco, fue añadiendo cáñamo que un mercader amigo suyo le había traído de sus viajes a la India, buscando las mejores sedas para luego vender por Marruecos. A decir verdad, parecía que el oficio del cáñamo le funcionaba mejor que el textil. Aisha no quería fumar porque no le parecía algo natural y podría dañar al crío, lo que separó al grupo en tres: a ella defendiendo su postura, a mí defendiendo su libertad de decisión, y a todos los demás, que no entendían por qué. A la hora de irnos a dormir nadie quería ser

el primero para no dejar de comer o de vivir del modo más lascivo posible, como era nuestro caso. Teníamos que dividirnos entre la comida y la lujuria mientras estuviese oscuro, porque a la primera luz del alba se acababa todo lo bueno. El día se convertía en una tarea difícil de llevar a cabo para todos menos para Aisha, que estaba exenta de todo lo que el Ramadán significaba. A ella lo que le resultaba difícil era controlar su deseo, que me estaba dejando sin fuerzas para enfrentarme al más radical de los ayunos. Yo había sucumbido ante ella una vez más. Como siempre hacía. Estaba preciosa con su panza tomando forma, su cara rellena y sus brazos levemente más rollizos. Había adoptado una forma más redonda, aunque nadie podría haber notado nada, solo un poco más de peso en su cuerpo.

Una noche, mientras todos los demás parecían estar en otro lugar distinto al que estábamos nosotros por su creciente interés en fumar cáñamo, me convenció para que dejásemos la sala antes de lo que acostumbrábamos hacer. Realmente no pintábamos nada allí, ellos tenían su propia fiesta, y accedí a que nos fuésemos a dormir sabiendo perfectamente que no podría cerrar los ojos hasta que no pagase el precio que ella le pusiera a mi sueño.

—Diego, bésame —dijo poniendo más amor que pasión en el beso, cosa poco habitual en ella. Posó la mano con la palma abierta sobre mi cara, en vez de colocar el pulgar en la barbilla como le gustaba hacer para manejarme—. Te quiero. Eres el hombre de mi vida. Jamás he sentido nada parecido. Te debo mi vida, mi felicidad —decía mientras intercalaba besos con palabras.

No supe qué decir. Ni siquiera podría haber estado en Tetuán si no fuera por ella. De hecho, ni siquiera hubiese permanecido en Marruecos de no ser por ella. Me aferré a su cuerpo para que nadie osara separarla de mí. Llegados a aquel punto, después de haber sorteado tantos impedimentos, no podía perderla. Recorrí con mis dedos sus costillas, su cintura, sus muslos, la corva de su rodilla diestra para elevarla hasta mi cadera y presionarme contra su cuerpo, tenso, húmedo, salado. Mío.

Al día siguiente, mientras contaba del uno al infinito para que pasara el tiempo que me separaba de mi casa, volvió a sorprenderme el maldito cuervo posado en el alféizar. No me percaté de su presencia hasta que aleteó queriendo ser visto, pero lo ignoré y seguí organizando libros por temas para justificar mi salario hasta que volvió a revolotear. Salí de detrás del anaquel para comprobar que no estuviese dentro, no sabía qué hubiese hecho de haber sido así, y saqué la cabeza por la ventana para buscarlo. Allí estaba mirándome. Se me erizó la piel de abajo a arriba, abrió sus alas y se fue. Tampoco me calmaba saber que el imán sospechaba que no había alcanzado la quietud requerida durante al ayuno. No había más que ver cómo salía

corriendo a la hora del cierre, cual niño cuando sus padres le esperan con turrón a la salida de la madrasa, y, para colmo, aquel día me dirigí a casa sin mirar atrás. Ni siquiera me entretuve en saludar a nadie. Inevitablemente iba conociendo gente, especialmente porque recorría las mismas calles a diario y a todos les causaba un extraño furor conocer a algún habitante de aquel misterioso alcázar que se había poblado de gente de la noche a la mañana, pero del que poco se sabía.

Capítulo 11

Mientras más me acercaba, más gente encontraba agolpada en las bocacalles interesada en la dirección a la que me dirigía. No tuve ángulo de visión debido a los numerosos grupos de chismosos que tenía delante, aunque no necesité mucho para reconocer los albos uniformes que tanto había visto en Fez: la Guardia Real. La casa estaba escoltada a la redonda y, si no fuera porque Adnan estaba a la espera de mi llegada en el portón, no hubiese podido pasar. Me rodeó los hombros con su brazo mientras me dejaba guiar por él, completamente desconcertado.

—Su Alteza Real —dijo apuntando con la barbilla hacia dentro—. El mismo que viste almaizar y lleva alfanje.

No comprendía qué demonios hacía allí Hasan sin avisar previamente de su llegada, cuando era tan dado a proclamar que solo viajaba para ser visto por su pueblo y dejar que se le acercaran los necesitados. Por mi parte, estaba muy preocupado por ella, aunque me alegró saber que, con todo el boato que traían, Umayr los había avistado tiempo de sobra antes de que llegasen. Había cumplido su papel de escolta a la perfección. Inspiré más miedo que aire y entramos en la casa, donde la encontré con el alquinal cubriéndole la cabeza, vestida de aquel luto blanco impoluto, sin afeites, sin la tobillera y con toda la rabia contenida que sentía expresada en su cara. Me quedé en el umbral casi inclinado hacia delante sin saber qué hacer, cómo actuar o qué decir como si nunca antes hubiera visto un miembro de la realeza, hasta que Hasan apareció de la nada exclamando mi presencia como su *hermano* mientras me extendía los brazos del modo más simulado que le salía. No se podía defender las enseñanzas sufíes, que tan ortodoxas se mostraban con la Ley de Mahoma, e ir vestido con una aljuba verde labrada en hilo de oro debajo de una solemne marlota carmesí abrochada con trenzados de oropel.

—Alteza —dije reverenciando con la cabeza antes de que se acercase para abrazarme.

No le correspondí al saludo porque no entendía aquella efusividad repentina, y mientras mantenía las manos sobre mis hombros, me

miraba de arriba abajo halagándome sobre mi aspecto. Él, en cambio, había ensanchado la espalda y se había vuelto de complexión fuerte. Parecía incluso más alto que la última vez que le vi. Se había dejado crecer la barba levemente sobre aquel rostro avellanado dotado de hermosura con la mirada del niño inocente que siempre fue, pero la hermosura no aprovechaba al hermoso si la afeaba con sus hechos. Sus ojos almendrados coronados por cejas, perfectamente levantadas, alimentaban ese gesto de credulidad, con la frente ligeramente arrugada, típica de quienes se sorprenden por todo, y la boca siempre entreabierta, como si estuviera a punto de añadir algo, pero sin dejar que ninguna pregunta saliera por ella. Un recordatorio que tenía que hacerse a sí mismo como futuro sultán. ¿Qué iba a preguntar él que no supiera por el simple hecho de ser quien era? Aunque por mucho que se supiera, más faltaba por saber.

Desde luego, yo no iba a causar más discordia entre nosotros por muy mala que me resultase su actitud, así que bajé el tono de voz, más que de costumbre, para agradecerle su presencia. Actué como mandaba la usanza y me mostré no merecedor de tan sumo honor mientras él, al menos, tuvo la deferencia de felicitarme por el puesto conseguido en la madrasa.

—Si una biblioteca no contiene más que lo que hay en el Corán, es inútil y es preciso quemarla; si algo más contiene, es mala y también es preciso quemarla.

Aquella voz tan desagradable solo podía ser de alguien tan poco original que tenía que repetir las palabras del califa Omar para hacer su entrada triunfal en la sala: Maryam. No me volví. Me limité a cerrar los ojos para no expresar todo el asco que sentía al saber que respiraba el mismo aire que ella, pero Hasan la anunció como si estuviera presentando a una reina. Giré la cabeza y vi a Maryam acunando al niño entre sus brazos, el pobre tenía el ojo vendado y parecía un monigote por lo quieto que estaba. Le habían dormido a base de hierbas calmantes para el dolor. Desde luego, ella estaba pletórica luciendo un vistoso caftán de sirga como el lapislázuli con alamares dorados, como si no hubiese perdido a su padre recientemente, pero el mono no era nada, aunque vistiese brocados de seda.

—Parece que el Zarqali no piensa saludarme.

Me puse frente a ella y la reverencié aprovechando aquel tipo de saludo para no tener que mirarle a la cara y, en aquella posición, con la cabeza gacha, me acordé del cuervo que vino por segunda vez aquel día. El maldito me estaba avisando de aquella ingrata visita que me revolvía el estómago y que no había hecho más que llegar. Me disculpé achacando que quería dejar las cosas en la alcoba mientras me lamentaba interiormente por no poder hablar con ella para saber qué hacer. Qué íbamos a hacer los dos.

Menos mal que Raísa tocó la puerta cuando me estaba cambiando de atuendo con la poca ropa que aún quedaba en mis aposentos. Tiré de ella hacia el interior para poder interrogarla sobre qué demonios estaba ocurriendo. Lo bueno era que no pretendían nada más que la visita al oculista al que habíamos invitado a cenar y, lo malo, que no se sabía el tiempo que se pensaban quedar. Para colmo, habían pedido comida alegando que eran viajeros, y la pobre Aisha tenía que guardar la compostura del falso ayuno. Luego bien que le gustaba a Hasan presumir de ir siempre con sus útiles para la ablución, aunque se tratase de una salida a cabalgar. Raísa se lamentaba con razón, pero si el tema que les había traído hasta allí era relacionado con el niño, no tenían por qué percatarse de otras cosas. También era cierto que aunque a Aisha no se le notaba su estado, el enojo sí lo llevaba dibujado en el rostro. Nunca había sabido fingir.

—Bueno, es sabido que no se lleva bien ni con Hasan ni con Maryam —dijo Raísa en un intento de calmarme; pero, lejos de conseguirlo, me asqueó volver a oír aquel nombre—. Anda, baja y atiende la visita, que esa no ha viajado tantas leguas para ver solo al físico.

No la soportaba desde lo más profundo de mi alma y me arrepentía de cada paso que daba, pero sabía que sería peor no estar presente y, por supuesto, aunque fuese tan solo con la apariencia, tenía que apoyarla en aquel mal trago. No podía sentarme a su lado,

sujetarle la mano para secundarla, actuar como lo que realmente éramos, pero sí, tenía que estar presente. De hecho, Hasan me llamó felizmente, mientras me señalaba la banqueta que estaba a su lado, para explicarme sus nuevos planes de ataque arguyendo que a mí siempre se me había dado bien idearlos.

—Todo está en los libros. A ver qué íbamos a hacer si se quemasen todas las bibliotecas —dije en voz alta queriendo que todos me oyeran, incluso sabiendo que estaba afilando la espada de aquella lengua viperina.

—Si este alcázar solo tiene una señora, ¿qué pinta tu bibliotecario ejerciendo de anfitrión? —Oí cómo Maryam preguntaba a Aisha, que ni la miraba.

—Supongo que Diego habla con Hasan como amigo. Ya sabes que se han criado juntos, mujer —dijo Aisha sin dar más explicaciones.

—Ya, los criaste tú. Eres como su madre. Para ambos, ¿no? —Maryam siguió hurgando en la herida.

—Eso se lo tendrás que preguntar a ellos. Hasan tiene a su propia madre, y solo soy seis años mayor que Diego —siguió explicando Aisha sin motivación alguna por aquella conversación.

—Una mujer que pasa los treinta es como un hombre que pasa los cincuenta —insistió Maryam.

—Pues a ti te quedan solo dos años —apuntó Aisha, experta en dar bofetadas sin manos gracias a su ingeniosa elocuencia.

—La tierra hispana pronto será reconquistada —dijo Hasan de repente atrayendo la atención de todos— y habrá tierra para todos los mahometanos.

Por lo que veía, seguía tan mamerto como de costumbre. Se había quedado pensativo, mirando a través de las puertas acristaladas que daban a la terraza. Estaba más que acostumbrado a que hiciese partícipe a los presentes de sus más dispares pensamientos sin venir a cuento, y le recordé a su padre, enemigo de la guerra. No tenía interés alguno en mantener aquella conversación, pero tampoco lo tenía en que estuvieran en nuestra casa, y no podía echarlos de allí. Claro que mi atrevimiento le hizo acusarme, del modo más inconsciente que sus veintitrés años de edad le permitían, de no ser, en el fondo, uno de ellos. Di un golpe en la mesa y el silencio, recubierto por el miedo, se hizo en la sala.

—No te consiento que me insultes. Me da igual quién seas. Parece mentira. Ni que fuese un desconocido para ti —le dije apuntándole con el dedo y marcando cada palabra entre dientes hasta que oí a Aisha decir mi nombre, intentando calmarme desde su asiento en el otro lado de la sala—. Lo digo precisamente porque me importa. Estamos empleando tiempo, dinero y seres humanos en algo que ya está perdido. ¿No te das cuenta de lo ancha que es Castilla? Es ya

territorio inexpugnable ¡Han arrinconado a los andalusíes! —exclamé como si el tono de voz pudiese hacer entender a aquel terco la obviedad mientras gesticulaba—. Hay que mirar allende —añadí extendiendo la mano diestra como si por allí estuviese el camino que quería mostrarle, pero él se quejó de que hacia el sur y el este estaba el desierto, hacia el oeste teníamos el mar y, más allá, el abismo—. El desierto no puede ser solo arena —le repliqué—. Alá creó el mundo y lo llenó de vida, de recursos. Tal vez hoy somos incapaces de entender qué demonios hay ahí, pero yo sé que debe haber algo, Hasan. No pudo crear miles de leguas de arena para nada. Además, aquella tierra ha visto nacer al Gran Profeta, al profeta Isa, Musa atravesó ese desierto en busca de Israel, los libros sagrados hablan de esa tierra, Hasan, tiene que haber algo escondido en ella.

Me acusó de hablar como un enajenado la misma persona que pretendía reconquistar tierras que ya no se sabía ni de quiénes eran, llevando a cabo la misma ofensiva que los retrecheros reyes cristianos que aseguraban que la Península era de ellos. Y así llevábamos desde los anales del mundo. De todos era sabido que había rocas aceitosas hacia el este, lo que nadie parecía pararse a preguntar era por qué, a cuento de qué, de dónde salía aquel aceite.

—Al-Razi escribió en su *Libro de los Secretos* cómo lo destiló hasta obtener aceite para la lumbre —dije tirando de mi memoria, como si me estuviera enfrentando a un examen oral de todos los libros que había leído.

—Ese aceite es apestoso, viscoso, denso y tiene un color muy extraño. No es hacedero, Diagu. ¿Cuántas rocas hacen falta para llenar un alambique? —preguntó con desprecio.

—Nadie está interesado en Oriente porque no vemos nada, pero dentro de mí sé que llegará el día en que los cristianos ambicionen algo que nosotros tengamos. Igual que nosotros anhelamos sus tierras ahora, que son ricas por lo que tienen sobre ellas, su agua, sus prados y todas las posibilidades que eso brinda. Algo tiene que haber en Oriente que hará ricas nuestras tierras, aunque aún no sepamos qué es o para qué sirve. Consulta los libros, Hasan, que ahí están todas las respuestas a las más retorcidas preguntas. Solo hay que saber dar con el correcto.

—Los libros de al-Bujari y de Muslim son los mejores libros después del Excelso Libro de Dios. Deja ya de decir bobadas. Estás como cuando eras un niño cogiendo berrinches porque asegurabas que había tierra más allá del Mar del Norte —se burló mientras se reía mirando a Maryam para buscar su aprobación.

—Pues a mí me suena a blasfemia y, como podéis ver, corrobora lo que dije antes sobre las bibliotecas —dijo Maryam, que no podía mantenerse al margen, pero esperé a que mi corazón latiese cinco

veces antes de contestarle lo que me pasaba por la mente.

—Bueno, ya está bien. ¿Dónde se ha visto que los hombres y las mujeres compartan la sala? ¿Qué es lo próximo, comer en la misma mesa? —dijo Hasan dando un giro al coloquio, su usual reacción cuando no sabía qué añadir a una conversación porque era un pésimo perdedor. Aisha lo sabía y por eso invitó a Maryam a mudarse de sala, saliendo sin decir palabra.

—Sin el auxilio de Alá, no se ilustra a un pollino —no pude evitar murmurar entre dientes.

La velada estuvo llena de altibajos, de idas y venidas, y encontronazos. Durante la cena pensé en ella en varias ocasiones. La pobre estaba hambrienta, incluso más que yo a pesar de haber desayunado, pero tenía que comer por dos y la visita no le había dado libertad de movimiento para alimentarse debidamente, aunque fuese a escondidas. Maryam la estaría observando y sabía que lo haría con el mismo desprecio que le había mostrado siempre. La niña malcriada de Tariq tenía dos posibles caminos a seguir en su vida según sus propios deseos: el que quería, que era yo, y el que le convenía, que era Hasan. Aisha estaba dondequiera que acudiese. Y a mí lo que me mataba era no poder tener un momento a solas con ella. Ni siquiera sabía cómo iba a poder verla durante la madrugada sin que la visita se percatara. No podía quedarme así, necesitaba saber qué íbamos a hacer los siguientes días. Cuando por fin a Hasan pareció vencerle el sueño, todos pudimos irnos a dormir. Lo malo era que Raísa había dispuesto tres habitaciones contiguas para los invitados en la algorfa, obligada por el rango de la visita. Yo dejé que todos se fueran a sus aposentos mientras achacaba tener que pasarme por la biblioteca para recoger unos documentos.

Cuando no se oyó un alma suspirar, subí y me paré delante de la alcoba de Aisha, pero la ausencia de ruido y luz por debajo de la puerta me hizo temer que la sacaría del letargo. Me dirigí a mis aposentos a cambiarme de ropa sin quietud ni sueño. Todo aquello me superaba y me incomodaba hasta el infinito. El sutil sonido de rasgadura sobre mi puerta me sobresaltó y miré, como si pudiera ver a través de ella. Me acerqué sigilosamente y abrí lo suficiente para que mi ojo tuviera campo de visión, pero que no cupiese ni un cordel a través de la ranura. Aisha empujó la puerta con su cuerpo para contarme que la real pareja pretendía quedarse una semana y que Walid examinase al niño. No nos quedaba más remedio que resignarnos. Llevaban una tarde y la pobre ya no podía más. ¡A ver cómo soportaba pasar una semana entera! Intenté convencerla de que todo era por el pequeño príncipe que no tenía la culpa de nada. Esperaba que al menos aguantase el percal por él.

Durante mi jornada laboral tuve tiempo suficiente para pensar

cómo emplear mis tardes sin levantar sospechas. No podía estarme quieto, no podía estar sentado, todo me molestaba y no tenía más remedio que estar allí, de modo que vivía doblemente molesto. Tampoco soportaba la lentitud con la que el sol iba moviéndose ni el leve bullicio de los pasos que daban los muchachos cuando les tocaba ir a rezar. No soportaba el cantar de los pájaros que vivían ajenos a todo problema ni la entonación del almuecín que me hacía ir a rezar cuando estaba cargado de malos pensamientos. No soportaba aquella situación. Solo quería salir corriendo y gritar que no aguantaba más. Ni siquiera apareció el cuervo al que me había propuesto lanzar un libro si volvía a posarse sobre el alféizar de la ventana y desafiarme con aquella mirada.

Aquel día no salí deprisa y corriendo de la madrasa ni me apresuré callejuelas abajo. No aparté al gentío que se interponía en mi camino, ni siquiera quería llegar a casa. De hecho, cuando estaba en el jardín, me desvié hacia las cuadras para montar un rato y, cuando di por finalizada las prácticas de equitación, decidí darme un baño. Me las apañé bastante bien para subir a la habitación, hacerme con una almejía, unas babuchas, y volver a bajar hasta el *hamman* sin encontrarme a nadie que no deseara por el camino. Una vez limpio, me fui a la biblioteca donde estuve repasando los volúmenes que había dejado abandonados. Si Hasan se hubiese centrado más en sus estudios podría haber aprendido a ser un gran sultán: todo estaba en la educación. ¡A cuántos que deberían pedir ideas se las piden! Incluso el arte de luchar en una batalla estaba en los libros.

Raísa me sorprendió mientras cerraba la puerta tras de sí y le confesé que pretendía esconderme. Sonrió con decoro, cubriéndose la boca cual niña inocente que oye una maldad. En cualquier caso, venía a interesarse por mi estado porque realmente le importaba Aisha y todo lo que, a su vez, a ella le importase. Aprecié su intención sincera. Se acercó y se sentó sobre la esquina de la mesa con un pie colgando y el otro apoyado sobre el suelo, intentando convencerme de que era como interpretar una función que ni ella misma creía. Rio levemente mientras se lo imaginaba y le devolví la risa casi sin ganas. Lo mío nunca había sido actuar. A fin de cuentas, no podía echarme a llorar como un crío, aunque fuese lo que realmente deseaba hacer. Pero burro por burro, más valía el que conocía la casa.

–Estoy deseando que llegue el casorio. Me parece tan emocionante –sonreía mientras balanceaba el pie.

La madera de la puerta crujió contra el suelo y ambos miramos, más asustados que interesados, hacia la entrada, porque tanto ella se acordaba de haber cerrado la puerta como yo de haber oído el pestillo. Tenía el rostro pálido y le mandé a callar poniendo un dedo sobre mis labios mientras me levantaba para comprobar si había

alguien, pero no debía cundir el pánico. Era habitual que la madera crujiese, y necesitaba convencerme más a mí mismo que a ella, que salió sigilosamente, como siempre solía ir por la casa. Yo permanecí un rato más entre los libros que tanto amaba hasta que la oscuridad se apoderó del firmamento. Entonces salí de la biblioteca encaminado hacia la cocina, con tan mala suerte que Hasan me paró en seco, ordenándome que cenase con ellos todas las noches, para mi horror.

—He aquí al-Zarqali —dijo Hasan presentándome con burla mientras yo reverenciaba a todos los presentes y me sentaba junto a Umayr.

Hasan continuaba molesto, quejándose de que no hubiese una sala para mujeres y otra para hombres, mientras ellas recogían sus cosas. A mí me parecía el colmo de la mala educación, el desprecio y la ingratitud ir a casa ajena a criticar sus costumbres. No concebía tener que explicar que la casa pertenecía a una señora viuda y que los hombres que la habitábamos éramos meros trabajadores que no compartíamos estancias con ella. Un embuste que iba en contra de todas mis creencias, pero que me ayudó momentáneamente a salvar la situación. Además, me sentía como el centro de una diana donde sus preguntas eran las flechas y sus retorcidas mentes los arcos. Maryam aprovechó para criticar el pasaje del Corán que había tallado en la entrada, culpándola a ella, que guardaba silencio.

—Es del Corán y el Corán solo dice la verdad. ¿Lo vas a negar?

Tenía que desafiarla en público para que callase de una vez, pero Hasan nos mandó a guardar silencio a los dos, haciendo un insultante gesto con la mano para que salieran ambas. Le miré con desprecio de arriba abajo.

Mientras más tiempo pasaba, en peor persona se estaba convirtiendo. ¿Qué clase de soberano iba a gobernar sobre mi amada tierra? Tenía claro que ella era la que daba rienda suelta a sus excentricidades, porque si los dos habíamos crecido juntos, no tenía sentido que se comportase así. Estaba claro que el elemento que marcaba la diferencia entre ambos era la mujer que él tenía al lado. De todos modos, hacía ya mucho que tenía asumido que no podía hacer nada por recuperar a quien fue como un hermano pequeño para mí. No pensé más en el tema y me dediqué a darme un agasajo, junto a Umayr, digno de haber pasado todo el día ayunando. Sin embargo, Hasan cenaba con decoro y moderación porque seguía exento de practicar el Ramadán. La pobre Farah se las había tenido que apañar para dar con verduras que creciesen junto al río Martil, porque al susodicho le gustaba alardear de comer alimentos ya bendecidos por el agua. Por la misma razón solo comía pescado. ¡Menuda pejiguera! Yo, por mi parte, no quería dejar de comer porque tenía mucha hambre; pero, a su vez, no quería que se acabase la cena para evitar a

toda costa la sobremesa.

—Anda, hermano, saca ese cáñamo que tienes escondido —le dijo a Umayr, que sabía que podía darle la fiesta que él quería—. Fumemos y no pensemos en el mañana.

Agarré la pipa y absorbí tanto cáñamo como me permitió mi pecho, hasta tal punto que me eché hacia atrás y me quedé tendido sobre los cojines. La profusión decorativa del alfarje empezaba a zarandearse cual bailarina de danza del vientre cuando movía la cintura, contoneaba las caderas y le daba forma a su plano vientre. Cada vez que me llamaban, volvía a incorporarme e inspiraba aferrándome a la embocadura como si de una prueba crucial se tratase. Aquella hierba no se terminaba nunca y los estucos parecían adoptar formas animadas en continuo trajín, cambiando de color mientras el humo pasaba por delante de mí y me envolvía cual nube atravesando el cielo.

De pronto, noté que tenía los ojos cerrados y los abrí a pesar del fuerte dolor de cabeza que me punzaba, el amargo sabor en la boca y el sudor frío que recorría mi cuerpo. Hasan y Umayr estaban tendidos a ambos lados de la mesa, durmiendo plácidamente sobre los cojines, así que no vacilé en irme a mi alcoba y tumbarme bocabajo despojado de toda ropa que dejé de cualquier manera esparcida por el suelo. No reparé en nada más hasta que Raísa me dio varios golpes en la espalda, cada vez más intensos, mientras me llamaba. Giré la cabeza y me di cuenta de que solo tenía la almejía, que había lanzado por los aires la noche anterior, cubriéndome las nalgas. Debería estar ya camino de la madrasa y la pobre, que me hablaba con más pudor que autoridad, no cayó en la cuenta de por qué la miraba mientras ella me miraba a mí. Tardó un poco en percatarse de mi situación, pero, cuando fue consciente, señaló hacia la puerta y asentí. No hubiese estado bien ponerme de pie en cueros delante de ella, aunque tuve todo el día para pensar en cómo había acabado Raísa en mi alcoba y en el cuadro que se encontró al verme allí desnudo. No sabía si cuando llegase a casa sería mejor hablar con ella, agradecerle que me despertase y disculparme a la vez o ignorar el tema.

Mientras más días pasaba en ayuno, más pecador me sentía por no darle al Ramadán la importancia que tenía. No estaba llevando a cabo su función, pero es que ni siquiera el resto del año pasaba situaciones parecidas a las que estaba viviendo durante aquel tiempo. Para colmo, el malestar de haber fumado tanto cáñamo, cuando no estaba acostumbrado, hacía que las imágenes de la noche anterior fuesen y viniesen, las conversaciones sonasen y se acallasen, como un libro al que le faltaban páginas. Si volvía a ver al cuervo, no podría asegurar si era real o producto de mi imaginación, porque todavía sentía los efectos de la maldita hierba recorriendo mis sesos. Por si

fuera poco, cuando llegué a casa, Raísa me estaba esperando en el jardín con un gesto que no presagiaba nada bueno. Supuse que querría hablar de lo acontecido por la mañana y estaba preparado para darle todas las explicaciones que requiriese.

—¿Qué te pasó anoche? ¿No te dije que fueras a la alcoba?

Titubeé mientras nombraba a Hasan y Umayr cual niño que quiere culpar a los demás de sus malas acciones, y me quedé mirando un seto intentando visualizar el momento en que ella misma me lo había dicho en la biblioteca la tarde anterior.

—No reprendas a un amigo por un simple fallo, pues hasta la luna que brilla en la noche también mengua —dije suplicando perdón.

La decepción se dibujó en su rostro, negando varias veces con la cabeza, y le cogí la mano en un alarde de súplica por su clemencia. Sabía que no iba a dejar que la adulase, estaba bastante enfadada. De hecho, me soltó la mano como si le quemase y el mismo escalofrío que me producía el cuervo que me visitaba en la madrasa me recorrió la espina dorsal. Alcé la vista y vi a Maryam mirando desde la ventana de sus aposentos, observándonos, pero no le hice ningún gesto, simplemente nos fuimos por caminos separados.

Cuando fui a salir de las cuadras, ya de noche, Raísa me estaba esperando fuera. Me tendió la mano y me llevó a la casa a través de la almazara de aceite y, desde allí, hasta la alhacena de trigo, en el sótano del alcázar, donde Aisha estaba esperándome. Se apresuró a abrazarme en cuanto me vio y yo a pedirle disculpas, reiteradas veces, a la par que la besaba mientras Raísa desaparecía cerrando los portones tras de sí.

—No pasa nada. Todo tiene enmienda, solo lo que la muerte pliega no hay quien lo despliegue. Prefiero que no levantes sospechas. Hay que ver qué falso es. Grita a los cuatro vientos que jamás ha bebido vino para quedar como buen mahometano y luego se deja evadir con el cáñamo. Es que no lo soporto. Es como la maldita historia del higo.

A pesar de todo lo que estábamos viviendo, me hizo mucha gracia que hiciera alusión a su vivencia más repetida hasta la saciedad: cuando cogió un higo por un camino y se sintió tan desdichado por haberlo hecho sin permiso que fue a buscar al propietario de la huerta para disculparse.

Le pedí verla aquella noche. Le dije cuánto la necesitaba. En cambio, ella pretendía resignarse a la situación mientras yo barajaba varias ideas para colarme por su terraza cual amante impaciente. En dos días habíamos cambiado las tornas, ya era ella la que me pedía a mí tener entereza para conseguir mejores resultados, aunque tiró de mi cuello hacia ella para besarme, me mordió un labio y le supliqué sin saber qué quería pedir. Ni el hedor a caballo de mis calzas ni el

deprimente aspecto de luto que lucía impidieron que sucumbiésemos allí mismo en el frescor de la viscosa humedad. Daba igual cuántas veces explorase aquel cálido cuerpo de piel tostada, suave como las sedas de Oriente, siempre daba con algún resquicio que me hacía perder la cabeza y que a ella le hacía perder la compostura. El deseo del uno por el otro no cesaba por más que lo sofocásemos, y solo lográbamos desfallecer momentáneamente. En cuanto uno de los dos volvía a susurrar en el oído del otro más aliento que voz, nos encendíamos cual chispa en un fogón. Y, para ser sincero, me disgustaba que tuviésemos que escondernos en nuestra propia casa, teniendo que salir con prisas, pero solo le dije cuánto la amaba y le pedí un beso mientras me abrochaba la pretina.

Cuando me hizo saber que Raísa me estaba esperando fuera para volver a sacarme, se me cayeron los palos del sombrajo. No teniendo suficiente con la escena de aquella misma mañana, nos había oído, pero hice de tripas corazón y salí con ella al jardín, nuevamente, para rodear la casa, hasta que cada uno nos fuimos por nuestro lado como si nada. Raísa entró por la puerta principal y yo fui a darme el baño que necesitaba con premura hasta que el calor, el vapor y el hambre se apoderaron de mí.

Tenía que salir rápidamente de aquel *hamman* o caería redondo al suelo y, como nadie vino a ordenarme lo contrario, entré en la cocina y allí pude reunirme con los demás. La pérfida de Maryam estaba en la sala con su niño mientras que Aisha cosía unos paños que, de seguro, no serían ni las sedas de los caftanes para el casorio ni ropa para nuestro hijo. Al menos, teníamos a Raísa, que nos mantenía informados como si de un juego de espionaje se tratase. Su posición en la servidumbre de la señora de la casa le hacía estar enterada de todos los movimientos de la real pareja, y canalicé en voz alta mis más profundos deseos de que se fuesen cuanto antes, provocando la risa de todos.

—*Insha'Allah* —exclamó Farah.

Algunos habían cenado ya y otros estaban en proceso, así que me uní a la fiesta y devoré, cual león del Atlas a su presa, llevándome una pequeña reprimenda de Adnan, que me aseguró que había comida suficiente. Me limité a mirarle, con la boca llena y pringosa, como si no hubiera entendido lo que me decía, engullendo casi sin masticar. Aquella sobremesa sí que era digna de ser disfrutada momento a momento. Estuvimos bromeando, contando historias, chismorreando, burlándonos unos de otros y haciendo planes de futuro, como acostumbrábamos a hacer. Nos encantaba bromear sobre cómo seríamos de viejos, pero tuve que dar por finalizada mi tertulia, muy a mi pesar, para estar fresco al día siguiente a la vez que Raísa iba a aguardar a su señora para acompañarla a sus aposentos, una vez

quisiera retirarse.

—No te pierdas por el camino, que esta mañana casi no logro despertarte —dijo Raísa.

Me ruboricé tanto que ambos nos reímos hasta que nos topamos con Maryam, que parecía una terrorífica escultura, allí parada sin decir nada. Raísa se disculpó y entró en la sala donde estaba Aisha.

—Qué pena —dijo Maryam mientras sonreía cínicamente, mirándome de arriba abajo, y me excusé por mi confusión sin interés, aunque inquieto—. Con lo lejos que podrías haber llegado —añadió siguiendo en sus trece.

Se dirigió hacia el interior de la sala y yo me encaminé a mi alcoba, donde acomodé mis cosas y preparé las del día siguiente con cuidado, esperando volver a oír unas uñas rasgar la puerta como código de apertura. Incluso me senté en la cama, mirando hacia la entrada, tratando de atraer su atención con algún poder mental, pero tampoco sonó.

A la mañana siguiente, cuando el canto del gallo me sacó del letargo, me dije a mí mismo que ya había sobrevivido tres noches con aquella penitencia de visita. Ser consciente de ello me ayudó a comenzar el día con el ánimo algo más subido. Me levanté y me fui tranquilamente hacia la madrasa, donde ansiaba encontrar la paz que me había abandonado. La necesitaba no porque la requiriese el noveno mes, sino porque era buena para mi salud mental.

Aquel día me propuse trabajar en serio, como había hecho al principio. Para mi sorpresa, me topé con un códice escrito sobre el año 830 que explicaba toda la corriente filosófica de los Mutakallimun. En más de una ocasión me habían acusado de seguir esa filosofía que defiende la libertad humana. El racionalismo de Aristóteles, del que tanto me enseñó ella cuando era niño, me había hecho ver las cosas de otro modo y parecía que el mundo aún no estaba preparado para ligar la razón y la fe. Me alegré de mi hallazgo y me agradó que aquella pequeña biblioteca tuviera tanta idiosincrasia a pesar de tener muy pocos volúmenes aún. Todas las veces que el almuecín llamó a la oración, pedí fuerza y paciencia, aunque solo fuera por unos días más. Siempre había oído que la fe se hacía más fuerte cuando la desesperación aparecía, y yo había pasado de largo la desesperación hacía dos días, rebasando ya el siguiente nivel.

Cada jornada esperaba que, al llegar a casa, Hasan y Maryam se hubieran marchado con su valoración y su niño; pero, a juzgar por la escolta que rodeaba la casa, seguían allí. Me alegró encontrarme a Umayr en las cuadras junto con Adnan, Hudhayfa y Musa. Estábamos al completo y, entre otras cosas, me pusieron al día de la desgracia del niño: se había quedado ciego de un ojo. No había nada que hacer. Estuvimos trabajando con los caballos y Hudhayfa, que había sacado

muchas de sus armas de la sala, se estaba ocupando de ellas allí mismo. Pudimos alborotar tanto como quisimos, como solíamos hacer siempre, y, aprovechando que no estaban las señoras delante, nos fuimos al *hamman* cuando el sol dejó de pegar fuerte.

Así era como yo esperaba que fuesen las tardes: tranquilas, divertidas y en buena compañía y, cuando tuvimos la piel tan arrugada que parecía que habíamos envejecido treinta años, dimos el baño por finalizado para poder romper el ayuno, apresurándonos hacia el interior de la casa, muertos de hambre.

Caminando a lo largo del pasillo que distribuía las estancias, pasamos por la sala donde cenaban las señoras, y Raísa salió para acompañarme hasta la cocina y decirme, entre susurros, que aquella misma noche iría a buscarme para llevarme al mismo sitio. Asentí asustado por el riesgo, pero emocionado a su vez por el encuentro furtivo. Entré en la cocina con la voracidad perdida entre mis cábalas e inquietud queriendo que fuese ya la media noche, o la madrugada. Me daba igual. Quería volver a aquel sótano y abrazarla, aunque la luna se moviese más lenta que de costumbre. Incluso más despacio que lo hacía el sol cuando quería volver a casa.

Todos se percataron de mi ausencia, pero dieron por hecho que había gastado mi energía durante la tarde. Parecía, incluso, que fuese otra persona sentado sobre un ángulo de la silla, con un brazo apoyado en el respaldar y una pierna estirada, como si hubiese caído en el asiento de casualidad. De vez en cuando, les prestaba atención; otras, salía de mis pensamientos forzado por sus risotadas y, en algún momento, quise girarme porque hubiese jurado que me estaban observando. Llevaba días con la sensación de tener una sombra pegada en el cogote, pero no reaccioné hasta que oí el lloriqueo del niño alejándose por el pasillo, y supe que su madre también iba con él. Nunca dejaba de acunarlo. Un rato más tarde, apareció Raísa en la cocina devorando los restos que encontraba a su paso y enviándome a mi alcoba a esperarla.

Al pasar por la sala de nuevo, miré hacia el interior, donde estaba guardando sus enseres de costura, y se me ocurrió emitir un leve sonido para llamar su atención. Se giró hacia mí, sonriéndome e indicándome con la barbilla el camino que me quedaba por delante en el corredor, y le devolví la sonrisa antes de proseguir. Era increíble como justo cuando había alcanzado la situación que llevaba tantos años deseando, la gentuza con la que me había criado impedía que mi felicidad siguiese su curso.

Llegó un punto en el que no sabía cuánto tiempo llevaba esperando, pero no dejaba de ir de un sitio para otro, sin encontrar asiento o qué hacer. Me había cambiado de ropa y me había puesto una sencilla almejía; había preparado las cosas para el día siguiente,

cinco veces, haciendo y deshaciendo el zurrón una y otra vez; y, cuando estaba apoyado sobre la celosía que cubría la ventana intentando ver algo de movimiento humano en el jardín sin éxito, oí por fin el rasguño sobre la madera y me lancé hacia la puerta cual toro bravo. Jamás hasta ese momento me había alegrado tanto de ver la cara de Raísa, con la que me apresuré escaleras abajo intentando no hacer ruido. Ella me esperaba en camisón, sentada sobre un improvisado tálamo hecho a base de sedas, cojines y un delgado almadraque. No quise avanzar por si se esfumaba como el humo del narguile. Solo reaccioné porque Raísa echó el cerrojo, rompiendo la breve ensoñación de verla con sus brazos extendidos hacia mí. Me lancé hacia ella para abrazarla y sentir que podía parar el tiempo allí mismo. ¡Cuánta falta me hacía! Todo resultaba un sinsentido si ella no estaba a mi lado, como si volviese a ser un niño de nueve años atravesando Marruecos con una desconocida.

—Tres jornadas más, mi amor —susurró para convencerme, pero estaba resultando más difícil de lo que había imaginado.

Continúe enlazado a ella, sin querer sacar la cabeza de su melena, y me dio un beso en la sien. Permanecimos abrazados el uno al otro en silencio durante un largo rato hasta que le toqué el vientre preocupado por ella y por el niño. Me aseguró que se alimentaba muy bien a escondidas, cosa que me importunaba en demasía. ¡Era su casa, maldita sea! Mientras la miraba, atendiendo a cada resquicio de su rostro, le confesé que la quería más de lo que era consciente y volví a sentir un nudo en la garganta. Sabía que me echaba de menos, que quedaba muy poco para que aquel tormento acabase, pero no conseguía mantenerme de una pieza.

La besé suavemente, más enamorado que nunca, y me invadió la extraña sensación de que sus labios sabían mejor besándolos así que cuando le robaba los besos. Debió pensar lo mismo de los míos, porque no se exaltó, como de costumbre, sino que dejó que el amor fluyera de ella sin que la violencia se apoderase de su ser. Ella era demasiado impaciente para dejar que brotase todo el amor que le profesaba. Por eso gocé tanto retozando con cuidado, beso a beso, caricia a caricia; incluso saboreé la dulzura de sus labios carnosos por mi cuerpo, de su piel en los míos, de la delicadeza de su tacto en mis dedos… No quería decir nada porque no quería moverme de allí; pero, por mucho que desease sosegarme abrazándola, no quería que ella durmiese prácticamente en el suelo.

—No me quiero ir —me susurró Aisha.

—Me gustaría quedarme contigo, pero no que duermas así —le dije.

—Me preocupa menos dormir en el suelo que saber que Raísa sigue esperando ahí fuera.

La pobre estaba otra vez sentada en un escalón, aguantando el percal, así que, tras hacernos los rezagados un rato más, nos pusimos en pie, poco a poco, y nos vestimos sin prisas. Finalmente, tocamos la puerta para que Raísa nos abriera porque el cerrojo estaba en el exterior. Entró para recoger todo el decorado, metiendo las sábanas dentro de una tinaja de cerámica vidriada en verde y decorada con estampilla que, paradójicamente, decía «la felicidad», y dejó caer el jergón contra la pared. Una vez desmontado, no se parecía en nada al bonito escenario que me encontré al llegar. Raísa le dio a ella sus ropas de calle para que se las pusiera mientras me acompañaba al exterior. Me dirigí a mi habitación con una sonrisa dibujada en la cara, que se desfiguró con el leve chirrido de charnela en el pasillo, pero preferí pensar que las casas siempre hacen ruido. Dejé la almejía sobre la silla y me metí en la cama sabiendo que me iba a vencer el sueño.

Capítulo 12

Llegó la hora de salir del trabajo antes de darme cuenta. Estaba tan inmerso en la lectura del códice de los Mutakallimun que se me había pasado el día volando y, como si de un sueño que se repetía se tratase, Raísa me estaba esperando en el jardín, sentada en un banco para contarme un percance de parte de Aisha. Se mostraba realmente afectada, así que me senté a su lado y la invité a seguir hablando.

—Decidió que volviese a poner tus cosas en tu arca hasta que esta gente se fuese —se esforzaba por recordar todo tal cual para no obviar ni un detalle—. Saqué las cosas de sus aposentos y las llevé a tu alcoba. Estuve un rato doblándolo todo y colocando cada cosa en su sitio y, cuando salí, Maryam estaba apoyada en el quicio de su puerta, cruzada de brazos, mirándome de arriba abajo —hablaba con voz temblorosa y me estaba asustando por momentos—. No dijo nada. Se metió en sus aposentos y dio un portazo.

Se llevó una mano a la boca para evitar el descontrolado llanto que se le quería escapar. Se sentía culpable. Aisha se había agazapado en sus aposentos, alegando ante la visita que se sentía indispuesta. Intenté reconstruir los hechos con precisión por si Maryam había visto cómo sacaba las cosas de una alcoba y las metía en otra, pero Raísa solo la vio cuando salió de la mía, y rompió a llorar nerviosa. Me acerqué para consolarla porque la conocía muy bien y lo estaba pasando muy mal. Además, era imposible evitar a Maryam, lo sabía por propia experiencia. Siempre aparecía en el momento menos oportuno para incordiar, irritar, crispar y hacer la vida insoportable a los demás. No servía para nada más. Así era ella: un despojo de ser humano. La pobre Raísa lloró desconsoladamente con la frente apoyada sobre mi hombro y, cuando finalmente logré sosegarla, se

recompuso y decidió volver a sus tareas. Yo, siguiendo la rutina impuesta por mi propio bien, me fui a montar a caballo, dedicándole más tiempo a Banu Marin que a los potros. El pobre caballo había viajado desde muy lejos como para permanecer apartado de la actividad y quería que supiera que no le habían quitado su lugar, aunque no respondió demasiado bien al entrenamiento y me enfadé conmigo mismo por no lograr calmarlo.

—El caballo estará como estés tú —me regañó Adnan con razón, aunque le rebatí su veredicto.

Lo cierto era que, aunque no me temblara el pulso, nada en mí estaba como de costumbre. Estaba canalizando toda la ira que sentía y que se veía acrecentada por días hacia aquella mujer que estaba logrando lo que siempre había querido: que no dejara de pensar en ella. Lo malo era que mis pensamientos distaban de sus intenciones todo un abismo y me estaba amargando la existencia. Lo peor de todo era que yo se lo estaba permitiendo. Salí de las cuadras descontento y fui a ver a los halcones. Me colgué la aljaba, me coloqué la lúa y ofrecí un pequeño trozo de roedero a mi preferido: un tagarote con el dorso pálido y con una marca rojiza en la nuca que también había traído desde Fez. Era tan ligero que realizaba los mejores tornos y rizos que jamás había visto en ningún otro halcón. Hudhayfa apareció de la nada, asustándome, y me llevé la mano al pecho del sobresalto.

—Hombre, deslucido soy, pero… —Sabía que se burlaba, pero estaba acongojado. Ni siquiera presté demasiada atención mientras veía cómo mi halcón desemballestaba—. Así te vas a lastimar. Ya me ha dicho Adnan que no se te ha dado muy bien la equitación hoy. —Negué con la cabeza mientras le ajustaba la caperuza a mi halcón—. Pues es estupendo estar nervioso y practicar la cetrería. Como no tengas cuidado te vas a llevar un desgarro.

Sin duda, no era mi día. Tenía razón. La concentración era la primera regla de aquella práctica, pero tenía que inventarme algo para pasar el rato y ya estaba exprimiendo mi imaginación al máximo. Ni siquiera me sosegaba saber que al día siguiente comenzarían a preparar el viaje de vuelta. Nadie comprendía mi impaciencia. Maryam estaba metiendo las narices en demasiados asuntos y deseé que mi halcón le acuchillara la cara cual presa. Estaba tan preocupado porque, por mucho que quisiéramos enmascararlo de amor, estábamos cometiendo adulterio y aquello era un delito de tremenda envergadura. Siempre había sido partidario de no delatar la posición, sino esperar a ver qué sabían los demás para no descubrirme yo mismo. Solo me quedaba resignarme y cargarme de paciencia.

Di por finalizado mi deporte, porque no iba a conseguir nada bueno en aquellas condiciones. Aseguré la lonja del halcón a la alcándara y solté la aljaba en la vara donde Adnan las tenía colgadas.

Antes de girar por el seto que hacía esquina para encaminarme hacia la casa, Maryam apareció de la nada y, como si de una encerrona se tratase, me acorraló en un recoveco del maldito laberinto arbolado. O, tal vez, su sola presencia me hizo apartarme del camino esperando con todas mis fuerzas que siguiera de largo.

—Podrías haber llegado donde quisieras. Lo tenías todo para llegar a lo más alto. Viniendo de donde vienes, es más de lo que hubieses podido aspirar —dijo apuntándome con su dedo acusador mientras daba pequeños pasos hacia mí; los mismos que yo daba hacia atrás, implorando libertad de movimiento—. Creo que en su día quedó bastante claro lo que quería de ti, y mi padre estaba deseando que eligieras a una de sus hijas. Pero no. Después de todo lo que te dio, te permitiste el lujo de rechazarme —indicó abriendo las palmas de las manos como si estuviera hablando a través de ellas, mientras yo permanecía callado con la vista fija en el suelo respirando aquel apestoso aliento que caía en mi cara—. Ya me encargué yo de que ni una de mis hermanas se te acercara, pero al-Zarqali era demasiado para mí, ¿no es cierto? —preguntó levantando el tono—. ¿Por qué cualquier lecho te parecía digno para yacer en él menos el mío? ¡Dime! —exclamó dejando notar que sus nervios le subían por el cuerpo. Incluso dio una pequeña patada en el suelo, y alegué, como si me importara, el respeto que sentía por ella, ya que nos habíamos criado juntos—. Hubiera dado cualquier cosa porque mi hijo fuese tuyo, por ser tuya… —murmuró casi suplicando, y le hablé de su matrimonio con Hasan, príncipe, futuro sultán. Incluso le dije que era mi hermano, en un intento de recordarle qué tipo de vida llevaba, por si se sentía tentada a arriesgarlo todo en un impulso—. Aisha se la tenía jurada a mi padre, por eso te puso en contra de todos nosotros. Ha hecho contigo lo que ha querido.

Se me erizó la piel y se me entrecortó la respiración, como la de un toro cansado de correr campo a través. Estaba completamente acorralado porque me horrorizaba el deseo desenfrenado que despertaba en ella. Ni podía ignorarla y seguir hacia la casa ni podía decirle lo que pensaba. De hecho, apreté las mandíbulas con fuerza para no dejar salir por la boca las palabras que me cruzaban la mente mientras me centraba en mirar fijamente mi aljuba, que se movía de adentro hacia afuera agitada por mi respiración.

—¡Mírame! —me ordenó y clavé la mirada en la suya sin mover un solo músculo de mi cuerpo—. Podría perderme en esos ojos… —desvarió y aparté la mirada de su campo de visión—. Yo te hubiese convertido en visir. En lo que hubieses querido. Nunca he entendido esa pasión que te desatan las letras, pero, ¿acabar en el servicio y por propia voluntad? ¿Tú crees que es normal que con tu preparación estés ordenando libros? —preguntó y me encogí de hombros—. ¿Qué

te da ella? En serio. ¿Realmente lo merece? ¿Tan enamorado estás? Ibas muy bien encaminado, allí en Fez, y, de pronto, te vienes al norte como parte de un séquito. Nadie entendía por qué lo habías hecho y de todo lo que se ha dicho, a nadie se lo ocurrió pensar que ibas a acabar siguiendo a una criada.

Las siguientes palabras de Maryam no las asimilé porque una oleada de sensaciones, pensamientos y reacciones físicas se apoderaron de mí. No solo no sabía lo de Aisha, sino que sospechaba de Raísa. Aquello lo cambiaba todo porque no importaba cuánto le molestara: no podía hacer nada en contra nuestra. Los dos éramos libres y no había nada que objetar al respecto, por mucho que a ella le pesara.

—Veros juntos, cómo te espera a tu llegada, cómo apareces de vuelta en tu alcoba en mitad de la madrugada es como seguir en el alcázar de Fez. Te he visto hacer eso con todo el servicio femenino desde que éramos muchachos pero ¿casarte con ella? ¿Por qué? ¿Una sirvienta? ¿Te vas a mezclar con la servidumbre? ¿Vas a engendrar niños de ojos zarcos y piel clara con una fámula? No te entiendo, Diagu. No lo entiendo. —Casi no podía hablar porque tenía los ojos anegados en lágrimas—. Fíjate qué idiotez. Hasan siempre dice que estás enamorado de Aisha, pero yo sabía que eso era imposible. Todo el mundo sabe que tu apego con ella es porque te crio.

Yo sabía que no estaba obrando bien guardando silencio, no desenmascarándome. Pero mi motivación principal era proteger a mi mujer y a mi hijo y, aunque estuviese poniendo en entredicho la reputación de una amiga, si tenía que elegir, lo tenía claro. Le rogué que me dejara marchar, pero no hubo manera de hacerle entrar en razón. Sollozaba cual niña malcriada a la que acaban de negarle un capricho, y maldije a Hasan por contarle semejante barbaridad. Parecía que sus sesos no lograsen entender que Maryam era la hija del difunto marido de Aisha.

—Lo que más me enerva es ver que ha hecho de ti el hombre que ella ha querido que seas. Tan liberal, tan inalcanzable. —Bajó el tono de su retahíla mientras yo seguía suplicándole que parase—. Esto me duele, ¿sabes? Y me supera. Lo que le ha pasado a mi hijo es un castigo por casarme con alguien a quien no amo. Por yacer debajo de él pensando en ti. Por cerrar los ojos cuando estoy cerca de él y soñar que eres tú…

La congoja se había apoderado de su voz y, lejos de sentir lástima, estaba sufriendo un ataque de pánico al imaginar todo lo que me estaba confesando. Nadie le había obligado a casarse con él y Alá no castigaba, era misericordioso. Lo que Maryam no entendía era que el tiempo lo ponía todo en su lugar y que, al final, cada uno quedaba por lo que era. Todo caía por su propio peso e, incluso, los hechos más

tristes recobraban sentido tarde o temprano.

—Puede que nunca te hayas dado cuenta, pero eres mío. Lo llevas siendo toda la vida, por eso jamás podrás librarte de mí. Eres mío para desearte, mío para anularte, mío para amarte, mío para acabar contigo si quisiera —dijo subiendo su mirada desde el suelo hasta que llegó a mi cara, elevó la barbilla e inspiró todo el aire que pudo antes de darse la vuelta y marcharse.

Estaba claro que no podía adelantarla, pero necesitaba llegar hasta la habitación de Aisha y contarle lo sucedido para sosegarla. También tenía que hablar con Raísa, pero eso podría hacerlo más tarde. Primero, tenía que apañármelas para subir a la primera planta pasando desapercibido, así que asomé la cabeza por el seto, donde había estado preso durante un rato, y vi a Maryam caminando lentamente. Su transitar me resultó eterno y la distancia entre ella y la casa, un abismo. La muy necia me había estado espiando todo el tiempo y, aun así, no se había enterado de nada. Sin duda, no había más ciego que aquel que no quería ver, y es que era tan mal pensada y torpe que no se daba cuenta de lo que tenía delante de sus narices.

Musa apareció de entre los arbustos, asustándome, para hablarme del libro que le había prestado. Pero mi empeño estaba en dar con las ligeras y nada seguras escaleras de varas anudadas en cada ángulo, que se alzaban hasta la copa de un árbol. La energía me inundó por haber encontrado el modo de llegar hasta su alcoba. Me ayudó a transportarla, aunque apenas pesaba, pero era muy alargada y necesitaba que alguien la sujetase cuando posara el extremo más alto sobre la balconada de la terraza. Vaciló. Estaba asustado y me aconsejó entrar por la puerta. Él no entendía que la arpía de Maryam estaba abajo y yo empezaba a perder la paciencia. Le indiqué las dos varas que mantenían en pie aquel artilugio y empecé a subir los pequeños troncos que hacían las veces de peldaños hasta llegar al balcón. Desde allí le pedí que retirase la escalera y la apoyase sobre la pared para disimular.

—Lo que tú no inventes… —dijo Aisha riendo y abrazándose a mí mientras yo intentaba explicarle que Maryam había montado un centinela en la puerta de abajo—. Con la que has liado, ya ni estará.

Me quedé mirando el lugar donde esperaba ver una panza redonda y quise ponerla al día con respecto de la conversación con Maryam, pero tocaron a la puerta y ambos miramos queriendo averiguar quién era sin necesidad de abrir. Preguntó elevando la voz y, para mi horror, era Maryam. No podía faltar la mosca en la sopa. Aisha estaba muy nerviosa y ambos miramos a nuestro alrededor sin encontrar un maldito sitio donde meterme hasta que le pedí que desanudara la jaima por su lado, para avanzar en su despliegue, y poder meterme dentro dejando caer las telas.

—Disculpa hija, no estaba vestida.

El parsimonioso sonido de los pasos de Maryam adentrándose en la habitación casi me sacó de quicio, pero el repentino cantar de una bandada pájaros impidió que oyese bien la conversación que esperaba que fuese una despedida.

—No sé cómo has podido, Aisha. —No entendí la reprimenda de Maryam—. Deberías haberte procurado una mejor reputación, ¿sabes? Tu casa está manchada y tu nombre también.

Maryam siempre tenía que estar acusando a alguien de algo, no podía evitarlo. Era ella contra el mundo. Estaba claro que estaba hablando de mí y de la deshonra que había llevado a aquel alcázar con mi supuesta lujuria con Raísa. Me pareció el colmo de la hipocresía porque hubiese caído en mis brazos allí mismo de haberlo sugerido, detrás del seto, con su esposo dentro del alcázar y su hijo tuerto para siempre.

—Tú eres la responsable de lo que aquí suceda, y en un momento como este. ¡Estás de luto por mi padre, maldita sea! —Estaba perdiendo los papeles y ella se defendió alegando que todo el mundo sabía lo infeliz que había sido durante su matrimonio—. ¿Y qué? Le debes todo lo que tienes. No les tendrías si tu asignación no te lo permitiera. ¿En qué estabas pensando? ¡La fornicación es un pecado! —Estaba dando todo de sí con sus acusaciones.

—A ti lo que te pasa es que estás celosa. No puedes soportar que me quiera a mí. No puedes soportar que a ti te rechazara y que a mí me haya seguido hasta aquí. No puedes soportar que, libremente, me haya elegido a mí y quiera desposarme.

Maryam guardó el mismo silencio que se apoderó de mí. Nunca dos personas habían estado manteniendo una conversación más dispar. Quería entrar y plantarle cara a Maryam junto a mi mujer, pero el sentido común me decía que me mantuviese oculto en la terraza, con la esperanza de que el mismo enfado la hiciese salir de allí y no volver nunca más.

—Sí. La envidia te corroe. El amor de Diego crece dentro de mí y no hay absolutamente nada que tú puedas hacer para evitarlo.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría en aquella alcoba. Cerré los ojos y bajé la cabeza. Aquellos instantes me parecieron eternos, pesados, interminables, asfixiantes, agonizantes, y el golpe de la puerta sonó como el ruido que producían las catapultas al lanzar la piedra en llamas. Podría haber parado las patrañas de la malnacida de Maryam en distintas ocasiones, desde que hablé con ella junto al seto; pero, por alguna razón inconcebible, no llegué a detenerlas. Salí de mi escondrijo buscando a Aisha, haciendo muecas con la cara, como si pudieran ayudarme a expresar todo lo que quería decirle, hasta que logré musitar, a duras penas, el desconocimiento de

Maryam al respecto. Intenté colmarme de serenidad para poder explicarle que su enfado venía por su propio convencimiento de mi historia con Raísa y por fin conseguí hacerle comprender el malentendido.

Se puso la mano sobre el vientre y empezó a doblarse hacia delante; le costaba respirar caminando hacia atrás, buscando la cama a tientas. Su estado era preocupante. La sujeté y le ayudé a tumbarse sobre el jergón mientras intentaba calmarla, subiéndole las piernas a la cama y poniendo un almohadón debajo de sus pies.

—Pero ¿qué he hecho? —empezó a sollozar—. Se lo he dicho todo. Si ella creía que tú estabas con Raísa, yo se lo he dicho todo.

Intenté convencerla de que el enfado le haría marcharse. Le apartaba cuidadosamente el pelo de la cara a la vez que le soplaba con suavidad para que no se marease, pero empezó a llorar y a lamentarse sin apartar la mano del vientre, como si ya pudiera darle la mano al niño. Yo permanecí a su lado, sentado en el borde de la cama, maldiciendo no haber salido corriendo delante de Maryam y ponerla al día a tiempo. Le di agua y tiré de la campanilla para que viniese alguien a atenderla y, en un santiamén, subió Farah, a la que pedí mazapán para Aisha. Estaba tan pálida que pensé que necesitaba algo dulce para recomponerse, aunque no consintió probar bocado y permaneció tumbada sobre un lateral. Cuando Raísa subió, le expliqué todo lo sucedido y rompió a llorar. No sabía si por haber levantado sospechas o por la situación en la que todo aquello dejaba a su gran amiga y, cuando nada parecía que podía empeorar la situación, Umayr vino a buscarme de parte de Hasan. Aisha se incorporó y me miró antes de romper a llorar nuevamente, aunque determiné que lo mejor sería acabar con todo aquello cuanto antes.

—¿Es cierto que has mancillado a quien era como mi madre?

Cerré los ojos cuando oí aquello. Con solo una pregunta sabía en qué tesitura me encontraba y me pareció que, incluso, se había superado a sí mismo en su propia falsedad. Aun así, decidí lanzar mis excusas, aunque él permaneciese de pie y de espaldas a la puerta sin querer mirarme a la cara. Acusándome de llamar embustera a su esposa. Se volvió hacia mí con el ceño fruncido. Quería pelea. Era como un gallo alentado por su mujer para que se enfrentase a mí, y supe que ya estaba la ventura echada incluso antes de empezar. Le confesé nuestras intenciones de casarnos cuando acabase el luto, apenas unas semanas después del *Eid el Fitr,* a finales del siguiente mes. A fin de cuentas, no había nada que justificar a aquellas alturas.

—Pero ha pecado. No habéis respetado el luto. —Comenzó a recitar las leyes frente a mí porque era el único argumento que tenía. Pero insistí en mis buenas intenciones—. Le has faltado al respeto a mi difunto suegro. —Asentía pensativo—. Habéis cometido adulterio. ¿A

qué vienen todas estas digresiones si tu intención es hablar de tal cosa o solicitar tal otra?

Indagaba en su mente acusaciones para lanzar contra mí y yo leía claramente entre líneas lo que Maryam había usado para conseguir aquel enfrentamiento. Me puse la mano en el pecho, admití mis culpas y volví a suplicar indulto. Por muy alteza real que fuese, seguía siendo un cagalindes. Yo conocía las leyes y que se acogiese a aquello no tenía buena pinta, así que mi última baza fue alegar que el adulterio fue póstumo para quitarle hierro al asunto. Aunque llegados a aquel punto, mi palabra no valiese un dirham. No tenía nada más que decir: si era capaz de poner en entredicho mi honor, no había defensa posible.

—Yo no tengo que hacer nada. Sois vosotros los que habéis pecado, los que habéis ignorado la ley, el Corán. No pidas clemencia ahora. ¡Me debes tu libertad! Te recuerdo que no fue esa furcia quien te la dio. No, ella solo te hablaba de ser libre con el pensamiento, pero no había nada que pudiera hacer porque era tan prisionera como tú. ¡Fui yo quien la solicitó para ti! A ver dónde ibas a estar ahora si no. ¡A ver si iba a dejar que la preñaras si aún fueras un cautivo!

Tenía los puños en tensión para no atravesarle la cara intentando aguantar toda la fuerza dentro de mi cuerpo porque, como saliese, era capaz de matarlo allí mismo, pero acabé encorvándome ligeramente y sintiéndome, por primera vez, muy pequeño. Guardé el más sepulcral de los silencios. Me hubiese dejado pegar si aquello hacía que se marcharan y nos dejaran en paz, pero solo me hizo saber que partirían en un rato y que no encubrirían nuestra ofensa.

—¡Se acabó la función! ¿Dónde se ha visto que la servidumbre ande a sus anchas delante de un príncipe? ¿Y tú? ¿Lo sabías? Ya hablaré contigo —la voz de Hasan gritaba alejándose por el pasillo contra todo aquel que se iba encontrando, incluido Umayr.

Permanecí en el mismo sitio de la sala donde había recibido la mayor reprimenda de mi vida. Ni siquiera hacía caso a Umayr, que susurraba mi nombre detrás de mí. Adnan me dio una pequeña bofetada y le miré con la respiración acelerada y frunciendo el ceño, a punto de llorar. Hudhayfa me invitó a salir haciendo un gesto con la cabeza mientras yo seguía negando sin decir una palabra, pero Umayr me dio un pequeño empujón para que cogiera impulso y me llevaron a las cuadras, echando el cerrojo detrás de nosotros.

—Os vais —dijo Hudhayfa poniendo ambas manos sobre mis hombros y mirándome fijamente, esperando que corroborase lo que acababa de decirme. Pero estaba demasiado confundido—. Antes de que ellos salgan, vosotros ya estaréis camino de Tánger. Las muchachas están arreglándolo todo para tener lista a Aisha. Partiendo ahora mismo, estaréis allí antes de que cante el gallo. —Hudhayfa me

hablaba mientras Adnan y Umayr preparaban un par de caballos—. Raísa y Umayr irán con vosotros. Ya hemos preparado una carreta que os esperará en la plaza.

No parecía que fuésemos a pasar desapercibidos, precisamente, huyendo de la medina a media noche en carromato, y se me saltaron las lágrimas al preguntarles por sus propios destinos. En bastantes líos estaba ya Umayr como para formar parte de una treta que habían ideado en un abrir y cerrar de ojos.

—Me da igual. Yo vine a proteger a Aisha. No pienso ser fiel a algo en lo que no creo y no le tengo miedo a alguien de la que siempre he dudado que compartamos la misma sangre. Sus venas parecen estar llenas de veneno —exclamaba Umayr con decisión mientras ensillaba un caballo, aunque no podía hacerme una idea de la desastrosa treta que tenían preparada para nosotros.

—Eso no debe importarte ahora. Tu mujer y tu hijo, Diagu. Tu familia. Te tienes que encargar de ellos, protegerlos. —Adnan movía la cabeza buscando mi afirmación a sus palabras, pero yo no podía dar más de mí mismo.

Estaba confuso, alterado, decepcionado y asustado. Estaban haciendo todo aquello por nosotros y no paraba de cuestionarlo todo. Farah entró con dos cestos llenos de enseres y Adnan empezó a pasar cosas de los cestos a las alforjas. Básicamente eran ropas, joyas y algunos documentos. Me dieron una aljuba y un almaizar para que me cambiase, y una manzana para que rompiese el ayuno del día más largo de toda mi vida, pero tenía el estómago cerrado. Me quedé mirando la fruta como si fuera la misma que comieron Adán y Eva engañados por Satán.

—Tienes que comer, Aisha está débil. Los sustos no son buenos en su estado y no necesita un esposo desmayado. —La pequeña regañina sirvió para que mordisqueara la manzana, aunque sintiendo que cada bocado era una piedra en el estómago.

En plena confusión, apareció Aisha y corrí hacia ella para abrazarla, abarcando tanto cuerpo como pude para que no se separara de mí, para que nadie osara separarla de mí. Ella había sucumbido al llanto mientras yo le daba besos en la cabeza por encima del triste alquinal que, al menos, llevaba desabrochado. Teníamos que salir poco a poco para que la guardia no recelara y Adnan se ofreció para adelantarse hacia la comitiva de la puerta, así nos saludaría con normalidad cuando nos viera partir, evitando cualquier sospecha. Me pareció la única parte coherente de aquella treta, pero volví a temer cuando Raísa y Umayr salieron de las cuadras a pie, sujetando cada uno a su respectivo caballo.

—Estaremos en Tánger hasta que todo esto pase. Nos desposaremos allí en cuanto acabes el luto y, cuando nazca nuestro

hijo, volveremos —le dije a Aisha.

Ella asentía, forzando una sonrisa que contaba más penas que alegrías, incluso me dio una pesada bolsa llena de dirhams que sacó de su zurrón apretando la mano que la sujetaba contra mi pecho y diciéndome que ella llevaba otra. Quise devolvérsela, pero no me dejó. Inspiró más aire del habitual pidiéndome, por favor, que accediese, moviendo la cabeza con cada palabra que pronunciaba. ¿Cómo iba a mantener la calma si ella creía que era mejor que cada uno llevase una bolsa con monedas?

—Esto es lo más inteligente, por favor —me dijo suplicante—. Estamos huyendo en plena noche de la ira de un príncipe cuyos hilos maneja su insana esposa. Yo voy contigo a donde sea, pero no espero encontrar un camino de rosas por delante. Haz el favor y reacciona de una vez.

La seriedad se apoderó de mi semblante, asimilando sus palabras, y me desanimé, pero no se lo dije. Farah se cubrió la cara, le abrochó el alquinal y le echó una almalafa por encima. Aquello iba en contra de todo en lo que creíamos, de lo que ella creía y me enseñó a creer. Se me estaba revolviendo el estómago.

—Esto me va a sacar de aquí sin que se sepa que soy yo. Esto, mi amor, dentro de la incoherencia, me va a liberar, porque soy libre y libremente decido ponérmelo —dijo mientras observaba asqueado cómo se cubría de cabeza a pies por culpa de aquella maldita gente y salía por la puerta escoltada por Farah. Se detuvo en el umbral y me miró—. Te veo en la plaza, Zarqali —dijo mientras yo asentía tristemente y Musa salía para abrirles camino a través del jardín.

—Ahora voy a salir yo —dijo Adnan—. Voy a adelantarles y estaré en la puerta con los guardias. He cuidado de ti desde que te vi en Algeciras por primera vez, aunque entonces estabas dormido. No tengo hijos, pero gracias a ti he conocido ese sentimiento. Ahora, te tienes que cuidar tú solo, cuidarla a ella y al pequeño sinvergüenza que viene en camino. Sé que te voy a volver a ver pronto, así que no me estoy despidiendo, solo te estoy encargando cosas como hacen los padres cuando les dan la pejiguera a sus hijos.

Adnan jamás había demostrado sus sentimientos tan abiertamente, aunque sabía de sobra lo que sentía por mí. Él sí que había sido un padre de verdad. Dejé que la nostalgia y la melancolía hicieran conmigo lo que quisieran, y me abrazó dándome varias palmadas en la espalda. Miré alrededor en un último intento de aferrarme a aquellas cuadras, a aquellos caballos. Había pasado los últimos meses poniendo cada una de mis esperanzas en aquel lugar, deseando tanto hacerlo mi hogar, nuestro hogar, que tenía la sensación de haber pasado mi vida haciendo un proyecto y que, cuando por fin lo había finalizado, me lo querían arrebatar. La

incertidumbre estaba haciendo añicos mi paciencia y me estaba revolviendo el estómago aún más. Hudhayfa señaló nuestro turno de salida apuntando con la cabeza hacia la puerta. Apreté los labios mientras le miraba, respiré profundamente y adelanté la cabeza para que su peso pusiera en circulación el resto de mi cuerpo. Mi corazón iba a estallar de un momento a otro y no encontraba remedio para calmarlo.

Salimos de las cuadras y roté sobre mi eje para visualizar el jardín. Vi el tejado de la casa, tranquila y serena, como esperaba que iba a ser nuestra vida dentro de ella. Los grillos, que cantaban en el silencio de la noche, no cesaron su alegría por sentirnos caminar con sigilo. Los perfumes que salían del *hamman* me embriagaron una vez más, como si se estuvieran despidiendo de mí; como si quisieran tentarme para que no saliese por aquel portón que ya divisaba al final del paseo. En el naranjo donde cambió mi vida, sentí un pellizco en el estómago y sonreí tímidamente al pensar que en unos meses sería padre por primera vez en mi vida. Me fijé en los bancos que limitaban el jardín de la vereda, en los que había recibido buenas nuevas y saludos. Nos paramos frente al portón donde Hudhayfa decidió adelantarse para unirse al grupo que formaban Adnan y los guardias, me cubrí la cara y salí saludando educadamente a los cuatro centinelas sin que los dos de la Guardia Real pudieran imaginarse que sus otros dos compañeros eran infiltrados nuestros. Me alejé de allí sin mirar hacia atrás, aun deseándolo con todas mis fuerzas. Quería ver la fachada. Quería ver el muro que rodeaba la casa. Quería ver las copas de los árboles que sobresalían del jardín. Hice el amago de pararme, pero decidí enfilar el camino que tenía por delante. Las angostas calles me resultaron más largas que nunca, más tortuosas que nunca, más empedradas que nunca. Me pesaban las babuchas más que nunca.

Cuando por fin la calle por la que caminaba desembocó en la plaza, pude ver a todo el séquito preparado. Raísa y Umayr estaban de pie, sujetando sus caballos, mientras que Aisha aguardaba en el interior del pequeño cajón mucho más austera que la litera con la que habíamos atravesado Marruecos tantos años atrás. Farah le hablaba por el hueco que hacía las veces de ventana mientras que un hombre a quien no había visto en mi vida sujetaba las riendas de las yeguas que nos transportarían en nuestra huida.

—Él es Samir. Es uno de los albéitares con los que contó Adnan para adquirir los equinos —dijo Umayr encargándose de las presentaciones—. Él os llevará hasta Tánger.

Reverencié repetidas veces al hombre, con la mano puesta en el pecho, por prestarse a semejante riesgo sin necesidad alguna. Subió al pescante sin mediar palabra. Aunque ya estaban mucho más modernizadas que las de mi época castellana, de aquel maldito trasto

dependía el bienestar de mi mujer y mi hijo y no pude evitar dudar del éxito de semejante idea. Farah se despidió, limpiándose las lágrimas, sin mirarme a la cara. Era muy orgullosa y no querría desmoronarse delante de todos, tampoco tenía sentido prolongar más el triste adiós, así que subí a la caja y me senté frente a ella, que ya tenía el alquinal desabrochado. Me miró, parpadeó lentamente y me tendió las manos mientras alguien daba dos golpes en la carreta para que se pusiera en marcha. Se reclinó sin dejar de mirarme, serena, decidida. La medina se había quedado atrás y estábamos atravesando una de sus puertas cuando quise asegurarme de su decisión.

—Si la mirada de una persona dice mucho —dijo Aisha sin apartar sus ojos de los míos—, la tuya me grita al oído que corra a tu lado, que te sienta y te cuide porque eres un trozo de mí. Miro a través de tus ojos y el color de la vida me hace feliz. Vivo por ellos porque esos ojos…

No entendía que pudiera ver tanto en mí cuando yo no era nada sin ella y, aun así, lo valoraba todo de mi forma de ser. A nadie le gustaba reconocer sus debilidades, sus inseguridades, pero yo no tenía que hacerlo. Ella lo sabía todo de mí y seguía a mi lado. Esa era la mayor muestra de amor que alguien podía darme. Entre cábalas sentimentales me di cuenta de que viajar por el norte a la luz de la luna estaba calmando mi ansiedad. A ella, en cambio, le trajo recuerdos de cuando nos conocimos. Sonreía tímidamente, la melancolía se había apoderado de ella y su voz sonaba cansada. Suspiraba de vez en cuando y se tocaba el vientre, buscando una razón para mantenerse fuerte. En el exterior solo se oía el trote de los caballos, en ningún momento bajamos el ritmo. No sabía si estábamos siguiendo una ruta poco transitada para pasar desapercibidos, pero el sonido de los cascos contra la tierra, la oscuridad que nos rodeaba y el tiempo que llevaba despierto me hicieron cerrar los párpados solo por un momento. Ya no la oí mencionar palabra.

Desperté cuando me tocó la rodilla repitiendo mi nombre. Di un sobresalto sin entender dónde estaba, solo se oía el susurro entre Raísa y Umayr en el exterior, roto por el relincho de los equinos. Aún estábamos en movimiento.

—Estamos llegando. Vamos a entrar por la puerta de la alcazaba.

Se había cubierto la cara y corrí un poco el lienzo para poder ver, sin ser visto, cuando la oscuridad más lúgubre se había apoderado del cielo. Justo en el momento previo a la salida del sol; me resultaba mágico. Todo se tornaba negro para abrir paso a los rayos solares y quise creer que aquello era un presagio de nuestra fortuna. Cuando peor parecía todo, mejoraba de repente. Habíamos huido para regresar vencedores. Apenas se apreciaba la conversación entre los adalides, me concentré en entenderlos, pero se me escapó que uno se había

acercado por el otro lado de la carreta y solo conocí su presencia al oírle interrogar al cochero. Aisha se sobresaltó. Toda su serenidad y confianza habían desaparecido en un instante, por mucho que procurase respirar lentamente intentando calmarse a sí misma. Inconscientemente volvió a tocarse el vientre en un alarde de proteger lo que más quería. De buenas a primeras, el postillón me llamó. Aún teníamos las cortinas echadas, la miré y se echó sobre mí agarrándome la cara, asustada, aterrada, juntando su frente con la mía. No podía quedarme dentro de aquella caja eternamente, así que me cubrí la cara con el almaizar, respiré profundamente antes de abrir la puertezuela y salí a enfrentarme con el castrense que traía nuestros salvoconductos en la mano para pedirme explicaciones. Los había sacado de las alforjas y me presenté tal y como aparecía en el mío. Él pretendía mirar dentro de la carreta; pero, en un momento de lucidez, le pedí asomarme yo primero por si mi señora no estaba visible ante su intención de interrogarla personalmente sobre su documento. El caballo de Raísa relinchó, probablemente notaba los nervios de la pobre que se estaba viendo envuelta en una trama que podía costarle muy caro; aunque, después de vacilar un rato, el adalid nos dejó pasar. Volví a subir a la carreta y Samir la puso en marcha.

Avanzábamos lentamente y la curiosidad, alentada por el miedo, hizo que volviese a espiar por una rendija de la cortina qué estaba pasando en el exterior. Íbamos subiendo la pendiente hacia la parte más alta de la ciudad, pasando muy pegados al muro, grueso y oscuro, que protegía la ciudad ante el sórdido silencio de la aurora, solo alterado por un leve galope de caballo en la lejanía, dejando vislumbrar las teas que alumbraban el interior de la medina. Ya estábamos en Tánger.

Di por hecho que nos hospedaríamos en casa de algún familiar de Raísa, que era de allí, y supuse que por eso habían elegido aquella ciudad, pero no se me ocurrió preguntárselo. Podría haber mantenido cualquier conversación con ella, sobre cualquier tema, como solía hacer. El silencio no duraba mucho en mi presencia, pero no se me ocurrió qué decir. Estaba tan atemorizado que casi no quería respirar para no provocar ningún tipo de sospecha mientras íbamos siguiendo una calle, considerablemente ancha, en la que la carreta no tenía ningún problema para avanzar a través de su camino terroso. Ella había adoptado la misma posición de vigía que yo, de aquel modo, cada uno veía en una dirección: yo hacia dónde avanzábamos y ella lo que íbamos dejando atrás.

El cielo empezaba a tornarse más claro, casi se veía bien a la intemperie, pero, aun así, notaba que la respiración llevaba un ritmo distinto al del corazón, cuyos latidos oía bombardear. Aisha, de pie inquieto por naturaleza, estaba inmóvil junto a su ventana mirándolo

todo con cautela y precisión. El desasosiego se había apoderado de mí hasta tal punto que no había asimilado que los cascos del galopante caballo que se acercaba desde la lejanía estaban justo detrás de nosotros. Después, solo oí voces y gritos, llamadas de atención, las palabras de Umayr, los ruegos de Raísa, las puertas de la carreta que crujieron al abrirse a la vez, cómo gritaba mi nombre mientras salía sustraída desde el exterior intentando por todos los medios agarrarse a los bordes de la puerta. Me impulsé hacia delante para tirar de ella hacia dentro, pero otra fuerza tiró de mí hacia atrás y caí de espaldas al suelo. Lo supe porque me golpeé la nuca y las cabezas que estaban sobre mí se fueron entremezclando, poco a poco, con el azul oscuro más claro que había visto nunca coloreando el cielo, emborronándose. Manchas que se unían unas con otras hasta que dejé de ver.

Capítulo 13

Me invadió una sensación de sed y hambre digna de llevar al menos cuatro días ayunando y, tragando saliva, solo conseguí rasparme la garganta. Parecía que solo tuviera acerbo en la boca.

Apenas podía abrir los ojos, estaban unidos como si hubieran acumulado legañas por los mismos días que llevaba sin comer y, aunque intenté despegarlos, las pestañas estaban tan entrelazadas que me protegieron de los rayos del sol que querían filtrarse a través de ellas para dañar mis ojos. Tenía el cuerpo dormido. Los brazos me pesaban, las piernas me dolían, la espalda me picaba. A duras penas lograba moverme, pero el estrepitoso ruido del metal rozando con la piedra me despertó del todo y tuve que llevarme una mano a los ojos para protegerlos porque del susto los había abierto de par en par. Ni siquiera conseguía ver bien dónde estaba porque la luz reflejada sobre el muro opuesto por el que entraba era tan minúscula que no ayudaba a esclarecerme. Me costó mucho sentarme y examinar el nauseabundo lugar, aquel suelo con farfolla alrededor cuales camas de animales de granja, pero que olía peor que unas cuadras. La pestilencia debía estar causada por el hedor de orín, heces y sangre que invadía el espeso ambiente. El ruido de dos ratones persiguiéndose entre sí me sobresaltó. Quise moverme, pero algo impidió que siguiera dándole rienda suelta al pie, y el mundo se me vino encima. Era yo mismo quien hacía ruido contra la piedra, era yo quien tenía un grillete de hierro encadenado a una herrumbrosa anilla que sobresalía de la pared. Quería despertar. No era posible, pero no encontré nadie que me pellizcara para devolverme a la realidad. La realidad en la que vivía, porque si era aquella, más me valía estar muerto. Tosí y apenas conseguí que la garganta vibrase.

Tenía tantas dudas que casi no podía pensar. Había entrado en un estado de obnubilación y, aunque estaba claro que estaba despierto,

por mucho que mi vista se hiciera cargo de lo que veía, mi oído de lo que oía, mi piel de lo que tocaba y mi olfato de lo que olía, mis sesos no asimilaban nada de aquello. No podían. Era grotesco, repulsivo, un sinsentido y el miedo se hizo mi dueño y señor como si de una ola del mar que abraza un cuerpo inerte se tratase. Entonces, apareció en mi mente la carreta, los adalides, Raísa, Umayr, el pobre Samir, el maldito caballo que nos seguía, Hasan, Maryam. Todo empezaba a cobrar sentido y quise ponerme en pie, pero las piernas flaquearon con aguijonazos por todos los músculos. Sin duda, debía llevar días sin moverme, pero todo mi ahínco estaba puesto en dirigirme hacia la portezuela de madera para preguntar por mi mujer. Quería gritar, pero no sabía qué podría pasar, después de todo, los errores más estúpidos me habían llevado hasta allí y no quería volver a cometer ningún otro.

Conseguí arrastrarme hasta la puerta y di varios golpes. Al menos, podría pedir agua. Nadie acudió, pero me mantuve sentado en el suelo intentado ejercitar las piernas para que volviesen a reaccionar, aprovechando que la cadena que me ataba a la pared era larga y me dejaba movilidad suficiente. A saber qué atrocidades había sufrido y no tenía a nadie que me las relatase. Me preguntaba cómo había llegado hasta allí y por qué demonios no me había dado cuenta de lo que estaba pasando. Distintos pájaros no desistían de posarse sobre el alféizar de la pequeña saetera que estaba protegida por dos gruesos barrotes en forma de cruz, dejando allí sus deposiciones y haciendo que el poco aire que entraba apestase a letrinas. El mismo aire que traía alaridos e insultos. Intenté pensar con claridad y deduje que, si estaba en una cárcel, la parte trasera tenía que ser el lugar de ajusticiamientos donde se ubicarían los tribunales que ejecutaban allí mismo sus sentencias a los pobres reos que corrían el peor de sus sinos. No sabía cuál sería el mío, pero la herida que me había causado el grillete en el tobillo estaba en carne viva, sin sangre, pero con pus. No tenía sentido seguir con hierro roñoso alrededor de una herida abierta a menos que pretendiesen mi muerte por infección. También podía morir si mis heridas atraían a las ratas. De nada les servía mantenerme encadenado. A fin de cuentas, no tenía escapatoria.

Mientras más oía a la muchedumbre ensañarse contra el ajusticiado, más me horrorizaba todo aquello. Conocía la sharía a la perfección, sabía que si iba a juicio sería acusado de cometer una ofensa *hadd*, y el castigo para el adulterio eran los latigazos o la lapidación. En el peor de los casos se trataba de la más vil de las muertes que una persona podía recibir, precisamente porque el cuerpo humano podía ser golpeado con ensañamiento una y otra vez sin que la persona perdiese el conocimiento. Quien recibiese ese castigo moría lentamente, aguantando cada pedrada, desangrándose. Todo mi

organismo dio un vuelco. Había estado intentando respirar lentamente para filtrar el hedor, pero ya no era suficiente. Necesitaba bocanadas de aire y allí no había corriente limpia para suministrármelo. Al menos, poco a poco, conseguí que mi corazón no sufriera un ataque allí mismo, respirando con la mayor normalidad que lograba adquirir dentro de lo que cabía, y decidí que necesitaría una defensa. Tenía que pensar en ello detenidamente, pero la concentración me duró poco cuando todo lo acontecido a las puertas de Tánger pasó por mi mente. Pensaba en todos. Pensé en nuestros amigos. Pensé en Samir, al que había conocido aquella misma noche.

Otro maldito pájaro se posó sobre el alféizar de la ventana y su gañido hizo que moviese la cabeza lentamente hacia él. No me lo podía creer, pero sin duda era mi halcón gañendo y girando su cabeza de un lado a otro con la caperuza puesta, como si estuviera esperando su roedero.

Me puse en pie y me dirigí hacia la ventana, demasiado alta como para echar un vistazo hacia el exterior, del que solo veía el cielo azul intenso sin una sola nube que lo vistiese. Me sujeté al barrote trasversal y me impulsé hacia arriba, aunque me temblaron los brazos, e intenté escalar con los pies descalzos por la pared. El halcón salió volando y lo maldije mientras me quedaba colgado mirando hacia abajo, intentando encontrar algún recoveco en la pared donde apoyar la punta del pie porque me estaba raspando la piel. Entonces, volví a impulsarme y subí lo suficiente como para poder ver la calle donde los tangerinos se habían agolpado para asistir al juicio.

Encontré a mi halcón, que montaba sobre cola, derecho hacia mí como si me hubiese tomado por una presa, y me dejé caer por el miedo a un posible acuchillamiento sin pensar en que no cabía entre los barrotes. Solo vino a posarse sobre el alfeizar para devorar un roedero. Por fuerza, algún amigo mío tenía que estar enviándome algo. Repeché otra vez, pero me resultaba imposible ver si traía alguna nota porque no había modo de soltar ninguna de las manos para hacerme con él. Aun así, usé todas mis fuerzas para elevarme, aún más, y averiguar quién estaba abajo, donde la muchedumbre no me permitía diferenciar a nadie. Entonces oí mi silbato entre el gentío y el halcón se lanzó viento abajo, y pude seguirle con la mirada, consiguiendo distinguir la lúa que se alzaba entre las cabezas de todos los chismosos. Temblé cuando vi a un escolta de la realeza allí en medio; pero, por las hechuras, supe que era Umayr, que llevaba la cara tapada dejando al descubierto tan solo sus ojos. No entendía qué hacía con el uniforme de la Guardia Real si el alba que nos detuvieron, la última vez que le vi, iba vestido con un gabán de viajero. Todo resultaba demasiado confuso. Tuve el impulso de saludarle, una enorme felicidad se apoderó de mí por verle sano y

salvo, y dejé que la esperanza venciera todas mis dudas. Él estaba allí. Era libre. Solo tenía que averiguar cómo mi tagarote había llegado hasta Tánger, porque lo había dejado en Tetuán.

Umayr me miraba. Entre el tumulto, girado hacia mí, observándome mientras todos los demás no perdían de vista el frente. Menos él, que tenía sus ojos clavados en mi ventana. De nuevo alzó la lúa para que el halcón retomase el vuelo, pero no hacia mi posición. Umayr seguía mirándome sin moverse. El halcón voló en la dirección que todos encaraban, pero no quería dejar de mirar a mi amigo para no perderle. Él tampoco quería perderme a mí. El gañido del halcón llamó mi atención, o los chillidos del gentío, o la curiosidad, o el instinto. El caso es que seguí el vuelo de mi tagarote, que pasó por encima de la cabeza del reo al que miré creyendo que el hambre y las condiciones que me rodeaban me mostraban burdas irrealidades. El juicio había debido acabar hacía horas porque el cuerpo estaba semienterrado hasta el pecho, de pie, con los brazos dentro del montón de arena, era lo usual en una lapidación.

El inculpado no existía, la justicia tampoco.

Permanecía con su cabeza lacia echada hacia delante, ni siquiera la gente tiraba piedras a aquellas alturas porque estaban a punto de desenterrar el cuerpo, lo que se hacía cuando se daba por muerto al condenado.

Aquella fue la última vez que vi a Aisha.

Era octubre de 1320: en la ciudad de Tánger, mi alma había muerto para siempre.

Tercera parte

Noviembre de 1339

Tenía cuarenta y siete años cuando di muerte al príncipe

Abd al-Malik Abd al-Wahid, heredero al trono de Marruecos

Su padre, el sultán Abu al-Hasan Ali ibn Uthman, le había coronado rey de Algeciras por su brío y habilidades como guerrero, y era la segunda vez en una década que el ejército de Hasan aparecía por las inmediaciones de Xerez. Estas cabalgadas no dejaban de sorprender a los castellanos porque desde 1291 ningún magrebí se había aventurado a volver a al-Andalus. Yo nunca conté que los conocía. Jamás hablé de mi vida en Marruecos, pero sabía que, en las próximas Cortes de Madrid, la Curia Regia iba a plantear qué demonios les había pasado para que el asunto andalusí resurgiese con tanto fervor. Era cierto que nuestro rey era una continua amenaza para los nazaríes, pero la realidad era que yo conocía a Hasan y sabía que era un fanático yihadista. Ni siquiera le importaba que nuestro embajador, Gonzalo García de Gallegos, se entrevistase con él para prorrogar la tregua firmada en Fez en 1334; ni que, posteriormente, dos de sus embajadores vinieran para lo mismo a Castilla. Mientras

más tiempo pasaba Abu Malik en la Península, más claro tenía que las negociaciones eran una pantomima para enmascarar sus legítimas miras de invadirnos.

Capítulo 14

Hasan había nombrado emires a dos de sus diecisiete hijos varones. Las diez hijas las tendría en palacio, esperando a casarlas bien para conseguir tratos con otras tribus o reinos, aunque la traición le parecía venir de su propia sangre. Cuando cayó enfermo dos años atrás, sus dos emires acabaron enfrentados por la sucesión, pero estaba claro que Hasan estaba movido por los hilos de Maryam, aunque tuviese todo un harén para él solo: el heredero era el Tuerto. Desconocía quién sería la madre del otro hijo, Abu Abd al-Rahman Yaqub, porque, tras mi huida, no supe nada más de su vida personal, solo de su enfermedad y porque fue razón de conflicto entre reinos. No me alegré, de hecho, no quería que muriese aún. El día que Alá le llamase, esperaba que lo hiciese de un modo lento y agonizante. Se lo merecía.

Desde el invierno anterior, un desmesurado trasiego de tropas iba y venía a través de la Puerta de la Caridad sin que mostráramos oposición alguna, hasta que nuestro rey atacó en verano Ronda, Antequera y Archidona. Después, se retiró a Sevilla a pasar el resto del estío antes de partir para preparar las Cortes de Madrid.

A pesar de las numerosas veces que nos reunimos en la iglesia de San Juan de los Caballeros a deliberar, no fuimos capaces de recibir una sola nueva del monarca. Había nombrado adelantado de la Frontera al maestre de la Orden de Alcántara, Gonzalo Martínez de Oviedo, que, en vez de venir en nuestra ayuda, estaba asaltando varias plazas con tropas organizadas desde Córdoba. En represalia, el rey Yusuf de Granada avanzó para atacar el castillo de Siles. Sin embargo, el maestre de la Orden de Santiago, Alfonso Méndez de Guzmán, lo derrotó.

Aunque los cristianos considerasen cualquier lucha contra el infiel una Cruzada, haber tenido en una de esas batallas al mismísimo sir James Douglas comandando junto al rey debía ser una razón fervorosa para luchar. Independientemente de que la intención original del pobre escocés fuese dirigirse a Tierra Santa con el corazón embalsamado de Robert Bruce, y sin comerlo ni beberlo se viese enrolado en la batalla de Teba.

Para colmo, la victoria fue cristiana, pero, lejos de eso, los xerezanos estaban cansados de hacer frente siempre a las contiendas. Algunos de los mensajeros retrocedían, desesperados, asegurando que había milicia magrebí desperdigada por los campos llegando incluso hasta Utrera. De aquel modo, nadie podría socorrernos porque

quedábamos aislados de toda protección procedente del norte. Y, por si fuera poco, por alguna razón que escapaba a mi entendimiento, los castellanos parecían considerar a los nazaríes algo más cercanos de lo que consideraban a los benimerines, aun siendo del mismo credo. Por eso les temían más. La última década había sido devastadora para nuestra frontera.

Nuestra flota apenas podía detener la amenaza que representaba la continua oleada de milicia magrebí. El almirante Alonso Jofre Tenorio era un hombre con gran experiencia militar y tenía la Puerta de la Caridad bajo estricta vigilancia para impedir el paso. En cuanto intentó cortarles el cruce, comenzaron las primeras escaramuzas, que se convirtieron en el pretexto perfecto para declarar la guerra. Y como nadie reza hasta oír el trueno, hasta que no fuimos conscientes de que estábamos en plena yihad por la recuperación de al-Andalus, los reyes cristianos más próximos no reaccionaron. Al menos, aunque estaban enfrentados entre sí, abandonaron sus rencillas personales y se aliaron para defender el sur de la Península de la invasión que estaba resistiendo. Sorprendentemente predominó la responsabilidad por el bien común y el rey Pedro de Aragón envió a su almirante, Jofre Gilabert de Cruilles, a navegar hasta Ceuta. Derrotó a toda una escuadra con tal mala ventura que, al desembarcar en Algeciras, enlazó combate y murió herido de un flechazo. En aquel momento, Abu Malik aprovechó el viaje del rey castellano a Madrid para comenzar una campaña, avanzando por Medina Sidonia, desde donde envió algunos contingentes para abastecerse. Desde ahí, pasaron por Xerez, donde robaron todo el ganado que encontraron en su camino.

Desde la atalaya del alcázar, veíamos las humaredas de los prados, que tornaban el cielo de color gris hasta donde nos alcanzaba la vista, provocando la desesperación de los más débiles que preferían abrir las puertas para entregar las llaves de la ciudad por miedo antes de morir asfixiados por el humo. Talaban los viñedos de Picadueñas, las higueras del camino de la Trocha, los olivos de Cerro Fuerte, quemaban las cosechas de Llanos de Caulina, tapaban los pozos de la Víbora, del Acle, del Rey, de Mexía. La gente mendigaba por las calles, moría de sed y hambre; los niños enfermaban, y ni un solo caballero del Concejo bajaba un agujero de sus pretinas.

Me sentía responsable como hidalgo que era, por eso Leonor y yo habíamos abierto la puerta de mi casa, colocando paneles de madera a modo de pasillo para que nadie se desviara del camino que los llevaba hasta el patio. Allí, preparábamos una caldera sobre trébedes para servir ensopado aguado de puerros con mendrugos de centeno una vez al día. Mi prima no dudaba un instante a la hora de recogerse los rubios tirabuzones dentro de la albanega y amarrarse el delantal alrededor de su delgado talle para ponerse a servir, a pesar de la

inseguridad que a muchos causaba su cándida belleza de medrosos ojos verdes. En cambio, mi hermano estaba horrorizado. Él se había atrincherado en su caserón de la cuesta del Espíritu Santo, maldiciendo mi existencia, sin entender que hasta sus hijos vinieran a ayudarme en mi propósito.

Al principio, otras mujeres de la ciudad también vinieron a ofrecer sus potajes y cereales; pero, poco a poco, fueron ausentándose a medida que sus propias familias empezaron a carecer de las fortunas que habían ido sumando en los últimos años, hasta venir en busca de caldo aguado. Otros vecinos nos prestaban los enseres de los que disponían para poder llevar a cabo nuestra labor, como sartenes, ollas, cazuelas, pailas, asadores, petos, cedazos, harneros, zarandas, artesas, dornajos, tajadores, hatacas, lebrillos, altamías, tinajuelas, acetres y pipores. Algunos, incluso artículos de lujo, como la asombrosa tinaja que nos prestó Petronila de Nuncibay, decorada con estampillas en la que se podía leer del árabe «la felicidad», así como «la salud». No podría estar más de acuerdo en poner ambas palabras juntas porque sin duda iban de la mano. Ni siquiera los nietos de Pedro Martín, el acemilero de la reina Violante que heredó en los donadíos una alhóndiga en San Dionisio, tenían ya grano almacenado. Muchos les acusaban de no querer venderles, pero ¿dónde iban a comprar? En época de carestía no había nada para nadie, de hecho, hacía ya meses que se habían quedado sin trigo, centeno, mijo, habas, cebada o avena, pero la gente era egoísta por naturaleza. En cuanto comenzaron las primeras escaramuzas, los más pudientes se dedicaron a comprar tanto grano como pudieron para trapichear con el elemento más básico de cualquier hombre. Los molinos de aceite también estaban en manos de la nobleza, con la que compartía sitial cada mañana, que amañaban los precios según su conveniencia y prohibieron a los campesinos el uso de los Montes de Propios que el rey Fernando había otorgado a Xerez, hacía ya treinta y nueve años, para que pudiesen labrar su propia tierra. A nadie convenía semejante competencia. ¿Permitiría yo mismo que Leonor tuviese que rivalizar con otros solo porque la Corona determinase que ellos también tenían derecho? Ella había heredado las tierras de su familia, que a su vez habían venido a luchar y defender la Frontera. ¿Por qué iba a decir nada a favor de aquellos que simplemente habían venido a probar suerte sin arriesgar sus vidas? Eso me hizo preguntarme en quién me estaba convirtiendo.

El hambre, la sed, el miedo y la falta de información no hacían buen mejunje para alentar a los que salían a defender la ciudad, ya que algunos, incluso, llegaron a desorientarse tanto que juraron avistar apariciones marianas. Tal vez por la desesperación o por la necesidad de un milagro divino, los demás apoyaban la visión. De

hecho, en medio de la confusión y la entrega total a la voluntad celestial, habían comenzado a construir una capilla a la Virgen de los Remedios en el muro interior de una torre de la Puerta del Marmolejo. El mismo que se había caído casi dos meses antes cuando todo un escuadrón entró a tropel, desplomándose sin matar a nadie. El visionario, más afectado por la guerra que por la divinidad, empezó a señalar hacia el hueco que había quedado, asegurando que tenía frente a sí a la Virgen con el niño Jesús sujeto con un brazo y un Cristo crucificado posado sobre el otro. En vez de darlo por perdido, y sacrificarlo como se hacía con los animales que perdían la mansa inocencia, los demás revalidaron la aparición y el santo varón del predicador general de los Dominicos, fray Diego Franco, propuso gastar el poco dinero que quedaba en las arcas del Concejo en memoria de la visita mariana. Siempre me fascinó que una mujer que vivió en Oriente se apareciera únicamente por Occidente. Resultaba inquietante. Pero así era Xerez y yo no quería que me echaran de allí porque no tenía a dónde ir. Lo único que podía hacer cada vez que oía algo semejante era guardar silencio y la compostura.

Cuando no podía soportar más mi propia mentira, me iba cabalgando a buscar las ruinas de la antigua Astah y sacaba del morral las suntuosas ropas nazaríes que me había otorgado a mí mismo como botín tras la batalla de 1325. Por la calidad de todo el conjunto, debió pertenecer a un infortunado y allegado familiar del rey de Granada, que murió a cuchillo por alguno de mis vecinos. No era normal venir a combate hasta Margalihud luciendo una fastuosa marlota púrpura que debía proceder, por lo menos, de Venecia, a juzgar por los motivos de rocalla con los que estaba decorada y de cuyo material solo había leído al respecto en las Cortes de Xerez de 1268; una espléndida alcándora de sirga que en Castilla pretendían prohibir en las ordenanzas suntuarias por su alto precio, incluso a los ricoshombres y caballeros; un cinturón de oro, cuya hebilla lucía la inscripción «Solo Alá es vencedor», y de donde se envainaban las espadas, tanto jineta como estoque, ambas con inscripciones del Corán y adornos árabes en el puño. Para colmo, una magnánima capa de tisú de Siria, cerrada por un broche de rica orfebrería, le ponía el punto y final a semejante regio atuendo. De haber sido interceptado por algún otro xerezano, las ropas hubiesen acabado de mantos y las joyas fundidas, sino donadas a alguna virgencita.

Una vez vestido cual príncipe nazarí, rezaba en el solar de lo que una vez fue una pequeña mezquita, hincando las rodillas en las piedras con las que se construyó seiscientos años atrás, plantando las manos en el suelo que había visto pasar a tantas culturas distintas, agachando mi cuerpo hasta clavar la frente donde pisaron mis hermanos, pidiendo perdón por toda mi vida. Después, me sentaba

sobre unos escalones que algún día debieron marcar la entrada a una casa mirando hacia el sur. ¡A quién le importaba Bagdag teniendo Fez ahí mismo!

Al principio, tocaba el silbato por si mi halcón aparecía, pero nunca lo hizo. Con el tiempo, solo lo miraba. Al principio, lloraba hasta vomitar y no poder soportar el dolor físico, sintiéndome debilucho y frágil como un cristal, cuando ella soportó el dolor hasta que la mató. Con el tiempo, solo suspiraba. Cuando me daba por satisfecho en lo que a compasión hacia mi propia persona se refería, volvía a cambiarme las ropas y me transformaba en un ciudadano cristiano. Sajón, pero cristiano, con zaragüelles más ajustados que los morunos, aunque menos que las calzas castellanas, la alcándora de lino naval que un alfayate me traía de Bretaña y Leonor me zurcía, el jubón forrado en piel de marta y los borceguíes de cuero con vuelta. Adoptar otras costumbres era mi propia manera de no verme vencido ni aceptar mi nueva situación, mi nueva identidad, mi nuevo yo. Tan espantoso que daba lástima.

Para salir de allí tenía que esquivar una antigua necrópolis hasta llegar a una tumba, cuyo epitafio decía «Cristo sea para ti paz segura», donde tenía amarrada a mi yegua. Y me retiraba cual histrión abandonando la escena. Nunca entendería la patraña germana de que el aire de las ciudades hacía libre. Obviamente, sabía que se trataba de un privilegio que usaban los siervos para abandonar sus feudos, pero no comprendía cómo pudieron convencerles de que el pestilente aire prensado era la salvación a sus problemas de servidumbre. Ya en el hogar, sacaba las ropas del morral y las dejaba sobre la mesa, la silla, la arquilla, la cama o cualquier otro lado sin mucho cuidado. Aunque tenía una sirvienta que apenas hablaba gobernada por Leonor, mi prima entraba como Pedro en Huesca, asegurándose que todo estaba a su parecer, dejando las estancias perfumadas y abasteciendo la despensa con todo lo que compraba a las berceras de la plaza de las Vendedoras, a los pescaderos de la Puerta del Marmolejo o en los corrales de la Mondonguería. Dejase las ropas donde las dejase, siempre aparecían dos días después de su uso limpias, oliendo a ajenjo y dobladas en el arcón de mi alcoba. Nunca pregunté nada porque sabía que se encargaba de ellas con el mismo celo y respeto con el que se encargaba de mí. Igual que con mis alcándoras y alifafes, que dos veces al año blanqueaba con lejía que preparaba la muchacha. Le tenía ordenado que fuese almacenando en unas jarras, que yo mismo había comprado a un mercader de Granada, toda la ceniza que iba sobrando del hogar y de mi pequeña tahona. Después la limpiaban entre ambas, escrupulosamente, ya que, mientras más pulcra estuviese, más blanca quedarían las ropas. Y así, cada mes de mayo y septiembre, la tenía poniendo todo patas arriba, disfrutando de actuar

cual dueña y señora de mi hogar. Jamás me había pedido nada; pero, a veces, venía a casa con los niños y se inventaba cualquier excusa para salir y dejármelos allí. Y yo estaba encantado de ocuparme de mis dos sobrinos.

Poco a poco, me había hecho al medio. Ya no me parecían tan raras sus costumbres y hacía mucho que había dejado de mirar con descaro a las mujeres por su vestimenta. El día de mi regreso tuve que hacer frente a las reprimendas de una muchacha que llevaba un pellote de fustán que dejaba ver el sayo azul, ricamente bordado al estilo moruno, ajustado a su talle sin cubrirse con un echadillo. Eso dejaba al descubierto el redondeado escote. Muy redondeado y muy abierto. Algunas llevaban las mangas cortas hasta los codos. Lucían bonetes de los que caían finos alharemes cendados a través de los cuales se les veía el cabello; incluso dejando que largos aladares rizados les taparan las orejas, aunque el resto fuera recogido en un moño en la nuca. A más rango social, mayor altura tenía el tocado.

Recuerdo que cuando iba pasando por delante de la iglesia de San Dionisio, después de casi dos décadas, me quedé un rato admirándola. Seguía exactamente igual, no había mudado una sola piedra. *Mezquita.* Sonreí en mi interior. Entre la iglesia y la capilla de San Antonio Abad había una tinajera vendiendo los numerosos cántaros llenos de agua de los pozos particulares que los azacanes traían para la comodidad de los vecinos. Siempre me llamó la atención que sobre esa capilla hubiese un malogrado balconcillo, con la advocación a Nuestra Señora de la Candelaria, desde cuya altura se decía misa a las berceras que vendían allí sus hierbas. Tarde o temprano, deberían reformarlo porque, con lo que gustaba en la ciudad hacer alarde de religiosidad, de seguro que sus eminencias querrían usarlo como palco la mañana que procesionaba el Corpus Christi. ¡Cómo me asustaban de niño la tarasca, torillos y bohigueros! Los sacaban también por culpa de aquella manía de los moralistas castigadores en mostrar cómo los bienes celestiales vencían sobre el mal.

Avancé un poco y giré hacia el arroyo de los Curtidores, que tenía su nacimiento en la plaza de la Mantería, discurría hasta la Mondonguería y el barranco dejaba estancada la mayoría de agua en las curtidurías para desaparecer por debajo de la muralla y desembocar en las playas de San Telmo. Había allí una diminuta capilla, bajo la advocación de la Virgen del Valle, hasta donde los marineros procesionaban en peregrinaje cada 14 de abril, pero aún no se habían aventurado a crear una cofradía porque no se ponían de acuerdo para solicitar la construcción de una ermita que les albergase. De repente, sentí la bofetada de podredumbre que las tenerías de Maese Guillén, el aragonés, desprendían, corrompiendo la brisa del ocaso. Por la cuesta del Espíritu Santo se ubicaban unas dominicas,

que habían fundado un cenobio por el año 1324, aprovechando uno de los espacios muertos entre la muralla y los linderos de las casas, a pesar de que el rey había dejado claro que las carreras cercanas a los muros debían quedar desembargadas y libres. Pero las dueñas aún no se atrevían a levantar un convento por ser la primera orden religiosa femenina en instalarse en la ciudad, justo frente a la casa de mi hermano y su familia. La vivienda estaba precedida por un encantador jardín y estaba hecha con la misma piedra que el muro exterior, dándole un aspecto de casa de campo. Nadie hubiese imaginado tal joya en plena villa.

—Leonor la heredó del difunto —dijo Johan, que me puso al día cuando fui por primera vez—. El Villavicencio murió un año después de desposarse.

Lo lamenté por ella, tenía solo quince años cuando se casó y, aunque nadie debía ver morir a sus seres queridos, mucho menos a la persona que era elegida para vivir junto a ella. Dejé de pensar en el tema para no derrumbarme y le repliqué que se abstuviera de semejante tema en su presencia.

—¿Es mentira, acaso?

Mi hermano no podía entender aquella pena. Su talante de petimetre, a pesar de que la alimentación a base de puercos y claurell le marcaba una burlesca panza redonda que solo se notaba de perfil, ya que de espaldas era bastante parecido a mí, le hacía parecer ridículo.

Tal y como dejé la calle de las Lecheras a mi siniestra, divisé la iglesia de San Mateo, aunque tuve que sortear los entrantes y salientes del grupo de casas que se enfilaban frente a mí, siempre con la vista fija en el cielo para no perder el campanario. *Alminar*. Me quedé quieto, sobrecogido, exánime. Estaba en la esquina de la plaza del Mercado, junto a una gran casa propiedad de los Ponce de León. La misma esquina donde mi madre había yacido muerta durante toda una noche, desangrada, desgarrada, como si fuera una pordiosera. *Avariciosa*. Y todo porque, cuando mi hermano desposó a mi prima Leonor, le dio una asignación, y se dedicaba a pasear por el mercado, cada día, con sus mejores galas, portando todas sus joyas. Una de las noches que salió de la casa de mi hermano, fue atacada por unos bandidos y se aferró a sus alhajas, muriendo apuñalada por resistirse a entregar lo que los ladrones querían. Cuando la hallaron a la mañana siguiente, estaba fría como un témpano y morada como una berenjena. Desde entonces, nadie salía de las casas tras el ocaso a menos que fuese acompañado de un lacayo tea en mano siniestra y garrote en mano diestra.

Todo aquello sonaba como si estuviera contando historias de otras personas ajenas a mí. Llegué a Xerez tan petrificado por lo vivido en

Marruecos, por haber creído que las cosas no podían ir a peor y, aun así, se agravaron estrepitosamente, que saber que mis padres habían muerto de un modo tan trágico y rocambolesco ni siquiera me afectó. En el fondo no sabía si era por el halo de tragedia que me rodeaba o porque en realidad dejaron de importarme cuando quedó claro que yo no les importaba a ellos. Además, Leonor no mostró un ápice de remordimiento por sus palabras cuando me lo contó, así que tampoco la situación me causaba sentimientos infundados. Si mi madre le hirió con su actitud, no se me ocurriría echarle en cara aquel despotismo, sobre todo porque yo era el menos indicado para reprocharle nada: les había castigado hacía años. Ella estaba muy dolida porque, en cuanto Nuño pereció, mi madre se empecinó en que desposara a mi hermano, cuando ninguno de los dos tenía intención alguna. Incluso se sintió coaccionada por mi padre, accediendo a darles el dinero de su dote, en cuanto enviudó, para pagar mi rescate. Sin embargo, mi madre prefirió pagar otras deudas acarreadas en ausencia de mi padre, como si mi cautiverio no fuese la de mayor envergadura. Leonor volvió a darles dinero de su herencia, pero mi padre cayó enfermo y prefirieron reformar la casa para evitar las corrientes y las humedades.

—Vuestro padre falleció enfermo, miserable, irreconocible, y tuvieron que costear el entierro en San Salvador —se excusó Leonor—. Yo ni siquiera quería volver a desposarme: amaba a Nuño. Me repelía la sola idea de yacer con otro hombre, pero Johan me dijo que él sí pagaría vuestra liberación si nos casábamos, y así fue. Siento que tardase tanto en decidirme. Cinco años son muchísimos, pero otro hombre… Vuestra madre me acusó de incauta por regalar dineros y ajuares a unos infieles, pero yo os conozco desde que nacisteis, Diego. No sé si he vivido todos estos años errada, pero dentro de mí quise creer que os habíais negado a volver. Con lo orgulloso que siempre habíais sido, pensé que estabais castigando a vuestros padres por degenerados. He sido feliz todo este tiempo pensando que estabais bien allí, pero ahora que os veo…

Las palabras de Leonor me habían hundido del todo, pero se convirtió en mi fiel aliada a solo tres días de mi llegada a Xerez. Habíamos llorado a moco tendido, allí de pie, en la cocina de su caserón, con el hedor del cerdo, del alcohol, de la sangre cuajada en un lebrillo…, sabiendo que nos entendíamos. Por aquel entonces aún se llevaba la mano al pecho cuando mencionaba a Nuño. Con el paso de los meses, dejó de hablar de él. Parecía mentira haber estado tangente con ella todos aquellos años sin saberlo. No quería contarle nada, aunque no parecía necesitarlo.

Seguí mi camino y, al girar a la siniestra, vi cómo los buhoneros recogían apresuradamente sus mesas y paradas para que no les cayese la noche encima. No se parecía al zoco de la medina, era otra variedad

de colores, olores, sabores y gentes. En este lado de la Frontera todos tenían otro aspecto, vestían de otra manera y vendían otros enseres; aunque, tenía que reconocer que, al menos, en lo que se refería a equinos, se les notaba la especialización, pues, además de los propios caballos que había visto apostados en la entrada de la ciudad para su venta, en el mercado se concentraban los quincalleros, cordobaneros, guarnicioneros, freneros, albarderos, silleros y un talabartero con un interesante dedal de bronce profusamente decorado que juraría que no era de territorio cristiano. Todo lo que un caballero podía necesitar para equiparse a sí mismo y a su rocín. Pero, por alguna razón, lo que más me llamó la atención fue uno de los tenderos que vendía comida ya preparada sobre pailones, almofías, escudillas, picheles y tenía un bonito vaso con decoración impresa relleno de un guiso en cuyo gran madero tallado decía «De Benaocaz».

Después de entretenerme en el mercado, aunque fuese para ponerle faltas y echar de menos los magrebíes, proseguí mi camino por un lateral, siguiendo la hilera de casas que se enfilaban hasta abrir paso a la explanada de la iglesia: la plaza de San Mateo. Me paré en seco en la esquina mirando hacia la calle Carnerete. La casa estaba allí, sola, quieta, en pie, pequeña, escondida.

Desde mi vuelta a Xerez, comencé a enseñar a mis sobrinos algunas cosas del exterior, sin despuntar mucho, pero abriendo camino para que ellos mismos pensaran y concluyesen. Diego era un primor, rápido, ansioso, listo y embustero. Lo tenía todo. Y Johan solo pensaba en luchar. Tenía que apañármelas para incluir alguna batalla si quería que prestase atención a alguna explicación, pero se le daba realmente bien luchar con la espada, la equitación e, incluso, la lucha mano a mano. A Diego le interesaba más leer y oírme hablar, no quería saber nada de armas. Estaba claro que él sería quien lidiase en el Concejo cuando yo me retirase, así que me había tomado muy en serio marcarle las pautas hacia la honradez, la comprensión hacia las penurias de los más necesitados, la justicia con los que menos tenían, las carestías, la paciencia, la humildad… Por supuesto, después de tanta monserga, debía premiarles, porque, a fin de cuentas, eran niños, así que me los llevaba a la bizcochería del Maese López de Alegrías, que estaba a la vuelta de la esquina, y allí les dejaba escoger algún alfeñique, alfajor, alcorza, alajú, almíbar o almojábana. Les repetía siempre el refrán que se decía en al-Andalus: «Desgraciado aquel que entre en Xerez y no pruebe las almojábanas», para que no olvidasen que los anteriores pobladores no eran los malos y nosotros los buenos, sino que el mundo se regía por la ambición de señores y el fanatismo de religiosos, fuesen del credo que fuesen. Como el mismísimo Abderramán, primer califa omeya de Córdoba, que era mestizo, mitad navarro, mitad árabe, sobrino de la reina Toda de

Pamplona, lo que demostraba que en toda aquella maraña de religiones que nos querían vender no había ni una pizca de verdad. Solo éramos súbditos vasallos que debíamos lealtad viéndonos envueltos en beligerancias que ni nos iban ni nos venían, pero que acabarían con nuestras vidas. Y no solo cayendo muertos en el campo de batalla, sino siendo expulsados de las tierras que nos habían visto nacer o prosperar. ¿Había algo más vil que eso?

Si la relación entre mi prima, mis sobrinos y yo era buena, con mi hermano iba de mal en peor. Además de las notables diferencias personales, había que añadir que su familia me trataba de muy buen grado, y el culmen de nuestra enemistad llegó cuando me negué en rotundo a favorecerle como terrateniente cuando se quisieron repartir las heredades del pago de Barbayna. Legalmente se sacaban en almoneda pública y todos los poseedores de terrenos, grandes y chicos, podían optar a extensiones de aquella herencia que había quedado maltrecha tras la muerte de sus propietarios. Los demás caballeros se dedicaban a dividir las aranzadas entre ellos mismos, y yo me negaba a participar en detrimento de los pequeños terratenientes, especialmente cuando los Dávila mostraron interés y los Villavicencio montaron en cólera. Aquellas familias se odiaban a muerte y la tumba se tenían jurada unos y otros. Incluso pretendían convertir los torneos en una mascarada de grupos de caballeros, disfrazados de moros y cristianos, que jugasen a lanzarse cañas en lugar de lanzas, según ellos, para evitar peligros. Sin embargo, su única intención era obligar a los caballeros participantes a apoyar un linaje u otro y así manejar su red de clientelismo con el propósito de aumentar su influencia. Tarde o temprano, tendría que acudir alguna autoridad superior para acabar con los conflictos de nuestra nobleza.

Cuando mi hermano, delante de todos los Morlans sentados a la mesa, quiso hacer pública mi ofensa para con ellos acusándome de no tener en cuenta el porvenir de mis propios sobrinos, se quedó atónito al oírlos alabar mi honradez y mi templanza por no sucumbir a la corrupción. Johan se levantó de la mesa, redoma en mano, y salió dando un portazo, seguramente en busca de alguna de sus amantes. Era el más verriondo de la collación, copulaba con las muchachas de más alta alcurnia sin saber evitar preñarlas, y las pobres infelices que corrían la desdicha de engendrar acababan enclaustradas en un convento sevillano por todos conocido. Aquel destierro era el fin de las chiquillas ricas que deshonraban a sus familias a cambio de altas sumas de donaciones económicas por el silencio eclesiástico. Lo que yo me preguntaba era cómo no salía de allí ni un niño si cada vez el número de monjas aumentaba en decenas. El colmo de la indecencia no lo llevaban las jóvenes que se dejaban arrastrar por las pasiones prohibidas, sino las monjas, curas y otros individuos que practicaban

la interrupción de su estado. El peso de las doblas de oro les podía más que todo lo que predicaban. Malditos embusteros.

Y es que no había un solo brazo limpio y decente rigiendo la ciudad. La Iglesia y el Concejo estaban corruptos, la aristocracia local asesinaba a quien se interpusiera en sus intenciones, las huestes aceptaban sobornos y cambiaban de bando según su conveniencia, y los pobres pecheros tenían que pagar las consecuencias de la mala gestión y administración de quienes supuestamente les representaban. Los cresos podían pagar bulas para salvar sus almas, aunque comiesen carne en Viernes Santo, y no había un solo cura que no tuviera en su casa parroquial media decena de chiquillos a los que llamaba sobrinos y una prima, tía o pariente lejana de buen ver, pocos años y mucha salud para servirle en la casa. Lo que venía a ser una barragana de toda la vida. Mientras los frailes engordaban, a pesar de su voto de pobreza, las monjas lo hacían y a los pocos meses volvían a lucir flacas, sin que a nadie le importase que las casas cuna que ellas mismas regían estuvieran más llenas de sus propios bastardos que de verdaderos huérfanos necesitados de un hogar.

A veces, no sabía si mis vivencias me habían vuelto insensato, insensible e intransigente o, simplemente, mis compañeros de la mesa vivían amedrentados por los pocos violentos que enseguida llegaban a las manos y querían batirse en duelo. Me sacaba de quicio la falta de disensión entre nosotros por estupideces, que perdiésemos mañanas enteras en discusiones tan insignificantes para la ciudad como si retirábamos o no el mamotreto de canto que había en la plaza del Truco pero, claro, a algunos de ellos les convenía el paso de carros cargados con sus atijaras para salvaguardar tiempo y dinero. Siempre iban paso a paso y que arrease el que sigue. A mí me preocupaba más que en los días de mercado las calles apareciesen sucias y llenas de desperdicios y, en vez de incrementar el almojarifazgo, bien se podía penar la falta de pulcritud bajo pena de mil maravedís. Lástima que dependiese de cada vecino mantenerlas limpias y aseadas, porque no todos eran esmerados y algunos se dedicaban a arrojar basuras y estiércol en los linderos de la muralla en vez de salir a los muladares, que estaban perfectamente repartidos por cada puerta de la ciudad. Incluso algunos evacuaban sus palanganas, lanzándolas por los vanos gritando a viva voz «agua va». A ver cuándo empezaban a pechar quienes atentaban contra el pudor colectivo despojando los viales de la limpieza que debía relucir o, incluso, manchando con cohombros podridos y otros alimentos la plaza de San Dionís cada vez que había algún reo en el rollo. Y ni que decir de los albéitares que, en vez de atender de corral en corral, llevaban a cabo su oficio en plena calle para el horror de los pobres animales. Pero entonces me acusaban de conveniencia por habitar a escasas varas de la plaza del Mercado,

cuando jamás me había quejado del solar despoblado que había entre la plaza y mi casa, que solo servía para que los yunteros y almocrebes se apostasen allí con sus acémilas antes de partir para las gañanías, sin que ni siquiera el cura de la iglesia pudiese evitar semejante insolencia junto a un lugar santo. Tampoco se preocupaban lo más mínimo por el inestable puente de barcas del Portal. Solo estaban atentos a si el arrendador de la barca pagaba su renta, hubiese o no pasaje. Cuando el pobre barquero nos presentó sus quejas porque otro de Santa María del Puerto se estaba dedicando a pasar gente previo pago, menoscabando así su oficio porque solo se le estaba permitido el traslado de los moledores de un molino en la otra ribera del río, ignoraron el asunto. Solo reaccionaron cuando recibimos un pleito presentado por los jurados del Puerto porque unos vecinos se conchabaron con el barquero xerezano y se trajeron la barca del portuense. Me desternillé de risa contándoselo a Leonor por la ocurrencia, pero aquello solo indicaba que el asunto había pasado a mayores y se nos había ido completamente de las manos. Yo me personé para apoyar a nuestro arrendador y cuál fue mi sorpresa al encontrarme por allí decenas de ánforas y sepulturas romanas, especialmente una de grandes dimensiones con una inscripción en latín que decía «A Marcial, siervo de Lucio Cornelio Pusión…», pero se había borrado el resto por las inclemencias de más de mil trescientos años de tiempo.

Desde luego, no hacía falta unanimidad para conseguir aprobar mociones. Por todos era sabido que conmigo no iban a contar para sus propósitos, pero tuve que sentir el acero de Alonso Riquelme rozándome la barba cuando me negué a firmar el permiso para edificar sobre el zarzaín. Había sido el mercado de sedas desde el origen de la urbe, yo mismo había comprado allí tanto de niño como ahora. Era lo más parecido a un zoco que tenía cerca de mi casa y era un despropósito que quisieran adueñarse de aquel terreno para construirse un caserón. ¿A cuento de qué se iban a apropiar los Riquel de la plaza del Mercado? Su familia ya tenía allí una casa, que se le otorgó a Beltrán de Riquelme en el repartimiento, pero la idea de Alonso era hacerse con toda la finca para que su morada tuviera cuatro fachadas, ni más ni menos. No le veía ningún sentido a la idea de una nueva construcción sobre lo que un día fue un lugar de intercambios, colores y alegría. Tampoco gané muchos secuaces entre mis compañeros cuando una lluviosa mañana de febrero propuse que dejasen pasar a los comerciantes, que guardaban cola para pagar el almojarifazgo y demás menesteres que tuviesen que arreglar. No solo se volvieron contra mí, acusándome de poca nobleza en la sangre, sino que el alguacil mayor me mandó a atenderles únicamente a mí, ralentizando así la cola y sobrellevando la más que comprensible

desazón de los que habían perdido un jornal de trabajo por la mala atención prestada. Demasiado tenía con soportar, del mejor modo que podía, toda la carga de culpabilidad que sentía desde que salí de Marruecos.

Las pocas veces que lograba conciliar el sueño, volvía a aquella cárcel, a las afueras de Tánger, y la imagen de Aisha sola, abandonada, apedreada me atormentaba y sentía que volvía a caer de la ventana hacia atrás, raspándome las rodillas con la pared y golpeándome el cuerpo contra el suelo. Me lo hubiese golpeado mil veces más para sentir la piedra contra mí, para que me matase, para que acabase con un cuerpo que seguía vivo, aunque su alma acabase de salir por aquella saetera. Lo que había dentro de mí no existía porque no tenía descripción. Probablemente respirase y parpadease, pero había dejado de sentir, me había convertido en un cuerpo inerte. Había muerto. Me quedé un rato bocarriba, llorando sin voz alguna, sin querer volver a asomarme para comprobar si era cierto lo que había visto, no quería evidenciar semejante atrocidad. Gritaba desde mis entrañas; esforzaba mi voz, que vibraba en mi garganta; mis labios pronunciaban la sarta de insultos que se me ocurrían, pero ni yo los oía. Insistí tanto en gritar que vomité bilis y todo mi mundo quedó esparcido en aquel suelo apestoso e infecto lleno de deletérea putrefacción, orgánica y personal. Vi lo peor que mi estómago podía ofrecer y lo infame que la maldad de un individuo era capaz de hacer: la insatisfacción de un hombre, la alevosía de una mujer, la perfidia del ser, la corrupción del poder, el abuso de la autoridad, la ignorancia de un mandatario, el libre albedrío para ejercer la ley, la incomprensión de lo mundano, el abandono de mi dios o el castigo por pecar.

Estuve a punto de sufrir un ataque allí mismo y me pareció bien, a ver si así moría de una vez por todas, pero instintivamente me llevé la mano al pecho y respiré. Con dificultad, pero respiré mientras maldecía cada ser vivo del mundo, fuese del reino que fuese, cada humano, cada animal, cada planta, los dos malditos ratones que correteaban por allí, el halcón que había vuelto a posarse en el alféizar... Golpeé el suelo varias veces con el puño y me arrastré hasta el muro en el que se abría la ventana para chocarme la cabeza contra él, embistiéndolo como si fuera un toro que desease el suicidio. Ya me daba igual. Si en la Tierra consideraban que había pecado, morir por mis propias manos no podía empeorar mi situación ante Alá. Volví a caer bocarriba y vociferé lanzando el alarido más fuerte, hueco, con el mayor torrente de voz que pude entonar, provocándome la tos y algunas babas, y acabé recostado de lado, escupiendo una maraña de saliva y sangre que se había quedado colgando de mi boca y que tuve que cortar con el puño. Como mi fe, mi futuro, mi vida.

El impávido metal chirrió contra la puerta y las voces de los verdugos, que venían a por mí, sonaban en el exterior dándose órdenes, comunicándose entre sí que iban a sacarme. Pero yo iba a resistirme. Con algo de suerte, me ensartarían con sus cimitarras allí mismo y terminarían con todo el sufrimiento que estaba acabando conmigo lentamente, como un cordero que se desangra atado de las patas traseras después del certero corte halal. Rodé por el suelo, arrastrándome hasta colocarme en la esquina donde más broza había. Ya ni siquiera sabía qué sentía cuando el hierro rozaba la herida alrededor del tobillo. Puse ambas manos sobre el suelo y respiré rápidamente por la nariz, con los mocos saliendo y entrando por mis fosas nasales, sin abrir la boca. No quería decir una palabra. Quería que me mataran. Me estaba entregando a ellos en cuerpo porque el alma ya se había ido, estaba en la plaza.

La puerta se abrió y el escolta continuaba discutiendo sobre mi traslado con otros dos que vestían el uniforme de la Guardia Real. Quise matarlos con mis propias manos allí mismo, eran los que venían a por mí. El otro parecía que nunca antes se había enfrentado al cuerpo que protegía al sultán y se encontraba en una encrucijada sobre si dejarme salir con los adalides o cumplir las órdenes que tenía de mantenerme allí dentro. La autoridad de los dos guardias reales se hizo notar y el centinela, finalmente, tuvo que ceder abriendo el grillete que me encadenaba. Era la misma autoridad que me había convertido en un experto jinete y un extraordinario espadachín. No me había dado cuenta, yo estaba alerta para darle una patada al centinela en cuanto pusiera sus manos encima de mi pie, pero alcé la vista, incrédulo, reconociendo aquellas miradas, aunque los rostros estuviesen cubiertos por los más suntuosos almaizares, y vi en los ojos del más perseverante más odio del que debía haber en los míos. Tanto como si hubieran asesinado a un miembro de su propia familia. Giré la cabeza rápidamente hacia el otro y lo encontré observándome. Me guiñó un ojo y supe que era Hudhayfa, aquel hombre de gesto riguroso pero mirada limpia. Ambos se acercaron cuando estuve desencadenado y me levantaron del suelo, haciendo palanca bajo mis axilas, mientras seguían interrogando al otro sin parar. Y yo me dejé llevar descalzo, con las ropas rotas, sucias, apestando a podredumbre, a muerte. No hablé, ellos tampoco, solo me ataron muy levemente las muñecas por delante de la cintura con un cabo de papiro y fuimos bajando los empinados escalones, uno tras del otro, con sumo cuidado, porque llegué a marearme dos veces y tuve que apoyar el hombro sobre el muro que mantenía aquella torre en pie. Sentía los nervios de Hudhayfa cada vez que me tocaba, poniendo sus manos sobre mi espalda, para guiarme, y me decían que temblaban de miedo. A sus años, a los de los dos, con carreras militares intachables, habían ido a

rescatarme. Solo el hecho de que volvieran a vestir aquellos uniformes no podía presagiar nada bueno, pero me entregué a cualquiera que fuese su treta porque yo no estaba en condiciones de pensar. Ni siquiera de asimilar lo que iba sucediendo.

Adnan se mantenía firme, como si el diablo le hubiese poseído, sin un solo rastro de temor ni duda en él. Ni en su voz ni en su mirada ni en su semblante. Una vez me confesó que tras mi rapto supo que jamás volvería a prestarse a formar parte de misiones que tuvieran que ver con la vida de alguien individualmente. Él me explicó la diferencia entre matar en el campo de batalla y ver sufrir a alguien delante de sus ojos, con su historia, su vida. De aquella guisa, atravesamos el patio con Adnan caminando delante, sujetando con una mano el cabo que caía de mis muñecas, sin tirar, y Hudhayfa a mi lado, con una mano sobre mi hombro. Podría parecer que me estaba empujando, pero apenas me rozaba. Alertó entre susurros sobre la poca distancia que nos quedaba por recorrer, con voz temblorosa, y Adnan le mandó a callar. El sol estaba acabando con el poco sentido de la vista que me quedaba y me limitaba a caminar con un ojo cerrado y el otro entreabierto para no tropezar hasta que salimos de aquel alcázar y nos topamos con otros dos hombres vistiendo el mismo uniforme. Uno, era Umayr, y, el otro, tenía que ser Musa. No me imaginaba a nadie más prestándose a cometer un delito por salvarme a mí y, entre los dos, estaba mi caballo, Banu Marin, que relinchó antes de que yo me acercase. Durante el más mínimo de los instantes, casi sonreí. Se alegraba de verme. Adnan me gritó severamente mientras me alzaba para que pudiera llegar al estribo.

Los centinelas del alcázar seguían observándonos desde la puerta, pero solo dimos la vuelta a la plaza, hasta justo detrás de unas casuchas donde todos bajaron de un salto y vinieron hacia mí, descubriéndose la cara para bajarme del caballo. Yo, para entonces, lloraba con toda la angustia que cabía dentro de mí, hecho una pieza de hierro pesada e inamovible. Gemía con la boca abierta y sin voz, casi sin lágrimas, como si alguien hubiese metido sus manos en mi interior y me retorciese el corazón. Mientras Musa tiraba de mi zaragüel hecho marañas, Umayr me sacaba la poca aljuba que me quedaba y me colocaba un albornoz, prenda apta para cabalgar a través de toda la medina de Tánger hasta llegar a la fonda del puerto.

—¡Diagu! —reconocí la voz de Raísa que corría llorando hacia mí para abrazarme, y ni siquiera atiné a amortiguar su cuerpo, que casi tiró el mío al suelo. Lloramos juntos, a moco tendido, hasta que Adnan le ordenó, tajantemente, que me diese mis cosas porque una galera estaba a punto de zarpar—. Está bien, aquí tienes el zurrón. Ropas, dineros, tu salvoconducto. —Raísa iba enumerando—. Llevas ropajes de sajón que un mercader nos ha vendido de sus propias mudas.

Llevas también doblas de oro, maravedíes de plata y dirhams para el camino. Te he puesto comida, tu alfanje y el libro que, bueno… Ella lo había echado cuando hicimos el equipaje.

Me mostró el zurrón abierto con el libro de los madjus dentro. No entendía cómo mi cuerpo podía producir tanta lágrima si no había tomado líquido en mucho tiempo, y caí de rodillas sucumbiendo a mi llanto. Tenía la voz ronca y áspera, y me dolía la garganta. Toda mi vida cabía en un maldito morral.

—Rechazad los castigos de los mahometanos tanto como dependa de vuestro poder; si hay otra salida para liberarles, entonces liberadles. Porque si la Ley de Mahoma comete un error perdonando, es mejor que si lo comete castigando. ¡Rechazad los castigos de los mahometanos tanto como dependa de vuestro poder! —grité tan fuerte como pude hasta que Adnan me tapó la boca, a pesar de mi pataleta y mi intento frustrado de morderle.

Quería repetir el hadiz de Mahoma tantas veces como pudiera. Quería recordarle al mundo entero lo que el Gran Profeta había dicho sobre la lapidación y gritarles en su cara que habían errado. Que supieran que no podían aplicar la ley en nombre de algo que no estaban respetando. El Corán le fue narrado por Alá a Mahoma, cada sura, cada aleya, no podían tergiversar lo que el libro sagrado decía. No podían matar a una mujer encinta. ¿Qué clase de dios hubiera permitido algo así? Desde luego, no en el que yo creía. Por eso creía en Él.

—Los documentos son falsos. Te llamarás Diagu b. al-Haddad —dijo Hudhayfa entregándome los papeles que me presentaban como a su hijo, *Diego, hijo del Herrero* sin contar con que, en Castilla, yo era un infiel.

—Eso ellos no lo saben. Hoy he perdido a alguien de mi familia, no te voy a perder a ti también. Prefiero pensar que estás vivo, aunque no te vuelva a ver, que dejarte morir aquí. Allí serás un infiel, pero aquí eres un criminal fugado. Tienes que irte. Tienes que salvarte porque, si no lo haces, nada de esto habrá tenido sentido. —Adnan hablaba supurando mocos, babas y lágrimas por todos los orificios de su cara.

—¡Si tantos halcones la garza combaten, a fe que la maten! —vociferé por el sinsentido que estaba viviendo.

—¡Mírame! —Umayr cogió mi cara, poniéndola frente a la suya, mientras me gritaba—. Ojo por ojo —dijo con la mirada cargada de odio—. Escúchame bien. Eres muy listo, ya averiguarás cómo. Ojo por ojo —volvió a repetir desatándose el silbato del cuello y colgándolo en el mío. Lo cogí y lo miré con ganas de llorar de nuevo—. No sé cuándo, pero ya llegará el momento. Ojo por ojo —volvió a decir lleno de esperanza por vengarse.

—No importa dónde vivas o a quién le reces en sociedad. Mientras un mahometano lleve almaizar y alfanje, siempre será un mahometano —las palabras de Hudhayfa sonaron cual poema en mis oídos, mientras me tendía mi espada, sobrecogiéndome que la hubiese traído desde Fez.

Nos miramos unos a otros sin decirnos nada y asentí pensando en lo mucho que tenía que agradecerles; pero, en cambio, no encontré las palabras que pudieran expresarlo. No tenía sentido alargar la aciaga despedida, así que me di la vuelta, sin más, seguido por Umayr que ya había entregado los caballos al mozo para cruzar juntos el puente hacia el interior de la galera. Hubiese jurado que era la misma que me trajo desde Castilla hacía ya casi veinte años. Nos quedamos en la cubierta, aunque el aire se me hiciese insoportable por el mero hecho de saber que era lo que me mantenía vivo. Su ausencia hubiese supuesto el fin de mi sufrimiento. La brisa en mi tez, la sal en mi olfato, los rayos del sol en mis ojos me molestaban. No quería sentir nada. Solo ser un cuerpo que se hundiese hasta el fondo marino y yacer allí para siempre sin que la corriente me arrastrase a ninguna costa. Quería morir en aguas magrebíes. Yo era magrebí, no pintaba nada en Castilla, y prefería ser un reo azotado en tierra bajo la Ley de Mahoma que un infiel en territorio cristiano. ¿Qué demonios había hecho para malograrlo todo de aquella manera? Cerré los ojos, volví a verla inmóvil y vomité en el mar la poca bilis que me quedaba.

—Tenemos un aposento. Entremos y así te aseas un poco.

Tomé las palabras de Umayr como un consejo para quienes me rodeaban más que para mí mismo, y lo acaté al pie de la letra. Además, la tina estaba lo suficientemente llena para meterme de cabeza bocabajo y no poder salir, pero no servía ni para eso. Me llevé las manos a la cara y lloré. Lloré y lloré. Ni maldije ni insulté ni grité ni respondí a nada de lo que Umayr me preguntaba mientras intentaba consolarme. Solo lloré hasta que no pude llorar más, tendido en el suelo cual perrillo, deseando encogerme como una bola y salir rodando, empequeñecer hasta desaparecer, morirme. Pero por mucho que lo deseaba, Alá no me hacía caso. Aunque tal vez el destino aún me tenía mayor perfidia guardada y me detenían en la frontera por ser infiel. Así se las gastaban en Castilla.

Umayr me pedía incesantemente que me tumbase sobre el jergón y yo no dejaba de mugir cual ternero pertinaz que no quiere destetarse. Incluso le di algún que otro manotazo para que se retirase. Solo cuando empecé a patalear se dio por vencido y me dejó allí tirado. Y así quería estar. Tirado por el suelo como la basura que era, perdiéndome en mí mismo, viendo pasar por delante de mí cada uno de los momentos que había vivido en Marruecos desde que iba en una galera como aquella y la vi por primera vez. No olvidé ni un instante,

incluso podía olerla, como si estuviese a mi lado tumbada sobre el suelo, apretándose contra mi cuerpo mientras clavaba su frente en mi espalda, embriagándose de mi olor. Solo así conseguí ausentarme de todo lo que me rodeaba. Llegó un momento en el que mis penas y yo nos mecíamos como si flotásemos en el aire. No oía a las personas ni sentía los tablones contra mi cara, tenía los ojos cerrados y había conseguido entrar en un arca donde solo habitábamos el leve latir de mi corazón, mis pensamientos y yo. Solo me sacó del letargo el crepitar de la madera en la cubierta que sonó como si se hubiese partido la galera en dos, y me quedé sentado, con las rodillas flexionadas, una sobre el suelo y otra bajo mi barbilla, mirando hacia el maldito barreño que no se había movido de su sitio, advirtiéndome que me pusiera en pie para adecentarme, al menos, físicamente. Umayr sabía de cierta fonda en la Frontera donde adquiriríamos todo lo que necesitásemos una vez allí.

—Voy para Castilla. Conseguiré un documento falso para constar, a partir de ahora, como moro con carta del rey.

Vaya par de idiotas. Un herrero y un morisco: parecía una broma de mal gusto. Sonrió tímidamente y me sentí mal por él. A fin de cuentas, no tenía culpa de nada, pero no se lo dije. No tenía ganas de hablar más de lo necesario sin caer en que, tal vez, él sí precisase mi apoyo, así que volví a ponerme las ropas que me habían traído vestido de elegante fasí, poco usuales para el hijo de un herrero, y me senté sobre el camastro esperando que Umayr se cambiase y terminase de recoger las cosas en el morral, justo cuando la galera parecía estar arribando al puerto de Algeciras. Me tendió un trozo de holanda para que me la pusiera alrededor de la herida del tobillo y evitar que continuase abriéndose con el roce del borceguí.

Hacía rato que la tripulación había echado amarres y éramos los últimos pasajeros en desembarcar, pero, antes de poner un pie en tierra firme, abrí la mano y me pasé las puntas de los dedos sobre las ojeras, humedecidas por el llanto, en un intento de secarme los ojos. No me podía creer que hubiese dejado Marruecos para siempre. Menudo sinsabor llevaba a medida que entrábamos en la medina, aunque sin problema alguno a pesar de llevar la documentación falsa. Fuimos a dar con la fonda, que se encontraba perdida entre las callejuelas y cuyo dueño no estaba interesado en hacer preguntas. Umayr parecía conocerlo por sus funciones como buscavidas consiguiendo cualquier tipo de cosa, legal o no. Ni siquiera se inmutó cuando le pidió documentación castellana para ambos.

—¿Diagu b. al-Haddad? —preguntó leyendo con desazonadora parsimonia poniéndose un dedo sobre la sien, como si el gesto le ayudase a pensar con mayor claridad—. Diego de Herrera —concluyó sin que le corrigiese. Sonaba bien y no tenía interés en mediar palabra

—. Y este… ¿Umayr Azzar? ¿Azzar se dice escuálido en castellano? —El posadero era un pésimo traductor.

—Omairo Delgado —intervine al final porque debía sonar creíble una vez en Castilla.

—Mañana, al alba, los tendréis listos. Los rocines serán caros. No es fácil hacerse con dos caballos de la noche a la mañana.

Umayr lo tenía todo previsto. No podíamos adentrarnos en Castilla montando a la jineta si pretendíamos hacernos pasar por súbditos, así que amarraríamos nuestros caballos árabes a los dos rocines, como si de una buena compra en tierra de moros se tratase. Una vez planteadas y aparentemente resueltas todas nuestras cuitas, subimos a la algorfa, sin un mínimo lujo que ofrecer, pero que, al menos, nos mantendría a salvo durante el tiempo que necesitásemos. Ya podían haber dejado que pagase mi castigo. Con suerte, hubiese muerto de una infección por las heridas.

Me dejé caer sobre uno de los lechos, musitando y tirando el albornoz al suelo sin mirar dónde caía. Tenía la cara áspera por la cantidad de días que llevaba sin rasurarme, pero no había querido preguntar al respecto. No quería saber más de lo que sabía, aunque sus palabras empezaron a resonar en mi cabeza cada vez más fuerte. *Ojo por ojo.* No sabía cómo, cuándo ni dónde, pero me aferré tanto a aquel consejo para no dejar brotar las lágrimas de nuevo que me persuadió de dejarme morir. No podría decir que me aliviase; pero, al menos, pude reposar un poco hasta que abrí los ojos en medio de la oscuridad más profunda en la que jamás había estado desde que me secuestraron dos décadas atrás. Un sudor frío invadió todo mi cuerpo, como si emanase agua a través de los poros de mi piel. Solo sabía que estaba sentado. No veía dónde, pero oía la voz de Umayr preguntándome si estaba bien mientras caían cosas a mi lado, hasta que, por fin, se encendió un candil.

—No vuelvas a dejarme a oscuras. No me dejes a oscuras —le dije jadeando entre palabras.

Unos golpes secos en la pared, provenientes de la habitación contigua, rompieron el silencio de la noche y, por si no fuera suficiente, el torrente de una voz masculina nos mandó callar. El huésped de al lado no sabía que yo había vuelto a repechar por aquella ventana, había vuelto a sentir que el muro me arañaba las rodillas y la había vuelto a ver semienterrada para que no huyera, con los brazos dentro del túmulo de arena, para que no se protegiese. Malditos bastardos. Ni siquiera las mil formas que adoptó la luz de la vela sobre las toscas vigas consiguieron hipnotizarme para que me durmiese. El olor a cera quemada, el sonido de la mecha, el escurro de la vela sobre el suelo, el chasquido de la madera del edificio, el chirrío del catre cada vez que alguien se daba la vuelta, los ronquidos de

Umayr, el hedor a corrales dentro de la habitación, el sabor a vómito de mi boca, su cadáver rondando mi memoria. Era imposible ni tan siquiera adormecerse. ¿Cómo iba a ser capaz de dormir el resto de mi vida? Deseé vivir como un miserable, sentir que me apedreaban a diario y que volviera a amanecer para ser apedreado una y otra vez hasta que muriese de una vez por todas.

Salí de Algeciras del mismo modo que había entrado. Solo había cambiado el atuendo y me sentí ridículo disfrazado de sajón. Al menos, los borceguíes eran los mismos que llevaba como jinete magrebí, lo que yo era. Umayr se había encargado de recoger nuestros cuatro caballos del corral de la fonda e iba arreglado de castellano, vistiendo calzas leonadas con agujetas sujetas al jubón de fustán por encima de la alcándora de lino labrada, y, para rematar el conjunto, llevaba puesto un sayuelo azafranado completamente irrisorio. Con lo apuesto que era, lo poco que lucía. Me vino a la mente la última vez que el alfayate del alcázar de Fez nos entregó los dos atuendos que nos hizo antes de partir hacia Tetuán. Cuando vi lo bien parecido que era el maldito con aquella aljuba de damasco negro y botonadura dorada con zaragüelles y faja a juego, en vez de expresar lo que pensaba, me burlé de él diciéndole que la mía de biso dorado con reflejos verdes traído de Malta esplendía mejor. Nos reímos a carcajadas. Qué simple era todo entonces, qué feliz era y no me daba cuenta. También reparé en que, una vez en territorio cristiano, yo pasaría desapercibido, pero él, con aquel color de piel y aquel cuerpo de guerrero envuelto en ropas de cristobita, iba a dar la nota. Lo sabía. Al menos, no llevábamos armaduras porque no estábamos acostumbrados. Un alfanje y una adarga eran más que suficientes para nuestra defensa. Todo lo demás era de cagalindes caballero.

Durante toda la jornada cabalgamos al paso, descansando en una casa de postas que encontramos en Alcalá, con la mayor dificultad a la que jamás me había enfrentado hasta entonces a lomo de un caballo. Por mucho que quisiera recordar cómo se montaba a la brida, no conseguía mantener los pies en aquellos estribos tan largos y, menos mal, que llevábamos rocines castellanos, porque Banu Marin no estaba domado para montar de cualquier manera. Lo había adiestrado yo mismo, guiado por Adnan, desde que era un potrillo y estaba acostumbrado a cabalgar a la jineta, como buen caballo árabe que era.

—Aún tenemos toda una jornada hasta que llegues a Sharish —dijo Umayr como si nada y paré al caballo a trompicones, que se quejó a relincho limpio, sin poder creerme sus intenciones porque allí no podía volver. Además, ¿qué pintaba yo en un lugar de exacerbados odios hacia mis correligionarios y de áridos inviernos fríos?—. ¡Qué van a saber! Puedes echarle las culpas a mi padre, total, qué más da. —Umayr hablaba tan campante, pero yo no quería ver a mi familia,

había aceptado ir a cualquier sitio, pero no a Xerez—. Sí, ya lo sé. Tú quieres morirte. Tú quieres que seamos como Su Alteza, pero no, no somos como la perra de mi hermana. No te hemos abandonado. Nos hemos arriesgado, hemos puesto nuestras propias vidas en peligro. Diagu, ojo por ojo —repitió su juramento, aunque tardé un rato en desviar las lágrimas de mis ojos y ser capaz de preguntarle si venía conmigo a Xerez—. No, yo iré a Huelva. Allí hay una antigua rábida mahometana, ahora bajo la advocación de la Señora de los Milagros, que es lo que necesitamos.

Volvimos a retomar la marcha, pero la inquietante idea de que Umayr se convirtiera al cristianismo me había dejado sin habla. Además, el sonido de los cascos de los caballos me sacaba de quicio. No dejábamos de toparnos con desaliñados y expresé mi descontento por las gentes con las que nos estábamos cruzando, aunque sabía que eran prisioneros que soltaban en Algeciras y ellos mismos tenían que buscarse las maneras de encontrar asilo. Todos iban para Sevilla o Xerez, maldita sea. Y, para colmo, los más valientes iban por el Guadiaro. Menuda idiotez sobrevivir a un cautiverio y arriesgar la vida cruzando un río. Todo me irritaba. Incluso avistar la frontera que marcaba Xerez, protegida por un par de centinelas, al final del camino que llevábamos. Mi primera impresión al ver a los soldados cristianos fue atacar, podía cabalgar campo a través; pero, cuando miré a Umayr y le vi inspirar todo el aire que le cupo en su pecho, me di cuenta de que íbamos a enfrentarnos.

—A la paz con Dios —dijo el castrense, y le reverencié con la cabeza mientras me bajaba del caballo, consciente de que era la primera vez que me iba a enfrentar a mi lengua materna, en mi tierra natal, en años. Solo conseguí balbucear respecto a mis papeles mientras le tendía el maldito documento—. Diego de Herrera —dijo el que probablemente era el único que sabía leer, pero solo recibió el silencio por mi parte, no quería hablar demasiado porque no tenía interés en delatarme. Umayr me imitó, tendiendo su salvoconducto sin soltarlo, y el soldado tuvo que dar un pequeño tirón para poder verlo antes de devolvernos la falsa documentación para que retomásemos el camino.

—Maldita sea, Umayr, eres un Tuyibí. Llevas sangre yemení por las venas, esto no puede ser buena idea.

A media tarde alcanzamos la villa del Portal, donde Umayr se hospedaría hasta enrolarse en algún bajel camino de Huelva desde las Aceñas del Rey.

—Quiero darte algo mío —le dije intentando guardar la compostura sin mucho éxito mientras sacaba el libro de Ibn Fadlan—. Este libro realizó su cometido enseñándome que los madjus llegaron a alguna tierra extraña en medio del Mar del Norte. Llévatelo a esa

rábida, igual allí consigue otro fin, porque cualquier persona interesada en surcar mares, sea cristiano, judío o mahometano, castellano, magrebí o genovés, valoraría un documento así. Aunque suene a herejía. Corren tiempos recios. Debo partir, va a oscurecer.

No quería volver a llorar. Umayr me miró, exhaló sin querer pronunciar ninguna palabra, apretando tanto su mandíbula que llegó a temblarle, y miró hacia otra parte para aguantar el llanto.

—Cuídate, ¿de acuerdo? Cuando tengas un plan, búscanos a todos —dijo—. Ten cuidado. Que Alá te guíe.

Me alejé galopando a lo largo de la Cañada de la Plata, alejándome del Leteo. Estaba oscureciendo cuando divisé la muralla de Xerez y una triste sonrisa, acompañada de aire, se escapó de mi boca, incluso de algún moco, de alguna lágrima. Ni en sueños hubiese imaginado aquel final. De hecho, necesité quedarme un rato sobre un cerro de la cañada, simplemente mirando, sin hablar. Podía definir claramente cada recodo de aquellos tejados: el alcázar, su torre de ocho lados, la muralla, sus torres cuadradas flanqueando la puerta, sus almenas coronadas con gallardetes de Castilla, el colosal convento de San Francisco de donde me raptaron, la pequeña iglesia de San Dionisio con su techado a dos aguas de tejas árabes, el eremitorio en ruinas que había junto a los cuatro caminos: el de Bonanza, el de la ciudad, el de Carrahola y donde yo estaba, la Cañada de la Plata. Me fui acercando lentamente hacia la Puerta del Marmolejo. No tenía más remedio que enfrentarme a mi realidad, así que dejé a Banu Marin y al dócil rocín en la casa de postas de donde salí mordisqueando una manzana. Me había pertrechado de valor y estaba completamente decidido a cruzar el puente sobre la cárcava excavada en foso seco para alcanzar la puerta, flanqueada por dos torres protegidas con un antemuro que formaba un pequeño patio de armas. Me quedé frente al arco de herradura, decorado con estrellas de seis y ocho puntas, y admiré la sencilla ornamentación que nada tenía que ver con la riqueza de las epigrafías y relieves caligráficos con pasajes del Corán en cualquier rincón de Fez. El mensaje tallado en la piedra rojiza del primer cuerpo de la cornisa que decía «En el nombre de Alá piadoso y misericordioso, este edificio hizo el rey Mohamed, que Alá perdone, en el mes de Shaval en el año…» me dejó en vilo sin saber de cuándo databa la obra, porque se había pulido por el paso del tiempo o por el roce de alguna fábrica posterior. Debajo de esta, había una pieza de mármol blanca sin inscripción alguna, y el tercer cuerpo, de piedra caliza, tenía una bella decoración epigráfica donde se podía leer «En el nombre de Alá, el clemente, el misericordioso, sea la bendición de Alá sobre Mahoma. Alá es el mejor guardián. Él es el más misericordioso de los misericordiosos».

—Queremos picar la piedra porque los moros cautivos de la

ciudad forman un auténtico escándalo reverenciando el dichoso arco cada vez que pasan por aquí.

La estúpida idea salió de un soldado con voz ronca que aguardaba en el adarve, apostado contra una de las almenas y con cara de poco que hacer, dándole vueltas a su mugriento dedo en su boca. Podría haberle lanzado mi alfanje allí mismo sin que se inmutase, pero decidí ignorar al ignorante y seguí atravesando el pequeño patio donde las mesnadas ejercían con la espada, dando con la última puerta que estaba junto a una tercera torre. Parecía un baluarte, incluso habían aprovechado un pedestal de mármol con inscripciones en latín.

Por fin intramuros, me deslicé por aquellas calles que no dejaban de susurrarme vivencias de un pasado tan borroso como incierto, casi desconocido, algo ignoto. Todo era pequeño, no lo recordaba de aquella manera. La gente me miraba al pasar mientras yo seguía comiéndome la manzana poco a poco. Jamás olvidaría todo lo que había vivido durante casi veinte años, a fin de cuentas, no pasaría ni una sola noche en la que mi último pensamiento no fuese para Aisha.

Por eso, durante mi primera semana en Xerez, aún me parecía estar viviendo un mal sueño. Todo era tranquilo y apacible alrededor. El tormento lo llevaba por dentro, y solo de vez en cuando, los alborotados juegos de mis sobrinos rompían el silencio a chillido limpio. Me hubiese gustado enclaustrarme en mi habitación, pero Leonor no me daba mucha libertad de decisión y me había convertido en el centro de atención de los niños, para quienes todo lo referente a mí era un misterio por desvelar. Ya solo me quedaba encontrar una profesión que ejercer. Un día Leonor me pidió que la acompañase a la cocina para dejar los mandados en la alhacena aprovechando que Johan había salido a casa del vecino para arreglar ciertos asuntos sobre la siembra. Nunca hablaba de él con mucha avidez y, aunque no podía determinar a qué se dedicaba exactamente, sabía que llevaba los asuntos referentes a los terrenos que Leonor heredó, localizados frente la Puerta del Aceituno. Aunque realmente era su mayordomo quien sabía manejarlos. Quería contarme que los puestos del Concejo se los repartían cuales cartas de una baraja, convirtiéndolos en vitalicios y heredables, y ella tenía el de Nuño guardado para alguno de sus hijos.

—Si vos me aseguráis que no vais a tener descendencia legítima, lo podéis regentar.

Estaba claro que no esperaba tener más linaje. Me arrepentí de tentarla con la idea de tener una hija que se pareciese a ella cuando me contó que mi propio hermano la había tratado como si fuese un mero objeto a estrenar. Mi hermano trataba a su esposa cual extraña porque nunca le convenció desposar a una mujer que ya hubiese yacido con un hombre. Lamenté que, fuesen del credo que fuesen, los carcundas fuesen iguales en todas partes. Me afiancé en que mi

hermano era un tremendo mangurrián. Maldito hijo de perra.

Capítulo 15

Desde que el asedio empezó a despuntar la peor cara que la desesperación sacaba del hombre, dejamos de asistir a la mezquitilla de Francisco Martínez de Trujillo porque algunos xerezanos nos esperaban por la mañana, nos apedreaban, nos insultaban y, alguno que otro, llegó a temer por su vida. Ningún vecino tenía problemas conmigo, pues sabían que intentaba ayudarles con todo lo que tenía, pero en cuanto los otros caballeros se dieron cuenta de que yo estaba exento de culpas, me correteaban para entrar a la par que yo y así evitar las agresiones. Solo conseguían que yo también las sufriera como daño adyacente.

Después de que la mayoría de párrocos pusieran problemas para dejarnos usar sus templos como lugar de reuniones, yo mismo les recordé la historia de San Juan de los Caballeros y a todos les pareció el lugar más idóneo. Me extrañaba mucho que semejante historia sobre la jura fuese cierta, porque sabía cómo se las gastaban en el Concejo, pero no le dimos al cura la opción de negarse alegando que era la casa de Dios y que éramos siervos temerosos de nuestras propias vidas. Como no se podía estar a Dios rogando y con el mazo dando, le convencimos de que estaba en la obligación de acogernos. Mucho citar la piedad para con los pobres, pero el sitial del coro estaba hecho con las mejores maderas, tallado por las manos de los mejores artistas, y no solo en esta, sino en todas las iglesias y conventos de la ciudad.

Todo lo que estaba pasando fuera de las murallas me había traído recuerdos, sentimientos y pensamientos ulteriores a la Puerta de la Caridad. Cada vez que corría un mínimo de viento, oía palabras en árabe. A veces, incluso, me daba la vuelta sobrecogido creyendo firmemente que alguien me hablaba en mi idioma; otras, sentía un escalofrío recorriéndome la espalda cuando la galena brisa pasaba por encima de mi cabeza, apreciando una leve caricia en la nuca, enredándome el cabello que me había dejado crecer hasta cubrir parte del cuello o la barba que ningún alfajeme de la ciudad tenía la dicha de afeitar. A veces, despertaba sudando en mitad de la madrugada, porque la corriente aporreaba las contraventanas queriendo entrar y yo me levantaba para abrirlas. Me quedaba paralizado en la oscuridad, dejando que el céfiro secase el sudor de mi cuerpo desnudo a la luz de la luna, aunque resultase desolador tener una iglesia delante de mí. Lo único que me reconfortaba era saber que, en su día, en su origen, San Mateo fue una mezquita, aunque estuviese orientada hacia el sur.

Durante veinte años había conseguido ausentarme de la vigilia, a pesar de las habladurías que tan poco me importaban y de las

acusaciones de mi hermano, que me entraban por un oído y me salían por el otro. Leonor siempre encontraba el modo de disculparme y me hacía mucha gracia que casi nunca repitiese la excusa. Tenía tanta imaginación como un obrador. La primera vez que entré en la iglesia quedé maravillado con la capilla de los Villacreces porque su cúpula se parecía a la de cualquier mezquita de Marruecos. Las demás veces, fui quedándome a la cola para que nadie comprobase si me persignaba o no delante del altar mayor. Demasiado tenía ya con hacer de un templo cristiano mi lugar de trabajo. De todos modos, porque sabía que significaba mucho para ella y me lo pidió encarecidamente, accedí, antes de partir para la batalla de los Cueros, a acompañarla al rezo de Laudes en el malogrado eremitorio extramuros por donde reaparecía el arroyo de Curtidores. No recé. Me limité a arrodillarme junto a ella en un rudimentario reclinatorio con tosca rocalla labrada y a sujetar mi alfanje a modo de ofrenda delante de la imagen goda de Nuestra Señora de Guía. La que nadie sabía cómo había llegado hasta allí, pero que todo el mundo iba a venerar. Era Leonor la que entonaba el salmo Invitatorio como primera oración litúrgica de la mañana, aunque yo no respondiese a la antífona. Después, prendió los hacheros para las peticiones y respiró tranquila. Respetaba su fe porque la vivía de un modo puro, limpio y sano, no como los demás, que solo la usaban en su propio beneficio. Los unos y los otros.

Sin ir más lejos, desde que Villavicencio fue llamado por la Armada Real del señor rey de Aragón, ejercía como alcaide vicario, ni más ni menos, que Álvaro Pérez de Biedma, obispo de Mondoñedo. No me sorprendía su cargo sabiendo que su hermano, Alfonso, era el adelantado mayor de Murcia y alguacil mayor de Sevilla, y que su otro hermano, Ruy, era justicia mayor de la casa del rey, adelantado de Galicia, copero del infante Pedro y teniente de los castillos de Allariz y Monterrey. Por no mencionar que sus padres habían sido los ayos del infante Felipe. Pero, claro, le encantaba dar sermones sobre el trabajo duro y el esfuerzo para alcanzar la gloria eterna a los pobres heraldos que arriesgaban sus vidas para traernos nuevas sobre lo que acontecía en la batalla. Incluso aquella vez que venían muy decaídos porque tanto benimerines como nazaríes se habían establecido de lleno y no parecían mostrar intención alguna de marcharse. Aquel procedimiento distaba de cualquier aceifa digna de un príncipe. El hijo de Hasan se estaba comportando como un matarife cualquiera y no dejaba de darle vueltas al asunto porque, a aquellas alturas, debía saber que estaba acorralado. Me costaba mucho hacérselo entender a los demás.

—Incluso ha venido su madre a verlo. Está en su tienda —informó uno de los heraldos.

Mis oídos se ensordecieron, empezaron a pitar, y no oí ni una palabra más porque mis sesos empezaron a dar vueltas a su libre

albedrío. Se me nubló la vista por un momento y penetró hasta el último rincón de la nariz el fuerte olor de las resinas del olíbano y la mirra que estaban quemándose en el turífero y que impregnaba el ambiente, provocando que me doliese aún más la cabeza. Me sudaban las manos, la frente, el cuello. Me aflojé los cordones de la alcándora abriendo un poco más la hendedura y permanecí con la vista fija en una baldosa del suelo. Por más saliva que tragaba, no conseguía deshacer el nudo que se había formado en mi garganta, y volví a abrirme la alcándora pasando un dedo por toda su costura y estirando el cuello. No soportaba más el olor a mirra. Me levanté y salí de allí corriendo. Hubiese preferido arder en llamas antes que volver a oír hablar de aquel monstruo disfrazado de mujer. Martín de Zurita gritó llamando a un boticario porque, al verme sentado sobre una de las numerosas esquinas del callejón de las Siete Revueltas con la espalda apoyada en el muro de la iglesia haciendo todo lo posible por respirar sin mucho éxito, creyó que me estaba dando un ataque al corazón. Oía las voces de los transeúntes susurrando a mi alrededor, confirmando que se trataba de mi persona, alentándose unos a otros a mirar. Incluso aparecieron dos mancebas vestidas con sus sayuelos de paño de Ypres, sin adorno alguno para ser reconocidas y apartadas de las señoras casadas y honradas, ofreciéndose a levantarme el ánimo entre ordinarias algazaras.

—El físico está atendiendo a los heridos, Excelencia –dijo un viandante que recibió la reprimenda del obispo, recordándole mi cargo de caballero, como si la posición social superase cualquier herida de guerra—. Pero es que uno de los heridos es de los Dávila.

Un vecino apareció de la nada, con cuatro lacayos luciendo sendas libreas en dos colores con los blasones de la casa en la que servían, indicándoles que me cargasen hasta su caserón, frente a los pies de la iglesia. Por supuesto me negué insistentemente, a base de cabezazos y manotazos, ante la perseverancia de su hija mocita. Estaba tan afectado que ni siquiera caí en la cuenta de que estaba junto a la casa del caballero Morlans y que me hubiese sentido mejor con la familia que con unos extraños. Me levantaron entre cuatro y el obispo nos acompañó, seguro que para darme la extremaunción en caso de lo peor, porque se mostraba alterado por mi cara pálida y el sudor frío que me bajaba por las sienes.

—Vamos, Beatriz, traed un lebrillo con agua fresca y unos paños —indicó el hombre a su hija cuando lo que yo sentía era que iba a desfallecer, de un momento a otro, sentado sobre aquella silla de costilla que olía a humedad contenida y a pies sudados—. Beatriz, humedeced el paño y refrescadle la cara. Excelencia, caballero, retirémonos un poco para dejarle respirar —añadió el hombre como si no estuviese ya harto de vivir la misma circunstancia una y otra vez,

viendo cómo padres lanzaban a sus hijas al vacío, a veces por capricho de estas, a veces por ambición de los progenitores cuando se trataba de entablar conversación conmigo. Musité intentando incorporarme para salir de aquella encerrona antes de que fuese demasiado tarde.

—No, caballero —dijo la joven—, incluso los fijosdalgos pueden enfermar.

La joven Beatriz sonaba cual fantoche intentando hacer uso de un galanteo que ni ella misma sabía cómo poner en práctica porque, con los catorce años que debía rondar, cómo iba a saber de tejemanejes de aquella envergadura. Le rogué lleno de resignación que me dejara, quitándole con suavidad el paño y pasándomelo yo mismo por detrás del cuello, mostrándome agradecido para no faltar, pero excusándome para salir de allí cuanto antes y dirigirme a mi casa.

—Pues dejad que os acompañemos —dijo el padre, que no parecía por la labor de dejarme escapar—. Beatriz, poneos el echadillo de orillas verdes.

La joven se remangó el pellote, que llevaba sobre la saya con mangas acordonadas, para salir más aprisa del estrado, pero volví a suplicarles que me dejaran marchar. El obispo no se fiaba de mi pálido semblante y había enviado a un lacayo a buscar a mi prima, provocando la inconveniencia de la muchacha, que no disimuló su descontento. Sabía perfectamente que, poco a poco, la gente había ido cambiando el buen punto de vista de las acciones de mi prima para conmigo y la ayuda que me prestaba a chismes, murmuraciones y comidillas pueblerinas sobre comportamientos ilícitos y deshonrosos. Me encaré una vez en el mercado, como si el bravo espíritu de un Riquel me hubiese poseído, con el marido calzonazos de una morisca llamada Alba de Pérez, vendedora de panales de miel, que era tan grotesca, envidiosa y melindrosa que nadie quería tratos con ella. Para colmo, le apestaba la boca llena de dientes podridos, como todo lo que hablaba. Me enfrenté a su marido porque se mofó cuando pasamos Leonor y yo de largo por una de las paradas y acabé levantándole del suelo, agarrándole por el cuello con una sola mano mientras le amenazaba. No le iba a tolerar a nadie que manchase el nombre de mi prima con rumores, invenciones y embustes. Me traía sin cuidado lo que pudieran decir de mí. Yo no tenía nada que perder, pero Leonor era una esposa fiel, aunque su marido fuese un desgraciado que no la mereciese.

Tan pronto como tuvo noticia, y en menos que cantaba un gallo, mi prima llegó a la casa. Exaltada, como siempre, y más preocupada de lo que debiera, imponiendo su presencia femenina ante la joven que no se retiraba de mi lado.

—Muchas gracias por todo, caballero. Yo me lo llevo —dijo agarrándome de un brazo, como si ella misma pudiera ponerme en

pie, mientras intentaba escaquearse la muy dicharachera—. Hala, vayámonos, que no queremos molestar —sentenció cruzándose los picos de la mantilla de seda, que llevaba sobre su piel forrada de chamelote, con mucha gracia casi tirando de mí hacia la puerta. Para su desagrado, me disculpé ante todos por la escena y les agradecí sus atenciones.

—Mi señora —dije reverenciando con la cabeza a la muchacha, que se llevó la mano al pecho mientras inspiraba sin mediar palabra.

Era consciente de haberles importunado e, incluso, asustado, y no era plato de buen gusto semejante actitud ante el obispo, otros caballeros y una joven. Salimos de allí hacia la plaza de la Jabonería, que emanaba efluvios de aceite de oliva, de almendras, extractos de naranja o manzana mientras les aplicaban el procedimiento alquímico en la almona hasta que, una vez cuajado, estuviesen listos para su venta. Después giramos en la Posada de la Liebre, cuyo dibujo siempre me pareció grotesco en comparación con el bicho en sí, pero era el único modo de que la gran mayoría de vecinos interpretara cómo se llamaba el albergue, ya que el continuo conflicto en el que vivíamos en la Frontera impedía cualquier cultivo en latines. Y, por fin, divisamos el antiguo alminar de San Mateo.

—Se le iban a salir los ojos de las cuencas. Y quién se creerá con ese pellote de tiritaña blanca y amarilla imitando al oropel. Por eso usan dos colores, para disimular los materiales pobres, eso es más conocido que el arrayán en la casa de la boda —iba murmurando Leonor para sí misma mientras caminaba, agarrada de mi brazo, criticando a la niña. Y yo, que era ya un viejo de cuarenta y siete años, aunque aún caminase erguido, solo podía reírme de las ideas que soltaba por su boca.

Tenía la capacidad de hacerme sonreír hasta en los peores momentos. A veces, incluso cuando no estaba. Tan solo de recordar alguna de sus ocurrencias, sonreía a solas, aunque procuraba que no fuera cuando deambulaba por el intrínseco entramado urbano en torno a la antigua mezquita aljama con el pensamiento puesto en ella. En su sola presencia que aliviaba mi más profundo dolor, el más soporífero castigo que yo mismo me había impuesto.

—¿No habéis comido esta mañana? Mirad que os llevo fruta y queso. A veces, pienso que la gente lo huele y le pongo dos paños de Brujas por encima al canasto para que no me lo quiten. Aunque ya los lienzos en sí son muy valiosos, nada que ver con los que hacen ahí en la calle de la Mantería, por muy buena fama que tenga el Maese Pedro de Marsella.

Era exagerada como ella sola. Hablaba con la voz muy baja para evitar conflictos, según ella, y le resté importancia achacando la tensión, el hedor de la iglesia, la mirra a mansalva y el aire

irrespirable. No quería que se preocupase.

—Ahora mismo os voy a preparar un caldo. Os he llevado un pollo.

Se puso una mano sobre la boca, para que el aire no llevase sus palabras hasta oídos hambrientos, y le recriminé que hiciera caso omiso a mis consejos. Bajo asedio indefinido, lo lógico era salvaguardar los animales de corral e ir sacrificándolos poco a poco. Además, le había pedido cientos de veces que los usara para alimentar a los muchachos en vez de a mí, pero era tan pertinaz como yo. Tampoco podía reprochárselo.

—No puedo llevarlo de vuelta. ¿Vos sabéis lo que me ha costado traerlo hasta vuestra casa sin que píe?

Solté una carcajada solo de imaginarla subiendo la cuesta del Espíritu Santo y caminado por las tortuosas calles de la collación, evitando que se notara que llevaba un pollo vivo en el canasto. ¡Con la cara de buena que tenía y las ideas que se le ocurrían! Aunque nos cambió el semblante en cuanto llegamos a la plaza de San Mateo, porque la imagen era desoladora. La gente se sentaba en el suelo, aguardando la vez, esperando que llegase la hora del almuerzo para la que aún quedaba toda la mañana. No nos decían nada, sabían que les tocaba esperar, pero la muerte se olía donde había hambruna, aguardando cual hiena que espera la carroña para alimentarse.

Después de sacrificar al pollo, siguiendo el rito halal, Leonor se dispuso a desplumarlo, a dejarlo sangrar, trocearlo y dividirlo en partes para sacar distintos guisos de él. Era una excelente cocinera. No me cansaba de decírselo y ella siempre alardeaba de que sus mejores pucheros eran cocinados con puerco, aunque yo no consintiese probar sus pringadas y longanizas. Después, se disculpaba creyendo que había herido mis sentimientos y se venía abajo. Era un mundo de sensaciones de lo más dispares. Aquel día le pedí que le echase las patas del pollo al caldo, que las pobres almas venían a pedir para que cogiese más consistencia a comida y menos a agua condimentada, y fui a darme un baño de agua humeante. En todos aquellos años, había conseguido mantener mis costumbres de juventud gracias a un mercader que traía productos de Granada, como el *miswak*.

—A ver si os vais a desmayar y os ahogáis. No llenéis mucho la pila, esperaré a que salgáis escamondado.

Mientras me remojaba en la tina, que yo mismo había hecho de mi medida, no dejaba de darle vueltas a las palabras de los pobres supervivientes. Apoyé la cabeza en el borde de la bañera y me quedé mirando la traviesa de contención que cruzaba de un lado a otro el aljarfe hasta que cerré los ojos y volví a oír voces que salían de la espuma que había hecho con el ungüento. Cada vez que se deshacía, me susurraba algo en árabe. Me pregunté si él lo sabría. Si sus padres

le vendieron mi existencia como la de un ser vil y despiadado y por eso nos quería destruir. Vernos sufrir. Hasta Hasan, cegado por la ambición de expandir su reino hasta los confines, sabría que Xerez volvería a ser tomada por los cristianos en cuanto los mahometanos cruzaran sus puertas y dejaran de campar a sus anchas por la campiña. Sevilla estaba solo a dos jornadas y Castilla era ancha como ella sola. La reina María y el príncipe Pedro vivían en el alcázar sevillano, el rey no iba a permitir que Xerez cayese en manos benimerines desprotegiendo así a su consorte y a su heredero. También era cierto que nuestra desdicha había sido causada porque estaba más ocupado de su amante Leonor de Guzmán que de su familia oficial. Un monarca no debía ausentarse cada vez que la paternidad le sonreía dejando el reino a su sino. Especialmente porque no estábamos hablando de un par de criaturas. Los de La Cerda nacían cada once meses. Además, su propio suegro, el rey de Portugal, le había denegado la ayuda en más de una ocasión para apoyarle contra los distintos combates que estaba llevando a cabo por culpa de los desaires que le hacía a su hija.

Yo imploraba hacia el este que el sultán dejase de enviar a su propio hijo. De todas las partes del reino había escogido esta para asediarla, maltratarla, atemorizarla y destruirla. Incluso había conseguido que el rey de Granada le apoyase en la misión y los escuadrones que tenía desperdigados por doquier realizaban matanzas a diario, disminuyendo el número de hombres en edad de luchar que nos quedaba en la ciudad. Todos los días salía un grupo de feroces guerreros por el Marmolejo, confesados y comulgados, y regresaban, si acaso, un par de ellos. A veces, ninguno. Daba igual a cuántos lograsen matar los cristianos, su número nunca bajaba por mucho que algunas espadas regresasen ensangrentadas.

Al principio, no les consideraba mis contrarios, pero cualquier persona que atentara contra las necesidades básicas que el hombre debía tener, lo era. Había estado frente a los que menos tenían viéndolos sufrir el efecto de una batalla. Nunca se estaba preparado para oír el lamento de una madre por la muerte por astenia de un hijo. Apenas podía mirar cuando veía a un padre cargando un bulto del tamaño de un crío, cubierto por mantas, para el entierro en los osarios de las iglesias según las Escrituras en las que ellos creían. Todo el mundo debería tener derecho a ser enterrado como creyese en lo más profundo de su corazón. Y así se cuajaba el odio hacia los que les asediaban, sin reparar que ni ochenta años atrás eran los de su mismo credo los que habían asediado a los otros. Era como ver a un perro persiguiéndose la cola. No tenía fin y eran incapaces de darse cuenta.

Unos gorrioncillos me sacaron de las intrigas beligerantes y me devolvieron a la fea realidad en la que vivía. Los cascos al trote que se oyeron de fondo me recordaron a Banu Marin, que me dejó a sus

veintidós años. Tenía la Ley de Mahoma corriéndome por las venas, Marruecos en cada recodo de mi memoria, Aisha en cada latido de mi corazón. Era como el cuento de los yébem: si el corazón se negaba a ser feliz, era imposible ir en su contra. El viento sopló y apagó la vela que alumbraba mi lapso de relajación. Siempre intentaba darme un baño que durase la mitad de vida que tenía una lucerna, y aquella se apagó antes de tiempo, como otras tantas cosas que había perdido. *Ojo por ojo,* musitó la mecha al quedarse sin fuego, y me acordé de Umayr. Tantos años intentando no pensar en el paradero de mi amigo, de todos ellos, cuya suerte siempre me había causado tanto estupor y, de repente, sus palabras se convirtieron en gritos huecos en mis oídos. Aquel consejo que recibí en una fonda de mala muerte iba a estallar en mi cabeza. *Ojo por ojo*. El momento justo llegaría, lo había perdido todo por impaciente. Los impulsos habían matado mi alma, la incoherencia había acabado con mis sueños. Era el momento. *Ojo por ojo*. Me puse en pie dejando que las gotas de agua chorrearan por mi cuerpo, a pesar del viento que avisaba de que el frío mes de noviembre estaba a la vuelta de la esquina. No solo no me molestaba, sino que trajo el olor de las castañas y me pregunté quién en su sano juicio estaba tostando aquellos frutos en mitad de un asedio. También trajo la melodía de la coral de los niños de San Mateo, que entonaban sus voces practicando para el Día de Todos los Santos. Ni siquiera comprobé quién andaba por los pasillos cuando salí, tal cual, secándome una oreja con el trapo camino de mi habitación para vestirme. Bajé las escaleras como si no tuviera control sobre mí y Leonor me gritó desde la cocina que acudiese a comer. Le devolví la negación con el mismo ímpetu que había usado ella en su orden.

—¿A dónde creéis que vais? Diego Fernández, venid a la cocina ahora mismo —dijo Leonor mientras intentaba avanzar torpemente para interponerse entre la puerta de la calle y yo. Expresé mi necesidad de salir cual reo suplicando clemencia—. Hacía veinte años que no veía esa mirada, no os voy a dejar salir —dijo haciendo que sus palabras sonaran tan tajantes que accedí a tomarme el maldito caldo, aunque insistí en que tenía que ir a la iglesia—. Cualquiera que os oiga —se burló mientras me llenaba el cuenco, pero yo necesitaba información sobre la situación exacta de la albergada porque, si estaba en lo cierto, había dado en cómo atacar—. Pero vos no iréis a la batalla. Suficiente tengo con Johan presentándose voluntario cada dichoso día para que vos… Vos servís para las letras…

Estaba afectada. Evitar que mi sobrino saliese elegido era la primera cosa deshonesta que había hecho en el Concejo. El maldito vida perdurable se presentaba a diario y, esta vez, iba alentado por sus amigos los Johannes: el García, el de Cuenca y el Catalán, y tanto iba el cántaro a la fuente...

—Vos sois un hombre bueno, mi señor, vos no estáis hecho para las armas. Vos escribís cosas bonitas, dibujáis con el azarcón mejor que los frailes… —La pobre hablaba con las lágrimas saltadas—. ¿No habéis tenido suficientes razias todos estos años? Al menos, en Margalihud, fuisteis prácticamente de escudero de Gutiérrez Ruiz de Orbaneja, que se sabía de sobra que no iba a combatir. A ver por qué creéis que se permitió que un anciano que ni podía soportar el peso de una armadura acudiese. Si me dicen de Garci-Pérez de Burgos, Alonso Fernández de Valdespino, Diego Pavón, Fernán Núñez-Dávila, Mateo el de los buenos fijuelos, Juan Gaitán Carrillo, el hijo de Pérez Ponce de León, pero vos… Lo vuestro son los libros. Estaba tranquila convencida de que el sitio de Gibraltar había sido vuestra última cabalgada y, ahora, me salís con esto —prosiguió con un tono dulce—. Ya me habéis dado el día.

Capítulo 16

En la soledad de la noche, mientras yacía tumbado mirando las vigas del techo a la luz de las velas, tuve tiempo de sobra para llorar, lamentarme, pensar, recordar, planear, enfadarme, violentarme, desfallecer, arrepentirme, maldecir, visualizar mis últimos días en Marruecos y desbaratarlo día a día, plantear distintas opciones, dar con el punto de inicio de mis errores, soñar con haber hecho las cosas de otro modo y echar de menos a Aisha. Se me encogió el pecho, me dolía respirar. Las dos ventanas abiertas no dejaban pasar el suficiente aire para abastecer a mis pulmones. La culpa me reconcomía y no dejaba de rotar en la cama para sacármela de dentro. La maldita no salía y apareció en mi memoria el día que llegué a Xerez.

—Con Dios.

Me sorprendió la voz ronca y masculina de un anciano que pasó a mi lado mientras permanecía rezagado en la esquina de la iglesia. No le contesté, como si pudiera ocultarme en aquel lugar y nadie pudiese verme, pero le observé pasar de largo por la casa y perderse en el giro hacia la calle del Maese Alegría, donde se ubicaba la rosquillera. No sabía por qué había llegado hasta allí. Hubiese sido mejor pasar la noche en alguna fonda en la entrada de la ciudad, porque no podía llamar a la puerta sin más. ¿Qué iba a decir? ¿Por quién iba a preguntar? La angustia se estaba apoderando de mí y no podía quedarme en la calle de noche, a oscuras. Miré a todos lados. Cada vez quedaba menos gente en la plaza y yo seguí enclaustrado en aquella esquina hasta que los temores me hicieron avanzar. Llegados a aquel punto, era mejor dar explicaciones que permanecer a la intemperie, así que di la vuelta a la casa, más pequeña de lo que la recordaba, y me enfrenté al dintel sin escudo, a diferencia de tantas otras por las que había pasado momentos antes. Sin orgullo, sin linaje. ¡Qué triste!

Puse una mano sobre la puerta y la madera estaba fría, los remaches de metal que unían las tablas estaban húmedos por el fresco de la noche que ya estaba calando. Engurruñé la mano, formando un puño, y dejé los nudillos sobre la madera suavemente, aunque no toqué, sino que volví a abrir la mano poniendo la palma sobre el tablón. No había cambiado su impávida mesura. Caminé hacia el lado e intenté divisar algo a través de la ventana, sin éxito, porque allí dentro no había luz ni calor. Volví a la puerta y comprobé si venía alguien por la siniestra: no había un alma en la calle. Miré hacia el suelo esperando que me diera alguna respuesta y, casi movido más por miedo que por ganas, di un paso al frente dejando la coronilla apoyada sobre la puerta, apretándola contra la madera. Aquello estaba resultando más complicado de lo que yo creía, pero me envalentoné y llamé. Nadie abrió. Miré a mi diestra y di un paso hacia atrás para tener mejor perspectiva de toda la fachada y ninguna luz se prendió a través de la ventana. Volví a pegarme a la puerta para tocar con más pujanza, pero nadie contestó. Apreté el puño con fuerza e insistí golpeando la madera. Nadie acudió. No sabía qué estaba pasando. Usé el otro puño para golpear con ambos a la vez, contra la puerta, deseando que alguien se quejara, pero nadie lo hizo y acabé dándole un puntapié lanzando maldiciones, blasfemias y palabras en árabe mientras pegaba la espalda contra la maldita para dejarme caer sobre el pequeño escalón de piedra en el que encajaba. Parecía que me fuera la vida en ello cuando ni siquiera conocía a las personas que creía que vivían allí, pero en aquel momento no tenía a nadie más en mi vida que aquellos que una vez me abandonaron y que, después, yo abandoné. *Ojo por ojo*.

—Ahí no vive nadie, muchacho. —El mismo anciano metomentodo que había visto pasar un rato antes venía ya de vuelta.

—¿No es la casa de Johan Fernández? —pregunté desesperado.

Lo había sido, pero ahora pertenecía al hijo y a la mujer de este. Jamás hubiese pensado que se trataba de mi prima, pero, aun así, aquella información era altamente valiosa para mí. Al menos, sabía que mi hermano estaba vivo y casado, aunque no viviese allí. Aun conociendo que la casa estaba vacía, necesitaba refugiarme en ella, y le di un pequeño empujón a la puerta trasera con el canto del pie. Cedió un poco, y como comprobé que no venía nadie por detrás, asomé la cabeza por la esquina para comprobar que tampoco venía nadie por delante. Apoyé todo el lateral de mi cuerpo sobre la puerta y empecé a dar pequeños envites, notando que la puerta era endeble. Solo tenía un pequeño cerrojo que encajaba en el suelo, justo desde el centro de la puerta, así que seguí moviéndome sin querer causar demasiados daños al mobiliario hasta que se abrió y un hedor a madera podrida, agua estancada y aire fermentado me golpeó. Era

incluso peor que mi aliento después de llevar días vomitando.

Volví a mirar hacia atrás, discerniendo entre adentrarme en la oscuridad de la cocina o permanecer en la de la calle, hasta que las voces de un hombre insultando a uno de los Riquel, que debía venir vociferando desde la plazuela del Rincón Malillo o el osario de San Mateo, me ayudó a tomar la decisión. Arrastré un barril que almacenaba el agua que caía de una gotera del alfarje y lo puse detrás de la puerta para que no pudieran abrir desde el exterior. Iba deslizando los pies, porque no sabía dónde iba a pisar en el siguiente paso si los levantaba del suelo, hasta que el candelero del hombre que perseguía al tal Riquel alumbró lo suficiente a través de la ventana como para dejarme ver por dónde salir hacia un patio lleno de escombros y enseres amontonados. No cabía duda de que la casa estaba abandonada. Rebusqué con más miedo que ahínco, por si me topaba con algún animal indeseado, hasta que le di un puntapié a una caja que dejó caer varias velas, algunas sin mecha y otras con poca, pero sintiendo una pequeña punzada de esperanza porque refrescaba tanto que necesitaba algo de fuego. Incluso sabiendo de antemano que eran de sebo por el desagradable olor que desprendían aún sin prenderse.

Refugiado en el corredor con un par de restos de vela en una mano, solo a falta de dar con lumbre, vislumbré un pequeño candil sobre la mesa de la cocina y probé suerte con un resto de aceite que hallé en una almatraja. Conseguí prenderlo levemente, pero lo suficiente como para adentrarme en el resto de habitaciones hasta llegar al salón, donde encontré una bernia vieja que apestaba a chivo y que me eché al hombro. Me quedé quieto delante del repostero de terciopelo, descolorido por el paso del tiempo, que siempre enorgulleció a mi padre, pero que nunca fue suficiente para mi madre. Arrumbado en una esquina estaba su escudo, descalichado como su propia vida, y dejé salir toda mi rabia lanzándolo contra el repostero. Y pensar que de niño creía en todo eso… Menuda estupidez. ¿Tenía aquello la culpa de todo? De no haber sido hijo del ballestero del rey, no hubiese sufrido tanto. Es cierto que no la hubiese conocido, pero, al menos, seguiría viva con sus telas, sus colores, sus olores… ¿De qué servía imaginarse un final feliz si la excéntrica realidad me estaba dando bofetadas con su hedor?

Seguí avanzando hacia la algorfa por la escalera de fuste, cuyos peldaños crujían a cada paso, con la sensación de que no aguantarían mi peso, hasta llegar al que una vez fue mi aposento, tan escueto y hediondo que me hizo dudar de mis intenciones. Pero era demasiado tarde para salir sobre mis pasos esperando que me atendiesen en la fonda. Tuve que cerrar la puerta a trompicones por la hinchazón de la madera debida a la humedad, y dejé el candil sobre el escritorio para

mantener algo de cordura. La ventana no dejaba entrar ni una sola muestra de la luz de la luna, probablemente por el vasto tamaño de la portada de la iglesia, a solo cuatro pasos de distancia. El jergón era extremadamente incómodo, relleno de paja cuyas puntas disecadas casi podía clavarme, y dejé la cimitarra bajo lo que debía ser una almohada, sin hueco ni volumen, que ni siquiera hacía bulto. Más bien era una funda con algo de paños fruncidos en su interior, y sentí tal asco que no sabía si dejar que toda aquella mugre me rozara el cuerpo desnudo, pero no podía seguir más tiempo con aquellos zaragüelles tan angostos.

Las luces de colores del vitral de la ventana atravesaron mis párpados. Sin duda, porque mi oído percibió el cantar de algunos pajarillos, supe que había dormido de una sentada. Quise inspirar profundamente, aún con los ojos cerrados, para tener el pecho cargado antes de enfrentarme a mi pasado, pero el afilado frío acero me palpó el cuello y abrí solo un ojo, consciente de que no podía dejar que el miedo me hiciese brincar o acabaría ensartado por la hoja de mi hermano. Blandía su espada rozándome la piel mientras mi prima se escondía detrás de él sin saber aún quién era yo ni yo quiénes eran ellos. Levanté las manos y le miré mientras pensaba qué decir, en qué lengua hablar y qué postura adoptar para no ofender a Leonor, a la que estaba deshonrando con mi desnudez íntegra. Él me ordenó que permaneciese inmóvil mientras bajaba la punta de su espada por mi pecho, dejándola apostada sobre el corazón.

—Me llamo Diagu, esta es mi casa —dije sin darme cuenta de que me había presentado con el nombre árabe, aunque tras su educada presentación, se constató como propietario del inmueble también.

Ella me reconoció y asentí rápidamente con la cabeza, intentando incorporarme con el antebrazo sobre la cama, pero Johan volvió a ordenarme la inmovilidad a baladros arañándome la piel con el espetón y echando a Leonor de la habitación. Ella le insistía en que yo era quien decía ser, pero Johan comenzó a relatar las habladurías populares sobre la llegada a la ciudad, la noche anterior, de un tal Diego de Herrera. Las había oído mientras corría hacia la casa alertado por Leonor, que se había encontrado la puerta abierta durante la mañana y acudió en su búsqueda para hacer una inspección de la vivienda. Le aseguré que era su hermano pequeño, vocalizando cada sílaba para no equivocarme en mi manifiesto y ella me apoyó plantándole cara mientras ponía una mano sobre la de él para bajar la espada.

—Pero muchacho —me regañó echándome la ruana por encima —, ¿cómo se os ocurre ir así por la vida? Hoy es el Día de Todos los Santos.

Johan balbuceaba cuestionando mi autenticidad y señalando la

altura de su cintura para marcar mi talla la última vez que me vio, como si los veintinueve años que acababa de cumplir no se fuesen a notar en mi cuerpo. Finalmente, tiró la espada y saltó echándose prácticamente encima de mí mientras ella reía a la par que lloraba. Se dispuso a abrir la ventana para que el aire fresco de la campiña, que descendía a pocas varas, invadiese la habitación.

—¿Habéis desposado a la prima? —pregunté desconcertado porque, de todas las cosas que estaba descubriendo, probablemente era lo más sorprendente para mí en aquel momento.

—Os venís a nuestra casa ahora mismo para que comáis hasta que no podáis más. Hicimos una matanza hace dos días de tremendo puerco del que hemos sacado hasta la sangre. Bebéis hasta que os caigáis borracho y luego seguís durmiendo. Estáis demacrado, hermano.

Johan se mostraba la mar de feliz, pretendiendo que cometiera cinco pecados de una vez que ni en mis tiempos mozos hubiera podido superar. Usé el mal aspecto que tenía para dejar claro que solo comería fruta y así evitar caer del hastío; pero, una vez en su casa, Leonor me pidió que le ayudase a cargar un cesto hasta su cocina para preguntarme sin remilgos qué podía comer exactamente. Me aseguró que haber pasado tanto tiempo en tierras magrebíes le había hecho sospecharlo, pero que el gesto en mi rostro mientras mi hermano iba relatando los manjares se lo había corroborado. No dijo nada más, ni para bien ni para mal, solo me pidió que le dijese qué podía comer y qué no. Era una auténtica marimandona y no supe si reírme abiertamente o darle un abrazo de agradecimiento. Le supliqué que no hiciese a mi hermano partícipe de mis creencias, pero le hablé del halal y del *haram*, de la sharía, el ayuno, las oraciones, el *miswak*, los alcázares, los perfumes, los jardines, las madrasas, las bibliotecas, los halcones, la música, los colores, los sabores, los olores, las sedas, el algodón, las medinas, las tribus, la jaima, el kohl, los afeites, el henna, las gacelas, los juegos, los enebros, el azafrán, las alcachofas. Le hablé de todo sin decir nada. Logré hablar de lo feliz que había llegado a ser sin derramar una lágrima y sin dar mayor detalle de todo lo que aconteció, pero algo debió notar porque me dio una palmada en la pierna y me miró satisfecha.

—Eso es lo que importa, Diego. A veces las vicisitudes no tienen un final feliz, pero hay que valorar cómo fue la historia, no cómo acabó. El tiempo que duró, cuán feliz fuimos, cuántas cosas aprendimos, lo mucho que disfrutamos… Pero vamos, que todo lo que me estáis contando existe aquí, ha existido de siempre, lo conocisteis en vuestra infancia. Esta Frontera nunca ha sido impenetrable, es más, además de la suntuosidad de Granada o Bagdag, también nos llega la delicadeza de Flandes y el colorido de Toscana. Ya veréis como todo se allana. Ahora estáis con nosotros, vuestra familia, no hay lugar para tanta desazón. Lo pasado no se puede cambiar, por lo tanto, no merece la pena lamentarse por él.

Mi prima era digna de la tierra en la que había nacido, como la princesa Wallada, que se paseaba por Córdoba luciendo en sus mangas bordados que decían que estaba hecha por Alá para la gloria, y por eso caminaba orgullosa por su propio camino. Ojalá otras dueñas estuviesen tan cultivadas en latines como lo estaba Leonor, aunque con su compañía me sobraba y bastaba.

Los siguientes días resultaron como un papel a interpretar en la más trágica comedia griega durante el día, interponiendo rejuelas entre mis debilidades y el mundo que me rodeaba. Cuando estaba en medio de la más auténtica soledad, con el sol oculto y todos durmiendo, dejaba que la oscuridad, que tantos miedos me afloraba, hiciese conmigo lo que quisiese. Me entregaba a la más absoluta pena, el más inefable dolor que mi alma había sentido jamás, tan intrínseco y tan intenso que ni siquiera podía contarlo. Y allí, despojado sobre la cama, tenía que llevarme la mano al pecho para recordarle al corazón cómo se latía y a mis pulmones cómo bombardear el aire. Había llorado tantísimo que solo me salía un minúsculo hilo de voz, como si fuera el más pequeño de los gatos que hubiese perdido a su madre. A veces, tenía que sujetarme a los largueros de cada lateral del catre para no convulsionar de los ataques de llanto insonoros que sufría, para amanecer cargado de todas mis culpas, listo para ir al Concejo tres días a la semana y evitar que los nobles desoyeran los fueros o pretendieran eximirse de todo fonsado, pedido, pecho o fonsadera; visitar las obras de mi casa donde los carpinteros lijaban las estructuras de madera, inundando las estancias de polvo causado por el mejunje de arena, cáscara de frutos secos y semillas pegados a un pergamino con el que pulían las formas y provocando más de un estornudo entre el resto de alarifes. El picar de los canteros resonaba entre las campanadas de la iglesia de San Mateo, todos azofrados por el Maese Francisco, de la calle Carpintería, que no dejaba de quejarse para que el Trecenazgo velase por los intereses de los cristianos viejos y no permitiese que los alarifes judíos fueran veedores de las obras de la ciudad. Por mucho que el rey Alfonso hubiese repoblado la aljama,

aquello no iba a acabar bien. Vagar por la ciudad con sus palacios de ricohombres, iglesias de almas desesperadas, franquicias de quienes buscaban un porvenir, mercados con tenderos, rincones con tahúres, casas con cambistas, las sinagogas de quienes se avasallaban ante quien les daría una patada tarde o temprano servía para hacerme a la idea de que mi mundo, nuevamente en contra de mi voluntad, era otro.

Capítulo 17

La maldita voz de alarma me sacó de mis cavilaciones tras pasar toda la noche en vela urgiendo una treta. Nos estaban atacando en propia puerta. Mi vecino, Per de Guarnaldo, apareció diciendo que Abomelique, como los xerezanos llamaban a Abu Malik, había enviado hacía unos días una avanzadilla a Lebrija liderados por su primo, Alicasar, que no podía ser otro que el hijo del hermano mayor de Hasan, que realmente se llamaba Al-Qa´qa b. Abi Alí Umar. La única intención debía ser robar los silos de trigo que el rey había mandado a almacenar allí, si no, no se explicaba semejante destino para unas huestes. La última vez que vieron al emir fue en Arcos, expiando sus culpas en el bodegón de Pascual el Rubio. De todos era sabido que le gustaba beber claurell. Esperaba que una segunda avanzadilla le liberase el camino a Sevilla, pero Fernán Ponce de León los interceptó desde la Torre del Secreto de su castillo y fue capaz de dar la voz de alarma para precaver a la Corte y derrotar a los que iban en camino. Además, venía el propio Fernán hacia nosotros con sus caballeros, mientras que el maestre de Alcántara, que dirigía las fuerzas castellanas, iba al encuentro de los de Lebrija porque el sobrino del sultán había matado con una azagaya a un fraile de su orden, así que llevaban el añadido de lo personal. Como yo, solo que nadie conocía mis razones. Y sin que me temblase el pulso, me presenté en la iglesia con semblante erguido, orgulloso, y decidido. Nada más empezar, Gonzalo de Estopiñán preguntó la fecha mientras Natera cogía la pluma para escribir las órdenes del día.

—26 de octubre de 1339 —respondió Alonso Riquelme con ojeras, oliendo a hipocrás y vistiendo una gramadilla negra con escotaduras laterales sobre la que nadie quiso preguntar porque aquella prenda solo se vestía en duelos.

Lo que me parecía fascinante era la templanza que tenía para trasnochar, beber, comer, fornicar, pelearse, batirse en justa y, aun así, aparecer al día siguiente como si nada, fresco como una rosa y consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Casi llevaba la misma vida que Álvar de Mendoza y Virués, un conocido aguerrido pendenciero y montaraz. Solo el tiempo determinaría quién escaparía mejor, porque mi compañero de mesa no era de buen perder en nada.

De hecho, no le hizo ninguna gracia que irrumpiese pidiendo ver a los muchachos que trajeron nuevas de la albergada el día anterior. Teníamos muy marcados los horarios de asamblea: de ocho a diez en los meses fríos, y de siete a nueve en los cálidos porque hasta las diez en adelante era malo para los cuerpos. Pero peor reaccionó Hernán López de Carrizosa, que siempre encontraba el modo de mostrar su desacuerdo con mi participación en el Concejo, y me acusó de haber salido huyendo como si hubiese visto al mismísimo diablo. Qué sabría él. En efecto había oído mencionarlo cuando nombraron a la madre del maldito Tuerto. Al menos, Johan Núñez de Villavicencio salió en mi defensa asegurándome que volverían a llamarlos mientras que Martín de Zurita se preocupó por mi estado. Achaqué que se debía a una bajada de tensión.

—Yo creía que eso solo les ocurría a las dueñas que sobrepasan la treintena. —Alonso Riquelme se desternilló de risa con su propio chiste con voz ronca y barba de pocos días, repitiendo la gracia hasta tres veces por si no lo habían entendido a la primera.

—Decidme que me voy a morir para que me dé por pagado con la calentura —le repliqué.

—Qué cosas saca el tipo este. Las aprendería allí por el moro.

Estuvimos teniendo las típicas discusiones pueriles durante el tiempo que tardaron los dos jóvenes en venir para relatarme lo que recordaban de la albergada mientras yo dibujaba la situación de sus vigías, almocadenes, matarifes, el número de hombres que avistaron, las armas que tenían, cuántos iban a caballo, cómo eran las tiendas, sus ornamentaciones, las ropas que vestían, los almaizares que les cubrían la cara, el calzado que llevaban, las monturas de sus caballos… Por supuesto saqué a Riquelme de sus casillas, ya que la paciencia nunca fue su fuerte y, aunque el mío tampoco, tenía que lidiar con él a diario y contaba hasta cinco antes de contestarle lo primero que cruzaba mi mente. Para colmo, aseguraban que el emir se había instalado por los llanos de la Villa del Infantado para descansar, concretamente, en el Cerro del Testudo. Claro que de día, desde allí, los verían salir y estarían más que preparados para recibirles y acabar con ellos antes de que anocheciera. Me lo imaginaba regocijándose, mirándonos como si fuéramos cristobitas actuando en una tragicomedia. Tenía la imagen de un niño consentido y caprichoso a quien se le había metido entre ceja y ceja hacerse con nuestra ciudad, y no iba a parar hasta conseguirlo, porque no era normal estar a sus veinte años de edad campando por el mundo, matando a diestro y siniestro, en vez de formarse para sus futuras funciones como sultán. Además, sabía que ya era padre de un infante llamado Mansur, como su tío. Esperaba que el otro hijo de Hasan, también emir, no fuese tan feroz e inconsciente como su hermano, sino que hubiese heredado el

saber estar y la grandeza de su abuelo, un hombre al que admiré muchísimo y cuya muerte sentí con gran pesar ocho años atrás. Marruecos se merecía un buen sultán que lo gobernase, que lo llevase a la cúspide, que le sacase el partido que tenía y demostrara al mundo entero el extraordinario reino que era, cosa que Hasan no estaba haciendo y, desde luego, Abu Malik tampoco lograría. Había oído que estaba siendo justo con sus súbditos y que valoraba a las personas piadosas, así como que su misticismo se había vuelto casi insoportable. Ayunaba más de lo estipulado por el Corán y rechazaba lujos, incluso en las ropas. Estaba siguiendo los pasos de los morabitos, por eso no me entraba en la cabeza que fuese tan belicoso.

Gracias a los heraldos, sabíamos exactamente dónde estaban situados y cuánta gente había entre ellos y nosotros. Aquello no era un asedio, era una campaña de aprovisionamiento. La marina nos había salvaguardado de un destino peor. Por mucha flota que hubiesen trasvasado con anterioridad a través de la Puerta de la Caridad, en cuanto se les cerró el paso, su sultán no pudo suministrar ayuda de ningún tipo a su hijo, que se había quedado aislado en la Península con sus huestes. Además, si habían empezado a aparecer después de cuarenta y dos años, era porque Hasan tenía un plan más que trazado. Por eso no tenían sentido alguno aquellas algaradas arruinando los campos de Castilla ni la rapiña de nuestro ganado. Cada vez tenía más claro que se habían quedado sin comida. Solo podía significar que iban de retirada, pero Natera se mostró decepcionado por los pocos hombres de armas que nos quedaban para aportar al maestre y no comprendía lo positivo que era saber cómo iban vestidos, que iban armados a la ligera con una simple adarga, qué otras defensas portaban. Yo, en cambio, sentía la emoción erizándome la piel, aunque Hinojosa se desesperase porque eran superiores con la espada, como si una pica no alcanzase mayor longitud.

Sabía que me estaba mostrando irreverente sin sacarles del todo de la duda, incluso les dejé caer que, si salíamos de noche, no nos descubrirían, aunque De las Casas se quejase de que sin teas no veríamos y seríamos vistos de portarlas. Claro que no podía delatarme dando muchos datos de por qué sabía que la siguiente noche habría luna creciente, porque lo último que deseaba era que sospecharan de que seguía un calendario lunar, como buen mahometano que era. Noté los ojos ligeramente humedecidos por la emoción que me invadía, sintiéndome vivo por primera vez en dos décadas. El obispo preguntó, confuso, si mi treta consistía en llegar sin lumbre y clavarles las picas antes de que pudieran desenvainar y, claro, dicho así, sonaba irrisoria. Pese a sus cuitas, como milicia concejil de la Frontera estábamos obligados a defender la plaza, y a nadie se le ocurría ningún plan mejor.

No parecían ser conscientes de que, muerto el perro, se acaba la rabia. La mayoría de la morisma había venido hasta Castilla por el prestigio de luchar junto al Tuerto y, si caía su emir, los otros no tendrían quién les capitanease. Nadie se atrevía a lanzar una conclusión, solo Ponce de León caviló sobre la simplicidad del plan y afirmó que huirían. Cuando quise dar por concluido mi fantástico plan, Riquelme irrumpió, sacándonos de la momentánea victoria imaginaria, dando por hecho que no se podía acceder a la albergada ni, mucho menos, llegar hasta el infante. Solo uno de los suyos sí podría lograrlo, aunque López de Carrizosa asegurase que no contábamos con mercenarios magrebíes. Gutiérrez de Carmona, que había permanecido en silencio observándonos a todos, se disculpó por no entender aún el procedimiento cuando yo ya estaba sintiendo que la energía que me corría por la sangre en mis tiempos mozos, cuando cabalgaba junto a Adnan, cuando practicaba con la espada junto a Hudhayfa, volvía a apoderarse de mí.

—La idea, querido Esteban —le dije tratando de mostrar tranquilidad—, es que me vista a la morisca, monte mi yegua a la jineta y rodee los campos hasta el camino de Medina Sidonia, fingiendo que vengo desde Granada para luchar junto a ellos. Me adentraré en la albergada, me plantaré sobre este cerro —situé mi dedo sobre el punto exacto en el mapa que teníamos frente a nosotros —, junto a la tienda del maldito príncipe, y acabaré con su vida. Hablad vos con los Obertos, Excelencia, que sepan que usaremos sus tierras para camuflarnos. Son parientes de mi amigo Francisco Martínez de Trujillo. No habrá problema alguno.

Compartí con ellos mi táctica, orgulloso de mí mismo, convencido de la perfección en la simpleza de mi treta mientras señalaba con el dedo todo el recorrido sobre el mapa que había ido dibujando siguiendo las instrucciones de los desvalidos heraldos. Me costó mucho no mandar al obispo al infierno cuando alegó que no me creerían, ya que no dejaba de ser un caballero cristiano disfrazado. Disfrazado vivía desde que pisé tierras castellanas, pero eso él no lo sabía. Hablaba árabe perfectamente, había vivido en Marruecos durante diecinueve años, ¿en serio no creía que podía hacerme pasar por uno de ellos? Mientras él dibujaba una sonrisa nerviosa imaginándose la estampa, yo sonreí por dentro por haber pasado desapercibido durante tantísimo tiempo, por rezar a Alá en sus narices, por practicar el Ramadán cada noveno mes, por no comer marrano, no beber alcohol y haber sido capaz, con la ayuda de Leonor, de no levantar sospechas. Zurita mostró su preocupación por mi vida dando por hecho que no saldría de allí a salvo, pero la idea era que yo me infiltrase aquella misma noche y que, al día siguiente, ellos salieran de la ciudad a oscuras para ayudarme a llevar a cabo la

misión. Todos nuestros mayores llegaron a Xerez para proteger la frontera de Castilla y nosotros debíamos seguir su cometido. Tenían que salir a pie, cargados de cornetas y cajas, armados con sus picas y espadas, y esconderse en la arboleda de los terrenos de Obertos de Valeto hasta que me vieran en lo alto del cerro. Debían hacerlo por mucho que les horrorizase acudir de infantes siendo xerezanos, conocidos por ser la élite de la caballería.

Los Obertos tenían un palacio en la plaza de la Aljaifar, donde la argolla de castigo hacía las delicias de los convecinos y el espectacular jarrón de loza dorada, profusamente decorado que tenían en el patio, hacía las mías. Sabía que lo habían comprado en el reino de Granada directamente porque ese tipo de lujos no eran los que traían los mercaderes a este lado de la Frontera. Riquelme no confiaba en los Obertos porque eran genoveses, igual que los que habían ayudado a Hasan a conquistar Gibraltar hacía ya seis años, aunque debía reconocer que había cambiado su semblante e intentaba encontrar una solución para venirse a mi bando. En cambio, Natera, que hacía rato se había pasado a mis defensores, vaticinó que mi yegua torda serviría de distintivo, ya que los supervivientes habían asegurado que todos los caballos de la albergada eran alazanes, castaños o negros. Se estaba animando por momentos.

—Una vez me veáis allí, esperad a que todos se vayan a sus tiendas. Nos han dicho que por la noche no hay matarifes, así que no debéis tener ningún problema para llegar sanos y salvos. Alzaré mi pica para que me veáis, os acercaréis sigilosamente y, una vez que estéis en El Sotillo, será el momento de tocar con todas vuestras fuerzas los instrumentos. Ellos saldrán asustados, desorientados y, lo más importante, desarmados. Del mismo modo, saldrá su emir sin imaginarse que el centinela que vigila su tienda esa noche seré yo. Le daré muerte allí mismo y lucharemos con los que se resistan. El príncipe no ha de ver la luz del día 28 de octubre —concluí sintiéndome cual Carlos Martel.

—¿Sabemos algo de Pedro Fernández de Castro? Para ser adelantado de la Frontera, no se deja ver mucho por aquí —dijo Gonzalo de Estopiñán con toda la razón, pero también era cierto que la Corona tenía muchos frentes abiertos en aquel momento.

—Ya pedimos ayuda cuando Margalihud y no nos hicieron caso —apuntó Dávila, que aún guardaba rencor porque fue quien aportó la idea de llevar los potros cerriles, con tal de hacer bulto, en la batalla de los Cueros y el rey no se lo había reconocido.

—Ya sabéis, Alfonso, que el adelantado de entonces murió asesinado por orden del rey solo un año más tarde y, el siguiente, bueno… No sé cómo se puede ser adelantado mayor de Andalucía y escribir cincuenta y un cuentos. Normal que este, que es un

ricohombre de Galicia, participe lo menos posible. Pero, volviendo al tema que nos atañe, Diego, no tienen por qué darse cuenta de que su príncipe ha caído. Parecéis enajenado. En vez de quedaros a luchar, que os van a acorralar, deberíais volver a montar la yegua y cabalgar hacia nosotros, de ese modo os seguirán corriendo y los sorprenderemos con nuestras picas. Y, mientras, nosotros nos situaremos en el camino para rodear, en la medida de lo posible, su acantonamiento.

Para ser un hombre de vicios varios conocidos por todos, me sorprendió el conocimiento que tenía Riquelme sobre literatura al mencionar *El Conde Lucanor*, así como su ingenio para crear mi plan de huida. Arqueé una ceja cavilando y asentí varias veces, dándole la razón. Era una gran idea, pero mi intención no era huir, ni muchísimo menos. El obispo, en cambio, se preocupó por la capitanearía de los nuestros, y le recordé que él era el alcaide en funciones y debía marcarles el paso. Para quitarle hierro al asunto de mis parcas palabras, le reverencié con la cabeza y él aprovechó para ordenarme que volviese, con lo que todos estuvieron de acuerdo, y así sellamos el mejor plan de ataque que jamás imaginé que idearía. A mí me dejaron vivir después de ver a Aisha muerta. Ahora, Maryam estaba a punto de saber lo que se sentía sobreviviendo a quien más amaba. *Ojo por ojo*.

El obispo me llamó aparte para explicarme su intención de confesarnos a todos, como era habitual en aquellos casos, y pretendía que yo hiciese lo mismo porque estábamos tentando a Dios todopoderoso. Hizo la señal de la cruz en el aire y me excusé por falta de tiempo, asegurándole que vería al cura de mi parroquia. Repitió la señal de la cruz, pero sobre mi frente, ofreciéndome después su nauseabundo anillo por el que pasaban los ponzoñosos labios de toda la ciudad, bocas apestosas de dientes podridos, de manos deletéreas… Estuve a punto de vomitarle encima, aunque me limité a darme la vuelta, frotándome la boca con la manga del gabán que mandaría a lavar en cuanto llegase a mi casa. Había que ser muy falso para predicar la palabra de un hombre que vivió una vida ejemplar según sus propios principios e ir vestido con una hopa larga franco-borgoñona con mangas amoratadas y forrada en piel de armiño.

Salimos de la iglesia sabiendo cada uno lo que tenía que hacer. El obispo se fue acompañado por Estopiñán, un par de criados y cuatro centinelas para reclutar al poco personal que quedaba vivo. En la plaza de la Yerba, en propia puerta de mi buen amigo y compañero de mesa Pascual Pérez de Úbeda, teníamos puesto un pequeño escenario al que se subía el pregonero para anunciar las órdenes del día y desde el que se solicitaba voluntarios para las mesnadas. El caserón del de Úbeda se abría a la plaza en la que se vendían las verduras cada

mañana. Era de robusta fachada, hecha de las piedras traídas desde Margalihud que nada gustaban en Xerez, pero que él decía que eran de gran calidad.

Me fui directo a mi casa con la intención de recoger mis ropas de nazarí y poner rumbo a Medina. Cambiaría de atuendo en la casa de postas, una vez fuera de las murallas, para no asustar al personal. Antes de partir, lo dejé todo preparado sobre el arcón de guadamecí brocado que tenía en la entrada, y me senté por un instante en la arquilla arábiga de taracea para debatirme en la tesitura de ver o no a mis sobrinos aquella misma tarde.

Tenía sentimientos encontrados.

Acabé cogiendo un papel, acercándome al tintero y mojando la pluma. Aunque no sabía cómo empezar aquella precisa carta, sabía que había muchas cosas que quería decirle a Leonor y que nunca le había dicho antes. El dilema era si confesarle lo que ella deseaba leer de mi puño y letra o limitarme a expresarle palabras de sincera gratitud, favor, significado y complicidad. No fui capaz de poner la fecha porque probablemente estaría escribiendo por última vez. ¡Qué sensación tan extraña la de conocer la fecha de mi muerte! Mis cábalas se dejaron ir con el frío húmedo que emanaba de aquellas tres colinas sobre las que se alzaba Xerez y que calaba los muros de mi casa. Se me perdió la vista recorriendo cada rincón de la tabla del escritorio: mis legajos, mi pebetero, la redoma con la inscripción *al-Mulk*, 'el poder', vinculada a la autoridad de los soberanos omeyas, el poema del físico xerezano Ibn Rifa´a, que vivió en el siglo XII y no se sabía qué le había pasado para que recitase:

«Xerez no es sino la errata de una clara desgracia. Partiría a rescatarte de ella si fueras persona piadosa, pero en ella no volverá a destacar ni el que es libre ni el que es noble».

El sonido de los aldabones de metal golpeando la puerta a medida que se abría me hizo derramar la tinta sobre el papel, sacándome de mi ensimismamiento. Tenía que ser mi prima la que osaba irrumpir de aquel modo, pero nunca era tan escandalosa ni cerraba de un portazo cual machete dando un tajo en la mano de un ladrón, ni mucho menos subía los escalones corriendo ante el crepitar de la madera bajo la plataforma de corcho de sus chapines entelados en seda, como buena hija y viuda de caballero que era, ni caminaba sobre el alfarje marcando el roce de la basquiña de un lado a otro. Sabía que venía de la plaza de la Yerba.

—¡Diego Fernández! Ni penséis por un momento que saldréis hoy de esta casa. ¡Os lo impediré! Lo haré si tengo que hacerlo, sabéis que si lo tengo que hacer, lo haré —iba diciendo mientras su voz sonaba cada vez más cerca de mi espalda. Susurré su nombre—. ¡No! No podéis, ¿me oís? ¡No podéis! —Le temblaba la barbilla, sus labios no

lograban vocalizar toda la impetuosidad que quería demostrar y la miré sin saber qué decirle—. Os lo ruego, es que yo… No sé si os voy a volver a ver, vuelven muy pocos, y hace seis años que no vais a una razia.

Se puso una mano en el pecho y me señaló con la otra mano abierta, suspendida en el aire, como si me acariciara con su imaginación. No quería ni herir sus sentimientos ni darle ilusiones, pero me puse en pie, me acerqué a ella y le sujeté la barbilla, aún temblorosa, que se resistía a romper a llorar. Solo quería asegurarle que no iba a permitir que pereciesen de hambre o enfermos. No podía dejarles morir. Ya había tenido suficiente muerte alrededor a mi causa. Ella intentaba aclarar sus propias palabras para que tuvieran un sentido, pero ni se explicaba ni me miraba. Yo ya sabía lo que quería decirme y no era merecedor ni de una cuarta parte de sus atenciones. Se llevó la mano al corazón y se desplomó como una niña desconsolada. No sabía si era mejor abrazarla o mantener las distancias que siempre me procuré con ella, pero me dejé llevar, acercándome un poco, sin llegar a pegarme demasiado, con la ardua tarea de darle un abrazo fraternal a alguien que, sin duda, no me veía como un hermano. Y a la que yo tampoco veía como una hermana.

Me puso una mano en la cara. Estaba más que preparado. Además de mi participación activa en batalla, en Marruecos me habían adiestrado como a tantos otros niños que convertían en mercenarios, solo que mi sino fue distinto porque Aisha nunca permitió que me sacaran del alcázar. Me acerqué a ella aún más, que se sujetó a mis hombros y me dio un dulce beso sobre la barba que cubría mi rostro, dejando la mejilla pegada a la mía durante un instante. Como Aisha hizo en Marruecos, Leonor me había salvado la vida en Castilla. No hubiese durado ni tres días si ella no hubiese estado a mi lado, pero decirle eso solo serviría para incrementar una leve esperanza que, sabía de sobra, llevaba albergando casi desde que nos reencontramos. Me limité a separarla un poco de mí para secarle las lágrimas con el dedo. Volví a acercarme para darle un último beso en la comisura de los labios y me giré hacia la puerta para salir sin mirar atrás. La oí sollozar, clavar sus rodillas en el suelo, doblar sus enaguas almidonadas contra la madera y lamentarse, y supe que, si la miraba, no saldría de allí. Cogí el zurrón y salí del número nueve de la calle Carnerete en dirección a las cuadras del Mercado, donde tenía a Orgullosa lista para ser ensillada, creyendo que no volvería.

Capítulo 18

Salí por la Puerta del Aceituno en dirección a Astah porque no concebía dar mi vida por una venganza sin antes encomendarme a Alá. Y como no tenía tiempo que perder, bajé de un salto limpio,

amarré a Orgullosa a la tumba de siempre, y clavé las rodillas en el suelo de la antigua mezquita. Recé tanto que hasta olí mi propio miedo. Después, me senté un rato en el escalón alzando la vista hacia el este, como si pudiera ver la Ciudad Santa, entrelazando en mis dedos la cinta de cuero de mi viejo silbato, y rompí a llorar, desconsolado, casi ahogado, maldiciendo a todo el mundo. Hacía mucho que no dejaba salir la pena que atormentaba mi alma, pero rodeé el cordel alrededor del pequeño caballo y lo lancé hacia el frente, a los restos del antiguo Astah. Al vacío. A la nada. Cayó entre unos matorrales del entorno en ruinas que me rodeaba, tan similar a mi vida: un mero recuerdo de lo que un día fue y a quien nadie importaba, ya envejecido por el inexorable paso del tiempo.

De vez en cuando, alguna lagartija recorría los trozos de un muro o un gato perdido que había conseguido escabullirse del hambre de mis vecinos maullaba pidiendo alimento. En los meses de verano, eran las cigarras las que invadían todo aquel campo y, si cerraba los ojos, casi podía creer que estaba de vuelta en Marruecos. Lo curioso era que siempre había algo que no me dejaba evadirme del todo para quedarme dormido y que la intemperie acabase con mi tormento. La naturaleza estaba viva alrededor y me lo echaba en cara. Nunca había visto tanta fauna insignificante pasando por delante de mí como en aquel lugar de abandonadas piedras que no me dejaban marchar. Parecía que el fin de aquellos insectos, lagartos y felinos que por allí rondaban fuese el de mantenerme consciente del punzante dolor que sentía en todo mi ser. Como aquel negro escarabajo que se movía sobre un hisopo con forma de paloma y que me hizo cerrar los ojos por un momento para viajar a tierras africanas donde tan habituales eran. Intenté percibir algún olor, por muy lejano que fuese, a ras-al-hanut o algún sonido de instrumentos de percusión. Llegué a dudar de si había logrado dar el salto que me llevase de vuelta a casa a través de la Puerta de la Caridad. Ni siquiera quise abrir los ojos por si se desvanecía y era todo un mal sueño, pero oí claramente un gañido y, muy poco a poco, fui levantando los párpados para mirar a través de las pestañas. No podía pasar de nuevo. La última vez que un halcón vino a visitarme fue para darme la peor nueva de todos los tiempos, pero, innegablemente, la más hermosa de todas las aves estaba posada sobre el borde de un pequeño muro sin caperuza ni anillas. ¿Cómo era posible? Era libre. Salvaje. Un halcón peregrino en todo su esplendor.

Volvió a gañir y sonreí sorprendido, venciendo la tentación de alzar el brazo aun sin llevar una lúa que me protegiese, pero era de tal belleza que no podía pensar que me fuese a herir. Fui poniéndome en pie, poco a poco, sin movimientos bruscos. Él miraba de un lado a otro con aquella graciosa cabeza de color negro que se movía sobre su espalda gris azulada, aleteando ligeramente para echarse a volar hasta

otro alféizar, más cerca de mi yegua, aunque guardando las distancias. Me acerqué lentamente, arrastrando los borceguíes contra el suelo para no asustarle en caso de tropezar con las piedras que había por allí en medio. Y me miró. En otro tiempo hubiese dicho que era una locura, pero me miró. Del mismo modo que aquel maldito cuervo me observó de la peor de las maneras sobre el alféizar de la ventana de la biblioteca años atrás, el halcón peregrino me miraba pacientemente, aunque sin mostrar acritud alguna, como si me estuviese esperando.

Una nube grisácea, avisando de aguacero, pasó lentamente por debajo del sol, helando aún más el ambiente otoñal, y sentí el frío atravesando las ropas de seda del pobre miserable que perdió la vida en la batalla de los Cueros. Orgullosa también debió sentirlo, porque relinchó y el halcón se echó a volar, tirando al suelo el busto de un anciano que debió habitar allí cuando aquello se llamaba Hasta Regia. Lo seguí con la vista maldiciendo a Orgullosa, que, impaciente, daba coces sobre la cornisa de la lápida mientras él seguía gañendo, dibujando circunferencias sobre el cielo cerca de aquellas ruinas de las que yo no me quería marchar para seguir admirándolo. Finalmente, abrió el círculo de su vuelo alejándose hacia el este. El mismo camino que debía seguir yo para alcanzar mi destino antes de que anocheciese.

Mientras más avanzaba, más cerca estaba de Medina Sidonia, yendo y viniendo, esperándome a veces, pero sin abandonarme nunca. Lo seguí cabalgando al galope, con la cara cubierta para volver a sentir el roce de un almaizar sobre mi piel izado contra el viento. Normalmente, me lo ponía para estar por Astah, pero hacía veinte años que no cabalgaba a la jineta vestido de mahometano siguiendo el vuelo de un halcón, y Orgullosa galopaba como nunca. Estaba acostumbrada a recorrer largas distancias porque, cada vez que surgía algún contratiempo en el Valle del Tempe, debía personarme a ejercer mi alcaidía. También íbamos en numerosas ocasiones a las tierras que mi hermano me cedió de su heredad cuando volví de Marruecos, mucho más lejos de lo que estábamos yendo, pero parecía que sentía la libertad, por primera vez, en sus cuatro esbeltas patas.

Cuando por fin llegué al camino que debía encauzar, el halcón se perdió en el cielo. Lo busqué durante un rato, pero no di con él. El primer paso de ronda militar me aguardaba, igual que veinte años atrás, solo que al otro lado de la Frontera. *Mientras un mahometano lleve almaizar y alfanje, siempre será un mahometano,* me dije unas cinco veces para convencerme, aunque, a aquellas alturas, debían haber recibido a tantos otros que, no solo ni se movieron de sus puestos, sino que me saludaron, me bendijeron y pude seguir hacia delante. Quedaba corroborado que pasaba desapercibido y saboreé el gusto de lo amargo pensando que, tal vez, lo mío era crónico: sería un perpetuo

forastero en tierra extraña. No importaba de dónde viniese. Nunca pertenecería a ninguna parte. ¡Qué triste resultaba aquello!

Un grupo de matarifes se acercó por mi siniestra y tuve que parar para charlar con ellos un rato, deseando con todas mis fuerzas que no me entretuvieran lo suficiente como para delatar mi treta. En cuanto dejé de serles novedoso, pude marchar y proseguir hacia delante pensando en Leonor.

Nunca creí que se decidiera a confesar sus sentimientos, aunque eran muy obvios. No al principio, pero, a los pocos meses, sí. De hecho, tras la primera misa del gallo desde mi llegada, se encaró, cual fiera herida, con algunas dueñas porque no dejaban de atosigarme por mi ausencia, asegurándoles mi condición de cristiano viejo. Entonces, comencé a prestar más atención a sus maneras hacia mí y no tardé mucho en verlo claro. Sufría ataques de celos que intentaba controlar respirando profundamente, hinchando el pecho hasta dejar ver el canalillo asomado a través de la alcándora de cendal que llevaba debajo del brial. Yo intentaba calmarla, diciéndole que no iba a cambiar de opinión sobre mi celibato, pero parecía que mis palabras no sonaban tan convincentes. Ella quería que viera a través de sus ojos, que supiera todo lo malo que cada una de aquellas mocitas tenía para no merecer ser mi esposa. Incluso le soltó más de una fresca a Catalina Gutiérrez de Carmona, viuda de Diego Mirabal, que se me insinuaba sin miramientos. Sabía que me observaba cuando yo no miraba, porque era el único momento en el que se quedaba completamente quieta, sin mover un músculo, como si no fuese a verla. Dejaba a sus sirvientas al cargo de su casa y su familia para ocuparse de las tareas de la mía y, a pesar de haber aprendido a cocinar, sabía que jamás antes había cogido una aljofifa entre sus manos. Solo había que verla. Tenía a mi sirvienta para las tareas más pesadas pero, todo lo referente a mí, corría a cargo de ella: mis ropas, mis enseres, mi comida, mi alcoba, mi escribanía, mi escritorio o mis libros. Como si otras manos fueran a estropearlos. Incluso encolerizó la primera vez que la muchacha se llevó mis sayuelas sucias al lavadero de la ciudad. Nunca volvió a repetirse algo semejante.

Pensé en mis sobrinos. ¡Cómo los quería! Me hubiese gustado evitar que Johan se enrolase; aunque, en parte, entendía que el muchacho tenía auténtica vocación de guerrero y tenía la fuerte convicción de que era mejor morir en el intento que dejarse matar por el letargo. Me preocupó Diego. Desconocía si la falta de personal había hecho llamar a las puertas, casa por casa, buscando jóvenes saludables y fuertes. Sentí miedo por él. Era igual que yo años atrás, cargado de historias e intenciones, pero inocente como un cordero.

A lo mejor modificaba el blasón de la familia para colocarlo en la fachada. Leonor había bordado uno que usaba cada vez que

participaba en los juegos de justas, con un yelmo decorado con cimera de plumas, dos calderos de oro y de sangre, doce, con la divisa «porque Herrera las goce», ya que ese apellido era mi único vínculo con Marruecos y lo que me diferenciaba del cagalindes de mi hermano. Esperaba que mis sobrinos lo adoptasen. A fin de cuentas, Fernández había cientos; de Herrera, solo yo. Ni siquiera la familia de los Ferrera, que habían repoblado la ciudad, habían alterado su apellido, cosa que casi todos habían hecho, incluido mi padre con el Ferrans del Reino de Aragón. Tal vez, para hacer una limpieza de casta, ya que mi abuelo fue adalid de los almogávares. Si levantara la cabeza y viese a uno de sus hijos convertido en mahometano, se le caería otra vez. De todos modos, sería la última persona que pudiese darme lecciones de algo. No contento con saber que me vendió, Leonor me contó, tras mi llegada, que mi pobre aya, Marina, era mi media hermana. Aquello explicaba la eterna tristeza en aquellos ojos oscuros que debieron llorar en la soledad de sus noches la desdicha de haber sido hija de ganancia y bregar con nosotros que, injustamente, lo podíamos disfrutar todo por llevar el apellido de su mismo progenitor. Por eso me encargué de ella cuando conocí aquella indigna historia. Una más por parte de los desgraciados de mis padres que no tuvieron otra ocurrencia que ponerla a servirnos. Aunque sobrepasaba la treintena, le procuré un decente matrimonio y costeé la dote, lleno de remordimiento por sus pesares a costa de mi deshonesta familia. Ya mayor, aún vivía en la collación de San Salvador con su marido, el caballero Martín Díaz de Candemuño, y con la hija soltera que este tuvo con su primera esposa.

Cuando pasé de largo el arroyo del Salado, por el lado del Testudo, supe que no faltaba mucho para divisarles. El que tenía frente a mí debía ser el último paso de Frontera y, tras ellos, el maldito acantonamiento alrededor del Cabezo. No demoraron mi partida y pude proseguir, sin dar muchas explicaciones, por el mismo camino en el que me separé de Umayr hacía ya tantos años. El corazón se me aceleró al cruzar el pequeño puente de piedra sobre el Leteo. Poco a poco, fui adentrándome entre las tiendas. El sol estaba a punto de esconderse y tenía que subir hasta el cerro sin llamar la atención, y lo antes posible, para que los pobres que aguardaban mi llegada pudieran ver el reflejo del astro rey en mi lanza desde la torre atalaya.

Fui ascendiendo la loma junto a Orgullosa, que llevaba sujeta por las riendas para que no se distrajese con tanto semental árabe por allí suelto. A medida que avanzaba, charlé con unos y otros sobre el largo y cansado viaje que había hecho desde Granada, dándome a conocer entre los demás militares para que no sospecharan. Tenía que hacerme pasar por un cortesano noble porque tanto mis ropas como mis

crianzas, lo eran. No sabía imitar las formas de un albaicinero humilde ni mi aspecto convencía de que lo fuese. Tampoco estaba habituado a comer el insípido bizcocho que me había visto obligado a echar en la talega para pasar desapercibido entre las mesnadas, pero no tenía más remedio que dejarme ver mordisqueando aquel mendrugo si pretendía que creyesen mi historia.

Al llegar al punto más alto, empezaron a temblarme las piernas. No deseaba ver a Malik antes del momento de acabar con él porque no podía ponerle cara a mi víctima. Tampoco sabía cómo iba a afrontar haberme convertido en verdugo de la noche a la mañana, pero ya no podía retroceder. Se me descompuso el vientre en aquel mismo instante. Dejé a Orgullosa atada a un pequeño olivo en la ladera y bajé por la parte trasera de la tienda de color grana, descolorida por el sol que había pegado excesivamente fuerte aquel verano. Busqué dónde desahogar mi falta de instinto asesino y volví a subir a mi deseada posición, donde clavé la pica en el suelo para mantenerla en alto.

La única alegría que sentí fue poder rezar libremente, acompañado y guiado por un imán, porque, mientras más se oscurecía el cielo, más arrepentido estaba de haber llegado hasta allí y menos capaz me veía de matar a alguien. Menos a un muchacho. Pensé en que incluso era más joven que mis sobrinos. Era más joven que Diego que nunca había dejado de ser mi niño. Me preguntaba si Malik también miraba a su padre, a sus maestros, como Diego me miraba cuando le contaba historias a las que su imaginación ni siquiera podía darles forma, ubicarlas en el mapa ni entender que semejantes cosas sucedieran no mucho más al sur de la tierra que él llamaba suya. Cerré los ojos, apretándolos con fuerza, para concentrarme en la idea preconcebida que tenía del príncipe. No era un inocente. Era un guerrero y, por lo tanto, un descorazonado asesino.

Se perdía todo indicio de sensibilidad cuando uno se hacía un criminal. Lo supe desde niño por lo que mi padre hizo conmigo. Comprendí de qué material estaban hechos los guerreros: fríos como sus armaduras, hirientes como el acero que blandían, egoístas que ni un hijo propio iba por delante de ellos. Y, cuando su bravura les costaba la vida y su inconsciencia todo el oro de las arcas del reino, obligaban al resto de hombres a ir a la lucha, esperando de ellos que plantasen la misma ferocidad que los que nacieron hombres con alma de predadores. No reparaban, si quiera, en que les dejaban desprotegidos en medio del campo de batalla esperando que no mirasen atrás, a sus granjas, sus corrales, sus mercados, sus familias; armados con hachas, palos y piedras como si se tratase del antiguo circo romano. Una lucha perdida. Cuánto odiaba la ambición territorial, la ceguera religiosa, las medidas descontroladas por plantar una bandera sobre la tierra. Me preguntaba si algún día entenderían

que la tierra no era de nadie.

Capítulo 19

Al día siguiente, seguí acampado alrededor del real y conviví como uno más del famoso ejército de Abu Malik. No llegaban ni a cien, pero eran jóvenes bravos y, la mayoría, estaba allí para hacer carrera por la increíble fama que se había logrado el emir en su corta vida. No entendía cómo habían quedado tan pocos ni dónde estaban las bestias que decían que habían robado de Xerez.

Los nervios afloraron de nuevo al anochecer, cuando tuve que colocarme en la pequeña tienda que me correspondía como centinela del real. Alguna que otra estrella me estaba allanando el camino, sin lugar a dudas, porque ni en mis mejores tiempos como conversador hubiese conseguido hacerme con el puesto que deseaba tan fácilmente, y todo gracias al pobre infeliz de la batalla de los Cueros. Liderada por nuestra alcaidesa viuda en funciones, Helena de Salazar, ya tenía la pobre bastante con haber perdido en una escaramuza al descerebrado de su marido, Simón de Cameros. El alcaide del alcázar no tuvo otra idea que enfrentarse al moro con una piel de tigre como capa. Desde luego, lo de ser hijo de almogávar le quedó grande. Como la mía, la treta que ideó con Dávila sonaba irrisoria cuando nos comunicó su intención de atar cueros a las colas de todas las bestias para que causaran mayor polvareda. Así, desde lejos, parecerían más numerosas una vez provocada la estampida en el cuarto del alba. Tras su éxito, alardeó públicamente de que entre los trece que éramos en el Concejo no habíamos sido capaces de llegar a una conclusión para atacar. ¡Y pensar que nos la habíamos jugado por el reino de un púber!

Otra vez dudé de mi osadía. Cada vez que veía a algún soldado, veía la juventud del emir reflejada en sus caras y quería echarme atrás. Mi hijo sería prácticamente como ellos de haber nacido, pero una risotada escandalosa en el interior de la tienda me sacó de mi remordimiento, asustándome. Me llevé la mano a la cara, cubierta por el almaizar, para comprobar que seguía ahí por si alguien que estuviera dentro de la tienda real, donde se lo estaban pasando en grande, me reconocía de antaño. Estaba totalmente expuesto a fracasar si eso sucedía. Sentado en el suelo, fuera de la pequeña tienda que servía de garita, tras relevar al otro centinela que llevaba allí todo el día y esperaba descansar durante la noche, la incertidumbre me presionó el pecho y aceleró el corazón. No debía dejar que se notara, así que me puse en pie esperando poder echar otro vistazo hacia las tierras del genovés y asegurarme que mis compañeros no destacasen en demasía mientras se acercaban. No logré ver a nadie. No sabía si venían de camino o habían llegado ya, pero ni siquiera la seriedad de

la situación evitó que esbozara una sonrisa al imaginarme a todo el personal noble, capitaneados por un obispo, armados de instrumentos musicales y aguardando en las tierras de un genovés. Los aliados de los que nos atacaban.

Percibí movimiento dentro del real y volví rápidamente a sentarme en mi tienda, que estaba completamente abierta hacia el frente, para poder vigilar. Toda una broma del destino que quien se sentaba en el lugar del protector del arráez era quien le iba a atacar. Los jefes salieron dando las buenas noches y se dirigieron hacia sus tiendas bajo mi atenta mirada, sentado con las piernas entrelazadas y las manos puestas sobre las rodillas, esperando. Logré contar todas las copas de los árboles de El Sotillo antes de que los militares empezaran a recogerse en sus tiendas. Incluso fui capaz de seguir con la vista, palmo a palmo, la Cañada de la Plata hasta Xerez. Me pareció la media legua más larga del mundo. Eché una ojeada a todo el terreno que quedaba en el lateral del camino para encontrar la mejor vía de escape y, sin duda, galopar por la cañada me ayudaría a alcanzar la Puerta del Marmolejo antes de que ninguno pudiese darme caza. De todos modos, lo más inteligente era estar preparado también para lo peor y, si lograba alcanzar mi objetivo, estaría listo para morir. Lo había deseado muchas veces por desesperación; pero, sabiendo que Maryam iba a sufrir, estaba listo por si llegaba mi momento. No sentía miedo.

Me senté sobre una piedra grande y achatada que había cerca de la tienda con mi pequeña barraca a la espalda, el real junto a esta, Orgullosa a un lado, pastando tranquilamente, y a todo un ejército acampado en la llanura a mis pies. El rocío había humedecido mi alfanje y lo dejé en la garita para moverme con más soltura en el exterior, donde podía inspirar grandes bocanadas de aire dejando que el frío penetrase en mí y me volviese tan helado como un auténtico guerrero y que no quedase ni un mínimo de bondad dentro de mí. De vez en cuando, la brisa cogía impulso y movía las copas de los árboles. Sonaban, al moverse de un lado a otro, como si se quejaran porque no las dejaban en paz. Rugían, enfadadas, porque el venidero mes de noviembre las escarcharía durante las noches y la falta de calor no derretiría el hielo durante los días. Permanecerían mojadas para humedecer al que se resguardase bajo ellas, cual aguacero de mediodía. No, a las copas de los álamos no les gustaba el viento.

Una de las veces, antes de que las hojas la frenase, la corriente de aire pasó por mi lado y silbó en mi oído dulcemente. Giré la cabeza hacia el lado, para que la siguiente vez que pasara me acariciase la cara, y esperé con los ojos cerrados para que me sorprendiera. El aire tenía vida propia, volvía a arañar las hojas de los árboles de Obertos, pero el ruido del aleteo que me había acompañado hasta aquel mismo

lugar atrajo toda mi atención. Sonreí al encontrar al halcón mirándome, moviendo su cabeza de vez en cuando, sin poder dar fe a estar viendo la grandiosidad de un animal que adoraba y que iba por libre; o si estaba interpretando lo que yo mismo deseaba ver. Pero, por muy insano que sonara, aseguraría que miraba el real y me miraba a mí, una y otra vez, sin aletear. Vaciló un poco y volvió a repetir sus movimientos de cabeza. Yo había dejado de sonreír, como si me preparase para lo que el halcón tenía que decirme. Tragué saliva y una ráfaga de viento volvió a atacarme mientras que el halcón ni se inmutaba. *Aisha.* Pronuncié su nombre casi sin vocalizar, un leve susurro en el que dejé que el sonido de aquellas letras saliera de mi boca, de mi garganta, de mi corazón. No lo pronunciaba en voz alta desde hacía casi veinte años, y el halcón me miró fijamente, erizándome la piel hasta tal punto que la ropa me hacía daño. Volvió a aletear y miró hacia la tienda. No pude evitar sonreír antes de que alzase el vuelo, sumido en el más absoluto silencio, hacia la arboleda donde esperaba tener mi apoyo aguardándome. Regresó y volvió a marcharse, volando en círculos sobre el macizo, sin gañir, y entendí que era el momento de levantarme, colocarme el talabarte y desenterrar la pica. No había un alma despierta en la albergada.

No sabía cuánto me había demorado en mis distracciones, pero todos se habían ido a dormir. Mi astrolabio marcaba la media noche, así que aproveché y alcé la pica hacia el cielo para moverla de un lado a otro con energía, como si los gritos que quería lanzar, pero no podía, salieran por su punta de acero y, mientras más la movía, más fuerte parecía gritar. *Tengo la luz de tu amor aquí para guiarme.* Se me saltaron las lágrimas. Me agaché junto a la tienda esperando el estruendo, pero el halcón me tenía fascinado. Sabía que me estaba indicando la posición de la pequeña mesnada local y, aunque me sudaban las manos y me lloraban los ojos, sonreí sin poder evitarlo. Me latía el corazón en las agallas. Había perdido cualquier resquicio de miedo y sujeté la pica con el extremo apoyado sobre la tierra, listo para ponerme en pie de un salto y ponerla en posición. El ejército mahometano estaba tan confiado y acostumbrado a que no hiciésemos nada contra ellos que dormían cuales niños en los brazos de sus madres.

El halcón pasó por encima de mi cabeza. Oí el sonido de su vuelo acuchillando el viento mientras rodeaba la tienda real y supe que había llegado el momento. Clavé la rodilla siniestra en el suelo, un extremo de la pica apoyado detrás de mí y la punta de acero a menos de un cuerpo de la piel de león que guardaba la intimidad del arráez. El mayor descompás que podía salir de un grupo de instrumentos no era nada comparado con el estruendo que formaron los desesperados cristianos. Se habían echado sobre la cañada, corriendo hacia las

pequeñas tiendas de la mesnada. No podía volverme para ver cuántos eran, pero tenía la sensación de que incluso las mujeres y niños habían formado parte de aquel ataque por el número de voces que gritaban, de trompetas que desafinaban y de cajas que eran aporreadas sin sentido. Distinguí unas manos a través de la tela, intentando encontrar el modo de abrir aquella tienda con más miedo que acierto, conmigo a tan solo un paso de la puerta. En cuanto el pellejo del desafortunado felino se movió, solo pude ver a un hombre joven, mestizo, con los dos ojos perfectamente sanos, abiertos, bastante alto, vistiendo zaragüelles, descamisado, descalzo, despeinado, echando sangre por la boca y con mi pica atravesándole el esternón. Se había hecho el silencio. Probablemente no era así y mis cómplices seguían interpretando su peor sinfonía mientras que los mahometanos, magrebíes y granadinos, estaban cayendo muertos por su inapropiada confianza. Al-Qa'qa estaba agonizando, pero mi oído se había taponado. Solo oí el gañido del halcón que no dejaba de dar vueltas sobre nosotros y, tan pronto como tiré de la pica, el arráez cayó de bruces al suelo desplomado. Dejó de agonizar. Era la primera vez en mi vida que hacía daño a alguien, y menuda manera de estrenarme. Me había equivocado de persona y la mujer que salió gritando era una muchacha de los llanos colindantes a la Villa del Infantado que estaría ofreciendo sus servicios al alférez.

—¡El Tuerto va camino de Alcalá de los Gazules! —dijo Ponce de León asegurándome que quinientos de a pie se habían adelantado a darles al encuentro—. No os preocupéis, Diego, este es un almocadén, bien muerto está.

Fernán no podría entenderme jamás. Yo no quería matar a militares, solo quería llevar a cabo mi venganza y me había convertido en un asesino. Salté sobre Orgullosa mientras mis paisanos correteaban a los sorprendidos mahometanos, que salían huyendo despavoridos, y me uní a la caballería del maestre de Alcántara que, por increíble que pareciese, había logrado formar dos mil. Me aguardaban para que les abriese paso como avanzadilla, valiéndome de mi atuendo.

Cuando el albor clareaba por el horizonte, dimos con la loma en la Vega de Pagana, donde se situaban los demás y, gracias a su falta de sentido común, reconocí la tienda del emir. Un dosel de brocado sobre fustes de madera cubría su real, y tanto lujo y boato en una albergada solo sirvió para que supiera exactamente dónde situarme. En cuanto apareció el primer rayo de sol, sonó un estruendo a grito de *«¡Santiago!»* que, como si de la cuenta de la Buena Pipa se tratara, hizo que todos salieran de sus tiendas despavoridos. Les correteamos a través de la vega, Maryam incluida, a la que intenté no mirar mucho para no vomitar allí mismo. Mientras mis compañeros se dedicaban a

pasar a cuchillo y pica a todo el que se movía, yo no perdía de vista a Malik.

Le seguí con parsimonia campo a través, dando zancadas seguras a través de la maleza de la vega, pisando los charcos sin protegerme de los demás, convencido de que mi objetivo en la vida me salvaría de cualquier escollo hasta alcanzar mi venganza. *Ojo por ojo*. Era notorio que no estaba hecho a las marchas, porque se escondió entre unos matorrales junto al arroyo de Alberite con aquel ojo casi cerrado por exceso de piel y, al comprender el significado de mi diligencia flechado hacia él, se quedó quieto como si estuviese muerto. Sería muy bravo, pero no muy listo, porque lo único que logró fue facilitarme que le atravesara dos veces con la pica sin pudor alguno. Sin remordimientos. Acababa de convertirle en mártir por la fe.

Tal y como me iba alejando lentamente dando varios pasos hacia atrás, oía los alaridos de los combatientes, el acero afilado de sus armas y el clamor de una madre rodeando el cuerpo inerte de su hijo. Maryam estaba en el suelo junto a él. Gritaba, lloraba, maldecía con la aljuba ensangrentada y me detuve para verlo. Me quedé frente a ella, de pie, observándola. Al menos su hijo había muerto en el acto y por mis propias manos, no había mandado a todo un pueblo a asesinarlo. Tal vez temiendo por su propia vida, dando por hecho que también la mataría a ella, me miró. Lo hizo desde el suelo, con ambas manos puestas sobre la espalda de su hijo, como si pudiera guardar la sangre dentro de su cuerpo. Me bajé el almaizar, lentamente, sin dejar de mirarla. Con los ojos clavados en los suyos, como siempre le había gustado que la mirase. Las palabras que pudiesen describir la expresión de aquella alimaña no existían. Empezó a mover su torso lentamente de un lado a otro, meciéndose, mirándome con ojos vidriosos y mentón tembloroso. Abrió la boca y solo le salió un sonido tosco, grave, queriendo implorar, pero sin poder hacerlo porque dentro de su alma, si es que la tenía, sabía que se merecía el castigo. Probablemente el muchacho no, pero ella sí. *Ojo por ojo*. Le acababa de devolver la misma ley que ella me aplicó a mí. Hinché el pecho, con el frío aire que me llegaba desde la sierra, y escuché el gañido de aquel halcón que había marcado mi paso desde el día anterior. Di con él posado en la rama de un arbusto, observándonos. Aleteó y gañó. Volvió a repetirse. Lo hizo otra vez. No cesó hasta que la propia Maryam giró su cabeza hacia él. Solo entonces se dio por satisfecho, aleteando varias veces, antes de alzar su vuelo para perderse hacia el sur y no volver.

Crucé la vega al galope, con determinación, hasta que sentí el acero de una espada haciéndome un corte en la pierna. Jamás hasta entonces había experimentado un dolor físico tan penetrante y el miedo a que se repitiera se apoderó de mí en cuanto noté que me

estaban rodeando, obligándome a hacer varios giros con la yegua para esquivar las armas que no dejaban de rozar mi piel. Yo me defendía con la pica, pinchando al aire y llevando las riendas con una sola mano, lo que limitaba mi velocidad. Incluso tuve que hacer que Orgullosa retrocediese para que no me atravesaran. Tenía que acabar con los más diestros, pero la confusión, el dolor, las heridas que me estaban haciendo y el sudor que caía por mi frente no me dejaban pararme a pensar. Todos tenían claro que yo era el enemigo y no me iban a dejar salir de allí como si nada. Solo necesitaba coger velocidad, pero para eso me hacía falta espacio y ellos lo sabían. Por eso me habían cercado. Clavé mi lanza en alguien, ni siquiera vi quién era, y logré cabalgar en círculo usando aquel cuerpo como eje, para lo que yo también tuve que girar el torso, agachando la cabeza, para pasar por debajo del palo que no conseguía sacar de aquel pobre desdichado que yacía en el suelo y, entre tanto tejemaneje, me hirieron en el costado. La piel se estiró cuando contoneaba el torso para seguir pasando por debajo de la vara, sin soltarla, y la herida se abrió incluso más. Ya con el pinchazo en el riñón, empecé a marearme sin saber de dónde venían las armas, sin poder ver con antelación los ataques. Incluso se me nubló la vista momentáneamente. Estaba en una encrucijada. Cuando logré liberar la pica del cuerpo de mi enemigo, la hundí torpemente en el suelo y tuve que dar otro giro para esquivar las espadas que querían acabar con mi vida. Al sacar la punta de la tierra, le había hecho una hendidura en el filo. Al menos, Orgullosa se mantenía en trote sostenido, avanzando en cruzado en la medida que le era posible, de un lado a otro. Era tan dócil que, aun manejándola con una sola mano, se dejaba llevar. Solo esperaba que no la estuvieran hiriendo a ella también. Me movía en círculos prácticamente desarmado. Estaba siendo casi desmontado por meros infantes, y ya solo podía usar mi garrocha para golpear, pero, al menos, me mantenía de una pieza. El sonido del grito de guerra, que siempre imaginé en boca de los madjus, apareció por mi siniestra y lo único que vi fue a Riquelme dar un salto en el aire y degollar al que me estaba zarandeando para caer de la yegua. Seguí dando picazos al aire mientras giraba sobre mi propio eje y, de repente, Orgullosa dio una coz, relinchó disgustada y galopó como si estuviese endemoniada.

—¡Salid de aquí, tío, salid de aquí ya! —reconocí la voz de mi sobrino Johan.

El maldito le había pinchado el lomo para espantarla y todos corrieron detrás de mí sin saber que los improvisados guerreros les cercarían, impidiéndoles salir de su propia albergada. Habían dejado un segundo cuerpo en la retaguardia y me sentí orgulloso de ellos, aunque preocupado por mi sobrino, que estaba en primera fila. No me cabía duda de que por su propia elección, pero no dejaba de tener

miedo por él.

Galopé, siguiendo la orilla del riachuelo del Badalejo, sintiendo a cada salto menos sangre de la que tenía en el cuerpo. No iba al mismo ritmo que antes, envalentonado en busca del Tuerto porque, o la batalla en la Pagana había durado más de lo que creía, u Orgullosa estaba tan agotada como yo e iba dando un paseo al trote. El ocaso estaba llegando a su fin. *Solo media legua más*. Si al avistarla la noche anterior me había parecido inmensa, al recorrerla resultaba interminable. Tan pronto como pasé el pozo del Rey, fijé la vista en la ciudad, su muralla, sus tejados, pero estaban situados siempre a la misma distancia. No parecía avanzar nada y me dejé caer sobre la blanca crin de Orgullosa. Estaba agotado. Dudé de si habría algún centinela aguardándome, porque estaba casi inconsciente, sin saber si iba solo o perseguido, como los perros hostigan a los conejos en el campo. Incluso jadeaba más que la yegua, pero esperaba que tuviese más aguante, porque yo me había entregado a tu total voluntad. La fina arena atizaba mis ojos y entraba en mi boca porque no había vuelto a colocarme el almaizar para que me reconocieran mis compañeros y no me matasen a las puertas de la ciudad. Sería demasiado patético. Aunque mis temores desaparecieron cuando vi cómo se iban moviendo las teas con al menos media docena de hombres en el paso de ronda vigilando que nadie más entrase, aparte de mí. Otros dos habían salido para recibirme, aunque no rebajé la velocidad porque no tenía fuerzas para mandar sobre el animal, sino que, tal y como entré, lancé la pica al suelo gritándoles que la herrasen, por si hacía falta más armamento, o por si yo mismo tenía que volver a la batalla al día siguiente.

Uno de los centinelas se puso delante de la yegua, moviendo los brazos bruscamente para que no avanzase, y el otro que acudió en mi ayuda se llevó todo mi peso sobre su cuerpo cuando me dejé caer sobre él. Oí la voz de Leonor. Me parecía mentira que estuviese aguardando junto a la puerta; pero, mientras me subían al carro entre varios, vi a otras mujeres, y algún que otro viejo, aguardando a sus familiares. Montó conmigo en el carromato y apenas pude entender lo que me hablaba. Ni siquiera notaba las bofetadas que me daba para hacerme reaccionar porque era tal el dolor que se había apoderado de mí que, a menos que me arrancasen la piel a tiras, no me inmutaría. Su voz sonaba embutida, dando instrucciones al carretero. A veces, la miraba; otras, veía el cielo; otras, la luz me cegaba; al final, siempre volvía mis ojos a los suyos. Necesitaba ver que seguía allí. Tenía la manga de su brial rozándome el rostro mientras me acariciaba la frente, pero se recogió el codín con una cinta y volvió a pasarme la mano, limpiando el sudor de mi cara. Me dolía respirar, pero no podía dejar de jadear. Seguí el movimiento de su mirada hacia mi diestra,

horrorizándome de ver a Juan Anus, el cura, sentado a mi lado, y empecé a respirar con más fuerza y fiereza. Leonor conocía mis pensamientos, porque puso ambas manos sobre mi pecho, como si pudiese hacer que cambiara de ritmo, mirándome con ternura, negando con la cabeza tan levemente que el cura ni se dio cuenta. Pero yo sí. Entendí que no se había podido deshacer de él, pero que no consentiría que me martirizase.

Sucumbí del todo cuando vi la sobria fachada de la iglesia de San Dionisio sobre mi cuerpo. Robusta como ella misma. A pesar de estar en incipiente reforma, porque Doña Elvira Martínez de Trujillo pretendía el Patronazgo de una capilla funeraria para su familia a los pies de la nave de la Epístola, se había convertido en una improvisada hospedería meses atrás cuando el número de heridos que regresaban superaba al de ilesos. Al ser la más cercana a la Puerta del Marmolejo, su cura había tenido que ceder las instalaciones para que, al menos, ayudasen a salvar a los pobres desgraciados que daban su vida por la ciudad, como era mi paradójico caso.

Me bajaron y me llevaron casi a rastras hacia el interior, aunque no me hubiese importado que me dejasen tendido en el suelo de la entrada con tal de ahorrarme más dolor.

Leonor me quitó el almaizar. De vez en cuando, no veía nada; a veces, veía lo que estaba por encima de mi cabeza y dejaba de ver nuevamente. Luego, volvía al mismo punto de partida y veía lo que estaba a mis pies, aunque todo mi esmero lo centraba en no cerrar los ojos bajo ningún concepto para que aquel cura me dejase en paz de una maldita vez. Debía reconocer que la calidez de las manos de Leonor alrededor de mi cuerpo me aportó algo de calma. La tenía casi encima de mí, cambiando de un lateral a otro, de los pies a la cabeza, metiendo las manos entre la espalda y el jergón con sumo cuidado. Me estaba arropando. Distinguí a la sirvienta. Estaba de pie, junto a mi prima, sujetando un lebrillo y evitando mirarme con la cabeza girada y la mirada clavada en la pared. Me pregunté quién atendía a los pobres que habían vuelto y no tenían criadas, y que, para colmo, estaban apilados como chinches en las tres naves del templo. Yo, en cambio, disfrutaba de un lecho en el altar mayor. Mi prima había creado aquel espacio con manifestadores de plata y los dos grandes tapices de Bohemia, decorados con Moisés y con los cuatro evangelistas, de su casa. ¡Qué rocambolesco resultaba todo! Leonor mojó un paño en el lebrillo y me lo pasó por el cuerpo, por dentro de las ropas, aunque yo no notaba ni el agua ni el trapo. Tampoco notaba el frío. Era la mañana del ٢٩ de octubre, debía refrescar.

No supe nada más hasta que sentí la ruana que me tapaba rozándome el pecho y vi la penumbra de un candil alumbrando parte del altar. Leonor estaba sentada junto al cabecero en un sillón, con

una bernia sobre su cuerpo, ejerciendo de algo que no le pertenecía. ¡Cuánto amor cabía en ella! La observé en el silencio de la noche, solo alterado por el leve chisporroteo de las brasas del caldero, aunque el hedor a sangre seca y muerte se percibía en el ambiente cargándolo hasta hacerlo irrespirable. Tenía mucho frío, la frente sudada y un tirón me estremeció de dolor a pesar de tener la cintura vendada. Se despertó con mi lamento de dolor y se echó casi encima de mí para apartarme la mano.

—Voy a morir —le dije y se apresuró a avivar el brasero antes de echar la bernia sobre mí sin decir nada—. He visto a Johan —sollozó entre alabanzas a Dios porque mi sobrino no había vuelto aún y yo había sido tan sumamente egoísta que no había reparado en su incertidumbre como madre—. Si no fuera por él, no hubiese salido de allí nunca —añadí para tranquilizarla, pero se llevó la mano a la boca y dejó caer algunas lágrimas, preguntándome directamente si había conseguido mi propósito—. Sí, Leonor. Ya estoy en paz.

Se sentó de nuevo y me echó su ruana por encima asegurándome que, a mí, me haría más falta. Debía estar aterrada. Ella, que era un cascabel, que no paraba de charlar, solo fue capaz de dejar escapar un suspiro mientras miraba hacia el tapiz que hacía las veces de puerta. Mientras tanto, yo debí sucumbir al efecto de las pócimas aplicadas por la sirvienta, porque desconozco el momento en el que me quedé dormido. Solo fui consciente cuando me despertaron las voces que resonaban en la nave, entre las que reconocía la de Leonor, que alzaba la suya queriendo imponerse mientras que algunos hombres no querían acatar sus normas. La encontré asomada hacia el exterior, sujetando parte de uno de los pesados tapices entre sus delicadas manos y dejando entrever la nave central, donde divisé una estela funeraria de mármol de algún desdichado benimerín. Todo indicaba malos presagios.

—¡Diego! ¡No os lo vais a creer! Muertos, huidos, rehenes… ¡de todo! Se peleaban entre ellos desconcertados, no encontraban sus armas, unos salieron corriendo, algunos se ahogaron en el río, otros pudieron pasar por el puente, ¡y los seguimos! Fue tal y como vos dijisteis. Sin jefe, no hay órdenes —me decía el obispo, que parecía que se iba a salir de su horma mientras yo solo pensaba en que había dormido todo el día. Ya estábamos a 30.

Capítulo 20

Me habían herido en la pantorrilla, el muslo, el abdomen, el riñón, el costado. Habían intentado llegar al pecho, pero solo consiguieron hacer algún rasguño, y no había modo de que Leonor comprendiese que los vendajes debían ser cambiados a diario para evitar infecciones. Ella estaba convencida de que se abriría mi cuerpo

y saldría la sangre. Estaba exaltada y me estaba exaltando a mí y, por alguna razón que se escapaba a mi control, aún llevaba puestas las ropas de príncipe nazarí con la sangre pegada a los vendajes que debían proteger las aperturas de mi piel. Dejamos de discutir en cuanto el portón de la iglesia se abrió de sopetón, trayendo el sonido de pasos acelerados adentrándose en la nave. Mi sobrino Diego venía acompañado por su hermano, que se arrojó a los pies de su madre. En cuanto se dispuso a prender el carbón que traían, le reprendí porque no quería que gastasen los abastos de su casa en mí y le prohibí que volviera a traerme nada, aunque por más que pretendía sonar autoritario, allí todos se limitaban a achacarme delirios para no hacerme caso. Johan me mostró los dos mantos azules de Palmela forrados y orillados que traía dentro de un cesto lleno de enseres y Diego alegó que no podían dejar que su madre muriese de frío. Era un maldito pícaro. Sabía perfectamente cómo dar la vuelta a las cosas para que no pudiera negarme a sus deseos. No había forma de enfadarme con él porque siempre me hacía gracia cualquier maldad que idease. Lo que me apenaba era que intentasen convencerme de que mi salud mejoraría. Lo único que lamentaba del penoso estado en el que me encontraba era tener que permanecer allí, en San Dionisio, rodeado de enfermedad y sufriendo el inusitado frío cuando estábamos tan solo a final de octubre. El tiempo había cambiado bruscamente avisando de un crudo invierno que se anticipaba, probablemente nevase en Grazalema antes de Pascua.

Dos de los lacayos de mi prima llegaron decididos a cambiarme de lugar para que no padeciese tanto el frío y la calamidad que me rodeaban. Ya sabía yo que Leonor se había quitado de en medio para que no le culpase de colmarme de atenciones que solo su posición podía hacerme disfrutar. Por muy amigo que fuese de Francisco Martínez de Trujillo, haber convencido a su señora madre para permitir mi estancia en la capilla, en la que tenía puesta todas sus miras, no era tarea fácil. Debía reconocer que me hacía inmensamente feliz estar tan próximo al antiguo muro de la quibla, aunque los cuatro evangelistas en las ménsulas que sostenían la bóveda corrompiesen el lugar. La ventana desde donde se pretendía oír la misa que se celebraría en el presbiterio en un futuro estaba cubierta por un repostero con el emblema heráldico de los Morlans: en campo de oro, una encina, de sinople, arrancada, de gules. Supuse que lo había llevado Leonor a falta de abrigo en las paredes de la inacabada capilla, a la que, por lo que veía, le faltaba todo para poder darle uso religioso. Ni siquiera habían colocado la verja para cercar el habitáculo, por lo que los mismos tapices que me habían resguardado de la plebe en el altar mayor me amparaban como puerta de acceso a mi improvisado aposento. Había de reconocer que el celoso cuidado

que mi prima me procuraba era indigno de mí. Me emocioné tontamente cuando vi que incluso se había traído mi pebetero de bronce, decorado con motivos vegetales y con la inscripción «la bendición», que había comprado en el mercado años atrás. No había nada como dejar que la agradable fragancia del ajenjo invadiese todo el ambiente.

—Vamos a ver, Johan —le dije a mi sobrino—. ¿Me vais a confesar vos si le habláis o no a la niña de Ponce de León? A ver si voy a tener que aguantar a Fernán sacándome el tema y yo sin saber qué responder.

Se ruborizó hasta la saciedad. Tenía sus reticencias debido a la edad de Catalina, recién salida de un convento, aunque ningún padre se aventuraría a sacar a su hija de la vida conventual a menos que ya fuese casadera. Era la práctica habitual en Castilla. Además, sabía que mi sobrino bebía los vientos por la muchacha, pero los Ponce de León no les dejaban verse a menos que hubiera una petición de mano, y el pobre dudaba por las habladurías. Le echaba atrás llevarle once años y le entristecía enormemente resultarle un viejo a la inocente niña.

Después de la amena visita de mis sobrinos, que siempre me parecían cortas aunque pasaran el día entero conmigo, dormí largo y tendido. Reaccioné en medio de la noche por el excesivo calor que me inundó, tanto que parecía estar en medio de una hoguera y, al abrir los ojos de par en par, solo vi las tenues sombras que la luz del candil dibujaba entre los nervios de la bóveda. Sudaba tanto que el manto, las ruanas y los almohadones estaban humedecidos, y sacar un brazo apaciguó un poco el calor. Lo dejé extendido para no volver a sucumbir al ardor infernal y giré la cabeza buscando a Leonor, que dormía en el sillón con los pies sobre el cofre de guadamecí dorado que le habían traído de su casa, acurrucada y cubierta por uno de los mantos de Palmela. No parecía preocuparle el calor que el brasero desprendía y, si no fuera por la imagen angelical de su rostro, de su sola presencia, hubiese jurado que aquel era mi averno. Quemarme eternamente dentro de una mezquita convertida en iglesia, ¿es que acaso existía peor final para mi vida? Empezaba a estar asqueado de ambas religiones. ¿Es que no podían dejar a los hombres libres para elegir? ¿Es que siempre tenía que haber toda una sarta de aprovechados entre los creyentes y el dios que fuese en cuestión? Aparté las capas de abrigo con la otra mano y me quedé tal y como estaba desde que llegué: vestido con las ensangrentadas ropas morunas y con la piel llena de remiendos. Al menos, pude respirar algo más aliviado, aunque no fui capaz de alcanzar el lujoso aguamanil azul y dorado con la paradójica palabra «salud» escrita en árabe, que había sobre la mesa, para aliviar mi sed. Me quedé mirando tristemente el vaso verde de vidrio soplado y decorado con

apliques que resumía con exactitud mi estancia allí: estaba fuera de lugar. Hasta tuve que pasarme la mano garganta abajo para evitar que las gotas de sudor siguieran haciéndome cosquillas, a pesar de mi espesa barba, y volví a extender el brazo fuera de la cama. Así, poco a poco, fui evaporando todo el calor de mi cuerpo y volví a conciliar el sueño.

Las bofetadas y voces de Leonor hicieron que abriese los ojos de nuevo, encontrándomela sobre mi cabeza, mirándome de cerca y con la respiración agitada. Había decidido por sí misma taparme otra vez con el maldito manto. Era de día, probablemente primera hora, el gallo ya habría cantado y yo ni me había enterado, pero Leonor seguía empecinada en no dejarme dormir. Gemí intentando compartir mis quejas con ella, pero no parecía convencerla. Encontrarme con el brazo colgando y pálido como un témpano no fue alentador para mi prima. Estaba realmente preocupada, pero no sabía el calor que había pasado durante la noche y lo lejos que estaba el agua de la cama. Solo quería seguir durmiendo.

De nuevo despierto, el bullicio de la gente se oía a través de la improvisada puerta mientras yo me entretenía observando la capilla, que oscilaba de frío a calor cada dos por tres sin que las ruanas, las brasas o el frío tuvieran nada que ver. Era yo. La fiebre iba y venía, y nadie sabía nada del físico que, o había caído en combate, o algún noble merecía más atención que yo por la rimbombancia de su apellido, como venía siendo usual en aquella ciudad. Tenía entre mis manos el echadillo de Leonor. Lo había dejado extendido sobre mí para arroparme más aún, sin reparar en que la seda de poco servía salvo para marcar la diferencia de alcurnia. Lo olí. Usaba el perfume de almizcle que le regalé, pedido expresamente a un alatar magrebí del mercado, aunque en Castilla el uso de perfumes estuviese considerado una galantería indigna de señoras de bien. Sabía de sobra que no era amiga de lisonjas, pero nunca rechazaría un presente de mi parte.

Me inundó el remordimiento por lo que me había dicho. Era consciente de lo que sentía por ella pero, sin duda, no era lo que yo entendía por amor. Era imposible que volviese a amar como amé a Aisha. Leonor había ido haciéndose un hueco en mi vida desde el primer día que llegué, y cada vez aquel hueco era más grande. Era cierto que la echaba de menos cuando no estaba y que me alegraba cuando la veía venir. Era quien me divertía y me consolaba. Y tampoco podía negar que no conociese su condición física, que podía adivinar a través de sus prendas. Sabía que tenía un marcado hueco en la nuca donde le caían tres pequeños rizos del moño en el que se sujetaba el pelo y que, de vez en cuando, intentaba entrelazar hacia arriba porque le hacían cosquillas o le daban calor en verano.

La había visto con el pelo suelto hacía ya muchos años, en mi tercer invierno en Xerez, mientras comprobaba que unos topillos habían cavado una madriguera en el arriate y estaban destrozando todas las plantas y flores que ella misma había sembrado. Convirtió el triste patio señoreado únicamente por una higuera en un colorido vergel donde reverberaba la luz del sol que atraía a los más cantarines pajarillos a beber del rebosante cubo en el cárdeno brocal del pozo. Los rubios tirabuzones del pelo le caían sobre los hombros, algunos no llegaban ni a tocarlos, y suponía que, si tiraba de alguno, podría comprobar cuán largo tenía el cabello. Nunca llegué a hacerlo. Siempre conocía de antemano las últimas novedades en vestidos y tocados, por eso, en los últimos años, llevaba briales de escote amplio que le dejaba el pecho embutido. Y si eran de invierno, las mangas se alargaban hasta cubrirle los puños.

Sabía que, a veces, en las fiestas, tomaba perada y se le sonrojaban las mejillas a la vez que era incapaz de mantener los ojos abiertos y dejar de reír. Me hacía mucha gracia, igual que a ella le hacía gracia todo en aquellas circunstancias. Me parecía bonita hasta cuando acudía a los juegos de justas en los que yo combatía luciendo una crespina cruzada por dos bandas. Por evitar habladurías y librarnos de suspicacias, siempre me daba sus cintas en mi casa, dándome a grandes chismes sobre quién sería la dama en cuestión que me ataba dos hiladillos en la lanza: una, color gules; la otra, color oro. Los blasones que ella misma me había bordado, aunque también eran los esmaltes de la mayoría de apellidos en Castilla. En cambio, el resto de caballeros se postraban delante de la dueña cuando les tocaba dar la vuelta al palenque, al son de los instrumentos que tocaban los ministriles, para que todo el público viese cuál era su dama. Los mismos que después acudían a los festines entre peradas, manjares, trovadores y, sobre todo, otras damas. Pero no yo. A mí no se me había perdido nada entre aquella jerarquía. Disfrutaban sentándose a las toscas mesas, próximos al anfitrión según su rango, mientras los demás convidados curioseaban si las escudillas que les acercaban los lacayos eran de cerámica local o importada. No reparaban en que el hecho de que tuviesen que enjuagarse las manos con agua con limón porque comían con las manos o que cada uno debía llevar sus propios cuchillos decía más de su pantomima que del poderío de la casa en cuestión.

Caminaba orgulloso cuando la llevaba agarrada de mi brazo; disfrutaba de su conversación. Me ponía nervioso cuando me cortaba el cabello porque sentía sus uñas contra mis sienes pasando los dedos entre el pelo para desenrizarlo. Pero no sabía por qué estaba pensando tanto en ella. ¿Sería porque por fin había desagraviado mi venganza? De todos modos, nada de aquello podía compararse con lo que sentí

por Aisha y estaba convencido de que el halcón había venido para que no me desviase del camino que debía seguir. No había sobrevivido para volver a enamorarme, sino para vengar la muerte de mi mujer.

—Sí, aína que los matamos a todos, Diego —la lejana voz de Pérez de Úbeda me sacó de mis pensamientos sobre Aisha—. Así la llamaremos. Batalla de la Aína ¡Cuánto valor habéis demostrado! Por poco no queda uno vivo, ¡qué barbaridad!

Hacía mucho que había dejado de observar la habitación. Lo último que recordaba era haber tenido la vista fija en la jamba cubierta con yeserías de color añil y carmesí donde se leía *al-izz al-qaim li-l-lah al-salama al-daim li-l-lah,* 'el poder eterno es de Dios, la salud perpetua es de Dios'. Tal vez no fuese tan descabellado usar aquel lugar santo como hospedería. Levanté una mano levemente y Leonor se apresuró a quitarme la toca y echársela por los hombros.

—Sé que estáis débil, no quiero importunaros, solo quería interesarme. Hay tantas historias ahí fuera… —Realmente me alegraba verle, era un buen amigo y sabía que su preocupación era sincera—. Hinojosa y Zurita están malheridos, el físico cayó en el campo y Riquelme no tiene ni un rasguño —dijo haciéndome reír a duras penas a pesar de dañarme alguna que otra herida al hacerlo, pero no dejaba de admirar a aquel hombre que tenía más vidas que un gato—. Se ha hecho con tantas banderas nazaríes y benimerines como ha podido, no sabemos muy bien para qué. Os agradezco que me hayáis dejado pasar, mi señora, así podré dar nuevas suyas a todo el mundo y os dejarán en paz.

Estábamos ya en la tarde del 31 y tenía días enteros casi en blanco en mi memoria. Me había alimentado muy poco para haber perdido tanta sangre como decían, así que Leonor preparó en su casa unos huevos cocidos y unas migas. Ensopaba pan candeal en el caldo del estofado de cordero que había hecho aparte, pero que cuya carne yo no podía comer porque no estaba sacrificado por el rito halal, le añadía zanahorias, cohombro, apio y lo aderezaba con aceite de oliva y sal. Lo traía en una escudilla cubierta con una bella tapadera de loza dorada y listas azules intercaladas con palabras como «la salud», «la bendición», «la felicidad» y «la prosperidad», porque sabía que sentía devoción por las piezas hechas por los moros de Xerez que tenían mensajes de buen augurio. De haber sido cristiano, hubiese dicho que aquello sabía a gloria bendita, tanto que me acabé la cena como si realmente fuese la última de mi vida y sentí que el calor volvía a abastecer mi cuerpo. Era lo mejor que había en el reino de Castilla.

Aguardé un rato echado sobre los cojines, masticando el *miswak* y pensando, nuevamente, en Leonor, en Aisha, en Maryam. Ahora sería mi recuerdo el que no la dejase dormir a ella por las noches. Nunca más. Para el resto de su vida. Al final, la hideputa tenía razón. Llevaba

toda la vida siendo suyo. Había pasado casi dos décadas lacerado por algo que me hizo y parecía que estaba llegando a mi fin por algo que yo había deseado hacerle a ella. También pensé en Hasan. Había que ser consciente de que la derrota iba a acelerar sus planes para conquistar la Península y proclamarse califa. Volvería al año siguiente para desquitarse, para ajustar cuentas, para vengarse. Lo conocía y sabía que no iba a quedarse tranquilo sabiendo que en Castilla habíamos matado a su hijo. Para colmo, si Maryam llegaba viva, le contaría que había sido yo y su furia sería peor que la de un titán en llamas. Necesitaría todo un año para prepararse. Seguro que su consejero, Ibn Marzuq, hombre sabio y de carácter templado, le haría saber a todos los estados bajo la Ley de Mahoma que habíamos matado al príncipe para venderles su yihad como una causa de fuerza mayor. De ese modo, a nosotros también nos daría tiempo de planear una gran batalla para octubre de 1340. Había que adelantarse y tomar medidas, pedir ayuda al rey vecino, independientemente de los muchos desplantes que nuestro rey hiciese a su hija, porque seguro que los benimerines acudirían con los granadinos para resarcirse por la muerte de Abu Malik. De todos modos, conociendo a Hasan como le conocía, la ira lo cegaría y su cobardía le jugaría una mala pasada, porque hasta el momento lograba avanzar por la cantidad ingente de huestes que tenía, no porque él fuese tan bravo como su hijo, que a saber a quién había salido. Mucho alardear de sus espuelas de oro, pero, en vez de personarse, enviaba a otros a combatir. Seguro que elegía un terreno montañoso a su espalda para escapar creyendo que su caballería era más diestra en elevaciones que llanuras, y no sabía que el relieve de la Península era de los más montañosos del mundo. Como para no ser buenos jinetes.

Intentando planificar la mejor cruzada en la que nuestra Frontera sirviese como campo de batalla, caí rendido hasta que me sobresaltaron los sonidos huecos de los cañones de mano que vendían en la plaza de la Aljaifar, y que a las lumbreras de la vecindad gustaba tantear contra el viejo alminar de San Dionisio. En el Concejo estábamos en tratos para adquirirlo y fortificarlo, porque nos podría servir para velar por la seguridad de cara al norte, pero nunca llegábamos a un acuerdo con la Iglesia. Si finalmente lo conseguíamos, tendríamos que publicar algún bando para el cese de semejante barbarie contra un edificio que pretendíamos que nos sirviese, precisamente, para saber si había que hacer uso de los cañones o no. En medio de mis cábalas concejiles, encontré a mis sobrinos mirándome muy impresionados. Me iba a marear de un momento a otro. El esgrafiado, tallado con forma de ochos en los baquetones que recubrían los pilares del templo, parecía revolverse acabando en suaves curvas en su parte inferior y en punta en la parte superior sin

alcanzar su fin. Era letárgico. Diego le susurró a Johan que trajese dulce y su hermano echó mano, rápidamente, del canasto para tenderme un trozo de tocino de cielo del que hacían las monjas del Espíritu Santo. Habían tenido un éxito rotundo inventando aquel postre y todo gracias al excedente de yemas que sobraba en las bodegas xerezanas porque los capataces usaban solo las claras para filtrar el vino. El pobre Maese López de Alegría estaba soportando en su obrador las consecuencias de la competencia de las religiosas.

Leonor aseguraba que el dulce me subiría la tensión porque estaba muy pálido, aunque se mostraba algo menos alterada que sus hijos mientras volvía a taparme. Yo tenía calor y sueño, por mucho que asegurase que ya había dormido demasiado y quisiera mantenerme despierto un poco más. Se sentó sobre uno de los almohadones que me mantenían, más o menos, erguido para limpiarme el sudor pasándome un paño mojado por la cara y la cabeza, mientras, me narraba cada cosa que hacía. Sabía que estaba intentando espabilarme, pero tenía tan pocas ganas de hablar que la dejé hacer. Entonces creí ser un niño sentado delante de Aisha, dejando que me peinara a su gusto dándole forma a mis rizos, aunque el sonido metálico de las anillas de la capilla donde colgaba el gran tapiz de Moisés me sacó de mi viaje por Marruecos. Diego se marchó a realizar sus quehaceres con su padre mientras Johan se quedó poniéndome al día sobre lo que pasaba fuera. Ya se hablaba de erigir una ermita bajo la advocación de Nuestra Señora de la Victoria Aína en el lugar de la primera batalla. No me hacía a la idea de que se trasladasen a orar media legua a las afueras de la muralla y, mucho menos, de que levantasen un templo cristiano por algo que había ideado yo. Pero como tampoco tenía ganas de rebatírselo, pasé todo el día postrado viendo a Leonor coser, oyendo sus planes, sus quejas, sus historias, su chismorreo… Todo para mantenerme despierto. Cuando daba por hecho que se había quedado sin argumentos, volvía a sorprenderme con más conversación. Se superó a sí misma con tanta charla. Incluso le había dado tiempo a Diego de volver para llevarse a su hermano consigo, y ella seguía con su cháchara hasta que me quedé dormido.

—¿Recordáis qué día es hoy? Necesito saber si estáis conmigo —me dijo despertándome, acariciándome la cara. Estaba apenada y miré con desconcierto mi improvisado tálamo sin entender cómo demonios había llegado hasta allí abajo—. Hemos tenido que cambiar el naval de cama. Habéis estado inconsciente, ibais y veníais y, bueno, irrecusablemente no teníais control sobre nada.

No era necesario que dijera más para saber que me había orinado y cerré los ojos avergonzado. Era una estupidez seguir negando la realidad, empeoraba por momentos. Estábamos a 5 de noviembre y

aquello no era buen presagio. Había estado inconsciente demasiado tiempo, demasiadas veces, pero Leonor se empeñaba en que, alimentándome bien, cogería fuerzas y sanaría. No sonaba convincente cuando lo decía, pero quería hacérmelo creer a toda costa. Supuse que también para convencerse a sí misma, de modo que la interrogué sobre puntos concretos de mi estado febril, intentando obtener mi propia valoración.

—Habéis hablado en árabe, en castellano… Os habéis enfadado, os habéis reído, habéis llorado… Un baturrillo de sensaciones, vamos —decía sin percatarse de que estaba describiendo un delirio en toda regla—. La terciana ha cambiado bruscamente varias veces.

Parecía ser el único que se daba cuenta de que la maldita infección de la sangre en las ropas y los vendajes me estaba comiendo vivo. Le supliqué que no dejase que me enterrasen en campo infiel. Leonor cambió el semblante. Comenzó a lanzar preguntas, sin control, entre susurros, sobre cómo, dónde, qué decir y a quién, como si yo tuviese la respuesta. Todas las necrópolis donde descansaban mis hermanos se habían cubierto de arena, como si allí no hubiese pasado nunca nada. Además, algunas personas tenían fuesas en sus vergeles, aunque sabía perfectamente que eso sucedía cuando tenían una capilla en sus casas y ni Leonor, ni muchísimo menos yo, disponíamos de ese tipo de inmueble. Eso era de ricohombre, y se mostró angustiada. Pero más angustiado estaba yo recordando que a mis padres les habían enterrado en San Salvador, y me horrorizaba que lo tomasen como tradición familiar. ¡Ni que yo tuviese nada que ver con aquellos engendros de personas! Nunca iría con Alá, mil veces preferiría una fosa común. Se alteró tanto de mi deseo que empezó a elevar la voz explicándome la historia de mi familia, la suya, mi posición de fijodalgo y que la ciudad no permitiría que mi muerte pasase desapercibida y, muchísimo menos, cayese en el olvido. ¡Ni que matar a un muchacho que podría haber sido hijo mío fuese una gran gesta digna de mitificación! Incluso me aseguró que el Concejo contrataría plañideras para el cortejo fúnebre y, para mi horror, salió a prisa dejándome hundido en mi miseria, mi egoísmo y mi pesar. No podía ser más patético. Aun así, los ojos se me cerraban solos por el sueño, pero luchaba contra viento y marea para mantenerlos abiertos y seguir consciente. Quería pensar que solo se trataba de una siesta; pero, en vista de que había dormido dos días seguidos, temía volver a sucumbir y no despertar en meses. A veces, habían desenterrado cadáveres con los dedos gastados de arañar la caja por haber sido dados por muertos cuando, en realidad, estaban dormidos.

Los golpes secos, aporreando la puerta como estruendos en el cielo después de cada relámpago, me despertaron sobresaltado y fui consciente de que había caído otra vez en el sopor del sueño. Entre

todo el griterío que se había formado en la plaza, conseguí adivinar las palabras «huevos», «moribundo» y «ramera», y aunque llamé a Leonor a voces, los insistentes golpes sonaban más claros que mi voz hasta que, por fin, cesaron y un portazo acabó con todo. Incluso con los gritos. Resultó que un niño de la calle había metido la mano en el cesto que traía Johan descubriendo los huevos y se le echaron encima. Quise incorporarme y salir a dar lanzadas a todos los pordioseros que intentaron agredir a mi sobrino e insultaron a mi prima, pero ella me aseguró que su hijo solo estaba abrumado porque no estaban acostumbrados a aquel trato. Sabía perfectamente que estaba más afectada de lo que quería hacerme ver, pues la realidad era que mi venganza la había arrastrado a vivir en un lugar de muerte, lejos de las comodidades a las que estaba habituada y de donde no debería haber salido. Exigí saber qué le habían dicho exactamente. No podía soportar que insultasen a ninguno de ellos.

–Diego, dejadlo estar —ordenó, mostrando su firmeza al llamarme por mi nombre en vez de *mi señor*—. Hoy es día 6. Habéis dormido una noche, como el resto de los mortales —dijo con retintín—. Me preocupa más no sobrepasar la puesta del sol trayendo huevos que lo que puedan decir de nosotros. Ya sabéis que eso da mal fario —sentenció haciendo alarde de la superstición pueblerina que tan arraigada tenía.

Había mandado llamar a mi sobrino Johan para preguntarle si el escribano del alcázar seguía vivo o también había tenido la audacia de presentarse voluntario. Nadie estaba a salvo. Pareciere que la tontuna les había tocado a todos a la hora de mandar a la batalla a toda persona importante para la ciudad. Además, por fin, el Concejo había pedido la recopilación del *Libro del Repartimiento* en un solo ejemplar, ya que, por desconcertante que pareciese, llevaba desde su origen separado por arrabales, con sus anotaciones pertinentes y correcciones posteriores, tanto el urbano como el rústico. Esperaba que fuese una copia fidedigna, porque no me fiaba un pelo del rancio abolengo con el que compartía sitial. En cuanto me incorporase, compararía la carta puebla original redactada por el rey Alfonso para evidenciar que no lo hubiesen alterado en su propio beneficio. Menuda manera de malgastar el talento que tan pocos disfrutaban en la Frontera.

—Su nombre es Aparicio Martínez. Id en su búsqueda y traédmelo. Quiero que le digáis de mi parte que estoy interesado en narrarle mi historia. A fin de cuentas, ellos escriben sobre todas las batallas que acometen los caballeros de Xerez en el *Libro del Alcázar*. Y ahora, contadme qué ha pasado esta mañana en casa de los Ponce de León.

La buena nueva de que la mano de Catalina le había sido otorgada aportó alegría en todo aquel tétrico ambiente. Conocía bien

a mi sobrino y sabía que sería un buen esposo para aquella chiquilla. No había maldad alguna en él. Y me alegraba que entroncase con una familia de valientes y nobles personas, tal y como Leonor y mis sobrinos eran. También aproveché para pedirle a mi prima que estuviera presente durante mi relato al escribano. Ella siempre me había asegurado que todo lo hacía de corazón y no esperaba nada a cambio, por eso pensé que conocer la verdad, conocerme del todo de una vez por todas, sería mi más sincera muestra de agradecimiento y de total confianza hacia ella.

Aquella noche me desperté un par de veces y me fue imposible conciliar el sueño nuevamente. Hacía mucho frío y se oía el silbido causado por el viento al entrar a través de las ranuras de las vidrieras. Las dos ruanas que me cubrían no bastaban para darme calor y parecía que al brasero le faltase carbón, porque la capilla no terminaba de calentarse. El ambiente era tan gélido que llegué a taparme completamente, dejando solo la nariz fuera para poder respirar. Tenía las orejas frías. De vez en cuando, sentía un escalofrío recorriéndome el cuerpo que salía por alguna de las heridas, especialmente la del abdomen. La maldita que no me dejaba doblarme. Entre tanto, le di vueltas y vueltas a todo lo que había sucedido durante el día a las afueras de la iglesia. Deseaba con todas mis fuerzas poder hacer frente a todas esas habladurías, plantar cara a todos los mentideros, desafiar a todo basilisco que se preciaba, retar a cualquiera que osase mancillar el nombre de Leonor. Leonor, que todo daba y nada pedía, que jamás había podido decidir por sí misma con quién desposarse, que me amaba por encima del amor… Esa Leonor que se había visto perjudicada por mi culpa. Cómo me gustaría protegerla de toda cuita, de aquellas delaciones que la gente lanzaba cual fruta podrida al patíbulo cuando no les gustaba el resultado de un juego de justas. Ojalá fuese tan sencillo como resguardarla con mi adarga, cubrirla con mi capellar y salir airosos de todo aquel cadalso de infamias infundadas.

Los días empezaban a resultarme largos y aburridos, lo cual me alegraba porque solo podía significar que estaba totalmente consciente y, por lo tanto, estaba mejorando. Aunque bien era cierto que me dolía todo el cuerpo por la inmovilidad y por las heridas punzantes. Con la que más cuidado tenía era con la del riñón, por estar detrás y no poder ventilarse correctamente, y con la del abdomen, el peor sitio porque necesitaba ese músculo para todo: hablar, reír, toser, sentarme, depositar… para cualquier esfuerzo que tuviera que hacer. Cada vez que levantaba parte del vendaje, estaba abierta, supurando y maloliente. Sabía que el caldero estaba repleto de brasas, más de lo habitual, porque Leonor ni siquiera llevaba su echadillo, tenía las mejillas sonrojadas y los rizos de las sienes algo revueltos,

sobresaliéndoles de la espumilla.

Para mayor estampa otoñal, rompió a llover y el leve goteo sobre el vitral me adormilaba. Incluso aseveraría que fui capaz de percibir el olor de la piedra mojada, de la tierra empapada, porque durante toda mi vida, cada vez que llovía, me asomaba al patio para olerla. Probablemente fuese mi memoria la que me hacía creer que olía así por las innumerables veces que había salido expresamente para eso, pero me daba igual que mis sesos me estuviesen gastando una burla. Me encantaba ese olor. Las goteras que caían del desagüe por las esquinas del edificio me resultaban casi hipnóticas y, acompañadas del calor, hacían el mejunje perfecto para conciliar el sueño. A pesar de no haber cenado, prefería descansar los ojos y dejarme caer un rato. Si me despertaba con hambre, bien, si no, al día siguiente recargaría mi cuerpo, aunque el continuo trajín de ruanas y personas me desveló.

Me encontré a Leonor intentando hacerse un hueco junto a mí en la cama, en el poco espacio que quedaba al borde del jergón. No se había percatado de que estaba despierto y el rubor se apoderó tanto de ella que guardó silencio y no supo qué decir. Le guiñé un ojo en un alarde de complicidad y le aconsejé recostarse sobre el lado que estaba más alejado del brasero. No dudó ni un ápice y pasó de un lado a otro, aunque eran tan delgada y pequeña que el jergón apenas su hundía con su peso. Ahuequé el brazo para que se acomodase y juntó sus manos debajo de su cara como cuando rezaba, la atraje hacia mí y no me dijo nada. Solo se acopló y se quedó quieta, dejando que su corazón chocase contra mi costado, notando su pecho respirar, llenándolo de aire hasta la saciedad, tanto que llegó a estrujar sus redondos senos contra mis costillas para volver a su posición normal.

De vez en cuando, la oía emitir pequeños sonidos, aclararse la voz o rascarse un brazo. El movimiento de sus pestañas mientras abría y cerraba los ojos me hacía cosquillas a través de las ropas, delatando su vigilia, y la miré. Mantuvo sus ojos verdes abiertos forzadamente para no perderse un detalle de lo que sucedía mientras su pecho seguía yendo de arriba abajo a través de aquel camisón de franela. No pensé que se atreviese a caer en la tentación de tocarme, pero puso una mano sobre mi cara, acariciándome la barba levemente, y negué con la cabeza sigilosamente. Casi podría decir que no negué, pero lo hice, y volví a rodar para mirar las bóvedas del techo, intentando no respirar demasiado fuerte para no dañarme, pero necesitando más aire del que había allí.

—La caballerosidad orilla los defectos —susurró.

Se quedó mirando la misma bóveda que yo. Uno junto al otro, bocarriba, completamente pegados, pero sin traspasar la línea mental que había interpuesto entre nosotros tanto tiempo atrás. Intenté centrarme en las cándidas brasas que crujían, y que rompían el

silencio, y en el reflejo de las llamas del candelero en la techumbre de aquella inacabada capilla hasta que nos quedamos dormidos.

Antes de estar del todo despierto, me llevé la mano al abdomen inconscientemente y noté las ropas mojadas. El dolor terminó de espabilarme del todo e intenté aguantar la respiración para calmarlo, pero, en cuanto se dio cuenta, se puso en pie muy asustada sujetándome la cara. Quise levantar la cabeza para mirar, pero no soporté el peso y volví a dejarla caer sobre el cojín. Mientras tanto, ella se puso a trastear en el altar donde tenía preparada toda una botica, dejó el lebrillo y las gasas a mi lado, y me subió la alcándora con cuidado. Por su cara mirando la zona afectada supe que aquello no tenía buena pinta. Me sacó la alcándora por la cabeza y pude ver la gran mancha roja que la había tintado, una nueva mácula de sangre que me dolía a rabiar y, mientras leía las expresiones en el rostro de Leonor, pude entender que la magnitud del dolor se correspondía a la hechura de la herida. Después de añadir más capas a mi deletéreo vendaje, me hizo una infusión de dormidera y fue ella misma la que tuvo que despertarme por la mañana gracias al profundo sopor que había alcanzado. Soñé con el halcón surcando el cielo majestuosamente, con Aisha, pero sin sobresaltarme como de costumbre. Fue alentador volver a verla, aunque fuese una quimera, sonriente, con su laúd, sus libros, sus colores. Pareciere que, por fin, después de tantos años, estaba en paz conmigo mismo. Finalmente había alcanzado la concordia que tanto llevaba anhelando desde antaño.

Y ella el descanso que su alma merecía.

Era noviembre de 1339: en la ciudad de Xerez, ojo por ojo.

Creo que he sido capaz de contaros toda mi vida sin ahorrarme un solo detalle, pero siento que hayáis tenido que emplear todo un jornal para transcribir mi historia. Espero que hayáis disfrutado del almuerzo, mi prima es una excelente cocinera.

Epílogo

—Pues ya puedo marcharme, así podréis descansar, señor.

—Gracias, don Aparicio. Ella os acompañará. Siento no poder hacerlo yo mismo, pero esto de estar postrado es una pejiguera. Johan, ¿qué hacéis aquí?

—Señor escribano, dadme esos papeles ahora mismo.

—¡Johan! Eso no es de vuestra incumbencia, es mío.

—¡Es de mi incumbencia si planeáis destrozar todo lo que tenemos! ¿Cómo se va a enterar la gente de que sois un maldito moro? ¿Se puede saber qué os ha pasado? No se puede. ¡Os bautizamos en San Marcos! No sois moro porque dijeseis en voz alta que ya lo erais, ¿qué clase de ritual es ese? ¡No! Ante los ojos de Dios sois cristiano

porque os rociaron agua bendita en esa cabeza de chorlito y eso no lo puede cambiar ningún chalado con alhareme y barba.

—Johan, por Dios y la Virgen santísima, dejad al pobre hombre. Vuestro hermano está malherido y esto no es bueno para él.

—¡Quitad, ramera!

—¡Dejadla, maldito rufián! ¡Sois muy poco hombre! ¡Venid aquí y atreveros conmigo si osáis!

—Vos estáis medio muerto, y encima por los que llamáis *hermanos*. Ya sabéis cómo son los moros, si no os la dan a la entrada, os la dan a la salida. La gente no se enterará de que mi hermano es un moro. Escribiréis sobre la batalla en la orilla del Leteo, sobre su heroicidad, sobre su fe cristiana. Diréis que ha sido el libertador de Xerez. Explicaréis que pudo infiltrarse porque estuvo varios años en rehenes de mi padre y diréis que, por venganza a quienes le secuestraron, quiso matar al infante Tuerto, Abomelique o como se llame el hijo del Miramamolín. ¡Entendéis!

—Sí, sí, señor, pero no me matéis.

—No lo haré, si no, cómo ibais a escribir lo que os ordeno. Pero mataré a vuestros padres, a vuestros hermanos, a vuestros hijos y a vuestros primos si escribís lo contrario. No permitiré que seamos el hazmerreír de esta ciudad. Ahora ¡fuera!

—¡No! Leonor, no le dejéis que salga, por favor. ¡Devolvedle el manuscrito!

—¡Quitad, que os doy! No oséis tocarme, ¡mala pécora! Pero qué necia sois. Si hubieseis yacido con él os habríais levantado sola por la mañana. ¿No veis que este no ha estado con una mujer decente en su indecorosa vida? Esperaría que vos hicieseis lo mismo que la ramera de la mora.

—¡Hijo de perra! ¡Os mato! ¡Más os vale que me matéis! ¡Más os vale que me matéis!

—¡Diego! ¡Johan! Ayudadme a levantarle, por favor, ¡Dios mío! Está sangrando, ¡Johan! Por favor, ¡Johan! Os lo ruego, ayudadme a levantarlo…

9 de noviembre de 1339

—Leonor…

—¡Dios! Estoy aquí, ¿me veis?

—Me duele la cabeza, ¿conseguisteis la crónica?

—Os disteis un buen golpe anoche. Dejad de pensar en eso. Os voy a dar de comer, os he hecho una alboronía para que no tengáis ni que masticar.

—Leonor, necesito ese escrito, de lo contrario el maldito *Libro del Alcázar* contará algo distinto a la realidad. Ni siquiera ha dicho bien el sitio. El Tuerto no estaba en el Leteo.

—Pero si eso está ahí, no es algo que la gente lea.

—Algún día lo encontrarán y lo leerán, os lo aseguro.

—No penséis en eso ahora. Voy a refrescaros la cara un poco.

—Quiero permanecer con mis ropas nazaríes para enterrarme. Quiero usarlas como mortaja, con mi almaizar, mi aljuba y mi alfanje. Por favor, al menos, eso.

10 de noviembre de 1339

—¿Quién anda ahí?

—Esperad, mi señor, os he puesto una holanda húmeda para que os baje la fiebre. Así, ¿mejor?

—No quiero que me entierren en San Marcos. Si no conseguís que me echen en una fosa, San Dionisio es la más adecuada.

—Pero, bueno, ¿una sí y la otra no? Pensé que era por el tema religioso.

—Y lo es. Al menos San Dionisio era la mezquita en el cruce de los tres credos.

—Pero vos me dijisteis que San Marcos fue una mezquita también. En ese caso debería serviros para ese fin. Ya sabéis que fuisteis bautizado allí, además, la madre de vuestro amigo Francisco ya ha empezado a remodelar este espacio como capilla funeraria, ¿cuánto tiempo creéis que tardarán los demás vecinos en imitarla? Se perderá cualquier reminiscencia arábiga que aún conserve.

11 de noviembre de 1339

—¿Quiénes son estas personas? ¿Qué hacen aquí?

—Somos nosotros, tío: Johan y Diego.

—Vuestro padre me ha quitado algo que me pertenece. Por favor, necesito esa crónica o todo habrá sido en balde. No habrá servido para nada. Habré vivido para nada. Necesito ese escrito, por favor.

—No os preocupéis, tío. No penséis en eso ahora.

—No dejéis que me entierren en San Marcos, por favor. Yo quiero estar en una fosa.

12 de noviembre de 1339

No sé si estoy pensando o hablando en voz alta, pero oigo a más de una persona alrededor, sin duda, murmuran, tosen, mueven sillas. Huelo a olíbano. Pero por mucho que lo intento no puedo abrir los ojos. Ni la boca. No puedo mover las manos. Sé que están cruzadas sobre mi vientre sosteniendo algo, noto cómo me lo colocan y me lo quitan. Oigo la basquiña de Leonor crujir por el almidón cada vez que da un paso. Hay demasiadas personas. Cuento como posibilidades a Leonor, a Diego, a Johan, a Marina, pero hay más de cuatro. Lo percibo porque no hay aire fresco suficiente para tantos pechos. Ni siquiera soy capaz de sentir cuánto me duelen las heridas ni cuánto calor o frío hace. Por fin, consigo separar levemente las pestañas entre sí y la claridad me golpea de lleno, obligándome a cerrar los ojos de nuevo, apretándolos con fuerza.

—Mi señor, ¿me oís? Decidme, ¿podéis oírme?

—Dejadlo, madre, no puede oíros. Ya lo sabéis.

—Quitad. Dejadme. ¿No veis que está moviendo los párpados?

—Si moverse, se mueve, pero no habla desde ayer. Quitaos de ahí, madre, están aquí todos.

—No me toquéis. No pienso moverme de aquí. Diego. Diego…

Trago saliva y sonrío cuando veo la cabeza de Leonor sobre la mía. Todos van vestidos de negro. Parecen cuervos. El maldito cuervo de Fez… En cambio, Leonor lleva su monjil de piel de pez del mismo color azul que tienen los pavos reales en su largo cuello, forrado de albino armiño para guarecerse del incipiente invierno que, en los últimos años, viene cada vez más temprano. Intento sonreírle otra vez, me alegra verla así. No me ha abandonado, no ha dado mi vida por perdida, como todos los demás.

—Madre, poned el rosario entre sus manos otra vez. Haced el favor. Y cambiaos de ropa.

Mi sobrino Johan quiere poner orden. Es normal, es el primogénito. Mientras, Diego está sentado cabizbajo en una de las múltiples sillas de costilla que hay alineadas en la pared. No sé de dónde habrán salido tantas, aunque es cierto que, normalmente, cada uno se trae la suya. No es un mueble muy numeroso en los estrados de las casas. El bribón de Riquelme está aquí también. Único en su especie, igual que yo. Valiente Concejo el nuestro que no está ni instaurado aún por el rey.

Levanto un poco la cabeza, intentando buscar algo más de aire puro y Leonor me acaricia la cara con suavidad. Debe pensar que nadie la observa excepto yo, que no aparto la mirada de la suya. Quiero decirle muchas cosas, incluso que tenía razón con el mal fario de la Puerta del Aceituno. ¡Quién me mandaría a salir por allí! Ni siquiera puedo tragar saliva para humedecer la garganta y la oigo sollozar. Abro los ojos para asegurarle que solo estoy descansando la vista, y me sonríe. Absorbe los mocos y sonríe. Entonces pierdo cualquier control sobre mis movimientos y voluntades, y la cabeza gira hacia un lado, los ojos se mueven en sus cuencas hacia la puerta, donde solo veo el color negro de la muerte alrededor de mí. Qué feo es el luto en Castilla, hasta en eso me gusta más Marruecos.

Leonor se ha echado hacia un lado para servirse agua y sigo topándome con luto, lágrimas y pena, con murmuraciones y susurros. Con las malditas plañideras. Sin apartar la vista de la puerta, en el lado opuesto a mí, una esquina parece albergar algo de color en ella, algo purpúreo. Se mueve con gracia y cae con suavidad entre los gruesos dobleces del paño que cubre la mesa, y el murmullo empieza a sonar hueco, lejano, vacío, mientras que el tintineo de unos pinjantes, metálicos y ligeros, ocupa su lugar. Quien sea que osa vestirse de

escarlata en mi lecho de muerte se va acercando. Puedo ver cómo sus telas están más próximas a mí a medida que el olor a mirra va fraguando, al igual que el hedor a humedad y el tufo a enfermedad. La suave fragancia de rosas se apodera de todo el ambiente. Se va abriendo camino entre todos. Veo sus manos de piel tostada posarse en los brazos de otros para apartarlos de su camino.

Leonor se para y me mira esbozando una triste sonrisa. Se gira de nuevo y se echa hacia el lado dejando paso a mi visita desenlutada. Se me abren las fosas nasales ligeramente, se me hincha el pecho, se humedecen mis ojos y no dejo de sonreír. Sabía que vendría a por mí.

—*Salamaleikum*, Diego.

—*Malikumsalam*, Aisha.

Glosario

Aceifa: Incursión militar que los musulmanes solían hacer en verano en los territorios cristianos

Adalid: caudillo militar

Adargas: escudos

Adarve: Camino situado en la parte alta de las murallas.

Aladares: Mechón de cabello que cae sobre la sien.

Alamares: tipo de cierre realizado con un cordón o pasamanería cerrado en lazo para formar una presilla, botón u ojal

Alamín: Oficial que contrastaba las pesas y medidas y tasaba los víveres

Alarifes: Nombre que se daba antiguamente al arquitecto, maestro de obras o albañil

Alatar: Vendedor de perfumes, o de drogas y especias.

Albañal: Conducto o canal por el que salen las aguas sucias o residuales.

Albarcas: tipo de calzado rústico elaborado principalmente en cuero crudo, que cubre solamente la planta de los pies, y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo

Albeitares: veterinarios

Albergada: campamento

Albornoz: capa morisca cerrada con capuchón

Alcadafe: recipiente de barro

Alcaicería: lugar donde se autorizaba a comerciar, al por mayor, con seda bruta

Alcándara: Percha gruesa donde antiguamente se ponían las aves de cetrería

Alcandor: Cierto afeite usado por las mujeres

Alcándora: camisa

Alcatifa: Alfombra muy fina.

Alcuzcuz: plato tradicional bereber hecho a base de sémola de

trigo

Aldaba: Pieza de hierro o bronce que se pone a las puertas para llamar golpeando con ella

Alfajeme: barbero

Alfanje: Arma blanca parecida al sable, pero más corta, ancha y curvada.

Alfaqueque: persona que se encargaba de rescatar a los cristianos esclavos en un país musulmán

Alfarje: Techo con maderas labradas y entrelazadas artísticamente

Alfayate: sastre

Alfeñique: dulce propio de alAndalus, caliente y húmedo y apropiado para la tos

Alferza: antigua pieza del juego del ajedrez que fue sustituida por la dama o reina

Alfolla: Paños ricos en seda, oro y púrpura

Algalia: Sustancia untuosa que se emplea en perfumería

Algazaras: Ruido producido por voces alegres y festivas

Algorfa: Sobrado o cámara alta de un inmueble

Alhacena: Armario, generalmente empotrado, o despensa

Alhanía: dormitorio

Alhareme: Toca usada por los árabes para cubrir la cabeza.

Alhóndigas: Local destinado a la venta, compra y depósito de cereales y otros alimentos

Alifafe: cobertor

Aljaba: cilindro de piel usado por los arqueros para transportar las flechas

Aljama: entidades autónomas en las que se agrupaban las comunidades judías

Aljofifa: Bayeta o paño basto de lana para fregar el suelo

Aljuba: vestidura morisca que consistía en una especie de vestido abotonado y ceñido a la cintura que caía en forma de falda hasta las rodillas

Almáciga: Resina clara, traslúcida, amarillenta y algo aromática que se extrae de una variedad del lentisco

Almadraque: Cojín , almohada o colchón

Almaizar: Toca de gasa usada por los andalusíes

Almajaneques: arma de asedio medieval, empleada para destruir murallas o para lanzar proyectiles sobre los muros.

Almalafa: Vestidura moruna que cubría el cuerpo desde los hombros hasta los pies

Almatraja: vaso de vidrio

Almejía: Túnica

Almizcle: tipo de perfume

Almocadenes: Caudillo y capitán de los peones o infantes en la guerra

Almocárabes: adorno de bóvedas, cornisas

Almocrebes: Arriero de mulos

Almófares: cortina flexible de malla en un casco que se extiende hasta cubrir el cuello y los hombros

Almofía: jofaina.

Almojarifazgo: impuesto aduanero que se pagaba por el traslado de mercancías que ingresaban o salían del Reino de Castilla

Almona: jabonería

Almunia: granja

Alquería: En la Edad Media hacía referencia a las pequeñas comunidades rurales que se situaban en las inmediaciones de las ciudades en alAndalus

Alquerque: base del juego que hoy se conoce como damas

Alquicel: Vestidura morisca a modo de capa, comúnmente blanca y de lana

Arcaduz: Vasija de barro o metal atada a la noria

Arráez: Caudillo árabe o morisco

Atahona: Molino de harina movido mediante animales de tiro

Atijara: mercancía para comerciar

Azacanes: porteadores de agua que se servían para ello de una caballería o un carro de manos

Caravasar: antiguo tipo de edificación surgido a lo largo de los principales caminos donde las caravanas que hacían largos viajes de muchas jornadas podían pernoctar y descansar

Falkkas: pan dulce tostado y con almendras

Ferayé: larga túnica de mangas rectas que vestían las mujeres andalusíes

Ghribas: dulces típicos marroquíes en forma de galleta

Gusl: práctica en la Jurisprudencia Islámica que consta del lavado de todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies

Jamsa: Mano de Fátima

Jatib: predicador encargado de dirigir la oración del viernes en la mezquita

Madjus: vikingos

Madrasa: Escuela musulmana de estudios superiores

Majzén: Gobierno

Mihrab: hornacina en la pared de una mezquita indicando la alquibla, es decir, la dirección de la Kaaba en La Meca hacia donde debe dirigirse la oración musulmana

Miswak: ramita de limpieza de dientes hecha del árbol Salvadora persica

Nimcha: sable de una sola mano del noroeste de África

Quizote: sayo

Salam: literalmente significa «paz», pero es más utilizada como un saludo general

Shahada: declaración tanto de ritual como de adoración musulmana

Sharab: tipo de bebida dulzona

Sharish: Jerez

Sharishí: jerezano

Sharishiyat: jerezanas

Shiduna: lugar situado entre Jerez de la Frontera y El Puerto de Santa María, a los pies de la Sierra de San Cristóbal, frente al río Guadalete

Tahalí: banda de cuero, cruzada al pecho y utilizada para sujetar y llevar armas blancas, normalmente la espada, cumpliendo una función similar a la del talabarte

Taylassan: velo que lucían los hombres enrollado en uno de los hombros

Yihad: Esfuerzo que un musulmán debe realizar para que la ley divina reine en la Tierra

Zafa: lebrillo

Zaragüeyes: pantalones o calzones de origen andalusí

Índice

Prólogo 13
Primera parte 21
Capítulo 1 23
Capítulo 2 45
Capítulo 3 65
Capítulo 4 87
Capítulo 5 105
Capítulo 6 115
Capítulo 7 121
Segunda parte 133
Capítulo 8 135
Capítulo 9 151
Capítulo 10 171
Capítulo 11 181
Capítulo 12 199
Capítulo 13 217
Tercera parte 223
Capítulo 14 225
Capítulo 15 255
Capítulo 16 267

Capítulo 17 275
Capítulo 18 285
Capítulo 19 293
Capítulo 20 305
Epílogo 321
Glosario 329

La primera edición de El Caballero de la Frontera acabó de editarse en Cádiz el 16 de novimembre de 2020.

El mismo día en el que, en 1322, facellía Nasr I, rey de Granada

KAIZEN EDITORES

Escribir mejor; publicar mejor